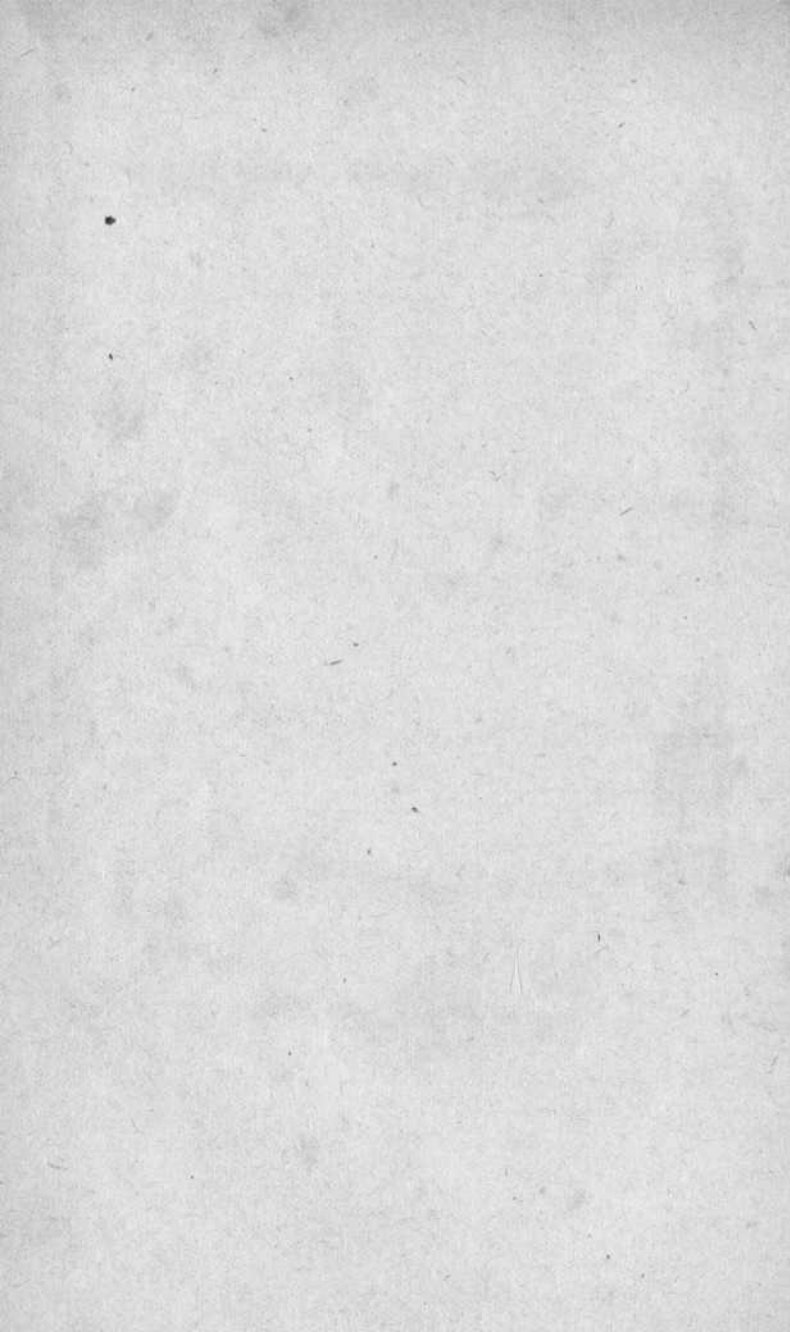
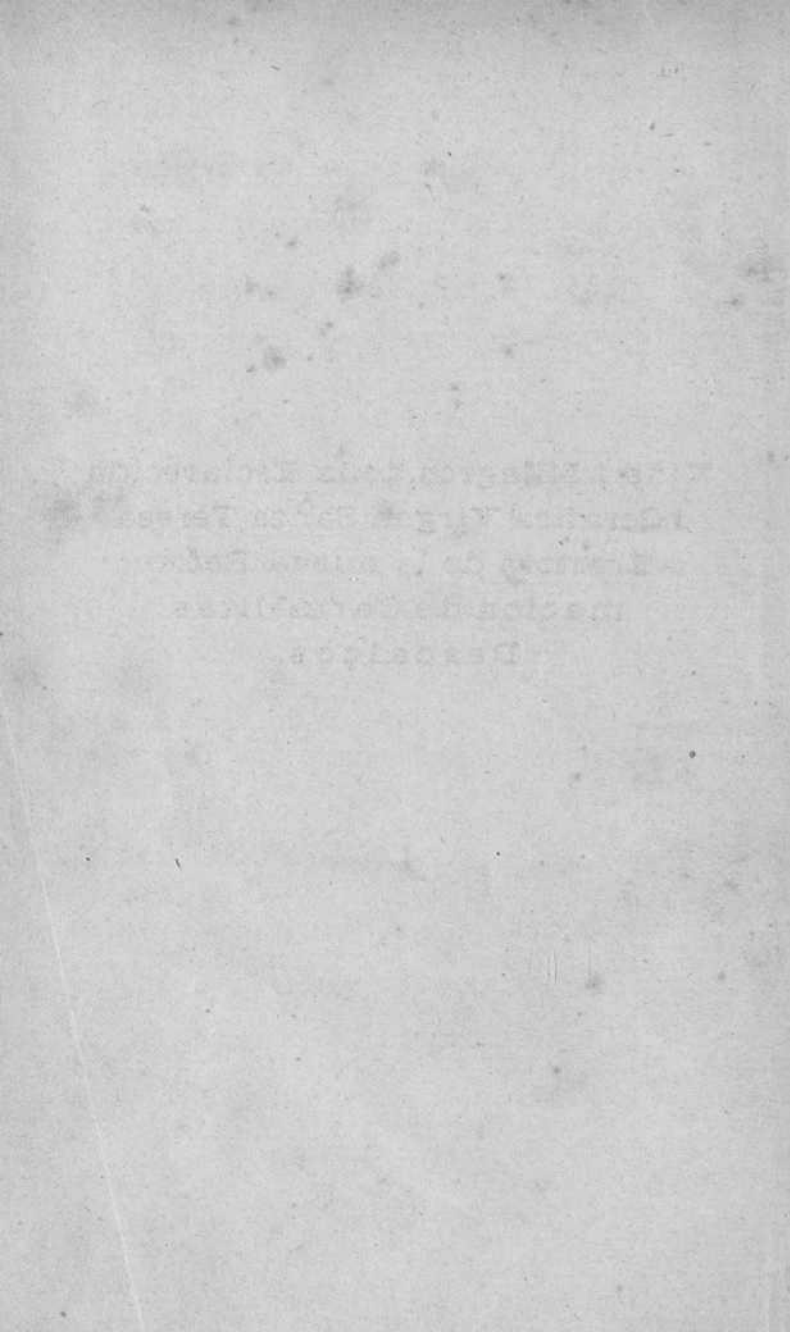


Compendio de la Historia
de la Nueva España
de Fr. Juan de Ovando
Escalante.



Vida i Milagros de la Esclarecida
i Serafica Virgen Santa Teresa
Erectora de la nueva Refor-
macion de Carmelitas
Descalços.



Vida i Milagros de la Esclarecida
i Serafica Virgen Santa Teresa
Erectora de la nueva Reforma-
cion de Carmelitas
Descalços

Por F. Antonio de la Encarnación de la
misma Orden.

En Salamanca. Año de 1614.

Feritur, Non læditur.

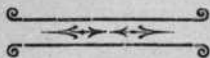
—*—

Anotada por Fr. Gerardo de San Juan de la Cruz, C. D.

Prólogo

del

Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas.



TOLEDO—1914

IMPRESA Y LIBRERÍA DE VIUDA E HIJOS DE J. PELÁEZ
COMERCIO, 55, Y LUCIO, 3.

Es propiedad. Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

Gobierno Eclesiástico
del
Arzobispado
(Sede Vacante)
—•—
TOLEDO

Por lo que a Nos corresponde, y teniendo en cuenta el informe favorable del Censor, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el Compendio de la vida de Santa Teresa de Jesús, por el R. P. Antonio de la Encarnación, Carmelita Descalzo, que desea publicar el R. P. Gerardo de San Juan de la Cruz, religioso de la misma Orden.

Hágase constar esta licencia al principio de cada uno de los ejemplares, y remítanse dos de los mismos a la Secretaría de nuestro Gobierno.

Lo decretó y firma el Ilmo. Sr. Gobernador Eclesiástico de este Arzobispado, S. V., de que certifico.

† Dr. Ramón Guerra.

Por mandado de S. S. Ilma.,
Dr. Manuel Marín del Campo,
Canónigo Penitenciario, Secretario.

Licencia de la Orden

Imprimatur.

† Fr. Clemente de los Santos Faustino y Jovita.

Prepósito General de los Carmelitas Descalzos.

23 de Mayo de 1914.

Carta dedicatoria al lector. ⁽¹⁾

Mi pensamiento ha sido, cristiano lector, reducir a suma todo lo que se ha escrito de la Seráfica Virgen Santa Teresa, y si lo alcanzo a hacer como conviene (que es bien dificultoso), parece me puedo prometer será de gusto a muchos; pues daré aechado lo que es grano de trigo, sin polvo y paja; la flor de la harina, sin el salvado; la miel dulce, sin la cera desabrida; lo blando de la nuez, sin la dureza de la cáscara; el oro precioso, sin la escoria inútil; y finalmente, compuestas en oloroso ramillete las flores que agradañ, desgajadas las espinas de prolijas digresiones que las punzañ y afeañ.

Sólo a tí, quien quiera que la legeres, te la dedico; no a grandes Príncipes ni Señores, porque ni tengo tan en precio mi trabajo que pueda dedicársele, ni es por quien esperé agradecimiento o estimación.

Miré sólo a ocuparme en el pobre y religioso retiro de una celda, tomando esto por alivio de mayores estudios.

Si en tí fuere de alguno, alaba a Dios; y si ese te faltare, encomiéndame al mismo, por el deseo que he tenido de querértele dar; y él te guarde y salve, que es lo que importa.

Fr. Antonio de la Encarnación,
Carmelita Descalzo.

Salamanca 15 de Agosto de 1614.

(1) Para facilitar la lectura se publica esta obra con la ortografía usual.

Fué hallado el manuscrito de ella en las Carmelitas de Palencia por el P. Miguel de la S. Familia, C. D.

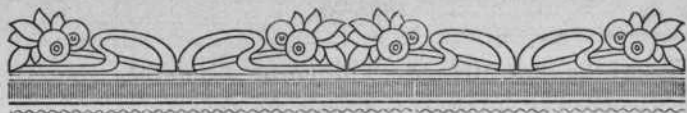
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

The University of Chicago is a leading center of research and learning in the natural and social sciences, the arts, and the humanities. It is a place where the most brilliant minds from around the world come to study and work together. The university's commitment to excellence is reflected in its rigorous academic standards and its dedication to the pursuit of knowledge for the benefit of all.

The University of Chicago is a place where the most brilliant minds from around the world come to study and work together. The university's commitment to excellence is reflected in its rigorous academic standards and its dedication to the pursuit of knowledge for the benefit of all. The university's commitment to excellence is reflected in its rigorous academic standards and its dedication to the pursuit of knowledge for the benefit of all.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
CHICAGO, ILLINOIS

The University of Chicago is a place where the most brilliant minds from around the world come to study and work together. The university's commitment to excellence is reflected in its rigorous academic standards and its dedication to the pursuit of knowledge for the benefit of all.



PRÓLOGO

UNAS cuantas docenas de palabras hilvanadas al correr de la pluma, no pueden constituir por el concepto el Prólogo de esta obra curiosísima, siquiera se consignent al comienzo; el contenido, pues, sólo responderá al epígrafe, en lo referente a la personalidad del Autor, ya que otro Carmelita (1) con dominio absoluto de la materia, en oportunas *anotaciones* esclarece y complementa, todo lo que acerca de Santa Teresa se sabe hoy, que se escudriñan al mínimo detalle los acontecimientos históricos, como no podían escudriñarse en razón del interés, hace tres siglos.

*
* *

Regía los destinos del mundo católico, el gran Pontífice Paulo V; representaba a San Fernando en la historia de España, Felipe III; la Descalcez Tere-

(1) Fr. Gerardo de San Juan de la Cruz, Definidor de la Provincia de Castilla, compilador y anotador de la edición crítica de las Obras del gran Místico, con cuyo nombre se honra.

siana iba adquiriendo ambiente a medida que se conocían los escritos de la eximia Reformadora, y a expensas de ese ambiente transpuso las fronteras; Luisa Padilla, condesa de Santa Gadea y de Buendía, tomaba en Talavera el hábito Carmelitano, para emprender la fundación de Lerma; al Padre General Alonso de Jesús y María sucedióle en el oncésimo Capítulo Fr. José de Jesús y María también; era Provincial de Castilla Fr. Luis de la Madre de Dios, y para solemnizar las grandes fiestas con que la Iglesia Católica celebrara la beatificación de la seráfica Virgen Avilesa, de aquella española extraordinaria que paseó el Hábito gloriosísimo del Carmelo por Castilla, Andalucía y Murcia, para fundar en Avila, Medina del Campo, Malagón, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca..... y Burgos, instaurando su Reforma con bríos que para sí quisiera el varón de más arrestos, de iniciativas mayores y de tenacidad más perseverante, un insigne hijo suyo, Fr. Antonio de la Encarnación, escribió la «Vida i Milagros de la Esclarecida i Serafica Virgen Santa Teresa Ercetora de la nueva Reformation de Carmelitas Descalços».

Transcurrieron tres siglos entre las incesantes mudanzas de la historia, y el manuscrito de Fr. Antonio, firmado en Salamanca en 1614, anduvo de convento en convento, ilustrando inteligencias sencillas, cautivando talentos superiores, estimulando la

virtud y el sacrificio, el amor de Dios y la mortificación de la carne, la caridad y el bien, aspiración única y síntesis suprema de la gran Santa Teresa.

Su lectura en el silencio de los refectorios y en la soledad de las celdas, era el deleite mayor del Carmelita, el incentivo más grande para perseverar en la vocación y para excitar el ansia y el deseo de oraciones y penitencias, a los chasquidos de la austera disciplina, y a los acordes del Miserere y del Te Deum, del Benedictus y De profundis.

Y para solemnizar las fiestas jubilares del tercer centenario de aquella Beatificación, se imprime este Libro, este *gran Libro*, que en lo substancial no discrepa, porque discrepar no puede, del conocimiento y juicio que Santa Teresa inspiró en todo tiempo a sus biógrafos.

La historia se diferencia de la novela, en que el narrador tiene que prescindir de los vuelos de la imaginación y de las inspiraciones de la fantasía, para atemperarse a la verdad documentada, siquiera la poesía realce la cualidad del historiador, manteniendo y aumentando el interés de relaciones no siempre amenas, como la crítica contribuye al esclarecimiento de verdades en la apariencia impatentes, pero que la deducción lógica mediante el juicio de la inteligencia, afirma y patentiza.

Ajeno el sabio al griterío ensordecedor de las luchas terribles de la humanidad con las ideas, en

ambientes por lo general revolucionarios, so pretexto de ciencia, política y sociología, penetra en los archivos, traduce manuscritos, examina documentos, comprueba datos, aquilata detalles, y en libros y monografías, artículos y discursos, difunde y comenta las fuentes exactas del conocimiento, y a estos trabajos de seria investigación, deben, la cultura mundial, la ciencia, la filosofía, las artes y la historia, el grado de esplendor, peculiar de nuestros tiempos, y la asombrosa facilidad con que hasta las propias medianías disertamos, sobre el poder de Dios, milagros de los Santos, fundamentos del orden social, vicisitudes del régimen político-económico, vidas y acontecimientos de reyes, gobernantes, reformadores, generales, literatos, artistas, pedagogos y tiranos.

El incesante rebuscar entre el polvo de las Bibliotecas para adquirir certeza documentada acerca de cuanto realizaron en el luchar eterno de la historia, generaciones madres, orgullosas y abnegadas, grandes y mezquinas, con ciencia, virtudes, amores, mortificaciones y sacrificios para ensalzar lo bueno y execrar lo malo, ante el juicio severísimo de la recta razón y de la moral verdadera, es obra de profunda cultura; por eso, para ser todo un historiador, e historiador de mujer tan extraordinaria como Teresa de Jesús, se requieren dotes extraordinarias también, aditamento difícil de la condición general que la didáctica señala. Y esta condición y aquel aditamento,

realzan por el mérito de este libro, la personalidad preclara del Autor.

La verdad en lo consignado, el acierto en el comentario, la prudencia en el juicio, la imparcialidad en la apreciación, el método en el plan, la ciencia en la materia, el buen decir, la elocuencia, literatura, dominio de la teología, y el amor, en suma, a la gran Reformadora, son circunstancias que al inmortalizar la obra, inmortalizan asimismo el nombre de Fray Antonio de la Encarnación, lo que obliga al que estas líneas escribe a averiguar de qué Fr. Antonio de la Encarnación se trata; trabajo que vale bien la pena, ahora que como nunca propende aun el menos erudito, a escudriñar, revolviendo archivos y documentos, la historia de cada hombre, con el fin de glorificarle hasta en su propio pueblo, con detalles que antaño obtuvieron sólo el deleznable honor de la insignificancia.

La portada del Libro dice «Por F. Antonio de la Encarnación de la misma Orden».

La carta dedicatoria al Lector está fechada en Salamanca a 15 de Agosto de 1614 años; y este párrafo «Miré solo á ocuparme en el pobre, i Religioso retiro de una celda; *tomando esto por alivio de mayores estudios*», denota por lo que al autor se refiere: 1.º Que Fr. Antonio sería Catedrático, Lector de estudios superiores a los meramente literarios, esto es, de Teología o Filosofía, y 2.º Que requiriéndose

para tan delicado oficio, la condición Sacerdotal, sin temor de equivocaciones, la conjetura indica, que en 1614 este Padre pasaría de los 25 años, y que bajo tal supuesto no moriría después de 1670.

Examinado el libro de difuntos de la Orden Carmelitana Reformada de 1614 a 1670, resultan cuatro Religiosos con el nombre de Fr. Antonio de la Encarnación; tres Padres y un Hermano lego.

De los tres Padres, sólo dos hay que estudiar, puesto que el fallecido en Zaragoza en 1631, a los 24 años, no podía ser Autor de la Obra de que se trata a los 7 años, con el doble carácter de Sacerdote y Catedrático.

Consta de manera indubitable por el libro de difuntos mencionado: 1.º Que en 1625, a los 66 años y 44 de profesión, falleció en Rioseco el nacido en Villavieja, entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo, y 2.º Que en 1626 murió en Jaén, a los 50 años y 30 de profesión, el nacido en Valladolid (1); cualquiera de los dos puede ser el Autor de esta Obra.

Al estudiar y publicar diferentes fragmentos de la misma, el autor de estas líneas (2) atribuyó la paternidad al primero de los Religiosos menciona-

(1) Noticias sacadas de un libro de difuntos de toda la Orden desde 1603 a 1830. Archivo de los Carmelitas de Vitoria.

(2) El Diario de Avila, 15 de Octubre de 1912 y 22 de Octubre de 1913.

dos, el nacido en Villavieja y muerto en Rioseco; pero puede asegurarse por estudios más detenidos y circunstancias evidentemente comprobadas, que la Vida i Milagros de la Esclarecida..... Santa Teresa, etcétera, tuvo por Autor al Fr. Antonio de la Encarnación, muerto en Jaén en 1626, nacido y profesado en Valladolid. Y la razón principal para que éste lo sea, es la negativa para que el otro pueda serlo; porque el Autor parece llamarse de apellido *Guevára*, por cuanto que en la página 176, hablando del Agustino P. Jerónimo de Guevára, dice «Lo qual no e dicho por alabança suya, digna de repreension en mi boca *por ser ermano mio*».

En las Crónicas de la Orden no consta el apellido de este Padre, ni se dice nada de él, pero del otro se sabe (1) que era hijo de Gaspar García y de Isabel López, y que por lo tanto no podía ser hermano de Fr. Jerónimo de Guevára.

Además, el mismo Padre tradujo la Vida de San Franco de Sena, manuscrito conservado también en el Convento de Carmelitas Descalzas de Palencia, al parecer de la misma letra, detalle este último que por sí solo nada significaría, por no ser raro, que alumnos del mismo Maestro escriban igual carácter de letra, máxime tratándose de textos de estilo clá-

(1) Crónica Carmelitana, Tomos I y IV, págs. 779 y 556 respectivamente.

sico, hechos con especial detenimiento y esmero. La circunstancia de estar dedicada la Traducción a su hermana D.^a Isabel de *Guevára*, Religiosa Clarisa en San Bernardino de Cuenca, concordada con la nota que aparece al principio de la Vida de la Santa «Este quaderno es de las Carmelitas Descalzas de la Ciudad de Palencia i se le prestó al P. Fr. Francisco de Sta M^a religioso de la misma horden y su R^a le llevó á 3 de Febrero del año de 1626 y dió palabra de volverle al mesmo conbento = + Confieso ser así lo \overline{q} aqui se dice. Fray Fran^{co} de S^{ta} M^a = rubricado» no deja lugar a duda de que este Fr. Antonio de la Encarnación se llamaba de apellido *Guevára*, y que por lo tanto no podía ser el hijo de Gaspar García; y no existiendo otros Religiosos de este nombre en aquel tiempo, a quienes poder atribuir la Obra, más que al fallecido en Jaén, éste y sólo éste puede ser el Autor. Además, en el Archivo del convento de Jaén se conservaba antiguamente un Tratado de Angeles del P. Antonio de la Encarnación, escrito en Palencia en 1613, y en Palencia se sabe que residió *Guevára*, sin que conste la residencia del García; como asimismo se sabe que fué Catedrático de Sagrada Teología, pues además del Tratado de Angeles, escribió por lo menos otros dos, y era costumbre de la Orden Carmelitana que sus Lectores escribieran las materias que explicaban, como consta por los manuscritos que se conservan en sus Archivos.

Quedamos, pues, en que la Vida de Santa Teresa que ahora se publica es de Fr. Antonio de la Encarnación, de apellido Guevára, hermano del Agustino y de la Monja Clarisa del mismo apellido antes mencionados.

Pocos datos existen de este Carmelita insigne, austero en la virtud, teólogo en el pensar, filósofo en la exposición, literato en el decir, para biografíarle en justicia a sus merecimientos.

Nació en Valladolid por el año de 1576, cuando moría Ormaneto, el *Nuncio Santo*, mejor apoyo y única esperanza de nuestros Carmelitas Descalzos por aquel entonces, y cuando la reforma Luterana había invadido la Alemania y las guerras en Flandes proporcionaban triunfos a las armas españolas, acaudilladas por capitanes del temple de los Albas, Requesens, Sancho Dávila y Juan de Austria. Tomó el hábito de la Descalcez en Valladolid en 1593, a los once años de morir Teresa de Jesús, y en Valladolid profesaba en 1594. Fué Lector de Teología en Palencia en 1613 y en Salamanca en 1614.

En este último convento residía en 1616, y en él tradujo del toscano la Vida de San Franco de Sena.

No consta en la Crónica de la Orden ni en los Archivos de sus conventos, el año en que pasara a la provincia de San Angelo de Andalucía ni el de su residencia en Antequera, pero de cierto se sabe que en Jaén halló la paz del Señor en 1626, como se ha

dicho, a los 50 años de edad y 30 de profesión religiosa, bajo el Pontificado de Urbano VIII, que canonizó a Isabel de Portugal..... a Cayetano de Tiene..... a Ignacio de Loyola, y reinando Felipe IV, cuando los españoles guerreábamos en los Países Bajos, dirigidos por el Marqués de Spínola, obteniendo victorias tan gloriosas como la Rendición de Breda, que inmortalizó Velázquez en uno de sus más famosos lienzos.

Además del Tratado de Angeles en 1613 (1), de la Vida de Santa Teresa en 1614, de la traducción de la del Carmelita San Franco en 1616, escribió el Tractatus de Deo Uno, el de Deo Trino y Apuntes para los Sermones que se predicán en los Capítulos Conventuales (2), obras desconocidas, excepto la última, para los Tratadistas de escritores Carmelitanos.

(1) Se encontraba este Tratado en el siglo XVIII en el Archivo de los Carmelitas Descalzos de Jaén, y su título era: «*Institutionum Thomistarum liber 3^{us}, qui de pure intellectualibus (creaturis pertractat) per Fratrem Antonium ab Incarnatione.—Palentiae, anno Domini 1613.*» Lo dedicó a la Virgen. En el Prólogo dice claramente que había escrito los otros dos tratados teológicos de que luego se habla, según se ve por estas palabras: «Libris de Deo duobus, tertium addimus.» «A los dos libros en que hemos tratado de Dios, añadimos ahora el tercero.» (Véase el tomo IV de las *Memorias históricas* del P. Fr. Andrés de la Encarnación, título: *Convento de Padres de Jaén.*)

(2) El Padre Marcial de San Juan Bautista dice que en el Archivo de los Carmelitas de Antequera se conservaba esta obra, escrita por Fray Antonio de la Encarnación, de cuya vida omite toda noticia. (*Bibliotheca scriptorum Carmelitarum Excalceatorum*, pág. 38.)

Obra suya probable es un Comentario en latín al Cantar de los Cantares, interpretándole de Cristo y de Santa Teresa, cuya vida toda toca en él (1). Quizás escribiera también otros Tratados de Teología, de los que hoy no se conserva noticia alguna, pues parece que su intención era publicar un curso completo de esta ciencia.

Aun concediendo a todas las obras del sabio Carmelita el aprecio que dimana de su mérito, razones de oportunidad obligan a prescindir de sus estudios científicos, traducciones y comentarios, para dedicar cuatro palabras a la Vida i Milagros de Santa Teresa.

Fr. Antonio de la Encarnación, en la Carta Dedicatoria, se revela ya como escritor fluido, correcto, dulce, que reviste con las galas de una poesía suave y rítmica, ideas profundas «Mi pensamiento a sido, Cristiano lector, reducir á suma todo lo q^e se a escrito de la Serafica Virgen S. Teresa. I si lo alcanzo a hacer..... q^e es bien dificultoso.....: daré a hechado lo q^e es grano de trigo, sin polvo i paja: la flor de la harina, sin el salvado: la miel dulce, sin la cera

(1) Hallábase en el Archivo de los Carmelitas de Jaén; y por haber muerto en este convento nuestro autor, según se ha dicho, y por la singularidad de aplicar el sagrado texto a la Vida de la Santa, se sospecha si sería obra suya. Su título era como sigue: «Commentarii in Cantica Canticorum, in quibus omnia quæ in isto libro continentur explanantur de Christo Sponso et de ejus Seraphica Sponsa ac Matre Nostra Theresia. (Véase la obra y lugar citados del Padre Fray Andrés de la Encarnación.)

desabrida: lo blando de la nuez, sin la dureza de la cáscara: el oro precioso, sin la escoria inutil».

Hablista clásico y substancioso, con todas las agudezas de su época; refiriéndose a los sabios de Avila, dice «I quando no uviere tenido otros algunos más que al Santo Obispo Tostado i a la Esclarecida Virgen Aumada, á quienes por sus muchos i admirables libros no acava de venerar el mundo..... tuvo i dió de sí tales Maestros, los quales, por su asistencia en la casa del divino saber que vieron los Profetas..... llena de fuego y umo, parece que salieron *Aumada* ésta y *Tostado* aquél».

Etimologista, gramático y retórico, ahonda en el sentido figurado con conocimientos de las lenguas madres, y dice: «Púsosele a la bendita niña..... *Teresa* no sin particular don d'el cielo..... Porque *Teresa* en las lenguas Griega i Ebreá i Latina es nombre misterioso i significativo de muchos bienes. Ca originado d'el Griego quiere decir la Milagrosa..... En el lenguaje Ebreo quiere decir..... Apacible, Agradable i Suave, por lo qual puso ese nombre Salphat nieto de Josef a la menor..... de sus ijas. I sino pronunciamos *Teresa*, sino *Taresa* quiere decir en el mismo Ebreo, La Eredera de Dios».

Pensador profundo, penetra en los arcanos de la idea y en los conceptos abstractos de la filosofía, para identificarse en su asceticismo con los anhelos de la Santa, y dice «los que buscan a Dios van i no vuel-

ven». «A los coraçones de los Virgines llaman..... los Santos Cítaras de Dios. Por que asi como de las cuerdas de la Cítara eridas con una plumilla ligera se ace suave música; asi se la acen los coraçones umildes de los Virgines..... iriendo las cuerdas de sus culpas, con las plumas ligeras de sus lenguas», «.....animada de Dios contra sí misma puso por obra sus deseos recibiendo el abito», «.....yendole faltando el gusto i el regalo en las cosas interiores, trato de dexarlas i con ellas la oracion, q^e fué como quitarse las armas con que avía de ofender á su enemigo y defenderse».

Orador de altos vuelos, tiene períodos brillantes y cadenciosos, en los que a veces el apóstrofe y los acentos sintetizan significativamente los ideas; ejemplos «I como los que navegan el mar, quanto mas se engolfan en él, tanto de mas lejos miran la tierra, asi la Santa metida en aquella nueva region de luz, començó a mirar las cosas de acá como unas mui apartadas sombras de muerte». «La medicina con que las curava (1) era tan acerba que aun solo referirla causa dolor». «Puso sus ojos i coraçón en ser obedientísima, diciendo y asentando en su alma por verdad averiguada que el no tener obediencia, es no ser monja». «Con estos tan fervorosos exercicios abrió puerta en su alma a tan grande fuego i deseo de Dios, que la acía arder en amor suyo».

(1) Las llagas producidas por la disciplina.

Catedrático de Teología, salpicó esta Obra de mero carácter literario con pensamientos que revelan el dominio de esa ciencia tan misteriosa como difícil, tan abstracta como razonable, poniendo en boca de la Santa exclamaciones que revelan el concepto, poder y atributos de Dios, verdad *in essendo* con existencia *a se*, principio y causa universal de los seres que no son El. «Así despues de este limpio ayuntamiento con Cristo no solamente su virtud i su luz la parecia a ella estaban en su alma, sino tambien su mismo espiritu de Cristo en cierta manera mezclado con el suyo, como un agua que d'el Cielo cae en un rio, que luego se mezcla con el, sin que se pueda discernir qual es el agua del rio i qual la del Cielo que en el cayo». «Dios..... fué servido de darla aquel altísimo conocimiento de las cosas divinas que los Santos llaman Teologia mística i secreta, que es una noticia de misterios profundos de Dios no adquirida por especulacion, sino infundida por el espiritu santo en los coraçones de aquellos a quienes escoge para Maestros i Doctores de su Iglesia».

Espíritu crítico, como avezado a pensar en las relaciones que existen entre la filosofia y la historia, entre lo terrenal y eterno, al tratar de la doctrina de los Libros escritos por la Santa, dice «Sant Pablo cuenta largamente sus trabajos i no calla sus revelaciones i visiones; Sant Geronimo y Sant Agustin acen lo mismo, i el libro de sus confesiones no es otra cosa

sino revelacion de su vida, no solo de pecador sino de Santo». «El modo con que la Santa escribió estos libros..... muestra no ser ella mas que un divino instrumento i que no ponía de casa, mas que la mano i la pluma». En el capítulo referente a su muerte, y como paráfrasis de la conocida letrilla

Vivo sin vivir en mi
i tan alta vida espero
que muero porque no muero,

dice «Moria porque vivía i no podía valerse con la vida, i a su parecer acia mucho en sufrirla».

No es posible continuar examinando al detalle este Libro cuya lectura por sí sola realza las condiciones y conocimientos del autor, su espíritu profundamente místico y el dominio con que trata las materias objeto de las Obras de la Doctora de Avila. Varón de insignes merecimientos y de cimentadas virtudes, no era su vivir el vivir de los entendimientos superiores enloquecidos por la pasión y envalentonados por el aplauso para engañar a la humanidad a sabiendas de que la engañan, nó; porque el gobernante como el filósofo, el seglar como el clérigo, el historiador como el crítico, en vano pretenderán abstraerse a las inmensas responsabilidades del ejercicio del poder público, de la práctica de la caridad y de la difusión de la ciencia.

Creadó el hombre por Dios a su imagen y seme-

janza, en tanto realiza su principal misión en la tierra, en cuanto se dispone y prepara *amando* y *temiendo* a glorificarle en lo perecedero y en lo eterno. Leed a Santa Teresa, que en sus Obras se encuentra la sanción del *amor* y del *temor* respecto de Dios en la alabanza y en la ofensa.

La indiferencia en la acción y la omisión y el desconocimiento del sacrificio de amor que constituye la vida de oraciones y penitencias, bajo la opresión y la molestia del sayal, de la vigilia, de la disciplina y del ayuno, síntesis de las mortificaciones de los apetitos carnales, no podía sentirla un Carmelita ascético, con ansias de perfección, un hijo de la Reforma Teresiana, un enamorado de la Descalcez.

Los episodios todos de la Vida de la gran Santa, tienen en este Libro tan acertadísima exposición, que ahora y siempre ha de resultar y resulta nuevo lo escrito hace trescientos años, y sobre la inclinación natural de Teresa de Jesús, los peligros mundanos y las asechanzas infernales que la pusieron en riesgo y [desventura de perder no sólo la devoción sino la gloria, y sobre los ejemplos inculcados en su corazón de niña, que de puro grande la comprimía el pecho y que de puro amor la devoraba el alma, hay que leer a Fr. Antonio de la Encarnación en el capítulo III, porque cada palabra encierra conceptos distintos de los expuestos por otros historiadores.

En la parte segunda de este Libro encontrará el

lector detalles curiosos que podrían llamarse inéditos, por cuanto que ninguno de los Biógrafos de la Avilesa eximia, los consignan en totalidad, por lo que quiera que sea.

En trece capítulos expone el autor, en estilo flúido y brillante que descubre las condiciones narrativas de su pluma «los singulares milagros que á obrado el Señor por intercesion de la excelente Virgen Santa Teresa» sacados de las informaciones de don Luis de Córdoba, Obispo en aquella sazón de Salamanca, y enviados a Paulo V al preparar el Proceso de la Canonización porque los milagros «sellos de Dios..... para que sean conocidos por sus amigos» son el «más ordinario testimonio i en el que la Iglesia Católica se funda mucho para certificarse de la santidad i virtud de los Santos».

Teresa de Jesús es para Fr. Antonio de la Encarnación «asilo divino de afligidos, valerosa Patrona contra todas las necesidades, Botica general donde se alla, el balsamo i medicina eficaz de toda dolencia».

En la consignación de milagros sigue un método que pudiera llamarse filosófico y ordenado, de lo principal a lo accesorio, o sea de la causa a la consecuencia, del espíritu a la materia, del alma al cuerpo.

Al exponer los obrados «en necesidades de almas, socorriendo á cada una de las potencias, memoria, entendimiento i voluntad» Fr. Antonio de la Encar-

nación no es mero narrador, aunque pretenda serlo, porque a veces, un juicio, un comentario, una frase, revelan al Catedrático de teología, al filósofo y al metafísico.

Cuando trata de las maravillas «que á obrado nuestro Señor por medio d'esta Santa Virgen, socorriendo á necesidades de cuerpos i primero á enfermos desauciados de vida i salud..... i contra las seis mas graves i mortales enfermedades que conocen los Médicos» y de otras afecciones de gravedad más o menos mortal, Fr. Antonio demuestra unos conocimientos del tecnicismo de su época y lanza juicios sobre cada una de las dolencias, que el teólogo, el filósofo y el metafísico, desaparece, substituído por el facultativo más experto en teorizar sobre el principio causal de las enfermedades, diagnosticando y pronosticando, como pudiera hacerlo el clínico más conocedor de la fisiología, de la farmacopea y terapéutica.

Y nada más sobre este gran Libro que por la sencillez en la exposición, dulzura en la frase, vigor en el concepto y amenidad en las narraciones, tiene que cautivar seguramente a sus lectores.

La Vida de Teresa de Jesús es la que informó nuestra historia en su tiempo, al escribirla Fr. Antonio de la Encarnación sin preocuparse para nada de sí mismo, y de la manera como hoy se escribe, edificó sobre documentos fehacientes, porque la verdad

es el alma de la historia, y la verdad en este caso consignada está por la pluma insuperable de la propia Santa Teresa.

*
* *

No solamente en España, sino en el mundo entero, por lo que respecta a la Seráfica Doctora, está agotada la materia (1); propios y extraños contribuyeron

(1) En prueba de esto, pongo la siguiente nota bibliográfica:

Principales autores que han publicado en español Vidas de Santa Teresa de Jesús.

- 1.º P. Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, confesor de la Santa. En un tomo. Salamanca, 1590.
- 2.º Ilmo. Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, confesor de la Santa. Un tomo. Madrid, 1599.
- 3.º P. Fr. José de Jesús María, primer historiador de la Reforma Carmelitana, escribió la vida de la Santa en el tomo 2.º y 3.º de su historia de la Reforma. No se ha publicado.
- 4.º P. Jerónimo de San José, segundo historiador de la Reforma Carmelitana, escribió la vida de la Santa latamente y con documentos importantísimos en el tomo 1.º y 2.º de su historia. Vió la luz el 1.º en Madrid, año 1537. El segundo no se ha impreso.
- 5.º P. Francisco de Santa María, tercer historiador de la Reforma Carmelitana, escribió la vida de la Santa en el tomo 1.º de su historia, publicado en Madrid en 1644.
- 6.º El P. Jerónimo Gracián, *Virtudes y fundaciones de la Santa*. Bruselas, 1611.
- 7.º Pablo Berdugo, *Vida de la Santa*, en quintillas. Un tomo. Madrid, 1615.
- 8.º Bartolomé Segura, *La Amazona Cristiana*, etc. Un tomo. Madrid, 1619.
- 9.º P. Bartolomé de la Madre de Dios, C. D., año 1622.
10. D. Miguel Lanuza, en Zaragoza, año 1657.

a difundir el conocimiento de su Vida y el de sus Obras, con fines de carácter religioso unos; con

11. Fr. Hermann de San Norberto escribió el Voto Seráfico del Manjar sólido de la perfección, en Bruselas, año 1670.

12. P. José Antonio de Butxon y Múxica. *Armónlca vida de Santa Teresa de Jesús*, en octavas reales. Un tomo, en Madrid, año 1722.

13. P. Antonio de San Joaquín, C. D. *Año Teresiano*, doce tomos en 4.º, en Madrid De 1733 al 1766.

14. P. Fr. Antonio de Jesús María, C. D. *Novendiales Teresianos*. En Pamplona, año 1738.

15. R. P. Fr. Roque Faci, C. Calzado. *Vida de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús triunfante después de muerte*. En un tomo. Zaragoza, año 1744.

16. P. Fr. Roque Faci. *Gracias de la Gracia, virtudes y doctrina de Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, gloriosa reformadora y gloria singular del Carmelo*. Un tomo en 4.º Zaragoza año 1757.

17. Año 1807. *La mujer grande, vida meditada de Santa Teresu de Jesús, enseñando como madre, maestra y doctora universal con ejemplos y doctrina*, por el P. Fr. Manuel de Santo Tomás, C. D.; En Madrid, tres tomos. Fué reimpresa por Osó para el tercer centenario de la muerte de la Santa.

18. Años 1813 y 1814. *Historia de la vida y muerte de Santa Teresa de Jesús*, por Fr. Juan de San Luis, C. D. Dos tomos. En Valencia.

19. Año 1853. P. Juan Maldonado, General que fué de los Carmelitas Descalzos, escribió un poema sobre las glorias de Santa Teresa; impreso en dicho año en Madrid.

20. P. Gregorio de Santa Salomé, C. D. *Vida de la Santa*, en un tomo. Madrid, 1882.

21. P. Bonifacio Moral, Agustino. *Vida de la Santa*, obra que fué premiada en el certamen de Salamanca de 1882. Ha sido reimpresa.

22. D.ª Isabel de Cheis. *Vida de la Santa*. Con un Prólogo de Fernández Montaña. Un tomo.

23. P. Bonifacio de la Sagrada Familia, Carmelita Descalzo. *Compendio de la vida de la Santa*. Avila, 1898.

objetivos meramente científicos otros, pero rindiendo todos el homenaje debido a la virtud y al genio, no

24. El mismo autor tradujo y publicó en español la interesante obra intitulada *España Teresiana*. Gante, 1898.

25. P. Gracián de la Madre de Dios. *Diálogos sobre la muerte de la Madre Teresa de Jesús*. Obra impresa por los Carmelitas de Burgos, aunque todavía no la han dado a luz.

26. P. Julián de Avila, compañero y confesor de la Santa. Escribió su vida, que se ha publicado en Madrid, año de 1881.

27. D. Miguel Mir. Vida la más completa de Santa Teresa, en dos gruesos tomos. Madrid, 1912.

28. Fr. Luis de León empezó a escribir la vida de la Santa, de cuyos fragmentos se aprovechó el P. Yepes. Se han publicado en la Revista Agustiniana «La Ciudad de Dios».

29. El P. Garzón, Jesuítá, publicó en 1913 otra vida de la Santa.

Vidas de la Santa en Latín.

1.º P. Juan de Jesús María, natural de Calahorra, y tres veces General de los Carmelitas de la Congregación de Italia, escribió un compendio que ofreció a Paulo V para promover la beatificación. Roma, 1609.

2.º Vida de la Santa en Imágenes, con inscripciones en latín, impresa en Amberes, 1613. Acaba de reimprimirse en Madrid.

3.º P. José Vandermoere (S. J.) *Acta Santæ Theresiæ*. Bruselas, 1845.

Vidas de la Santa en Italiano.

4.º P. Antonio Perotto, Carmelita Calzado, año 1614.

5.º P. Manuel de Jesús, C. D. Nápoles, 1672.

5.º P. Matías de Jesús María, C. D. *Vida de la Santa*, impresa en Milán, 1705.

6.º P. Ambrosio de Santa Bárbara, C. D. *Vida de la Santa*, impresa en Bolonia, 1720.

7.º P. Federico de San Antonio. *Vida de la Santa*. En dos tomos. Venecia, 1754. Es la más notable que se ha escrito en Italia sobre la Santa.

Vidas en Francés.

8.º Villefore, en 1712. París.

ya en la historia, fuente perenne de verdades que enseña y avisa, sino en la novela y en el drama (1);

(1) Teresa de Jesús, por Bravo y Tudela.

La Vierge d'Avila por Catulle Mendez, producción irrespetuosa y falsa, que de no dejar a salvo la intención del autor, constituiría del principio al fin una blasfemia.

9º Emery. *Espíritu de Santa Teresa*. Impreso en Lyón en 1719.

10. Gregoire y Collombet. Han escrito la vida de la Santa, la que citan con elogio los Bolandistas.

11. Una Carmelita Descalza, de Caen, ha escrito modernamente la vida de la Santa, según los datos de los Bolandistas. Dos tomos Es la mejor vida escrita en francés. Se ha traducido al italiano.

11. Mr. Hye Hoys. *España Teresiana o peregrinación de un flamenco a todas las fundaciones de Santa Teresa*. Impresa en Gante, premiada en Salamanca en 1832. Obra que contiene grabados y explicación. Es curiosísima y de una labor inapreciable.

Vidas en otras lenguas.

12. En alemán la escribió el P. Quirico de la Santísima Trinidad, C. D. La publicó en Múnaco, 1714.

En Flamenco.

13. El P. Elías de Santa Teresa, C. D. Publicada en Amberes, 1732.

14. P. Paulino de San Bartolomé, C. D. La escribió en verso malabárico. No se ha publicado, que yo sepa.

Otras muchas vidas se han publicado de la Santa en todas las lenguas conocidas, cuyo catálogo llenaría un volumen. Muchas, escritas por Carmelitas Descalzos, aún permanecen inéditas.

Algunas obras notables en que se escribe también sobre la vida de Santa Teresa.

1.ª P. Fr. Tomás de Jesús. *Antigüedad y Santos del orden de Nuestra Señora del Carmen*, en Salamanca, en 1599. Un tomo

fábricas de entretenimientos, de fantasías y de idealismos.

Teresa de Jesús fué la mujer más extraordinaria y de temple más genuinamente español que ornamenta la historia nacional, en la que no escasean espíritus femeninos admirables por la decisión, por el valor, por la fortaleza y perseverancia.

Peregrinaciones numerosísimas visitan estos días en Avila y Alba de Tormes su cuna y su sepulcro, para recibir con el tesoro de las Indulgencias el favor del *agradecimiento* que dispensará desde la inmortalidad la mujer *más agradecida* que pisó la tierra.

A esos peregrinos está principalmente dedicada la Vida y Milagros de la Esclarecida y Seráfica Virgen Santa Teresa que ahora se publica y a la que sirven de proemio o introducción estas modestísimas

2.^a *Las Flores del Carmelo: vidas de los Santos de Nuestra Señora del Carmen*, recogidas por el P. Fr. José de Santa Teresa, en Madrid, año 1678. Un tomo

3.^a José Antonio Ibáñez de Rentería. *Carmelo Coronado*.

4.^a Francisco de Sant Angelo. *Catálogo de los Santos Carmelitanos*. En Zaragoza, año 1608.

5.^a María de San José. *Libro de las recreaciones*. Impreso en la Revista de «El Monte Carmelo.» En la misma imprenta se ha impreso, en un volumen aparte, que en breve verá la luz.

6.^a P. Crisóstomo Enríquez. *Historia de la Venerable Ana de San Bartolomé*. Bruselas, 1632.

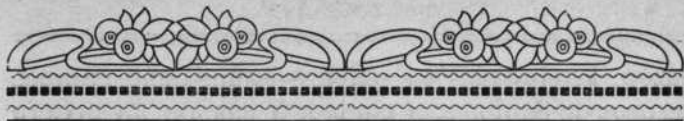
7.^a P. Angel Manrique. *Vida de la Venerable Ana de Jesús*, Bruselas, 1632, etc., etc., etc.

consideraciones con el exclusivo objeto de ofrendar a la gran Santa española testimonio de fervorosa y entusiasta devoción, siquiera en la medida correspondiente a la más insignificante pequeñez.

Bernardino de Melgar,

Marqués de San Juan de Piedras Albas.

Madrid Junio de 1914.



Parte primera.

Capítulo primero.

Del nacimiento y muestras que dió de santidad en su niñez
la Santa Virgen Teresa.

ENTRE las antiguas ciudades que de nuestra España hace memoria Tolomeo Egipcio, una es, y de las más esclarecidas, la ciudad de Avila, a quien si en tiempos de la gentilidad no faltaron grandezas por que fuese memorable, tampoco le faltan, y más ilustres, después de haber recibido la cristiana religión por quienes se eternice. Porque si se ponen los ojos en los que tuvo por maestros del Evangelio, fueron los dos Santos Segundo y Julio (1), entrambos sus primeros Prelados y Pastores; aquél discípulo del Apóstol Santiago; éste contemporáneo del Papa San Clemente, tercer sucesor de la Silla de San Pedro. Si santuarios hacen ilustres, y con

(1) El anotador de esta Vida juzga excusado entrar en averiguaciones sobre ésta y otras opiniones del autor, por no tener interés para el pueblo ni atañer gran cosa a la Historia de Santa Teresa.

razón, la ciudades en quienes están, tiene grandes tesoros de Santos esta ciudad. Y cuando no tuviera más que los bienaventurados cuerpos de los gloriosos mártires San Vicente, y Santa Cristeta, y Santa Sabina, y Santa Bárbada, y del bienaventurado San Pedro el Confesor (1), ¿quién no ve que tenía grandes tesoros?

Ni le faltan blasones ni triunfos de armas por quienes se eternice y con quienes se honre; porque es cosa maravillosa los muchos y valentísimos Capitanes que ha dado de sí, que si bien se leen las Crónicas de España, pasan de seis mil seiscientos los celebrados en ellas por sus mismos renombres, todos hijos y nacidos en esta ciudad.

De lo cual, aunque no se dijera, se ve seguir en manifiesta consecuencia ser esclarecida en linajes y familias de nobles. Y esto, a la verdad de tal manera, que no sólo es nobilísima en sí, llamándola todos *Avila de los Caballeros*, sino que comunicando su nobleza a otras ciudades, se han hecho esclarecidas muchas del reino. Y lo que admira mucho, es que no teniendo estabilidad en el bien cosa de esta vida, sola esta ciudad se conserva hoy en día contra toda la influencia de los tiempos: porque aun ahora se muestra agradable con fuertes muros, vistosas torres, edificios hermosos, sepulcros célebres, suntuosos templos, monasterios gravísimos y mausoleos de príncipes grandemente vistosos.

Ni letras ni sabiduría faltan en ella; antes iguala

(1) San Pedro del Barco, cuyo cuerpo se venera en la Basílica de San Vicente.

en esto, si ya no excede, a todo lo que he dicho. Porque ha florecido y florece de tal manera, que ha dado al mundo sabios eminentísimos, ya enseñados en los grandes monasterios de religiones que en ella hay, ya venidos de partes diversas a la Santa y Catedral Iglesia de San Segundo, su glorioso Patrón. Y cuando no hubiera tenido otros algunos más que el Santo Obispo Tostado y a la esclarecida Virgen Ahumada, a quienes por sus muchos y admirables libros no acaba de venerar el mundo, admirándose en ellos siempre de nuevo, se ve que tenía mucho de sabiduría; pues tuvo y dió de sí tales maestros, que por la grande asistencia y curso en la casa del divino saber que vieron los Profetas llena de fuego y humo, parece que salieron *Ahumada* ésta y *Tostado* aquél, declarando misteriosamente sus nombres la mucha y divina sabiduría que alcanzaron sus almas.

Nació, pues, en esta ilustrísima Ciudad de Avila esta Sagrada Virgen el año 1515 (1), teniendo el Imperio romano Maximiliano César, y el sumo Pontificado de la Iglesia León X, gobernando en Castilla D.^a Juana, madre del católico César Carlos V.

Llamáronse sus padres Alonso Sánchez de Cepeda y D.^a Beatriz de Ahumada: no sólo de noble sangre entrambos, sino también, y hace más al caso, temerosos de Dios, dignos de que les enriqueciese él mismo con un fruto tan santo (2).

(1) El día fué a 28 de Marzo, según consta por una apuntación del padre de la Santa, donde anotaba el día en que nacieron sus hijos.

(2) D. Alonso Sánchez de Cepeda fué de noble sangre. Estuvo casado dos veces; la primera con D.^a Catalina del Peso y Henao, y

Púsosele a la bendita niña por nombre Teresa, no sin particular luz del cielo, a lo que, según la correspondencia de la vida con el nombre, se puede entender. Porque Teresa en las lenguas griega, y hebrea, y latina, es nombre misterioso y significativo de muchos bienes. Ca, originado del griego, quiere decir *la milagrosa*, y por eso a algunas raras mujeres pusieron ese nombre los de aquella nación.

En el lenguaje hebreo quiere decir lo mismo que *apacible, agradable y suave*, por lo cual, puso ese nombre Salphat, nieto de José, a la menor y más agradable de sus hijas. Y si no pronunciamos Teresa, si no Taresa, que casi no difiere, quiere decir en el mismo hebreo *la heredera de Dios, la sierva de Dios, la esclava de Dios*. Mas según la lengua latina, es este nombre, nombre de ciudad y de una isla o región entera. Por todo lo cual la viene bien tal nombre a la esclarecida Virgen Teresa; pues fué en lo natural suave, apacible y agradable en extremo; en lo adquirido del cielo, milagrosa y tan rara, que

la segunda con D.^a Beatriz Dávila y Ahumada. De su primer enlace tuvo tres hijos: Juan Vázquez de Cepeda, D.^a María de Cepeda y otro varón, cuyo nombre se ignora. Del segundo tuvo nueve hijos, que fueron: Fernando de Ahumada, Rodrigo de Cepeda, Lorenzo de Cepeda, Antonio de Cepeda, Pedro de Ahumada, Jerónimo de Cepeda, Agustín de Cepeda, Juana de Ahumada y nuestra Santa, que fué la tercera por orden de nacimiento. Haremos aquí sólo memoria de Juan Vázquez, que murió Capitán de Infantería; de Fernando, que también se distinguió como valerosísimo soldado en la conquista del Perú, y Jerónimo, que siguió igualmente la carrera de las armas, en la cual hizo grandes proezas, dejando para lugar más oportuno dar una breve noticia de los otros.

que parece sólo nació para ser una esclava de Dios, una sierva de Dios y heredera de Dios, con tanto colmo de bienes de alma, que poner los ojos en ella es ponerlos en una rica ciudad, en un reino entero, en una región de bienes celestiales donde no falta cosa (1).

Desde los primeros años de su niñez dió muestras de lo mucho que después en ella se descubrió. Porque desde sus tiernos años comenzó a inclinarse a cosas mayores, dejando todos los ejercicios propios de niños. Gustaba mucho, siendo de seis años, de leer y que la contasen las vidas de los Santos, ape-

(1) Dios enriqueció a la Santa con toda clase de dones naturales y sobrenaturales. Uno de sus biógrafos nos dice que «era de buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien» (P. Ribera, *Vida de Santa Teresa*, lib. IV, cap. 1.º). Otro de sus historiadores, escribe: «Le dió (el Señor) un natural hábil..... generoso, y no soberbio; amoroso, y no pegajoso; apacible, agradecido y agradable a todos, lleno de una discreción tan admirable, que cuando se descubrió con la edad, atraía y cautivaba cuantos corazones trataba. De suerte que afirman por cierto todos los que la conocieron y trataron muchos días, que nadie la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y que, niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes que se reformase, con cuantos la veían era como la piedra imán con el hierro. Porque el aseo y buen parecer de su persona y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad, de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el Santo, el discreto y el reformado, los de más y los de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía en sí misma, quedaban como presos y cautivos de su trato» (Yepes, *Vida de Santa Teresa*, lib. I, cap. I). Por lo que toca a las gracias sobrenaturales, escribe el mismo autor, que «juntó Dios (en Santa Teresa) muchas de las gracias que suele repartir entre grandes Santos, para que fuese singular entre muchos» (Obra cit., Prólogo).

teciendo silencio y soledad; despreciando lo temporal tan fervorosamente, que aun antes de comenzar a gozar de la vida, tenía deseo de ocasiones de perderla por Cristo.

Encendiase su corazón oyendo hablar en los martirios de los Santos, y considerando sus premios mayores que sus penas, deseaba morir como ellos para alcanzarlos. Rompió en lo exterior su encendido deseo, y con más esfuerzo y generosidad de ánimo que el que su tierna edad pedía, comunicólo con un hermanito suyo, casi de iguales años, persuadiéndole buscarse con ella ocasión de cumplir tan dichoso deseo. Vino en elló el inocente hermano, y tomando entrambos niños un poco de comida para el camino, dejan la casa de sus padres y la ciudad, comenzando briosamente su jornada, determinados a llegar hasta la tierra de moros, donde les cortasen las cabezas para ser mártires.

Apresuran el paso, corren, y aunque, como a niños de tan tierna edad, a veces les faltaba el aliento, esfuérzanse, y con pláticas celestiales y fervorosas determinaciones, animan su brío.

Ea, hermano, decía la Santa niña, el camino de Dios hemos comenzado, no consiste en esto nuestra gloria, sino en correrle y acabarle con perfección. Lejos de nosotros está puesta la buena dicha; apartada está la bienaventuranza. Mira al cielo qué alto está y cómo sin trabajo y perseverancia no se puede alcanzar. Mas ¿qué no se acaba con brío y diligencia? ¿Y qué victoria sin ella se alcanzó jamás? Los que buscan a Dios van y no vuelven. Adelante, hermano, que en vano hemos comenzado si volvemos atrás.

No volvieran un paso si un tío suyo, sabida su determinación, no les fuera siguiendo, y alcanzados, les volviera a su casa con excesivo gozo de su madre, que, cuidadosa de la ausencia de sus hijos, los hacía buscar por muchas partes con grande tristeza. Riñóles lo que habían hecho, y al niño especialmente, pareciéndola habría sido el que diese la traza; mas excusándose él le respondió: «Yo, madre, fuí persuadido; que Teresica, mi hermana, tiene la culpa.» (1)

Viendo cortadas sus alas para volar al cielo, la que apenas había abierto los ojos ni puesto los pies en el mundo, buscaba mil invenciones cómo ser santa. Volvió a persuadir a su hermanito, ya que no podían ir a ser mártires, que fuesen ermitaños, edificando ermitas en la huerta de casa, en quienes imitasen las vidas de los santos antiguos. Pusiéronlo en ejecución, y como niños fabricaban ermitas pequeñas, haciendo cuenta cada uno que se había de recoger en la suya, y vivir en silencio y soledad; mostrando aun en estas niñeces la santa Virgen cómo el Señor la había escogido por medio para renovar y levantar en la antigua religión del monte Carmelo, las ya caídas y derribadas ermitas de sus Profetas.

Entretúvose en estos y otros tales ejercicios desde la edad de seis años hasta los doce, teniendo siempre en su memoria la eternidad de premios de los buenos y las penas espantables de los malos; con cuya consideración repetía fervorosa, y sentidamente

(1) En las afueras de Ávila existe una cruz rodeada de cuatro, y es tradición que allí es donde encontró D. Francisco Álvarez de Cepeda a la Santa y a su hermano.

muy a menudo; ¡para siempre!, ¡siempre!, ¡siempre! Tenían sus padres una devota imagen de Cristo Señor nuestro sentado junto al pozo de Samaria, delante de quien estaba la Samaritana diciéndole: *Señor, dadme de beber*. Ponía muchas veces sus ojos en esta imagen la fervorosa niña, repitiendo tiernamente las mismas palabras, abrasada con ardientes deseos de que Dios la diese el agua de su gracia.

Siendo de edad de trece años y medio se le murió su madre (1), y afligida se fué delante de otra devota imagen de la madre de Dios, suplicándola con muchas lágrimas la quisiese ser suya (2); y aunque lo hizo con sencillez de niña, la valió, porque conocida-mente la halló serlo en cuanto por todo el decurso de su vida la hubo menester.

(1) Acerca de las virtudes de D.^a Beatriz de Ahumada escribe su Santa hija lo que sigue: «Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.» (*Vida*, cap. I.) El fallecimiento tuvo lugar en Goterrendura, pueblecillo no muy distante de Avila, en el cual tenía D. Alonso algunas posesiones. Fué llevada a enterrar a la Iglesia de San Juan de Avila. Años más tarde, Santa Teresa tuvo una visión en que la parecía estar en el Cielo y las primeras personas que allí vió fueron su padre y su madre. (*Vida*, capítulo XXXVIII.)

(2) Se tiene como tradición que la imagen a quien rogó la Santa la tomase por hija, fué Nuestra Señora de la Caridad, que entonces se veneraba en el Oratorio de San Lázaro, situado cerca de la puerta del Adaja, y hoy se halla en la Catedral.

Capítulo II.

De los graves peligros de perderse en que se vió la Santa
los primeros años de su vida.

CRECIÓ en edad, y con ella acabó de descubrir su natural gracioso, haciéndose con él señalada y amable a cuantos la miraban. Porque era de muy buena estatura y disposición, en todo el exterior y corporal, llena de mil gracias y hermosura; el rostro redondo y lleno y de buen tamaño y proporción; el color blanco y encarnado apacible; el cabello negro y crespo; la frente ancha y lisa; los ojos negros y vivos, con un mirar lleno de gravedad; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, su punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca siempre proporcionada con el rostro, junto a la cual tenía tres lunares que la agraciaban mucho. De los ojos y frente parecían salirla muchas veces rayos de resplandor: perfección natural, aunque peregrina, advertida también por los antiguos en algunas mujeres de raro y extremado parecer, especialmente en la perfectísima belleza de la hermosa Elena, hija del Rey de Licaonia, por quien se perdió Troya.

Su entendimiento, en fin, era profundo y perspicaz, y su conversación grandemente apacible.

Mas como los grandes bienes de ordinario están ocasionados de grandes males, comenzó el demonio a tener envidia de tantos dones naturales y sobrena-

turales que en ella vió y comenzó a hacerla guerra, induciéndola a que usase mal de ellos. De tal manera la armó los lazos, que viéndose por sus muchas gracias querida de muchos, comenzó ella también a querer, y como era hermosa y discreta y apacible, arrojóse a no gustar de estar escondida, abriendo los ojos al mundo, preciándose de los aderezos y galas y buenos olores de gente moza, tomando sabor en lo que las mundanas estiman para algo.

No hacía estas cosas con mala intención, porque, como ella confiesa de sí misma, *no quisiera hubiera en el mundo quien a Dios ofendiese por su ocasión*. Leía libros de caballerías con tanto gusto, que los días y las noches se las pasaba en tan vano ejercicio (1).

Comenzaron a resfriarse sus primeros fervores y a mudársele el corazón, que antes estaba tan abrasado en Dios, en la vanidad que amaba, deseando aún el afeite y vana curiosidad de ver y ser vista, holgándose de sus pláticas y de oír sucesos de ajenas aficiones; de donde se fué ensayando su alma a lo que oía, y comenzó a amar, procurando ella misma su destruc-

(1) Además de los libros frívolos, contribuyó también, y no poco, a resfriar a la Santa en la piedad, una parienta suya, cuyos tratos eran livianos. D. Alonso, como prudente y experimentado, procuró apartar a su hija de semejante amistad; mas a causa del parentesco, no pudo estorbar completamente que entrara en su casa. Escarmentada la Santa de los gravísimos daños que causa una mala compañía, dice, y con mucha razón, que, a seguir su consejo los padres, deben cuidar que no vean sus hijos sino ejemplos buenos en la edad en que han de arraigarse en la virtud, que es la niñez y mocedad.

ción. En estas ocasiones ponen a sus hijos los padres que tienen en sus casas semejantes libros o permiten que los lean.

Pero el Señor, que la tenía escogida para engrandecer su gloria, y agraciádola con tan perfectas labores desde sus primeros años para ser fundamento de tan grande edificio, quitó muy presto al demonio la presa de las manos, no permitiendo estuviese en estas vanidades más de tres meses, ni aun dejándola en este tiempo de su mano para que no cayese en pecado mortal; el cual ni jamás tuvo, ni por la divina misericordia cometió.

Porque si alguno pudiéramos presumir hubiera tenido, hubiera de ser de aquellos a que gran parte de las mujeres son inclinadas, cuales son enemistades, rencillas, murmuraciones, y aun, a no las enfrenar la vergüenza natural y divino temor, pecados de lascivia.

Mas estuvo de todo esto tan libre la esclarecida Virgen, aun en aquellos tiempos que tanto ella lamenta, que dice de sí en el libro de su vida: *«Aunque yo era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios y no hacer algunas cosas que veo que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo. No me parece quería mal a nadie, ni era codiciosa; ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor. No era inclinada a murmurar ni decir mal de nadie, ni otras algunas cosas, que aunque tan ruin, traía temor lo más continuo. Mas quisiera yo figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma; porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué. Ni podía yo entender del todo que lo que los confesores no*

me agravaban tanto fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Dijéronme una vez, yendo yo con escúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Lástima tengo ahora a lo mucho que pasé y el poco socorro que de alguna parte tenía sino de sólo Dios, y la mucha salida que me daban para mis pasatiempos y contentos con decir eran lícitos.» Esto lo dice la Santa de todos los pecados y peligros de su mocedad.

Y si le pareciese a alguno que debió tener algunos pecados, a lo menos de pensamiento, contra la castidad y virginal pureza, por lo mucho que ella los encarece, advierta sobre lo referido de sus palabras, que causó tanta admiración el soberano don de castidad de que Dios la dotó a los confesores que la trataron, que siéndolo entre otros un gravísimo Padre de la Compañía de Jesús, dijo de ella *parecerle haber estado libre de los sentimientos y miserias de nuestra carne.*

Y confirma bien esto lo que la sucedía muchas veces después, comunicándola sus monjas, como madre y maestra, alguna tentación de este género, que se hallaba atajada; y diciendo a todas que no las entendía, vino a decir a una: «no entiendo eso, porque me ha hecho el Señor merced que en cosas de esas en toda mi vida haya tenido que confesar.» ¡Oh mujer rara! ¡Oh virgen peregrina! ¡Oh ángel celestial! Y bien ángel, porque si vivir en carne y no según carne, más es de ángeles que de humanas criaturas, como dice San Jerónimo; ángel eres y mereció tu angelical pureza viniese tiempo en que, sacándote

ángeles de las virginales entrañas el corazón angélico, se le pongan a sí mismos para hermostrar su pureza con la inefable tuya (1).

De los que sacan las preciosas margaritas de las profundidades de la mar, dice el Crisóstomo que con ninguna cosa tienen más cuidado que con ser muy castos; porque la experiencia enseña que los que no lo son pierden muy pronto el aliento debajo del agua, y se ahogan sin sacar pocas o ningunas; por lo cual llamaron muchos sabios a la castidad *anzuelo de margaritas*. Habíalo de ser el corazón de esta Santa de muchas, tanto más preciosas, cuanto lo son más las almas, imágenes vivas de Dios, que las piedras, sin alma y sin sentido, inferiores a los brutos. Y así no me maravilla, aunque me esfuerzo para no maravillarme, que ponga Dios en ella tan singular pureza. Mas pónela para que, sumiéndose este divino anzuelo en lo más hondo de trabajos y dificultades que en muchos siglos han visto humanos ojos, no pierda la debida fuerza y aliento hasta aumentar los tesoros de la Iglesia con innumerables

(1) Para que conste más claramente cómo la Santa jamás manchó la blanca estola de la inocencia, será bien oír el juicio de uno de sus confesores, el cual escribe: «En todo este tiempo se puede tener por cierto que no la dejó el Señor de su mano para que cayese del todo en pecado mortal. Porque en medio de estos pasatiempos y conversaciones, le puso dos guardas que no le daban lugar a que se arrojase o perdiese. La una y más principal, fué un natural aborrecimiento que siempre tuvo a toda deshonestidad y torpeza. La segunda un temor grande de perder su honra. Con estas dos riendas la tuvo aquel benignísimo Padre de misericordia para que no cayese.» (Yepes, *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, lib. I, cap. IV.)

y preciosas margaritas de almas de santos varones y mujeres ganadas por su industria.

Y siendo esto verdad, como lo es, ¿qué esclarecimientos son los tuyos, esclarecida Virgen, cuando hablando de tus culpas unas veces las llamas grandes maldades; otras graves pecados; otras las encareces tanto, que las subes hasta el cielo, o, por hablar mejor, las sumes hasta el abismo infernal, diciendo que le mereces? Persuadiérasme a creer haber sido mortales culpas y graves ofensas de Dios tus caídas, a no saber el modo de hablar y encarecimientos que de las más ligeras tuyas hicieron los Santos, como del gran Jerónimo se escribe, que lloraba, y encarecía sus menores descuidos como si hubieran sido muertes de hombres. Y cáeme en gusto y donaire oírte reducir tus pecados a ingratitudes, diciendo en el capítulo séptimo de tu vida: «Esto he dicho porque se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tanta ingratitud.» ¿Qué portentosa ingratitud tuviste para con Dios, Virgen prudentísima, para que des a entender fué tan grande que como pecado mortal y gravísima culpa, mereció los infiernos?

A los corazones de las vírgenes llaman las divinas Escrituras, y los santos, cítaras de Dios, porque así como de las cuerdas de la cítara heridas con una pluma ligera se hace suave música; así la hacen los corazones humildes de las vírgenes verdaderas, hiriendo las cuerdas de sus culpas con las plumas ligeras de sus lenguas. Y como el corazón y cuerpo virginal de esta divina Santa, era suave cítara de Dios, de tal manera le hiere con su lengua, y tan ligera la

trae en decir mal de sí, por hacer buena música al soberano y esposo que desea agradar, que no se contenta con menos que con decir que merecía el infierno, y que por divina revelación vió una vez en él el lugar que la estaba aparejado si iba allá. Siendo verdad que no se le mostraron pecados cometidos; sino como lugar donde viniera a parar por el camino que llevaba, si el Señor no la sacara de él. Mas ella no ignorando ser profecía de amenaza (como otras muchas de la divina Escritura hechas por Dios), hácela como de presente justicia por humillarse con eso en los ojos del mundo, para que despreciada su vida, y tocada la cítara y vihuela de su virginal fama, no sólo con sus manos, sino con las muchas pesadas de groseros entendimientos, hiciese música sobre toda manera suave a los oídos de Dios, que se agrada y recrea en la humilde virginidad. En quien de tal manera me he divertido yo viéndola en esta santa y tan heroico grado, que contra mi deseo, y lo que piden las leyes de la historia, se me ha alargado en este punto, admirable y poderoso para divertir la pluma. Y ha sido causa tan soberana pureza de que se me hayan caído inadvertidamente las palabras que escribe. Disimule el lector este breve parangón a la confesión de mi culpa, y protesta de mi enmienda si las grandezas de esta Santa me la dejan cumplir, y deben dejarme, pues la rara hermosura de su imagen no ha menester agradables florecillas, ni pintadas arboledas para su adorno.

Capítulo III.

De cómo sacó el Señor a esta Virgen de los peligros del mundo
y la trajo al estado de Religión.

Poco después que comenzó aficionarse de las solturas y libertades que hemos dicho, la ayudó mucho a volver sobre sí su cuidadoso padre. Porque temeroso de las conversaciones que en su hija veía, la recogió en un monasterio de monjas de la orden del glorioso Padre San Agustín, que se llama *Nuestra Señora de Gracia*, de la misma ciudad; religiosas mucho buenas en la opinión de santas, y en la verdad de serlo.

Criábanse en este monasterio otras doncellas seglares y nobles, y como tal, en él se recogió la Santa, o por mejor decir, la recogió su padre, para que los fervorosos ejemplos de virtud que en aquella religiosa familia había de ver, asegurasen en su alma lo que en el amor y regalo paternal, y trato de amigas mozas y familiaridad de seglares parientes, corría peligro.

Sintió a los primeros días sinsabor y disgusto, porque el hábito de vanidad y deseos de vistas y galas de que se había comenzado a vestir, no decía bien con aquella retirada y virtuosa vida. Pero como ésto era postizo y aún no bien tramado en su buen natural, cayósele presto y comenzóle a ser muy conforme a su gusto todo lo que veía en la religión.

Aquí fué el primer golpe con que el Señor la

despertó, y volvió en sí por medio de la buena compañía de una gran sierva suya, que era la que tenía a su cargo las doncellas seglares (1). Con su conversación resucitó Dios en ella los primeros deseos y comenzó a hacer rostro y guerra a lo que el sentido y la vida seglar pedía, concibiendo deseos de vida religiosa, enderezando la proa de sus pensamientos a otro puerto más cierto que el de hasta allí, destejando la tela que había tejido la vanidad.

Era entonces la Santa de edad de dieciséis (2) años, y estuvo año y medio en este Monasterio con grande gusto de todas. Enfermó, en fin, en él, y fuéle forzoso salir a curarse en casa de sus deudos, en donde, aficionada a leer las celestiales epístolas de San Jerónimo, tomó la última resolución de renunciar el mundo (3). Tratólo con su padre, y

(1) Llamábase esta religiosa D.^a María de Briceño, y era de una familia principal de Avila.

(2) Algunos historiadores han dicho que tenía entonces Santa Teresa catorce años; mas esto no es lo cierto.

(3) Los hechos sucedieron de este modo: Salida la Santa del Monasterio de Gracia, moró en casa de su padre hasta tanto que recobró la salud perdida. Mas, sin duda para que se restableciera completamente, la enviaron a un lugar de la sierra llamado Castellanos de la Cañada, en casa de su hermana D.^a María de Cepeda, casada con un hombre principal de aquel pueblo, cuyo nombre era Martín Guzmán Barrientos. En su ida detúvose algunos días en Hortigosa en casa de D. Pedro de Cepeda, hermano de su padre. Era D. Pedro hombre de rara virtud, amigo de conversar en cosas santas, amante del retiro y de buenos libros, los cuales hacía que su sobrina le leyese en el tiempo que con él moró. Con esta lectura y la santa conversación de su tío, vino a entender la Santa, como ella dice, la verdad de cuando niña, a saber, la nada de todo y la vanidad del

hallando en él notable contradicción, siguiendo el consejo del mismo Santo, caminó a Cristo, determinada de hollar al mismo que la engendró si quisiese impedírselo. Dejó su casa, enderezando su camino al Monasterio de la Encarnación de Monjas Carmelitas, en la misma ciudad. Mas como el amor era nuevo y el espíritu no ejercitado, iba por el camino con tan grande contradicción de su alma, que la parecía era poco menos que arrancársele del cuerpo, pareciéndola que cada hueso se la arrancaba de por sí. Mas animada de Dios contra sí misma, puso por obra sus deseos, recibiendo el hábito de Nuestra Señora del Carmen, con gran gusto de todas las religiosas (1).

mundo. Desde este tiempo quedó otra vez amiga de buenos libros, lo que la dió la vida, según ella misma escribe.

(1) Cuando la Santa tomó la resolución de ser monja, le pidió licencia a su padre, la cual éste le negó, a pesar de ser hombre de tan rara virtud; ¡que tanto suele cegar a los padres el amor que tienen a sus hijos! Mas como quiera que Santa Teresa, una vez conocida la voluntad de Dios y determinada a cumplirla, no retrocedía por más obstáculos que se la presentasen, siguió adelante en sus intentos; y así una mañana sin decir nada a su padre, se encaminó al convento de la Encarnación, acompañándola su hermano D. Antonio de Ahumada, a quien ella había persuadido dejase también el mundo. Las religiosas de la Encarnación dieron aviso de lo que pasaba a D. Alonso de Cepeda, el cual, vista la determinación de su hija, aunque sentía a par de muerte separarse de ella, la dió su licencia y el dote conveniente, según consta claramente por varias escrituras.

Acerca de la edad que tenía la Santa cuando entró religiosa, ha sido muy vario el parecer de los autores. Unos han dicho que tenía dieciocho años; otros, diecinueve; otros, veinte; y finalmente otros, veintiuno. Esta es la opinión de nuestros historiadores carmelitanos, y hoy día consta que es la que está en lo cierto. Para demostrarlo

Dióla luego Dios a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle; porque, a la hora, le dió un tan grande contento de tener aquel estado, que jamás en su vida le faltó. Allaná los montes de dificultades que antes se le ponían delante, y púsola deleite y gusto en todas las cosas de la religión; y viéndose en aquel puerto seguro, comenzó a mirar como desde una alta roca los peligros pasados, y considerando los que había tenido en el mundo y las

aduciré algunas pruebas. Primeramente tenemos la escritura de dación de la Santa, la cual se hizo a 31 de Octubre de 1536. En ella se dice terminantemente, que la Santa se hallaba ya en el convento y no había tomado el hábito, como se verá por las cláusulas siguientes. «Estando presente en el dicho monasterio con las dichas señoras religiosas *tras las redes de él*, la Sra. D. Teresa de Ahumada, hija de los Sres. Alonso Sánchez de Cepeda y D.^a Beatriz de Ahumada su mujer ya difunta, que sea en gloria; estando asimismo presente en el dicho locutorio *fuera de las redes*, por la parte de afuera el dicho Sr. Alonso de Cepeda en presencia de mí el Notario público y testigos infrascritos. Luego la dicha Sra. Priora, Monjas y convento, dijeron que por cuanto ellas tenían concertado con el dicho Sr. Alonso de Cepeda de recibir en el dicho Monasterio por monja y religiosa de velo y de coro de dicho Monasterio a la dicha Sra. Teresa de Ahumada, su hija, que presente estaba, con el dote y según que adelante se hará mención; por ende todas unánimes y conformes... dijeron que recibían y recibieron desde ahora por monja de velo y de coro del dicho Monasterio a la dicha D.^a Teresa de Ahumada » Háblase a continuación del dote y luego se dice: «Y más, ha de dar de presente a la entrada (esto es cuando tomare el hábito,) una colación para todo el convento y velas de cera».

Tenemos en segundo lugar, la renuncia que hizo la Santa en el mismo día y año de la legítima de su hermano Rodrigo, pues al irse a las Américas la había constituido heredera suya. Transcribiremos este documento por su importancia y por ser desconocido. Dice así «Sepan cuantos esta carta de cesión y renunciación vieren, como

misericordias que el Señor la había hecho en sacarla de él, deshaciase en lágrimas, agradeciendo lo uno y doliéndose de lo otro; y fueron tan continuos sus gemidos, que alcanzó del Señor *don de lágrimas*, compañero inseparable suyo toda la vida.

No contento con ésto el Señor, quiso poner más apretado freno a su edad y lozanía, quitándola la salud y poniendo en ella unos grandes desmayos y mal de corazón y otras muchas y graves enfermedades que

yo, D.^a Teresa de Ahumada, hija de Alonso Sánchez de Cepeda y de D.^a Beatriz de Ahumada su mujer, ya difunta, que Dios haya en gloria, mis señores padres, vecina de la noble ciudad de Avila, con licencia y autoridad y expreso consentimiento, que (para lo que suyo se hará mención) pido y suplico a vos el dicho Alonso Sánchez de Cepeda, mi señor y padre que presente estáis (y yo el dicho Alonso Sánchez de Cepeda, que presente estoy, así lo otorgo y conozco que doy y otorgo la dicha licencia a vos la dicha D.^a Teresa de Ahumada, mi hija, para lo que de suyo contenido y para cada cosa de ello y consiento en ello, la cual licencia me obligo de no revocar ni contradecir ahora ni en tiempo alguno so obligación que hago de mi persona y bienes.) Por ende yo la dicha D.^a Teresa aceptando (como acepto) la dicha licencia y usando de ella, digo: que por cuanto yo estoy determinada (si plugiese a la voluntad de Dios Nuestro Señor) de entrar en religión y *recibir el hábito de Nuestra Señora, en el monasterio y casa de la Encarnación*, extramuros de esta ciudad, y dejar este mundo y las cosas de él, como vanas y transitorias como siempre por mí ha sido deseado (para la cual entrada há muchos días que pedí licencia al dicho Alonso Sánchez, mi señor; la cual él me ha dado con su bendición, y me dota suficientemente según lo tiene concertado con la Sra. Priora y convento de dicho monasterio). Y por cuanto Rodrigo de Cepeda, mi hermano, que está ausente, en su testamento... me mandó la legítima que a él le pertenecía de la dicha D.^a Beatriz de Ahumada nuestra madre, ya difunta: Por ende otorgo y reconozco por esta presente carta, que cedo y renuncio y traspaso para siempre jamás en D.^a Juana de Ahumada mi hermana, que está

del todo la privaban del sentido. Sufríalas con grande igualdad de ánimo la Santa, trayendo muy de ordinario en su pensamiento las palabras de Job: «¿Si recibimos los bienes de la mano de Dios, por qué no recibiremos igualmente y sufriremos los males?»

Cuidadoso su padre de tan grave enfermedad, y deseoso de su salud, sacóla por algunos días del Monasterio para curarla. Apretóla tanto en estos días el mal, que estando en lo más recio del día de la Asunción a los cielos de Nuestra Señora, la dió un tan grande y largo paroxismo, que estuvo cuatro días sin sentido, como muerta. Diéronla el Sacramento de la Unción; decíanla el Credo, y estaba la sepultura abierta en su Monasterio, y las monjas con grande sentimiento, aguardando el cuerpo para enterrarle, y aun hechas las honras en un Convento de

ausente, bien como si estuviese presente, para ella y sus herederos y sucesores, la legítima que de la dicha nuestra madre pertenece al dicho Rodrigo de Cepeda mi hermano, según y de la manera que el dicho Rodrigo de Cepeda me la mandó y manda por su testamento....

En tercer lugar tenemos otra escritura fechada a 28 de 1537, en la que el padre de la Santa dice que «por cuanto su hija era de próximo para hacer la profesión y quedó en su elección de él darla o 200 ducados o 25 fanegas de pan de renta, determinaba darla esto segundo.»

El día que tomó la Santa el hábito, fué el 2 de Noviembre.

Por cuanto aquí se ha hecho mención de sus dos hermanos Rodrigo y Antonio, diré dos palabras acerca de ellos. El primero fué Capitán en el Río de la Plata, y murió en su conquista. Santa Teresa le tenía por mártir. El segundo pidió el hábito en Santo Tomás de Avila, y no fué recibido por los Dominicos hasta saber si era gustoso de ello su padre con quien tenían estrecha amistad. Después entró Jerónimo, mas enfermó de tal suerte, que no pudo perseverar. Más tarde pasó al Perú y murió en la célebre batalla de Iñaquito.

Religiosos de la misma Orden, a quienes se había dado aviso como era muerta. Y estábalo tanto al parecer, que la hubieran enterrado si su padre muchas veces no lo estorbara, respondiendo con gran dolor a los que le decían que la enterrase: «Déjenme, que esta hija no es para enterrar» (1).

Al cabo de cuatro días, volvió en su sentido; y hallándose con la cera de las luces funerales en los ojos y los de su padre y hermano llenos de lágrimas, comenzó a decir «que para qué la habían llamado, que estaba en el cielo, y que su padre y otra Monja de la Encarnación, amiga suya, llamada Juana Juárez, se habían de salvar por medio suyo. Y que había visto muchos Monasterios que había de fundar y gran número de almas que se habían de salvar por su ocasión. Que había de morir Santa, y que en su sepulcro se había de poner un paño de brocado.» Esto dijo entonces, y muchas veces después se corría de haberlo dicho, diciendo haber sido disparates y frenesí; mas los efectos han mostrado no lo haber sido sino singular revelación y favor suyo (2).

(1) En esta enfermedad, velando una noche a la Santa, su hermano D. Lorenzo, que era aún muchacho, se durmió, y acabándose una vela puesta sobre la cama, la prendió fuego, y por poco no se quemó la enferma.

(2) En este tiempo, llevaron a la Santa a curarse a un lugar llamado Becedas, donde después de sufrir lo increíble, la dejaron peor que estaba. No fué, sin embargo, inútil su estancia en aquel pueblo, pues por su medio sacó Dios a un alma de mal estado.

Capítulo IV.

Cómo Jesucristo Señor Nuestro se le apareció a la Santa para que se le determinase a servirle de veras.

MITIGÁNDOSE aquellos dolores tan agudos y tan continuos, volvió a su monasterio con el cuerpo, como ella escribe, peor que muerto. La lengua morrida y hecha pedazos, tullidos los pies y descoyuntados todos los huesos de su cuerpo, encogido y hecho como un ovillo. Consideró la Santa que pues los médicos de la tierra no la sanaban, era bien acudir a los del Cielo. Hízolo y con tanta instancia de misas y oraciones (mano cruzada y valiente ejército para alcanzar de Dios lo que el alma desea, como dice Tertuliano) que sanó de esta enfermedad (1).

Muy rendida tenía el demonio las armas mientras estaba afligida la Santa Virgen con tan grandes trabajos, y apenas la vió con salud, cuando le pareció las podía volver a tomar y con ellas esperanzas de cogerla en sus redes haciéndola volver atrás. Procurólo aprovechándose del apacible natural de la Santa, acomodado para aficionar y atraer así todos cuantos hablaba. Comenzóla a meter en ocasiones, trayén-

(1) Alcanzó la salud por la intercesión de San José, cuya devoción se ha propagado por todo el mundo merced a los encomios que la Santa ha hecho de su poder.

dola personas discretas que cuadrasen más con su condición. Y aunque la Santa volvía sobre sí y destruía con el retiro del Oratorio el dañoso entretenimiento de la red, de tal manera el demonio la saboreaba las pláticas, que la vino a rendir, no a que cometiese cosa que claramente fuese ofensa de Dios, sino a que gustase de algunas conversaciones, aunque no feas ni torpes, pero con demasía.

Enredóla en ellas de tal manera el demonio, que comenzó de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterse en muy grandes, y a andar tan estragada su alma en muchas vanidades, que yéndola faltando el gusto y el regalo en las cosas interiores, trató de dejarlas y con ellas la oración, que fué como quitarse las armas con que había de ofender a su enemigo y defenderse así. Soltó aquí la rienda a todo lo que su gusto y apetito le pedía como declaradamente no fuese pecado mortal, de que por ventura estaba bien cerca, si el Señor, en medio de estos pasatiempos, no la diera a entender que no la convenían aquellas amistades. Llamaba muchas veces a su corazón con pensamientos santos y voces interiores. Y no bastando con ella inspiraciones, determinó de aparecérsese en muy lastimosa representación poderosa para volverla en sí.

Estaba la Virgen Teresa en aquella sazón en la portería del Monasterio con una persona, bien al principio de conocerla, cuando se le puso delante una imagen grande de Cristo Señor Nuestro como persona viva atado a una columna muy llagado y sangriento, en un brazo junto al codo desgarrado un pedazo de carne, mirándola con ojos lastimosos y llorosos,

dándola con ellos a entender que se desplazía mucho de semejantes conversaciones.

Juntó el Señor a esta visión otra muy espantosa, echando mano de instrumentos horribles, significadores de la fealdad de la culpa, para apartarla de ocasiones por quienes en ella pudiese caer. Así, estando con la misma persona, vieron venir hacia sí un grande escuerzo o sapo espantoso de mucha mayor grandeza y ligereza que suelen tener. Causó en ella la primera visión admiración y lástima; la última horror y espanto, y entendió, no habiendo en la pieza parte de donde pudiese salir tan espantable monstruo, ser misericordioso aviso del Cielo, y lo uno y lo otro llamamientos y aldabadas de Dios (1).

Juntóse a esto la muerte de su padre, de que cum-pugida por el grande amor que le había tenido, (2)

(1) Porque el lector podría concebir sospechas de si la Santa cometió pecado grave en este tiempo, pongo aquí el juicio de uno de sus confesores, que dice de esta manera:

«Y así en todo este tiempo, la tuvo el Señor de su mano, para que no cayese en ninguna, y aunque ella, muchas veces contando su vida, se lamenta de sí misma, encareciendo sus culpas, y agravando sus pecados, es esa propia condición de los justos y de los que aman a Dios tiernamente; que de la sombra del aire y del sueño se recatan, y hacen de los mosquitos elefantes, buscando siempre ocasión de humillarse. Así como los que no aman, pasan muy a la ligera por grandes culpas, y cuando vienen a sentir algunas, son tan graves, que merecen el infierno. Y a donde a los Santos espanta la sombra de un pecado venial, no les hace peso a los perdidos cien mil mortales» (Yepes, *Vida de la Santa*, lib. I, cap. VIII).

(2) La preciosa muerte de D. Alonso Sánchez de Cepeda, narra Santa Teresa de este modo:

«En este tiempo, dice, dió a mi padre la enfermedad de que

pareciéndola ser todas trazas de Dios para traerla a sí, determinó de confesarse con un docto religioso de la orden de Santo Domingo, por quien sabidos sus

murió, que duró algunos días. Fuíle yo a curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo en muchas vanidades, *aunque no de manera que, a cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo*; porque entendiéndolo yo en ninguna manera estuviera. Pasé hartó trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de lo que él había pasado en las mías. Con estar yo hartó mala, me esforzaba; y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando vía acabar su vida, porque le quería mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morirse; los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremanución; el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él; y que siempre le sirviésemos; que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido; que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dió el Señor a entender no había de vivir; porque antes de éstos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía de ello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz a cuestas, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto de sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del Credo, diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel; y así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena.» (*Vida de la Santa*, por ella misma, cap. VII.) Poco después añade: «Decía su confesor,

distrainientos y los ardidés con que el demonio la había divertido, persuadióla fervorosamente que se redujese a Dios y volviese al ejercicio santo de la oración que solía tener. Obedecióle la Santa, y reconocido su engaño volvió a atar el hilo de sus espirituales ejercicios, tantas veces cortado, no dejándolos de allí en adelante hasta el fin de la vida.

Frisaba en esta sazón en los treinta años, y hasta los cuarenta y tres padeció tantas contradicciones del demonio y sequedades y tristezas en su alma recogiendo se a orar, que confesaba de si no hubiera penitencia ni martirio por penoso que fuera que no le acometiera de mejor gana que recogerse a la oración. Tantos años de pena permitió Dios padeciese esta Santa por los ligeros gustos de un año que le duraron, a lo más largo, sus pasatiempos. Y así lo tiene amenazado por

que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al Cielo, porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.»

Acerca del lugar en que fué enterrado D. Alonso Sánchez, cumple decir, que hasta ahora se ha venido afirmando que lo fué en la Iglesia de San Francisco. (Véase D. Miguel Mir, *Vida de Santa Teresa*, tomo I, pág. 144.) Sin embargo, parece que no es esto lo cierto por lo que ahora diré. A mediados del siglo XVII, el Padre Antonio de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo, conocido por sus obras sobre la Sagrada Escritura, examinó la sepultura en que se creía estar enterrado y vió que la inscripción decía: «Aquí yacen los muy ilustres señores Francisco Alvarez de Cepeda y D.^a María de Ahumada, su mujer.» Examinando después el testamento original de estos señores, se cercioró cómo efectivamente se habían mandado enterrar en dicha sepultura.

Creo, por tanto, que D. Alonso Sánchez se debe hallar sepultado juntamente con su esposa en la Iglesia de San Juan.

un Profeta, diciendo: Darles hé a los que se apartan de mi voluntad, año de pena por día de placer, para que conozcan por la amargura de la purga la grave enfermedad de sus apetitos.

En todos estos años de sequedades e inviernos de su espíritu, guardó Dios con ella un divino artificio. Porque la daba luego que entraba en oración grandes sentimientos y lágrimas por sus faltas y culpas cometidas; mas cesaba presto aquella celestial influencia, y seguíase tras ella sequedad y guerra en la imaginación, escondiéndose Dios y retirándose. Volvió a afligir con enfermedad a la que se le quería ir por salud, dándola por todos estos años penosísimos vómitos y graves dolores de corazón, fuera de otros grandes trabajos que padecía.

Aunque afligida y guerreada por tantas partes, nunca la Santa perdió los ejercicios de la oración ni los estribos de la paciencia; antes cansada ya con tan prolija batalla de sí misma, conocida la poquedad de sus fuerzas para entregarse a Dios, desconfiada de ellas y sólo confiada en las divinas, entrando en su oratorio, en que tenía una imagen de Cristo Señor Nuestro muy llagado y herido, hecha un río de lágrimas, se le arrojó delante, rasgando en presencia suya su corazón con clamores y gemidos dolorosos. Repetía muchas veces: *Señor mío y Dios mío, no me levantaré de aquí hasta que me hagáis esta merced.* Y la merced que pedía era fortaleza para nunca ofenderle. Repetía con singular sentimiento lo que antes de su última determinación decía muchas veces San Agustín: *¡Hasta cuándo, Señor!, ¡hasta cuándo, Señor! Mañana, ¿mañana? Por qué no ahora? ¿Por qué no*

ahora? ¿Por qué no se acabará el fin de mi tibieza? Ya anda cansada mi alma, y aunque quiere, no la dejan descansar en vos sus ruines costumbres. ¡Oh llagas de mi Dios, el corazón se me parte por lo mal que he agradecido vuestros dolores! Fortalecedme ya. Señor, de una vez para no os ofender. (1)

(1) Acabó de mudarse completamente su corazón con la lectura de las *Confesiones de San Agustín*. De donde se ve que los buenos libros contribuyeron poderosamente e elevarla a la cumbre de la santidad. Saquemos de esto una resolución práctica.

Capítulo V

De la rigurosa vida que comenzó a hacer esta bendita Virgen.

No fué sin fruto su fervorosa oración, porque salió de aquí tan otra en el espíritu, que comenzó a conocer claramente la multitud de las grandezas divinas. Comenzó desde este punto a no osar levantar los ojos de la tierra, y a levantarlos muchas veces al cielo para ver lo mucho que a Dios debía. Comenzó a parecerle que todo la venía muy ancho y que no merecía la tierra que pisaba. Comenzó a desear que todas las criaturas se volviesen contra ella y tomasen venganza de las ofensas que había cometido contra su Criador. Comenzó a parecerle vivía en otro mundo, y que la había metido Dios en otro nuevo hemisferio. Y como los que navegan el mar, cuanto más se engolfan en él, tanto de más lejos miran la tierra, así la Santa, metida en aquella nueva región de luz, comenzó a mirar las cosas de acá como unas muy apartadas sombras de muerte. Y en fin, como vecina a la celestial Jerusalén, comenzó desde aquel día a ser peregrina en esta tierra de confusión, no pegando el corazón a alguna de todas las criaturas, por tenerle ya fijo en su Criador.

Con esta determinación puso las manos tan fuertemente en el castigo del cuerpo, que mostró bien el grande aborrecimiento que le tenía. Vistióse luego

de un cilicio de hoja de lata, hecho y agujereado a modo de rallo, con el cual a poco tiempo quedó toda su carne hecha una llaga. Tomaba disciplinas muy ordinarias y rigurosas, unas veces con ortigas, otras, y eran las más, con una llaves y cadenas, hasta bañarse en sangre y regar la tierra de manera, que corrían por ella rojos arroyos, haciendo llagas en su cuerpo tan enconadas, que después corrían de ellas mucha materia. La medicina con que las curaba era tan acerba, que aun sólo referirla causa dolor. Porque no era otra sino renovarlas con nuevos golpes y azotes, tomando por cura la causa de la herida, y encarnizada en sí misma y cebada con el gusto que daba a Dios, ya sólo dueño suyo, con este sacrificio de su cuerpo, buscaba mil modos como más afligirse; así vino a extremo de juntar muchas zarras, y desnudando su cuerpo, entrarse por ellas revolviéndose sobre todas como si fuera sobre alguna regalada cama de rosas, con grande devoción y dolor, acordándose y lastimándose, no tanto de las espinas que la punzaban, cuanto de las que atravesaron las sienes y cabeza de su Señor y de la dolorosa cama de la cruz donde perdió la vida. El lecho en que tomaba su afligido cuerpo el descanso y sueño necesario, era un accillo de paja; sobre él reclinaba su cabeza y daba reposo a sus miembros, fatigados con las enfermedades y penitencias, no admitiendo jamás colchón ni otro regalo de lienzo, si no llegaba a extrema necesidad. A raíz de su cuerpo, sobre el cilicio, trajo siempre una túnica de lana. Sus ayunos y abstinencias eran muy rigurosos, siendo su más regalada comida, o un huevo, o alguna sardina, o algunas legumbres; y

cuando la apretaba mucho la necesidad, tenía por el último de sus regalos comer un poco de pan frito en aceite. No bebió jamás vino, ni comió carne sino con grave enfermedad y apremiada entonces con estrechos mandamientos de confesores; y cuando la comía, no gallinas ni aves regaladas por mucho que las religiosas la persuadiesen.

Amó tanto la pobreza, que sólo ponía su gusto en traer hábitos pobres y remendados, vistiéndose de los andrajos de las demás. Y aunque tenía natural inclinación a la limpieza y aseo, aborreció grandemente en sí misma toda curiosidad. Trabajaba de manos para ganar la comida como pobre y para hacer limosnas, siendo para los necesitados muy compasiva. Puso sus ojos y corazón en ser obedientísima, diciendo y asentando en su alma por verdad averiguada, *que el no tener obediencia, es no ser monja*. Así admira ver la que en todo tuvo a sus superiores y confesores, permitiendo Dios la mandasen algunas cosas sin pies ni cabeza, para que quedase por ejemplar de peregrina obediencia su rendimiento.

Con estos tan fervorosos ejercicios, abrió puerta en su alma a tan grande fuego y deseo de Dios, que la hacía arder en amor suyo. Acostumbróse a un altísimo modo de oración, que era traer presente dentro de su alma a Cristo con quien hablaba, con quien se regalaba y a quien descubría sus penas y pedía remedio. Veníanle algunas veces unos tan grandes sentimientos de esta presencia, que en ninguna manera podía dudar estaba dentro de sí, o ella tan engolfada en él, que todo la parecía estar absorta, y en hecho de verdad lo estaba muchas veces, suspendidas sus

potencias y ocupada en Dios toda su alma sin dejarla libre para otra cosa, quedando con una especie de desmayo, muda y sin sentido, para todo lo que no era aquel gozo y abrazo. Estaba una vez en oración suplicando a Dios la diese gracia para agradecerle en todo, cuando la vino un tan grande arrobamiento, que la que la sacó de sí oyendo una voz de la divina Majestad la dijo: *«ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.»* Fué bien de Dios esta palabra, porque como su decir es hacer, así le borró con ella del alma todas las aficiones del mundo, como si no hubiera nacido en él, sino en el Cielo, dejándola sólo aficionada a las cosas de allá.

Capítulo VII.

De las grandes contradicciones del demonio y del mundo que padeció la Santa.

FUE ésta la primera vez que tuvo arrobamiento, y desde allí adelante, de ordinario la visitaba el Señor con semejantes hablas y con un trato tan amoroso, que pudiera espantar si el suceso de él no asegurara a todos. Mas como siempre andan como hermanadas las mercedes del cielo con la cruz, y siempre junta Dios en esta vida con sus favores algunos trabajos, porque no se desvanezca nuestro flaco natural, pusiéronla en muy grandes estas hablas y regalos divinos, porque comenzó el demonio a hacer guerra a la Santa, persuadiendo a que escarneciesen de ella y la gritasen las personas que con ella trataban, y aun las que no trataban, diciendo eran aquellos extremos para engañar al mundo y para hacer a los otros ruines, habiendo muchos mejores cristianos que ella, sin aquellas ceremonias y novedades. También eran del mismo parecer sus confesores, porque como la humilde Santa no les callase cosa, comenzaron a dudar y temer, pareciéndoles que las apariciones y visiones de Cristo eran muchas y continuas, y que era muy grande crecimiento para tan de repente. Permitía Dios que no considerasen ni tomasen en cuenta tantos años de

trabajos ni sequedades como la Santa padeció, para que se acrisolase más el oro de su virtud, y para que la duda y obstinación de ellos quitase la nuestra y la que estos tiempos tan incrédulos de santidades podían tener. Persuadiéronse sus confesores de que era el demonio el que con regalos tan inefables consolaba a la Santa, y juzgaron ser menester conjuros para expelerle, rindiéndose a todo la afligida Virgen sin contradecir.

Llegó a tal extremo, que la mandó su confesor que, siempre que viese al que ella pensaba, y él la decía que era Cristo, se santiguase y le diese higas y tuviese por verdad averiguada que era demonio. Terrible obediencia; asegurándose las revelaciones y visiones a sí mismas, y diciéndola en ellas el mismo Cristo: *No tengas miedo, hija, que yo soy; no te desampararé; no temas.* Así la puso este inhumano mandamiento en la mayor perplejidad y aprieto que jamás tuvo. Porque, por otra parte, miraba en su confesor a Dios y parecíala ser el mismo el que se lo mandaba. Por otra parte, le parecía que si el confesor representaba a Dios, y por eso le había de obedecer, debía obedecer mejor al mismo Dios, a quien veía, y sentía, y hablaba, con seguridad y quietud de su interior de que era él. Al fin se resolvió de seguir lo más cierto, que es el obedecer, y cautivando su juicio todo cuanto ella pudo, determinó de huir de Dios por Dios y hacer lo que el confesor la mandaba, no haciendo caso de su propio juicio y sentimiento más que si no fuera. Santiguábase y daba higas (contra todo lo que a ella le parecía) al Señor de los ángeles, cuando se le mostraba, y por no andarse

santiguando tantas veces, tomó por costumbre tener una cruz en la mano. Suplicábale con grande humildad y lágrimas la perdonase, porque lo hacía por obediencia del que representaba su persona y estaba en su lugar. Vivía en estos tiempos la Santa con gran pena, y comenzó a temerse a sí misma con un congojado temor de ser engañada. Hacía sobre ello oración al Señor y a los gloriosos príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo, suplicándoles con lágrimas la diesen luz y no permitiesen fuese engañada. Un día de estos Santos Apóstoles, se le apareció Cristo acompañado de ellos, y consolándola, la dijo; «Estos te guardarán: bien haces en obedecer; no tengas pena, que yo haré se descubra la verdad.»

No pararon aquí los confesores, sino como se habían aferrado en que era demonio, la mandaron dejase la oración y comunicación interior con Dios Nuestro Señor. De lo cual enojado el mismo Cristo, la mandó les dijese *que ya aquello pasaba en tiranía.*

No cesaban por esto las visiones, y divinas mercedes del Cielo, antes se le comunicaban en mayor abundancia. Estando una vez entre otras el Señor con esta Santa Virgen, teniendo ella en la mano aquella cruz que solía traer, tomósela el Señor con la suya, y volviósela a dar, pero muy mejorada, porque se la volvió con cuatro piedras grandes muy preciosas, más ricas que los más preciados diamantes de la tierra, y en ellas esculpidas las cinco llagas de sus sagradas manos, pies y pecho, con maravillosa y graciosa hechura. Prometióla el Señor vería de allí adelante con aquellas piedras preciosas aquella santa cruz. Fué así, porque no vió más en ella la madera

de que era, sino estas cuatro piedras preciosas que Cristo la puso. Aunque esta joya y secreto sólo estaba reservado para los ojos de la Santa, pareciendo a todos los que la veían la misma que antes sin alguna diferencia ni mudanza; de la manera que la Santa Virgen Cecilia, a quien un ángel coronó con guirnaldas de flores del paraíso, sólo la descubría Dios coronada de rosas a los ojos de Valeriano su esposo, estando escondido ese bien a los ojos de los demás.

Capítulo VIII.

Comunica la Santa las mercedes que la hace Dios con personas gravísimas en letras y espíritu para asegurarse.

Dió el Señor dentro de poco tiempo muy seguras y claras muestras de que era él, encendiendo en el corazón de esta Virgen un fuego de amor suyo, que se abrasaba y venía a punto de expirar con unos grandes y deleitosos ímpetus de este amor. Como una cierva herida en lo vivo de las entrañas, clamaba a Dios, y repetía aquellas palabras de David: *Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea mi alma a tí, mi Dios.* Aumentaba las penitencias y rigores para ver si hallaría por aquí descanso su corazón, y como no le sentía, todo era derramar agua sus ojos y sangre sus venas, no teniendo más duelo de su cuerpo que si estuviera muerto.

En medio de estos ímpetus amorosos y fuego celestial de su alma, la sucedía ver algunas veces junto así un ángel muy hermoso, tan encendido el rostro, que le parecía debía de ser de aquellos soberanos serafines abrasados en Dios. Traía este ángel en sus manos un dardo de oro largo y de agradable vista, puesta una viva llama de fuego en su extremi-

dad. Y este dardo la metió el serafín por las entrañas hasta llegar abrasarla el corazón, pareciendo a la Santa que, al pasar el serafín el dardo, se le llevaba consigo y la dejaba toda el alma abrasada y deshecha. Este dolor era tan grande, que sin poderlo resistir, la hacía dar gritos y gemidos penosos; mas con tan gran suavidad y deseo de Dios, que ni podía desear que aquella llaga se le sanase, ni trocara su pena por todos los contentos del mundo (1).

Entre estos favores y mercedes de Dios aún no se tenía la Santa por segura; antes se mostraba más temerosa cuanto se veía más favorecida. Consideraba las astucias y engaños del enemigo y no se cansaba de dar cuenta de su alma a sus confesores, o a quien le parecía la podía desengañar. Fué una divina traza de Dios se affigiese la Santa con tan grandes temores para que, poniendo a todos en cuidado su espíritu, fuese aprobado por las personas más graves en santidad y letras de toda España, diciendo en abono suyo tan grandes encarecimientos que admíranse al lector.

De los que más la comunicaron y examinaron fué el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, Catedrático de prima de la facultad de Teología en la Universidad de Salamanca. Confesóse con él esta bendita Virgen mucho tiempo, casi desde los principios

(1) La merced de la trasverberación de que aquí habla el autor, la recibió la Santa varias veces, ya en su celda, ya en el coro de la Encarnación, ya también en casa de D.^a Guiomar de Ulloa. La herida que la hizo el serafín se ve en su corazón que se venera en las Carmelitas de Alba de Tormes.

de su fervorosa conversión a Dios (1) hasta el fin de su vida, que fué por espacio de veinticuatro años. Tuvo tan grande opinión del celestial espíritu de esta Virgen este gran Padre, que no contento con aprobarle en vida de la Santa con encarecimiento, predicando en sus honras en el Monasterio de las Descalzas Carmelitas de Salamanca, dijo públicamente, *que la tenía por tan Santa como a Santa Catalina de Sena; y que en sus libros y doctrinas la hacía ventaja*. Y en el testimonio que dió para las informaciones de su canonización, dice así entre otras muchas cosas: «Ninguno puede saber mejor que yo los particulares favores y mercedes que Dios la hizo; porque la confesé muchos años y la examiné en confesión y fuera de ella, e hice de ella grandes experiencias, mostrándome muy áspero, y cuanto más la humillaba y menospreciaba, tanto más se aficionaba a tomar mi consejo, pareciéndole iba más segura; los favores divinos y mercedes que Dios la hizo, si no es haciendo un nuevo libro, no se pueden decir por vía de testimonio ordinario. Podrá ser que siendo necesario, yo haga algún tratado donde se pueda entender por cuán cierto camino caminó la Madre Teresa de Jesús; muy al contrario de los espíritus burladores que en nuestro tiempo se han descubierto. Su oración y mortificación fué cosa rara, como podrán decir todas las personas que la han tratado.» Esta fué la censura del Padre Báñez.

De los que dudaron mucho de la santidad y espíritu de esta Virgen, permitió Dios que fuese el Reve-

(1) Parece que no trató con él antes de 1562.

rendo Padre Fray Juan de Salinas, Provincial en la Religión de Santo Domingo. Poníanle muy en cuidado las extremadas aprobaciones del Padre Báñez, y avisábale no fiase tanto de virtud de mujeres, que se temía mucho le había de engañar. El Padre Maestro Báñez le respondió que la hablase y tratase primero, que le dijese cosa. Hizolo el Provincial, haciendo en ella grandes experiencias y exámenes rigurosos de su interior. ¡Oh cosa maravillosa!; quedó tan aficionado y enterado de su santidad, que con ser hombre tan ocupado, la iba a confesar cada día estando en la ciudad. Preguntóle después el Padre Maestro Báñez, qué le había parecido de Teresa de Jesús, y respondió: «Habíame engañado diciendo era mujer; y a fe que no es sino hombre varón, y de los muy barbados»; dando a entender con esto su virtud, y valor, y santidad.

Otro tanto sucedió al Padre Fray Bartolomé de Medina, de la misma Religión de Santo Domingo y también Catedrático de prima de Teología de Salamanca. Oyendo decir de esta Santa tantas cosas y tan extraordinarias, no hacía caso de ellas ni las creía; antes estaba mal con ella por lo que de estas cosas había oído. Procuró la Santa Virgen verse con él, porque siempre deseaba la persona que más dudas y dificultades podía poner en su espíritu, creyendo que éste le encaminaría mejor que los que fácilmente se inclinaban a creerla. Vióse con él y dióle cuenta, confesándose generalmente de toda su vida, de su oración y camino que llevaba; con que quedó el incrédulo Maestro tan confundido cuanto certificado ser espíritu de Dios el que en ella vivía. Fué de los

que más la aseguraron e hizose de allí en adelante tan apasionado suyo, que decía no había entonces en la Iglesia mujer tan Santa. Semejante incredulidad de los favores de esta Virgen, permitió Dios tuviese el Padre Maestro Fray Pedro Fernández, que fué también Provincial de la misma Religión de Santo Domingo. Comenzóla a tratar con mucho miedo y recato, y al fin se rindió como todos los demás a los grandes resplandores de su virtud y decía muchas veces, *que Teresa de Jesús había dado a entender al mundo ser posible que mujeres puedan seguir la perfección evangélica.*

Paréceme tendrá el lector gusto con otra incredulidad que me la ha dado a mí. Es del Doctor Paulo Fernández, Consultor del Santo Oficio e Inquisición de Toledo. Quiso verse con la Santa, pareciéndole podría hacer en ella alguna presa como en mujer engañada, o que quería engañar. Comunicóla, y fué tan grande el resplandor y fuego de espíritu que de ella vió salir, que volvió admirado y diciendo: *Grande es Teresa de Jesús de las tejas abajo; pero mucho mayor de las tejas arriba.*

Maravillosa aprobación del espíritu de la Santa fué también la del Padre Fray Pedro de Ibáñez, que después fué Regente de San Gregorio de Valladolid, Colegio insigne y por sus letras celebrado en toda la cristiandad. Confesó a la Santa seis años en los principios de su admirable vida, con quien maravillado hizo un tratado de once capítulos, aprobándola por su maravillosa santidad, diciendo entre otras muchas aprobaciones, estas palabras: Digo que notoriamente se ha conocido favorecer Dios esta Señora,

y que todo cuanto podemos decir en certificar su santidad es verdad. La pureza de su conciencia es tan grande, que nos admira a los que la confesamos y tratamos, porque se puede decir que todo es Dios lo que ella piensa y trata. Así no puedo más dejar de tenerla por Santa, que decir que no la conozco. Háme dicho muchas cosas que sólo Dios las podía saber, por ser cosas futuras y que tocaban al corazón y aprovechamiento, y que me parecían imposibles. En todas he hallado grandísima verdad. Ha tenido grandísimo cuidado de informarse de todos cuantos buenos letrados estaban y pasaban por Avila. Entre otros de quien se informó fué un santo fraile Francisco, que yo conocí, llamado Fray Pedro de Alcántara, de grande oración y penitencia y celo de su profesión. Este Santo, sin tener mucho que venir a Avila, Su Majestad le trajo para confesar esta su sierva cuando más contradicción la hacían en estas cosas, y la aseguró que era Dios y que no había ningún engaño. Y en la manera de cómo veía a Dios y de las revelaciones y hablas que divinalmente se le hacían, la dió entera luz y seguridad. Y como este varón la dió tanto crédito y mostró gran particularidad de amistad con ella, todos se rindieron, y de entonces ha tenido quietud; de modo, que todos cuantos antes la contradecían (que eran muchos) y todos cuantos han sido consultados en este caso, dan firme testimonio que sin falta ninguna este espíritu es de Dios sin haber en ello ningún engaño. Y con ser muchos los que ahincadamente la contradecían y atemorizaban a los principios, todos la tienen por gran sierva de Dios y la honran en todo lo que pue-

den.» Todas estas son palabras de este Padre gravísimo.

Mucho es también de notar la aprobación de Fray Vicente Varrón, Consultor del Santo Oficio y gran letrado en la Religión de Santo Domingo, y del Padre Presentado Fray Felipe de Meneses, Lector de Teología en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Para certificarse aquél quiso tratarla y confesarla primero por tiempo de año y medio; éste, oyendo tantas cosas de la Santa, fué a Avila desde Valladolid a solo verla. Rómpase el hilo aquí de sus aprobaciones, pues es fuera de mi intento ponerlas todas aunque sean tan admirables cual estas dos; quien tuviere gusto de ver otras maravillosas, éntrese en aquellos dos floridos vergeles, tales son los libros que, para consuelo de su vejez, plantaron el Obispo de Tarazona Fray Diego de Yepes, Confesor de Felipe II y de la Santa, y el Padre Doctor Francisco de Ribera, de quien sus doctos libros dan testimonio. Allí verá el lector una hermosísima era de testigos que han sido en nuestros días como unas refulgentes estrellas del cielo de la Iglesia, todos calificadores de nuestra Santa. Allí verá aprobar con singular afecto el espíritu de la Virgen; el Padre Maestro Fray Juan de las Cuevas, Obispo de Avila; el Maestro Fray Diego de Chaves, Confesor de nuestro Rey Felipe II; los Padres Juan Gutiérrez y Fray Fernando del Castillo, Predicadores del mismo Rey; el Maestro Fray García de Toledo, Comisario general de las Indias, todos de la Religión de Santo Domingo, y otros muchos Presentados, Maestros y Regentes de esta Orden; y de muchos Padres gravísimos de la Compañía de Jesús,

especialmente del ejemplarísimo Padre Francisco de Borja, su General, y otros muchos, tantos en número, que aun oír sólo referirlos por sus nombres puede cansar (1).

(1) Ya que no lo hace el autor, nombraremos algunos de los principales jesuítas con quienes trató la Santa las cosas de su alma. Fueron éstos: San Francisco de Borja, el P. Juan de Prádanos, el P. Baltasar Alvarez, el P. Gaspar de Salazar, el P. Rodrigo Alvarez, el P. Ripalda, el P. Ribera, el P. Pablo Hernández, etc.

La causa de haber tenido la Santa Madre tantos directores, es por dos motivos principalmente; el primero, porque los religiosos no suelen permanecer en un lugar; por lo cual, al trasladarlos la obediencia, la Santa se veía obligada a tomar nuevo Director; y el segundo, porque como anduvo por tantas villas y ciudades de España, tuvo precisión de consultar ya con éste, ya con aquél, los arduos negocios que traía entre manos.

Además de éstos, hubo otro motivo especialísimo de parte de Dios para que Santa Teresa tratara con tantos sabios eminentes, y es, que pretendía, por medio de ella, hacer un fruto incalculable en su santa Iglesia, inflamando con su santa conversación el alma de sus directores en el amor divino, para que así éstos pudieran, a su vez, convertir a los pecadores y adelantar en la virtud a las personas ansiosas de perfección. Para esto la concedió el Señor la gracia singularísima de que nadie la conversara que no saliera aprovechado de su trato. Sobre esto, declaró el P. Enrique Enríquez, Jesuíta, lo que sigue: «Nos daba, dice, modo como tuviésemos provechosa y acertada meditación y oración, y para ésto tenía unas palabras tan vivas y las decía con tal fuerza y sentimiento, que pegaba espíritu y gran deseo de mejorarse a los que con ella trataban.» De modo que, según ésto, la Santa fué maestra de perfección de sus mismos directores.

Capítulo IX.

Asegurada la Santa de su espíritu, recibe del Señor singulares mercedes.

PROCEDIÓ la Santa de allí adelante con más seguridad, con tales y tan calificadas aprobaciones, aunque siempre vivió con aviso y recato, temiendo no se le transformase el demonio en ángel de luz, queriendo imitar lo que Dios hace. Crecían los ímpetus encendidos de amor divino, deseando, como otra ave fénix, abrasarse en él y renovarse. Determinó el Señor, viéndola así limpia y purificada y el mucho tiempo que había padecido, de juntarla consigo por modos inefables. Descubríala cada día nuevas cosas de las muchas y grandes que la tenía aparejadas en el reino celestial. Comenzóla a dar unos grandes arrobamientos y éxtasis con que arrebatava para sí el alma de esta Virgen, y la sacaba de sus sentidos y dejaba tan anegada en sí, que parecía no animaba su cuerpo aquella bendita ánima, desamparándole el calor natural, enfriándosele las manos y cortándosele el aliento de tal manera, que ni podía hablar palabra, ni abrir los ojos, ni menear las manos, como si estuviera apartada el alma del cuerpo. Era tan grande muchas veces la violencia de este divino espíritu, que la levantaba todo el cuerpo de la tierra y quedaba suspensa en el aire, así como lo hace el

hierro arrebatado de la piedra imán, o una pequeña paja con la virtud del ámbar.

Estas mercedes quisiera mucho no recibir de Dios la humilde Virgen; y así le suplicaba con insistencia no se las hiciese en público. Decíale con grande ternura y sentimiento: «Señor, por una cosa que tan poco importa, como es dejar yo de recibir esta merced, no permitáis que una mujer tan ruin como yo sea tenida por buena». Así algunas veces se asía de las esteras del coro y las levantaba hacia arriba; y queriéndola una vez dar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía el Obispo de Avila, fué tan grande la fuerza del éxtasis y arrobamiento que, sin poderlo resistir, se levantó más alta que la ventana por donde la daban la Sagrada Comunión. Eran tan extraordinarios estos arrobamientos, que cada vez que comulgaba, oía Misa o Sermón, y aun muchas con sólo oír una palabra buena, quedaba enajenada de sus sentidos y transportada en Dios.

Cuando la fuerza del espíritu la daba lugar, recogíase a su celda, y se cerraba muy bien dentro para no ser sentida. Pero muchas veces la prevenía aquella divina fuerza y la dejaba fija e inmóvil en la misma disposición y ejercicio que la cogía; redundaba en el cuerpo la gloria de que el alma gozaba, porque se le ponía el rostro encendido y resplandeciente como otro Moisés; y de manera le duró esto por toda la vida, que aun cuando era de edad de sesenta años, gozando de estos favores, se le ponía el rostro tan hermoso, que parecía de treinta; tanto puede la divina conversación y trato con Dios.

Determinado Su Majestad divina de hacerla los

más subidos favores que había de recibir, tratando ya su alma como esposa, se le fué descubriendo, aunque poco a poco. Mostróla primero solas sus divinas manos; de ahí a pocos días su hermosísimo rostro; después toda su humanidad sacratísima. Fué soberano acuerdo del divino consejo se le mostrasen poco a poco tan grandes bienes, por lo mucho que en cada uno de ellos había que ver. Porque ¿qué corazón de serafín no estuviera muchos días encendido de amor, causado de la vista de aquellas hermosas manos de Cristo, manos de oro, torneadas, llenas de jacintos y perlas, en quienes puso el Padre todas las cosas, y que tiene colgada de tres dedos toda la máquina del mundo? ¿Qué criatura, no sólo mortal y terrena, sino celestial y bienaventurada, no tiene por suma felicidad que se le descubra la faz y hermosísimo rostro, que, como soberano sol, está siempre despidiendo de sí resplandores de gracias, delante de quien, y en quien se ven representada la verdad y misericordia, y faz, en fin, que sólo con mostrarse y dejarse ver hace salvos? Cuando no pasaran de aquí los favores de Cristo hechos a esta Virgen, y en hacerlos tardara muchos años, más que pasaron de días, habrían sido inefables favores. Mas no se contentar este divino Señor hasta mostrársele todo con tan rara belleza como tiene en el cielo (en fin, fuente de toda corporal y espiritual hermosura), fué el supremo favor, que la que vivía en carne mortal, mientras no se despojaba de ella, podía desear.

El ver la humanidad de Cristo la duró mucho tiempo, y aún vino a hacerla el Señor otra merced mayor, porque esta vista se convirtió después en una

manera de visión altísima de la beatísima Trinidad, gozando de la vista de las tres divinas personas con tan grande luz y penetración de aquel misterio, que en manera alguna le podía dudar; de manera que lo que tenía por fe lo entendía como por vista de ojos. Esta merced la duró por espacio de más de catorce años, los últimos de su vida.

La humanidad de Cristo Señor nuestro se le descubría muchas veces en muy regaladas maneras; y entre otras se le apareció mostrándole la llaga de la mano izquierda, y sacando de ella con la derecha un grande clavo, y parte, a vueltas de él, de su santísima carne, dijola: *que quien aquello había pasado por ella, mejor haría todo lo que le pidiese; que ya era tiempo que sus cosas tomase ella por suyas: porque de la misma manera lo haría su Majestad.*

Apareciósele el Espíritu Santo otra vez en figura de un mancebo hermoso rodeado de clarísimas llamas encendidas; y tal le hizo pintar después la Santa en figura pequeña, la cual habida por el gran Duque de Alba, Don Fernando, Capitán General del César Carlos V, la trajo siempre en el pecho con gran consuelo, teniéndose por más seguro con ella en los peligros que con los arneses trenzados y petos fuertes. (1)

(1) El célebre Duque de Alba no conoció personalmente a la Santa, mas tuvo muy estrecha amistad con ella, y recibió de su mano por lo menos dos cartas. Hallándose preso en el Castillo de Uceda, a causa del casamiento de su hijo D. Fadrique, leyó la vida de la Santa, que le llevó el P. Gracián, y fué tanto el afecto que la cobró, que decía frecuentemente al referido Padre: «¡Y que no pueda ver yo a esta mujer!», asegurándole que andaría muchas leguas a

Muchas veces estando en oración era arrebatado su espíritu con grande arrobamiento. Metióle el Señor en el Cielo, mostrándole cosas tan admirables, que ella no se atrevía después a comunicar, pareciéndola serían increíbles a los que no tenían experiencia de divinos favores. «*Mira, hija* (la dijo una vez el Señor enseñándola el cielo y lugar de su gloria) *que pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo.*» A quien respondió la Santa: *¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos les tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz!*

trueque de conocerla. Por esta alta estima que de ella tenía fué muy favorecedor de las cosas y negocios de su Reforma. Fuélo todavía más su esposa.

La imagen que dice el autor recibió el Duque de la Santa Madre, parece no haber sido del Espíritu Santo, sino de Nuestro Señor. D.^a María Enríquez, esposa del hijo del Duque, así lo declaró en el Proceso de beatificación de la Santa por estas palabras: «Trató conmigo, para mi consuelo y aprovechamiento, la Santa Madre muchas revelaciones, que de Nuestro Señor tenía, y que las tres imágenes de la Santísima Trinidad, que en tal modo se le mostraban, las tuve en mi poder, y cuando se pintaban borraba la Santa Madre con su mano lo que el pintor no acertaba a conformar con las que en la oración ella había visto. Y asimismo el Excmo. Sr. D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba, mi suegro, dijo que pensaba había acertado a ganar el reino de Portugal y a tener oración mental en medio del reino de las armas, porque a la sazón tenía una imagen, que era la de Cristo Nuestro Señor, y queriéndole después copiar un pintor bueno, no acertó. (*Obras de la Santa*, edición de Ribadeneira, tomo II, pág. 414).

Capítulo X.

Conversa la Santa Virgen familiarmente con los Santos del Cielo y despósala consigo Cristo Nuestro Señor.

DE estas mercedes soberanas vino a la Santa tan grande conocimiento con los Santos del Cielo como si hubiera vivido entre ellos toda su vida. Si veía algún retrato de algún Santo al natural, solía decir alabándole (si hablaba con personas de quienes ella no se recataba) que se le parecía al del Cielo; no porque allá tengan ahora cuerpos, sino porque el Señor se los representaba por visión imaginaria con el mismo rostro que tuvieron acá. Esto dijo la Santa especialmente de una imagen del Seráfico Padre San Francisco, pintada en la enfermería de su Convento de Avila, que se parecía al del Cielo notablemente.

Recibió de este glorioso Santo esta Virgen bendita muchos favores, apareciéndosela y conversando con ella varias veces. Tuvo también singular comunicación con los Príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo, con el bienaventurado Padre Santo Domingo y con las esclarecidas Vírgenes Santa Catalina de Sena y Santa Clara, la cual, apareciéndosele en su mismo día, la dió palabra que en todo lo que se la ofreciese de trabajo la ayudaría.

Parecióle al Señor, autor de tantas misericordias,

ser ya tiempo de tratar con esta Virgen Santa, no sólo como Rey y Padre, cual lo había hecho, sino como dulcísimo y amorosísimo esposo de su alma. Así estando un día la fervorosa Virgen Teresa de Jesús para comulgar, púsosele delante con grande hermosura y resplandecientes vestiduras de gloria este divino Rey, y dándola su mano derecha en señal de desposorio con su alma, la dijo: *Mira, hija, este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí en adelante, no sólo como Criador, y como Rey y tu Dios, mirarás por mi honra, sino también como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya es mía.* Refiere la misma Santa de este divino desposorio haber pasado así en el libro de las adiciones al de su vida.

De allí en adelante el modo ordinario de hablar Cristo a la Santa era decirla: «Hija, ya eres toda mía y yo soy todo tuyo.» Con los cuales regalos, encendida y abrasada toda su alma y levantada enteramente sobre sí misma, no cabiendo en sí ni en la estrecha morada de su cuerpo, expiraba amor y ternura, y dulcemente repetía, transformada en su esposo: «Qué se me da a mí, Señor, de mí, sino de Vos. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí, Señor, que es muy largo este destierro, y pásanse con grandes penalidades los deseos de Vos. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh Jesús, qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es mi Dios para ganar la vida que no se puede acabar; mas muy larga para el alma que se desea ver segura en la presencia Vuestra. ¿Qué remedio dáis a este padecer? ¡Oh suave descanso

de los amadores de mi Dios, no faltéis a quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa al alma vuestro deseo! Vedme aquí, Señor; si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehusó todos cuantos trabajos en la tierra me pueden venir, como decía vuestro amador San Martín. Mas ¡ay dolor!; ¡ay dolor de mí! Señor mío, que él tenía obras y yo tengo solas palabras; que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, contento mío y verdadero Señor mío, delante de vuestro divino acatamiento, y no miréis a mi poco merecer.» Estas palabras dijo la Santa a Cristo su soberano esposo, y diciéndolas se deshacía toda en lágrimas de amor, deseando entrañarse en él, y anegarse como en mar infinito de sumos bienes.

Veía en este tiempo su alma como una nube que la ha embestido el sol con la fuerza de su claridad y rayos, que toda está llena de luz y penetrada de ella, de tal manera, que por donde quiera que se mira parece un sol. Así después de este limpio ayuntamiento con Cristo, no solamente su virtud y su luz, le parecía a ella estaban en su alma, sino también su mismo espíritu de Cristo en cierta manera mezclado con el suyo; como un agua que del cielo cae en un río, que luego se mezcla con él, sin que se pueda discernir, cual es el agua del río y cual la del Cielo que en él cayó. Así, después que este rocío celestial vino sobre su alma y se juntó con ella con tan estrecho nudo y lazo de amor, no la parecía hallaba en sí su espíritu, sino el de Cristo, y en Cristo el de ella, en quien de tal manera estaba transformada, que ni vivía en sí, ni sentía a sí, ni pensaba en sí, ni quería a sí, ni

aun andaba en sí, sino extraña de toda humana conversación, y enajenada de su condición, decía con el apóstol: «Vivo yo; mas ya no yo; vive Cristo en mí.» Estos efectos causó en ella aquel espiritual desposorio, que ciertamente no es otra cosa que abrazarse Dios y el alma amorosamente, y con este abrazo penetrarla toda, hasta juntarse con su íntimo ser; a donde hecho como alma de ella y unido y enlazado con ella, la abraza estrechísimamente consigo, quedando por único morador y dueño del corazón.

Suelen en el mundo los desposados llevar sus queridas esposas para que vean a sus padres y reconozcan sus parientes, y ellos haciéndolas favores y dándolas preseas de estima y dones ricos, dan muestras del amor que las tienen y del gusto con que están por el desposorio. Lo mismo hizo Cristo con esta amorosa esposa suya que tanto amaba. Llevóla a ver su Padre eterno, a quien enseñándosela, dijo: «Esta que me diste, Padre, te doy.» En inefables visiones la mostró todas las tres personas de la Santísima Trinidad, de quienes un día santo de la Asunción, recibió la Santa Virgen tres joyas, dándola cada una de aquellas tres divinas personas palabra de que en tres cosas se vería enriquecida de allí adelante, conviene a saber: en padecer trabajos con contento; en estar muy mejorada en la caridad, poseyendo esta virtud en grado heroico, y en sentir en el alma este divino amor con grande encendimiento.

Pensando una vez la Santa en el grande amor que había tenido a Cristo la bienaventurada María Magdalena, con una santa envidia de lo mucho que le había querido, y cómo el mismo Señor se lo había pagado,

aun estando en la tierra, la dijo el mismo Señor: « A ésta tuve por amiga mientras estuve en el mundo, y a tí tengo por esposa estando en el cielo.» Y añadió más, regalándose con ella: «*Quiérote tanto, que si no hubiera criado los cielos y la tierra, sólo por amor de tí los hiciera y criara.*» Estando una vez muy afligida se le apareció también su dueño esposo, y no pudiendo hacerse ella fuerza para comer, la partió la comida y llegándose a la boca la dijo: «*Come, hija, y pasa como pudieres; bien veo lo que padeces, mas esto te conviene por ahora.*»

Capítulo XI.

Del maravilloso espíritu de profecía de la Santa.

NO pararon las divinas mercedes en sólo ver y gozar la Santa Virgen Teresa de favores y regalos tan extraordinarios. Mas pasaron tan adelante, que se sirvió el Señor de comunicarla una profunda noticia de verdades: propiedad de esposos derramar sus secretos en los pechos de las esposas que quieren bien. Así la descubrió el estado de muchas almas y sucesos de cosas venideras. Por esta razón solía decir el Obispo de Tarazona, confesor suyo, con quien la Santa comunicaba muchas de estas cosas, *que había miedo de hablar con ella, sino habiéndose confesado primero, por la claridad con que le entendía el interior.*

Un año antes que muriese el Santo Padre Fray Pedro de Alcántara, le descubrió su muerte, avisándole de prepararse para ella, estando algunas leguas distante de él la Santa. Supo también había de morir y de repente, dentro de cuatro años, D.^a María de Cepeda, hermana suya, escribióla, disponiéndola para poder esperar a todas horas la arrebatada muerte, y al fin de los cuatro años la sobrevino, a quien vió otro sí salir dentro de pocos días del purgatorio (1).

(1) Fué D.^a María de Cepeda mujer muy virtuosa. Al saber la Santa que moriría de repente, fué a verla, y sin decir nada de la revelación que había tenido, la exhortó a que se confesara a menudo, para estar preparada para la muerte. Tomó la costumbre de hacerlo cada ocho días, y así, aunque murió repentinamente, no la cogió desprevenida la muerte.

Estando un hermano suyo, Agustín de Ahumada, por gobernador de un lugar de las Indias en el Perú, le escribió avisándole dejase luego el gobierno y se saliese de aquel lugar y tierra si no quería perder su vida y alma. Hízolo, aunque le valía el gobierno más de diez mil ducados, y dentro de pocos días entraron en el lugar los enemigos, matando mucha gente y al gobernador que en el oficio le sucedió (1).

El mismo día que murieron en el Brasil cuarenta religiosos de la Compañía de Jesús a manos de herejes, se lo dijo ella a su confesor, les había visto con coronas de mártires.

Cúpole a la Santa parte de esta gloria, por ser martirizado entre ellos un muy pariente suyo, llamado Francisco Pérez de Godoy.

A una dama que se llamaba D.^a Beatriz de Ovalle, dijo muchas veces, viéndola componerse con galas profanas: «Anda Beatriz por donde quisieres, que al fin has de venir a ser Monja descalza.» Así le sucedió:

(1) Agustín de Ahumada fué capitán en Chile, donde se distinguió por su valor. Salió vencedor en diecisiete batallas. Después de haber desempeñado varios puestos y prestado muchos servicios al Rey en la América, regresó a España, año de 1585. En 1588 fué nombrado gobernador de Tucumán, y al año siguiente se le dió una encomienda de indios con 1.500 pesos de renta, con lo que de nuevo se embarcó para las Indias. No pudo llegar a su destino. Murió santamente en Lima, año de 1591, asitido de Santa Teresa, quien acompañó su alma hasta ponerla en la presencia del Señor, según la declaración del Padre Luis de Valdivia, Jesuíta, que le confesó para morir. (Véanse éstos y otros datos interesantes en *La familia de Santa Teresa en América*, obra del Excmo. Sr. Polit, cap. III.)

y hoy lo es entre las Carmelitas (1). Estando una vez delante de todo su Convento en virtuosa y honesta conversación, descubrióle el Señor que su hermano Lorenzo de Cepeda acababa de morir. Alborotóse algo con el afecto natural de hermana, y sin hablar más palabra, se fué al coro a encomendarle a Dios. Postróse en oración, y no se levantó hasta que el mismo Señor la reveló haber salido el alma de su hermano del purgatorio. Rogáronla después las monjas las dijese la causa de aquella turbación, y tal instancia hicieron, que las hubo de referir lo que pasó. Escribió luego la Santa a su sobrino, hijo del difunto, diciéndole lo que había de hacer, y llegó a sus manos la carta al mismo tiempo que él despachaba a la Santa un mensajero, avisándola la muerte de su padre.

Muchos años antes que emprendiesen los portugueses la conquista de Africa, que tan mal les salió, vió esta bienaventurada virgen un ángel con una espada muy sangrienta sobre aquel reino: dándola a entender la mucha sangre que de él se había de derramar. Sucedió después aquella lamentable desgracia de su Rey Sebastián, mancebo a la sazón de dieciocho años, hermoso, de color blanco, de cabellos rubios, de ojos garzos, de estatura agradable, de rostro severo, lleno de majestad real, de corazón tan casto, que no sólo huía, sino aborrecía toda vista y trato de mujeres; mas desdichado en maestros y tu-

(1) Fué esta señora sobrina de la Santa, hija de su hermana doña Juana de Ahumada y de Juan de Ovalle. Entró religiosa en Alba de Tormes. Adelante fué Priora en los Conventos de Ocaña, Toledo y Madrid. Murió en este último, en olor de Santidad, año de 1639.

tores, pues aun su misma abuela la Reina Catalina, renunció su tutela. Fué de ánimo altivo, intrépido, deseoso de gloria y fama, que la generosa nobleza e ilustre sangre, por mucho que disimule semejantes deseos, los enjendra y produce. Ninguna cosa tenía por grande su magnánimo pecho y feroz brío. Y así emprendió en tan tiernos años conquistar toda el Africa, no revolviendo en su pensamiento sino hazañas y guerras. Levantó grueso ejército, y despreciando los prudentes consejos del católico Rey de España Felipe II, tío suyo, que rogándole se llegase al convento santo de Nuestra Señora de Guadalupe, procuró disuadirselo, poniéndole delante los varios sucesos de la guerra, y que muy raras veces suceden como los desea la voluntad; las traiciones y poca lealtad y fe de los moros africanos, que tienen por honroso blasón el engañar aunque se den por confederados amigos; la horfandad de su reino, si sucediese por su real persona alguna desgracia; los pocos soldados, y esos bisoños, y mal ejercitados que llevaba en favor suyo y los muchos enemigos que levantaba contra sí; que no tentase la fortuna, que no se pusiese él mismo en batalla, que encomendase la empresa algún ejercitado capitán, pues tenía tantos, a quien él ofrecía de socorro cincuenta galeras y cinco mil soldados viejos españoles, conocidos en la redondez de la tierra por sus hazañas. Pasó al Africa, quedando sin provecho la persuasión del católico Rey. Sabida su venida por los bárbaros, fué tanta la multitud que puestos en batalla cargó sobre su ejército, que peleando valerosamente Sebastián y habiéndoles roto y puesto en huída, y apellidado victo-

ria, no pudiendo resistir a los infinitos que les cercaban en campaña rasa por todas partes, murió a manos de su osadía el animoso rey, mal aconsejado por aduladores de su reino; que tales de ordinario los tienen a su lado grandes señores, sin que haya quien desengañadamente les diga la verdad. Murieron del campo de los católicos diez mil soldados, y fueron otros tantos los cautivos y presos, perdiendo los bárbaros de su parte muy poca gente. Fué muy sentida en estos reinos tan grande pérdida, y con razón; porque si como se halló en Sebastián el ánimo de Alejandro, se hallara su ventura, otra vez, como calló en los antiguos tiempos, rendida toda la tierra al imperio de Macedonia, callara en nuestros días todo el mundo sujeto a la monarquía de Lusitania.

Al punto que sucedió esta desgracia, se la descubrió a nuestra Santa Virgen la Majestad divina. Y viéndola afligirse y lamentarse por tanto número de cristianos como había muerto, la dijo unas notables palabras el Señor: *«¿Si yo los hallé dispuestos para traerlos a mí, de qué te fatigas tú?»*

Vió también un ángel con la espada sangrienta y desnuda contra el reino de Francia, dándola a entender el Señor la ira que tenía por sus pecados y las herejías que por castigo de ellos había de permitir se levantasen en él. Vió de algunas religiones grandes proezas que en servicio de la Iglesia, en los tiempos venideros, han de hacer. Finalmente todo lo que la Santa decía había de suceder, salía tan cierto, que el Obispo de Avila D. Alvaro de Mendoza, solía decir: *«Si la Santa lo dice, aunque sea imposible, ello será.»*

Capítulo XII.

**Manda Dios a la Santa funde un monasterio de vida austera
y penitente.**

LA caridad y amor que esta gloriosa Virgen tuvo con los prójimos, fué maravillosa. Oyendo decir el grande estrago que comenzaba a hacer en Francia y otras partes la mortal ponzoña de Lutero, dragón infernal, y de otros desventurados y ciegos herejes, derramando la de sus herejías en los católicos pechos de aquel cristiano reino, comenzó a darla notable pena, viendo las muchas almas que se perdían; y como había visto las penas eternas del infierno y reconocido los inefables bienes de la gloria, sentía amargamente que trocasen aquellos desventurados con su ceguedad tantos bienes por tan incomparables males. Pedía al Señor con lágrimas el remedio, y tocada fuertemente con el deseo de la salvación de las almas a quienes ella por su predicación y doctrina no podía remediar, determinóse de fundar un Monasterio con el extremo de rigor de vida que las humanas fuerzas permitiesen, para que con la penitencia suya y de las compañeras que la quisiesen seguir, se aplacase Dios, que tan ofendido estaba con las muchas herejías en aquel reino, y con tanta multitud de pecados en todo el mundo. Estos divinos deseos revolvía en su corazón la Santa, y con estos celestiales fervores y pensamientos andaba entretenida, cuando apareciéndosele la soberana Majestad la dijo lo intentase con todas

sus fuerzas, que sería muy agradado y servido en él. «Llámale, la dice, *Convento de San José*. Porque la una puerta de esa casa guardará este Santo, y la otra mi misma madre; y contigo y tus compañeras andaré yo.» Intentólo la Santa y alcanzó para hacerle licencia y beneplácito de sus Prelados.

Mas el demonio enemigo común, levantó tan grande tempestad y borrasca de mofas y risas, que toda la ciudad decía ser disparate; y no sólo lo general del pueblo se le mostró contrario, mas todos los hombres doctos y espirituales burlaban de su intento. Desistió la Santa, que aunque declarase Dios muchas veces su gusto, tanto puede la humana contradicción. Amonestó segunda vez el Señor a su esposa intentase el hacerle, y amparada por dos personas graves y doctas; una Presentado de la religión de Santo Domingo, otra Rector de la Compañía de Jesús de aquella Ciudad (1). Aunque se le ponían delante los muchos trabajos que había de padecer, la poca posibilidad que tenía para comprar casa en que fundar el monasterio, los muchos encuentros y recias contradicciones que se habían de levantar, atropelló por todos estos contrarios; y comprando una pequeña casa comenzó su obra. Apareciósele el glorioso San José prometiéndola que él pagaría los obreros, dándola el dinero necesario por caminos extraños, que a ella y a todos causasen admiración. Dábala grande pena ver que era muy chica la casa que compró, y apareciéndola el Señor la dijo: *¡Oh codicia del*

(1) Llamábase el primero, el P. Pedro Ibáñez, y el segundo, el P. Baltasar Alvarez.

linaje humano que aún tierra piensas que te ha de faltar; cuántas veces dormí yo al sereno por no tener donde meterme! Entra como pudieres, que yo te ayudaré. Apareciósele también la Virgen Santísima acompañada de su glorioso esposo San José y puso en los hombros de la Santa Virgen Teresa una capa de grande blancura y claridad, y echóla al cuello un collar de oro precioso, con una cruz muy rica por remate. Tomó luego a la Virgen Teresa por las manos la que es Reina de todas, y acariciándola amorosísimamente, la prometió que se haría el monasterio y que ella y su esposo le guardarían.

Iba la obra con fervor y priesa, cuando viendo el demonio que sus máquinas é invenciones pasadas no habían bastado; antes convirtiéndose en su mayor daño y confusión, determinó deshacer el convento y derribar las paredes por sí mismo, causando desgracias por quienes se impidiesen el pasar adelante. Permittedo Dios para que viese cómo por los medios con que procura este porfiado enemigo desbaratar sus obras, su divina Majestad las perfecciona más, cogiendo al demonio en los mismos lazos que arma, y revolviendo contra él sus mismas saetas.

Sucedió, pues, un caso de admiración. Estaba en la obra que se hacía del Monasterio un niño de edad de cinco años, hijo único de D.^a Juana de Ahumada, hermana de la Santa, en quien como en sólo tenían sus padres puesto su amor, cuando arremetiendo un tropel de demonios a un lienzo de pared le derribaron y echaron sobre el niño, dejándole yerto, frío, sin sentido ni señales de vida. Fueron corriendo a avisar a la Santa, dándole la triste nueva de su sobrino

muerto. Acudió con presteza, y con ella una noble y virtuosa señora amiga suya, la cual, tomando al niño en sus brazos y sabiendo por experiencia lo mucho que la Santa Virgen Teresa de Jesús podía con Dios, no dudó de verle resucitado. Así la dijo: *Hermana, muerto está; mas al poder de Dios no hay tasa si él quiere; mas mire lo que han sacado su hermana y cuñado de su Convento; ¡cuán lastimados volverán a su casa sin su hijo! Pues puede Dios restituírle la vida, pídasela.* Tomó luego al niño en sus brazos la afligida Virgen, y procuró que su madre no lo entendiese. En vano, porque tiene un no sé qué de divinidad el corazón humano para adivinar sus males. Con brevedad y sin aviso alguno, salió turbada la madre de la pieza en que estaba dando voces por su hijo, y cuando llegó a verle en tal estado, fué extremado, e imposible de poderse decir su sentimiento, viendo fenecido tan en un punto su amor y llevadas por el aire sus esperanzas. Vínose para la Santa Virgen, hermana suya, mostrando su pena y esperando por sus oraciones el remedio. Tenía la Santa atravesado el niño sobre su regazo y mucho más por su corazón; parecióla la decía su hermana lo que la otra afligida mujer al Profeta Elías: «¿Para esto me trajiste aquí? ¿Para matar a mi hijo?»; porque a petición suya había venido de Alba a tratar de comprarla aquella casa para su Monasterio. Determinó de acudir a Nuestro Señor y pedirle con viva fe la vida de aquel niño. La madre lloraba deshaciéndose en lágrimas y muchos que se convocaron suspensos esperando en qué había de parar aquella desgracia.

La Santa Virgen, bajando el velo y juntamente la

cabeza acercándola al niño; callando exteriormente, pero en lo hondo del corazón dando voces a Dios como Moisés y Elías, suplicándole no desconsolase a los que había tomado por medio de la obra que quería hacer. Habiendo estado un poco de esta manera con el niño en los brazos y con el corazón en Dios, súbitamente comenzó el cuerpo a revivir y se levantó como si se despertara de un gran sueño, y dándosele a su hermana, la dijo: «Tome allá su hijo; dé gracias a Dios, y deje de llorar.» Quedó el niño desde entonces tan sano y bueno, que luego anduvo por la pieza en que estaban, volviéndose muchas veces para su tía, abrazándola y haciéndola mil niñerías (1).

Pretendió su cuñado de la Santa hacer que los oficiales de la obra levantasen a su costa la pared que había muerto al niño. Súpolo ella, y llamando a su hermana D.^a Juana, mandó que le dijese: «No porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa. Muchos demonios se juntaron para derribarla; calle, y vuélvales a dar otro tanto para que la levanten».

(1) Llamábase este niño Gonzalo. Siendo ya mayor, solía decir a su santa Tía que estaba muy obligada a mirar por la salvación de su alma, pues ella resucitándole le impidió gozar de Dios. Adelante fué paje del Duque de Alba. Murió a los veintiocho años, y yace enterrado juntamente con sus padres, frente a la ventana de la celda donde entregó Santa Teresa su espíritu al Señor.

Capítulo XIII.

Da principio a la nueva reformación de Monjas Descalzas Carmelitas.

HÍZOSE, en fin, el Monasterio con notables trabajos y fatigas de la Santa y muy a costa de sus lágrimas y oraciones. En él se fabricó una pequeña Iglesia, con una rejita de madera, pequeña también, y muy doblada y espesa y cerrada, por donde oyesen sus monjas Misa, mostrándose en todo bien el espíritu de la Santa, pobre, penitente y humilde (1). Y fué servida la Divina Majestad que el día de San

(1) La pobreza y estrechez de la iglesia primitiva la describe un testigo de vista con estas palabras: «Junto a la portería estaba una reja de palo, e muy cerca de la reja estaba el altar, aunque con decencia, pero con harta pobreza y estrechura, porque en portería y coro, a donde el Santísimo Sacramento estaba, no me parece a mí habría arriba de diez pasos: representaba bien a el portalico de Belén. Al lado de la mano izquierda, dentro de la reja que dividía la portería y el coro, a donde estaba el Santísimo Sacramento casi junto al altar, estaba otra rejica de palo, que hacía el coro de las monjas: estaba todo junto, que casi no había pasos que dar para ir de una a otra parte.» (El Maestro Julián de Ávila, *Vida de Santa Teresa*, página 220).

La iglesia primitiva de que nos ha hablado el Padre Julián, se hallaba en el lugar que ocupa hoy la Capilla de San Pablo, aunque quizás era todavía más pequeña. (Véase *El Monte Carmelo*, Enero de 1911 y siguientes).

Bartolomé Apóstol, que es a 24 de Agosto, año de 1562, gobernando la Iglesia católica la Santidad de Pío IV, reinando en España el católico y prudentísimo Rey Felipe II, siendo general en la Orden de Nuestra Señora del Carmen el Reverendo Padre Fray Juan Bautista Rubeo de Rábena, se puso en aquella pequeña Iglesia el Santísimo Sacramento, sembrándose juntamente el pequeño granito de mostaza, en que está figurado el reino de Dios, que en tan pocos días ha crecido en árbol tan grande, que habitan en sus ramas las aves del cielo; esto es, innumerables almas contemplativas de religiosos varones y mujeres, tantas en número, que es contar las aves que vuelan por los aires quererlas contar. Descubriéndose también aquella misteriosa fuente-cita que, siendo pequeña en su nacimiento, ha crecido en pocos días en ríos tan caudalosos que, rompiendo con sus abundantes aguas por naciones y reinos de cristianos, herejes y gentiles, y por los mismos mares, ha alegrado y hecho fecundas las tierras más apartadas e infructuosas que se conocen. Comenzando, finalmente, en el estrecho nido de aquel pequeño Convento a bullir y descubrirse entre las cenizas frías en que fué abrasado y perdió la vida, a manos y fuego de tiranos, el Fénix del Carmelo, este nuevo y hermoso que hoy se ve tan crecido en pocos días, y con tales alas, que vuela por el mundo y muestra su hermosura, no fabulosa y escondida a los humanos ojos, como del Fénix natural dijeron los antiguos, sino verdadera y admirable y que se deja ver.

Y quitársele há toda la duda de ser esto así al que

atentamente considerare (¡caso raro y digno de notarse!) que se fundó este primer convento de Descalzas y del primitivo rigor carmelitano en el mismo año que fué tomada de turcos la isla de Chipre, y en ella abrasados y convertidos en cenizas muchos conventos de Descalzos Carmelitas, que austera y fervorosamente guardaban la regla primitiva, no habiendo querido admitir alguna mitigación, siendo los últimos de aquellos primitivos que se sabía existir en el mundo. Siendo providencia de Dios particular, digna de admiración, que se renovase en un mismo año en España, con plumas nuevas, el vistoso Fénix que con los fuegos de Chipre se convertía en cenizas frías, y diese éste principio feliz a fervores nuevos, como aquéllos dieron doloroso fin a rigores antiguos.

Fué fiesta regocijada el día que se puso en la Iglesia el Santísimo Sacramento, porque en el mismo dió la Santa el hábito de descaldas carmelitas a cuatro virtuosas doncellas de aquella ciudad (1), habiendo traído consigo cuatro monjas de su mismo monaste-

(1) Estas cuatro doncellas, sobre las cuales como sobre cuatro columnas firmísimas, levantó Santa Teresa el bellissimo y suntuoso edificio de la Descalcez Carmelitana, se llamaron Antonia del Espíritu Santo, Ursula de los Santos, María de la Cruz y María de San José. La primera era natural de Avila, y fué propuesta a Santa Teresa por San Pedro de Alcántara; la segunda nació en la misma ciudad y era dirigida del Maestro Gaspar Daza; la tercera tuvo por cuna la villa de Ledesma, en la provincia de Salamanca, y debió entrar a propuesta de D.^a Guiomar de Ulloa, grande amiga de la Santa, pues era su criada; la cuarta tuvo también su nacimiento en Ávila. Todas fueron religiosas perfectísimas, como escogidas por Dios para dar principio a una Orden tan perfecta.

rio de la Encarnación que la quisieron seguir. Y así dió fin la Santa a sus deseos y principió a grandes trabajos, que en la nueva reformación de su orden, por dejarla aumentada y perfeccionada, padeció.

Grandes fueron los que padeció la Santa antes de ver hecho este monasterio; mas no llegaron a los que súbitamente el demonio, lleno de envidia y furia, después la levantó, que fueron tantos, que parece no basta lengua humana a encarecerlos, ni la brevedad que pretendo da a eso lugar. Muchas veces vió la Santa casi echado por tierra su monasterio por las grandes diligencias que se hacían por muchas partes para acabar con él. Vióse la Santa sin remedio humano, de manera que la fué necesario buscar sólo el divino, acogién dose a Dios, en quien siempre los consuelos de sus trabajos solía hallar. Díjole la Santa Virgen: «Señor, esta casa no es mía; por Vos se ha hecho; ahora que no hay quien mire por ella, ampárela Vuestra Majestad.» A estas palabras le respondió el Señor: «¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?» (1)

(1) El día que se fundó el Monasterio de San José, según la alegría que hubo en todo Ávila, parece que fué el Domingo de Ramos (Julián de Ávila, *Vida de Santa Teresa*, pág. 203). Mas pronto cambió la escena; el Ayuntamiento determinó derribar el Monasterio, y hubiéralo hecho si no estuviera de por medio D. Alvaro de Mendoza, y a no haber levantado su voz en contra el Padre Domingo Báñez. El Provincial mandó ir a la Santa a la Encarnación a dar cuenta de sí; allí fué culpada de muchas cosas por las que debía ser alabada. Todo lo sufrió con indecible paciencia. Las cuatro novicias quedaron solas en San José. De todas estas y otras muchas contradicciones, que sería largo referir, triunfó la constancia de Santa Teresa.

Sosegóse con tal respuesta y serenáronse las borrascas de contradicciones que la affigían, y como la que había escapado de tales tempestades, no cabía de contento, pareciéndola que se veía en una nueva región y un celestial paraíso, mirando aquellas pocas religiosas, pimpollos tiernos de la heredad de Dios, como ángeles del cielo (1).

(1) Cuando se sosegaron por completo las contradicciones, el Provincial dió licencia a Santa Teresa para que, dejado el Convento de la Encarnación, se viniese a vivir al de San José. Antes de pisar sus benditos umbrales, se entró a orar en la Iglesia, y allí vió a Cristo que la recibía con amor, y como agradeciéndola cuanto había hecho por la Orden de la Virgen, la puso una corona en la cabeza.

Capítulo XIV.

Del espíritu maravilloso de santidad que plantó en sus hijas la Madre
y Virgen Teresa de Jesús.

DO es otra cosa el estado de religión sino un monte de mirra de amarga penitencia y un collado levantado de incienso de oración, que es el espíritu que el divino del Cielo ha infundido en los Santos que ha tenido y venerado la Iglesia y puesto por ejemplares en los estados religiosos; como se ve en los celestiales Agustino, Benito, Bernardo, Dominico, Francisco, Alberto, cuyo ordinario manjar era acíbar amarga, y en los Antonios, Arsenios, Hilarios, Jerónimos, y en el primer instituidor y patriarca de la vida monástica el celoso Profeta Elías, vestido de sayal pobre tejido de pelos de camellos y sustentado con manjares pobres, retrato vivo de la misma penitencia, cual lo fué maravilloso después de él Bautista Juan, heredero de su espíritu, y de su vida, y de su santidad, como también de su hábito, estado y profesión. En confirmación de todo lo cual dejaron escrito los Santos doctrinas maravillosas, declarando a los religiosos su obligación, temiendo no viniesen tiempos en que se atropellase y aun acuchillase fuera y dentro de su misma casa la penitencia.

Este espíritu celestial asentó en los corazones de

sus hijas la Santa Madre. Y así era su vida una mortificación y penitencia espantable con grande abstracción y retiro de seglares, cerrando los locutorios y redes, de quienes el mismo nombre publica sus daños, y la experiencia, a costa de muchas almas, los llora, prohibiendo conversaciones y tratos aun entre muy parientes, cerrando las puertas a todos los consuelos humanos, para tenerlas más patentes a los divinos.

Trocó la estameña delicada de sus monjas por una áspera jerga; los curiosos chapines en alpargatas pobres; la cama blanda en un jergón duro, añadiendo a todo esto comida tan pobre como yerbas y pescado, con perpetua abstinencia de carne, como lo manda la Regla primitiva. Vez hubo que no tuvieron que comer sino las hojas de unas parras que en la huerta tenían; y con todo eso no pedían limosna, ni menos tenían renta, ni la querían, sino trabajaban continuamente de manos, no teniendo otras viñas ni fueros de qué vivir sino la aguja y rueca, con una grande confianza en el Señor que no les había de faltar en lo necesario. Finalmente, todo el estudio de aquella santa compañía de religiosas era, olvidándose de todo lo que no es Dios, abrazarse con su divino esposo, y con ánimos de varones fuertes, imitar su desnudez y cruz.

Era la Santa como capitana primera en todo, y por este medio era en las demás eficacísima su doctrina. Ocupábase en los ministerios más humildes de casa, barriendo, fregando y haciendo la cocina; mas de tal manera, que jamás entre ollas y sartenes perdió de vista a Dios, teniendo así su alma alas de paloma

doradas y ligeras con que volar a él, transportándose a los cielos sobre todo lo criado. Sucedió muchas veces entrar las religiosas en la cocina y hallar a la Santa Virgen con la sartén en la mano sobre el fuego, toda absorta y arrebatada en Dios, con el rostro hermoso y resplandeciente y la sartén tan fuertemente apretada, que no se la podían sacar. Solía, estando en refectorio comiendo las demás, entrar arrastrando por el suelo con pies y manos, como si fuera una bestia, con un serón de piedras sobre sus espaldas, con una soga a la garganta, llevándola una religiosa del diestro, y diciendo públicamente las faltas que sabía de sí, deseando la tuviesen por bestia en la estima y reputación. Esto procuraba con otras muchas y santas mortificaciones.

Andaba aquel generoso corazón tan combatido de grandes pensamientos, hijos de la oración y penitencia y de aquel vivo y verdadero espíritu celestial, que se determinó de fundar, con licencia de su General, otros muchos Conventos en quienes se guardase la regla primitiva y fervorosos rigores que en aquél se guardaban. Vinieron en darla licencia sus Superiores, y sin ponérsele delante lo mucho que le había costado el de aquella ciudad, y que era negocio arduo tratar de otros, y los muchos inconvenientes y juicios varios y aun desvariados que se harían viendo una monja por caminos y plazas, y pocas sus fuerzas, en fin, de mujer, para contrastar tantas otras dificultades, con todo eso, se determinó a emprenderlos, con grande fe y vivo deseo de la gloria de Dios, a quien, animando Su Majestad, la dijo: «Esfuézate, hija, pues ves lo que te ayudo;

esta corona he querido que ganes tú; en tus días verás muy adelante la Orden de la Virgen. Determinate y verás grandes cosas.» Viólas la Santa y viólas todo el mundo, y juntamente en Ella y ellas se maravilla.

Capítulo XV.

De los muchos Conventos que fundó la Santa Madre y Virgen
Teresa de Jesús.

CINCO años después de la fundación del primer Monasterio, que tiene advocación y nombre de San José, a 13 de Agosto del año 1567, salió la Santa de Avila a la gloriosa empresa de fundar más Monasterios. Súpose su salida en la ciudad, que ni pudo ser secreta, ni se puso cuidado en que lo fuese. Aquí fueron las verdaderas murmuraciones; aquí se soltaron las lenguas a toda libertad. Unos decían que era una grande loca; los más modestos estaban esperando a ver en qué paraba aquel desatino; los que la querían bien, la decían muchas razones para estorbárselo. Al Obispo también, aficionadísimo de la Santa, le parecía cosa que no llevaba camino, aunque no se lo dijo, que era tanto lo que la quería, que disimulaba su sentimiento por no enojarla. Mas, ¡oh gran Dios y Señor Nuestro, cuán inefables y maravillosas son vuestras obras! lo que a los hombres sabios, cuerdos y experimentados parece imposible, vos lo concertáis y hacéis en un momento, sin que baste alguno a deshacer vuestros consejos altos y vuestras trazas llenas de profunda sabiduría. Rompió por todas estas dificultades la Santa, y sin hacer caso de los dichos de los hombres, que es lo primero en que los Santos ponen los ojos, acompañada de seis monjas que quisieron seguirla, aunque la vieron desamparada de humanos favores, pobre y sin blan-

ca, sólo cargada de licencias para las fundaciones, y de buenos deseos, y de grande ánimo, y de firmes esperanzas en Dios. Valieronla éstas; y la palabra que el Señor la dió de que vería grandes cosas, se echó bien de ver. Porque forzada de la Divina Majestad, fundó diecisiete santísimos Monasterios, en quienes no parece se ve otra cosa sino el antiguo estado primitivo de esta Religión.

El primer Convento fué, como se ha dicho, en la ciudad de Avila; el segundo en Medina del Campo; el tercero en Malagón; el cuarto en Valladolid; el quinto en Toledo; el sexto en la Villa de Pastrana; el séptimo en esta ciudad de Salamanca; el octavo en Alba de Tormes; el nono en la ciudad de Segovia; el décimo en la Villa de Beas; el undécimo en Sevilla; el duodécimo en Caravaca; el décimotercio en Villanueva de la Jara; el décimocuarto en la ciudad de Palencia; el décimoquinto en la de Soria; el décimosexto en la ciudad de Granada, y el último, que fué el hijo de su dolor y el diecisiete, en la ciudad de Burgos.

Padeció en las fundaciones de estos Conventos grandes trabajos y notables contradicciones, como fácilmente se dejan entender. Cuando caminaba, llevaba consigo algunos religiosos de su Orden y juntamente un clérigo Capellán, persona ejemplar y de buena vida (1). Llevaba también algunas religiosas

(1) Era éste el Padre Julián Dávila, hermano de una de las cuatro primeras religiosas de San José de Ávila.

La acompañó en casi todos sus viajes hasta que se hizo la fundación de Sevilla. De allí adelante solía llevar en su compañía algún Carmelita Descalzo.

por compañeras, ya para dejar de ellas en las fundaciones que hacía, ya para acompañarse de las demás. Caminaban, no en coches, sino en carros, caballería más pobre y humilde. Llevaban siempre cubiertos los rostros con los velos, de manera que los seglares no las pudiesen ver. Llegando a las posadas, procuraba un aposento cerrado y retirado, huyendo todo trato, como quien tan entrañablemente amaba toda honestidad y pureza y silencio. Así, ponía tornera en una ventana, como si estuviera en un Monasterio, haciendo que de allá dentro tomasen sus compañeras los recados. En todas sus jornadas y caminos hacían tan regularmente sus oraciones como si todas estuvieran en el coro. Tenían para ellas sus horas señaladas, las cuales se medían con reloj de arena, y algunas noches sucedía pasárseles a la Santa y sus compañeras toda la noche orando. Y era cosa maravillosa ver cuán de buena gana iban todos con la Santa, tan prudente, que hacía sabroso el trabajo del caminar, no se hartando cuantos iban con ella de la suavidad y gracia de sus palabras, sobre toda manera apacibles (1).

(1) Escribe sobre esto el Padre Julián: «Muchos trabajos que se ofrecían, los llevábamos con grandísimo contento, porque la Santa Madre nos tenía buena y graciosísima conversación, que nos alentaba a todos; unas veces hablando cosas de mucho peso, otras veces cosas para entretenernos, otras componía coplas y muy buenas.» (Pág. 285.).

Capítulo XVI.

De algunas cosas notables que sucedieron en estas fundaciones
y trabajos que la Santa padeció.

LARGAS serían de referir todas las cosas maravillosas que en estas fundaciones la sucedieron. Sólo pondré las necesarias para dar a esta historia agradable sabor (1). Andando la Santa Virgen en la fun-

(1) La fundación de Medina del Campo es una de las más memorables, y por eso, ya que el autor nada dice de ella, haré aquí una breve relación.

Envió la Santa a recabar de la villa licencia para fundar, al Padre Julián Dávila, el cual, con ayuda de los Padres de la Compañía de Jesús, pudo conseguirla. Hecha esta diligencia, y alquilada una casa para la fundación (pues otra que había comprado el Padre Antonio de Heredia, por mandado de Santa Teresa, estaba muy destartada), dió la vuelta a la ciudad de Avila a informar a la Santa de lo que había negociado.

Viendo ésta que ya nada faltaba, dispuso el viaje, a pesar de las grandes contradicciones que se levantaron contra su resolución. Tomó cuatro monjas de la Encarnación y dos de San José, y acomodándolas en tres o cuatro carros, juntamente con el pobre ajuar que llevaba para el nuevo Convento, se puso en marcha el día 13 de Agosto de 1567

«La primera jornada, escribe el Padre Ribera, fué a Arévalo, y estando como un cuarto de legua de él, ya tarde, y harto cansadas por el mal aparejo que llevaban, salió a ellas Alonso Esteban, clérigo, siervo de Dios y hombre de mucha caridad, que las tenía buscada posada en casa de unas devotas mujeres, y da al Padre Julián de Avila una carta del dueño de la casa que él dejaba en Medina alquilada, que se llamaba Alonso Alvarez, en que le decía que no se partiesen de Avila hasta que el negocio se averiguase con

dación de sus conventos de monjas y deseosa de ver abierto camino para fundar algunos de frailes descalzos y primitivos, vino a ella un caballero principal,

los Padres de San Agustín, que vivían allí junto, y no querían que tan cerca de su casa se hiciese Monasterio, y que ellos eran sus amigos y no les quería disgustar, ni daría la casa hasta que ellos viniesen en ello.»

Cuando llegaron a la posada, supo la Santa que el Padre Báñez, Dominico, se hallaba en la misma villa, y envióle luego a llamar para aconsejarse de él. «Lo más de aquella noche, escribe el Padre Julián, se nos fué en dar trazas y medios, aunque todos nos parecían pelear con la muerte.» El Padre Báñez era de parecer que la cuestión con los Padres Agustinos se acabaría presto, y que por tanto no se volviesen atrás. Mas ésto no satisfacía del todo a la Santa, porque ella quería hacerlo con la mayor brevedad posible, a fin de evitar ruidos y de que la gente de Medina no pudiese mover alguna contradicción, como la de Avila había hecho. Pasaron la noche con estos cuidados y tristezas. En amaneciendo la mañana del día siguiente, las tinieblas que pesaban sobre sus corazones, se disiparon, porque llegó el Padre Antonio de Heredia a esperar a la Santa, y dijo que la casa que tenía comprada era muy bastante para hacer el Monasterio, y que tenía un portal donde se podía hacer una pequeña Iglesia, aderezándole con algunos paños. Resolvióse, pues, hacer el Convento en dicha casa. Y para evitar ruidos que tanto aborrecía la Santa, por la experiencia que tenía de los inconvenientes que traen, envió con el clérigo Alonso Esteban, al pueblo de Villanueva del Arenal, a las religiosas de la Encarnación que con ella venían.

La Reformadora del Carmelo, con las Religiosas de San José Ana de los Angeles y María Bautista, y los Padres Antonio de Heredia y Julián de Avila, se encaminaron a Medina por Olmedo, con el fin de visitar a D. Alvaro de Mendoza, que se hallaba en este último lugar; y porque también les cogía de paso el lugar donde moraba entonces D.^a María de Herrera, cuya era la casa que había comprado el Padre Heredia. Habló a esta señora la Santa Madre, y ella la dió una carta suya para que un mayordomo que estaba en la

mancebo, si bien en años, también en costumbres propias de aquella edad. Llamábase D. Bernardino de Mendoza, y era hijo del Conde de Rivadabia y her-

casa, se saliese de ella y se la desembarazase; y escribióle también que la diese, si fuese menester, los tapices que había en su casa y una cama de damasco azul. Al anochecer de aquel mismo día, que era víspera de la Asunción, llegaron a Olmedo. D. Alvaro de Mendoza excusado es decir que los agasajó mucho. Diólos también su coche y envió con ellos a su Capellán llamado Muñoz, hombre de mucha virtud, para que los acompañase. Partieron de Olmedo aquella misma noche, y el Padre Julián se adelantó para dar aviso a los Padres Carmelitas de cómo venía el Padre Prior y la Santa. A la media noche, según refiere él mismo, estaba dando grandes golpes a las puertas del Convento de dichos Religiosos. Al ruido de los golpes, despertaron y se levantaron a abrirle, y enterados de lo que pasaba, empezaron al punto a disponer lo necesario para que al amanecer del día siguiente Medina del Campo se encontrara con un Convento más. Llegó después la Santa con sus acompañantes, y sin tomar descanso alguno, pusieron manos a la obra de la edificación del Monasterio. El modo como lo hicieron vamos a oír de boca del Padre Julián, el cual, con inimitable gracia, dice así: «Como llegó la nuestra Madre y en estas cosas era tan determinada, tomamos aderezos de altar y ornamentos para decir Misa, y sin más pararnos vamos a pie las monjas, y los clérigos, y el Prior y otros dos o tres frailes; y fuímonos por defuera del lugar, porque era aquella hora el encerrar de los toros que a la mañana se habían de correr; y todos íbamos cargados, que parecíamos gitanos que habíamos robado alguna Iglesia; que cierto, a toparnos la justicia, estaba obligada a llevarnos a todos a la cárcel, fasta averiguar a dónde iban a tal hora clérigos, y frailes y monjas. Y aún no estaban obligados a creernos, pues las apariencias, y la hora que era, y tanta gente como andaba por las calles, que por la mayor parte, con tal ocasión, suelen ser los que entonces andan los muy perdularios y vagamundos del lugar. Quiso Dios que, aunque topamos gente, como no fué la justicia, nos dejaban pasar con descir algunas palabras, cuales se suelen descir de tal gente y a tal hora. Nosotros, como no osábamos chistar, alargába-

mano del Obispo D. Alvaro de Mendoza y de doña María de Mendoza, memorable mujer; tenía devoción a la Santa Virgen D. Bernardino, y deseó darla una

mos el paso y dejábulos descir lo que querían. Llegamos, Dios y en hora buena, a la casa a donde estaba el dicho mayordomo, y dímosle tan mala noche en la prisa de llamar y en las ganas que teníamos de entrar antes que nos viniese algún infortunio, que al fin despertó y nos abrió, y obedeció a su señora que le mandaba nos dejase luego la casa desembarazada. ¡Ah, Señor!, como ya nos vimos dentro y que faltaba poco para venir el día, viérades a la Madre, y a las hermanas y a todos los que allí estábamos, unos a barrer, otros a colgar paños, otros a aderezar el altar, otros a poner la campana. El que más podía, más hacía con alegría: *Sient qui envenit spolia multa*; como si vencidos los enemigos hallan los soldados grandes despojos y riquezas, y ansí parecía se nos había descubierto algún tesoro, y no dejaba de serlo, sino que era aquel tesoro escondido que allí se empezaba a cavar, y para toda la vida no se acabara de agotar, porque siempre ha de estar dando perlas de almas muy preciadas y amadas de Dios. De manera, que ya que quería amanecer, nos faltaba de dar otra alborada en casa del Provisor para que mandasen a un Notario nos diese por testimonio cómo aquel Monasterio se hacía con autoridad y bendición del Prelado, y ansí, a aquella hora, mandó llevásemos el Notario, y le fuimos a levantar de la cama, y fué y lo puso por auto de justicia todo lo que se había hecho.» (Pág. 254 y siguientes). «Hecho esto, al punto del alba se dijo Misa, y se puso el Santísimo Sacramento y se tañía la campana que parecía se deshacía tañendo, y la Madre y sus compañeras se metieron tras una puerta que estaba a la subida de una escalera que iba al cuarto que estaba en pie, y tenían delante la puerta el altar, y no podían ver Misa sino por entre los agujeritos de la puerta, y esta puerta servía de clausura, y de locutorio, y de torno y de harto trabajo, que la buena Madre sintió cuando se iba descubriendo el día y juntamente con la luz se iba descubriendo la humildad del lugar a donde teníamos puesto el Santísimo Sacramento, y no era esto lo peor, porque ni estaba en lugar decente, ni a donde se pudiese guardar con puertas ni llaves, sino como en la calle, lo cual dió

casa que tenía en Valladolid, para convento de carmelitas de la Descalcez y primitiva regla. Era la casa muy buena y había sido de recreación del comendador mayor Cobos. Estando la Santa en Alcalá, la hizo este caballero la donación con escritura firmada, rogándola que con toda brevedad se efectuase. Partió D. Bernardino de Alcalá a Ubeda, en donde de una arrebatada apoplejía que le quitó el habla, murió sin confesión con algunas señales de dolor y penitencia; mas la gente de su casa quedó cotejando su vida con su muerte temerosísima de su salvación, como a mí me ha referido uno de los graves jueces de este reino que se halló en ella. Así le dió este lastimoso suceso grande pena a la piadosa Virgen, no sólo por ser de natural agradecido y deber mucho a los hermanos y casa de aquel caballero, sino porque el caso era tal, que aunque fuera de persona jamás conocida de ella, la causara dolor. Temió no se condenase aquella alma, y encomendándola fervorosamente a Dios, díjola su Majestad haber estado su salvación en harta ventura y que había habido misericordia de ella por aquella limosna y casa que la dió

mucha pena a la Santa Madre.» Pondera la Mística Doctora esta su pena en el capítulo 3 de sus Fundaciones, diciendo: «¡Oh váleme Dios! cuando yo ví a Su Majestad puesto en la calle en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino a mi corazón.»

Remedióse esta pena buscando una casa donde pudiesen estar con decencia, en tanto se disponía la otra en forma de Monasterio. Hecho lo cual, se fueron a vivir a él, y luego Dios despertó el corazón de varias doncellas, que fueron poblando aquel nuevo palomarcito de la Virgen.

para hacer monasterio de Carmelitas a su Madre Santísima; mas que no saldría del purgatorio hasta que se dijese en aquella casa la primera Misa. Quedó la Santa consolada, aunque cuidadosa por las graves penas que aquella alma padecía, y no veía la hora en que ir a Valladolid y fundar el monasterio para librarla. Deteniase en las villas de Alcalá y Medina del Campo, en negocios de importancia que se ofrecían, cuando el Señor, a quien parece que lastiman las penas que padecen los que están en su gracia y las con que se purifican las almas del purgatorio, se le apareció estando en oración dándola priesa para que abreviase su ida, porque padecía tormentos excesivos D. Bernardino. Púsose luego en camino como pudo, entró en Valladolid, vió la casa y recibió con su vista mucha pena, por ser más propia para recreación de caballeros que para monasterio de religiosas. Callaba con todo eso y esperaba en Dios, pues la había mandado venir.

Díjose Misa con licencia del Provisor en un oratorio decente que en ella había, al fin de la cual, queriendo recibir la Santa el Santo Sacramento, sobrevínola un éxtasis maravilloso, en que se le apareció aquel venturoso caballero dueño de aquella casa y huerta con rostro resplandeciente y alegre, agradeciendo a la Santa lo que había hecho para que saliese del purgatorio, y a Dios los pensamientos y deseos que le dió de ofrecer aquella casa a la religión de la Virgen María, madre de suya, cuya limosna y obra buena fué la parte principal porque le socorrió en el arrebatado y desapercibido trabajo de su muerte. Hecho esto, se subió al Cielo contento a descansar.

Quedólo la Santa, y más cuanto más descuidada estaba de pensar que lo que el Señor la había dicho se había de cumplir entonces, porque pensaba que no había de salir hasta que estuviese hecho el monasterio y se dijese Misa.

No es de callar lo sucedido en la fundación del Convento de Toledo, en que pasó la Santa grandes trabajos. Había en Toledo un hombre honrado y siervo de Dios y rico de bienes temporales, mas sin hijos, por lo cual deseaba hacer de toda su hacienda alguna memoria en servicio de Dios.

Estaba a la sazón en Toledo el Padre Doctor Paulo Hernández, de la Compañía de Jesús, persona muy religiosa y letrado, y tan aficionado de la Santa, que decía de ella muchas veces: «*La Madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de las tejas abajo, y mucho mayor de las tejas arriba.*» Queriendo significar en ésto su peregrino espíritu y prudencia. Este Padre fué a visitar a Martín Ramírez estando ya para morir, y como entendiéndose sus intentos, aconsejóle que si deseaba dejar alguna memoria, la emplease en hacer un Monasterio de monjas Descalzas Carmelitas; porque demás del grande servicio que haría a Dios, podía dejar allí algunas Capellanías, que era lo que pretendía él. Apretáronle tanto en esta sazón los accidentes de la muerte, que no teniendo tiempo para concertar y disponer las cosas en orden hasta su fundación, lo dejó a la disposición y albedrío de un hermano suyo llamado Alonso Alvarez, para que efectuase este negocio como mejor le pareciese convenir.

Murió Martín Ramírez, y luego el Padre Paulo Hernández y su hermano dieron cuenta a la Santa,

que estaba en Valladolid de lo que pasaba, pidiendo viniese luego a efectuar la fundación. No tardó ella, y así en breve días llegó a Toledo. Donde, hospedándose en casa de D.^a Luisa de la Cerda, comenzó a tratar con Alonso Alvarez de fundar su Convento.

Desaveníanse, por pedirla él tantas condiciones, que no parecía estar bien a la Religión. Pero como la Santa Virgen tenía puestas en Dios sus esperanzas, no le dió mucha pena; porque mientras más trabajo y pobreza padecía, tenía más contento. Así, tratando valerse por sus manos, o por mejor decir, de las de Dios, dió orden de buscar una casa alquilada para tomar la posesión y procurar la licencia, que eran las dos cosas de que sólo la parecía tenía necesidad. No se hallaba casa, aunque se buscó con mucho cuidado, y la licencia era mucho más dificultosa de haber, aunque la misma D.^a Luisa de la Cerda la procuraba y otras personas graves de Toledo. Habíala de dar el Gobernador del Arzobispo, por no haber entonces Arzobispo: lo era el Licenciado D. Gómez Girón, el cual había puesto tantas dificultades en dar esta licencia, que hacía de todo punto imposible la fundación. Así eran pasados ya dos meses que la Santa había entrado en Toledo, al cabo de los cuales y del gasto y del trabajo de su camino y del mucho cuidado y diligencia que había puesto, se hallaba sin fundador, sin casa, sin licencia y sin un maravedí, ni de donde le tener; mas no sin ánimo y confianza en Dios de salir con su empresa.

Determinóse de hablar ella misma al Gobernador y pedirle la licencia que a tan graves personas se había negado. Fuese a una Iglesia vecina de su casa; en-

vióle a suplicar tuviese por bien de llegarse allí, vino y con ser la Santa de suyo tan humilde y mansa, y el Gobernador, así por su persona y oficio, como por su linaje, hombre gravísimo, fué movida por Nuestro Señor para hablarle con una grande y santa libertad en la manera siguiente:

«Más há de dos meses, Señor, que vine a esta ciudad, no para verla y holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas y hacer a su Majestad en esta ciudad el servicio (que en otras algunas, aunque indigna, le he hecho) de fundar un Monasterio de monjas descalzas que guarde la primera regla de la orden de Nuestra Señora del Carmen, y para eso traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, virtud y dignidad de Vuestra Señoría favorecer a unas mujeres pobres para cosa tan santa, y animarlas para que pasasen adelante, pues le tiene Dios puesto en este lugar.

No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa, han bastado a acabar con Vuestra Señoría que la diese. Cosa recia es, sin duda, que unas pobres monjas que no pretenden más que por amor de Dios vivir en tanto rigor y encerramiento y guardar con perfección los consejos del Santo Evangelio, no hallen quien las quiera ayudar. Y que los que no penan nada de ésto, sino que están en regalos y viven a su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos a donde vivir, y si nos volviésemos a ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos que perder en este mundo. Pero Vuestra Señoría

vea lo que podría perder esta ciudad, y cuán a su cuenta sería si ésto se dejase de hacer. Mire cómo se podría disculpar cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo -Nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad hemos venido, que yo no veo con qué se pueda Vuestra Señoría descargar ni estorbar cosa tan agradable al Señor, estando puesto por él para ayudar con todas sus fuerzas a todo lo que es servicio suyo.»

Estas razones, salidas de aquel pecho tan abrasado en Dios, causaron tal admiración al Gobernador y le hicieron tanta fuerza, que antes de despedirse la Santa de su presencia, le concedió la licencia. Fué la Virgen con ella muy alegre y contenta, y dió orden luego de buscar casa; mas aunque hicieron la diligencia personas muy ricas e ilustres de Toledo, no la pudieron hallar. Quería el Señor se hallase por medio de un mancebo pobre que se ofreció a ayudar a la Santa con su persona, harto deslustrada y triste exteriormente; y era bien menester la fe y confianza que la bienaventurada Virgen tenía para esperar algún fruto de tales manos. Mas dióle en un día, hallando la casa, y muy buena, no la habiendo podido dar en muchos meses los poderosos de quienes estaba colgada la esperanza y satisfacción. Maravillosas trazas y caminos de Dios, tomar muy flacos instrumentos para mayores hechos. Compuso la Santa en forma de Monasterio su nueva casa, comprando dos imágenes para el altar (1) y dos jergones

(1) Estos dos cuadros los compró en la puerta del Cambrón. Se veneran en lo interior del Convento de las Carmelitas.

y una manta para sí y para sus compañeras, y con todo este ajuar, quedó fundado el Convento de Toledo a 14 de Mayo de 1569.

Pareció a muchos haber sido tentar a Dios y fundar una casa de religión en el aire, pues no tenía más fundamento que aquella manta con sólo dos jergones; mas como la Santa se gobernaba por nortes diferentes, no hacía caso de los discursos, fundados sólo en humana razón. A los principios, pasaron necesidad, así de sustento como de ropa, y fué de manera que, estando una noche la Santa con frío (que como era tan enferma nunca le faltaban mil accidentes), pidió que la echasen alguna cosa más. Sus compañeras, con mucha gracia, la respondieron, *no pidiese más ropa, porque tenía toda la que había en casa y sus ropas sobre sí*. Lo cual, después, ella solía contar con harto donaire. Era conforme a las ropas y alhajas, la comida; mas la alegría interior y exterior que Dios las daba, era tan grande, que no podían caber dentro de sí de gozo: tanta es la suavidad de la santa pobreza, que quien con el espíritu la experimenta, no puede dejar de sentirla mucho mayor que con todas las riquezas y deleites del mundo. Era este gozo tan extremo, que, viéndose después con alguna hacienda, andaban las compañeras de la Santa faltas de esta alegría, en lo cual, reparando la Santa y queriendo saber qué podría ser la causa, ellas le respondieron ingenuamente: *¿Qué alegría hemos de tener, pues parece ya que no somos pobres?*

De algunas más cosas notables sucedidas en este Convento hace mención la Santa en el *Libro de sus*

fundaciones, que me ha parecido conveniente referir por sus palabras mismas, y son las siguientes:

«Era mucho lo que en este Monasterio se ejercitaban en mortificación y obediencia. De manera, que algún tiempo que estuve en él, a veces había de mirar lo que hablaba, que, aunque fuese con descuido, ellas lo ponían luego por obra. Estaba una vez mirando una balsa de agua que estaba en el huerto, y dijo la Priora a una monja que estaba allí junto: «¿Mas qué sería si se le mandase echarse aquí?» No se lo hubo dicho, cuando ya la monja estaba dentro; que, según se paró, fué menester vestirse de nuevo.

Otra vez, estando yo presente, estábanse confesando, y la que esperaba a otra que estaba allá, llegó a hablar a la Prelada, y díjole: *¿Que cómo hacía aquello? ¿Si era buena manera de recogerse? Que metiese la cabeza en un pozo que estaba allí y pensase allí sus pecados.* La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta priesa a hacerlo, que si no acudieran presto, se echara, pensando hacía a Dios el mayor servicio del mundo. Otras cosas semejantes y de gran mortificación han hecho, tanto, que ha sido menester ir las a la mano. *Y esto no es sólo en este Monasterio, que se me ofreció decirlo aquí, sino en todos hay tantas cosas, que quisiera yo ser parte para decir algunas, para que se alabe Nuestro Señor en sus siervas.»* (Capítulo XVI.)

También acaeció estando yo aquí en Toledo darle el mal de la muerte a una hermana; recibidos los Sacramentos y después de darla la Extremaunción, era tanta su alegría y contento, que así se le podía hablar en cómo nos encomendase en el Cielo a Dios

y a los Santos que tenemos devoción, como si fuera a otra tierra. Poco antes que expirase, entré yo a estar allí, que me había ido delante del Santísimo Sacramento a suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, ví a Su Majestad en mitad de la cabecera de la cama. Tenía abiertos los brazos, como que la estaba amparando, y díjome *que tuviese por cierto que todas las monjas que muriesen en estos Monasterios que él las ampararía así, y que no hubiese miedo de tentaciones a la hora de la muerte* (1).

Yo quedé harto consolada y recogida. Dende a un poquito lleguéla a hablar, y díjome: *¡Oh Madre y qué grandes cosas tengo de ver! Y así murió como un ángel. Y algunas que mueren después acá, he advertido que es con una quietud y sosiego como si les diera un arrobamiento o quietud de oración, sin haber habido muestra de tentación ninguna. Así espero en la bondad de Dios que nos ha de hacer la merced por los méritos de su hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mías, esforcémosnos a ser verdaderas Carmelitas, que presto se acabará la jornada. Y si entendiésemos la aflicción que muchos tienen en aquél tiempo, y las sutilezas y engaños con que los tienta el demonio, tendríamos en mucho esta merced.*» Todas estas son palabras de la Santa. (Cap. XVI del *Libro de las Fundaciones*.)

(1) La Santa mandó pintar luego una imagen de Nuestro Señor tal como la había visto a la cabecera de la cama de la enferma. Este cuadro, que es una verdadera joya artística por la expresión divina de Jesús, se venera en el mismo Convento de Carmelitas Descalzas de Toledo.

No es de callar lo que también en esta fundación de Toledo sucedió a la Santa estando oyendo Misa en una Iglesia antes que el Gobernador la diese licencia para fundar. Acaso se le perdió a una mujer un chapín, y andándole a buscar, púsole el demonio en la cabeza que se le había hurtado la Santa; que por no ser conocida estaba cubierta con un manto. La mujer tomó el otro chapín que le quedaba, y con grande cólera arremetió con ella y comenzó a darle muy buenos chapinazos en la cabeza, que por ser los golpes grandes y la Santa muy flaca y enferma de ella, la dió un mal rato. Pero con su humildad y paciencia no la habló palabra, sino volviéndose a sus compañeras, les dijo: *Dios se lo pague a aquella buena mujer, que harto mala me tenía yo mi cabeza.*

Acaeció también en este tiempo que una doncella de Toledo muy amiga de sermones y estaciones quiso ser monja en el Monasterio que fundaba la Virgen Santa. Hablóla, y la Santa a la primera visita quedó pagada de su buen entendimiento, salud y natural, y así se concertó el recibirla y señalóla para eso día determinado. Vino la víspera a hablar y tratar algunas cosas la doncella, y al despedirse de la Santa para ir a su casa, díjola: Madre, también traeré una Biblia que tengo. Luego que oyó ella estas palabras, con gran determinación la respondió: *¿Biblia, hija? No vengáis acá que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia: que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan.* Así la despidió. Dando aviso de que las bachilleras y curiosas no son para Descalzas. Después esta doncella se llegó con otras mujeres beatas, las cuales

dieron en tales desatinos, que las prendió y castigó la inquisición sacándolas en auto el año de 1579.

Demos fin a esta fundación con un caso raro y temeroso que también sucedió allí: Había un vecino de las religiosas hecho grande contradicción a la fundación de su monasterio, por cierta obra que en él se hacía contra su voluntad y gusto. Y después de haberles puesto algunos pleitos, comenzó sin freno y temor de Dios a decir mal de ellas. Permitted, pues, el Señor, por justo juicio suyo, que yendo en compañía de otro su pariente por la puente de Alcántara, viniese un caballo corriendo, sin freno ni silla, y le encontrase con tal furia, que le hizo dar con la cabeza en una piedra de la puente, donde se la hizo pedazos, y murió sin decir un Jesús. No se supo jamás qué caballo fuese éste, ni de quién, ni de dónde venía, ni dónde fué a parar. Señal manifiesta que envió Dios aquel caballo sin freno para que castigase al que no le tenía, saliéndose de boca contra las inocentes esposas suyas.

Capítulo XVII.

De algunas cosas notables que sucedieron en la fundación
de Salamanca.

ANDANDO ocupada la Santa y animosa Virgen Teresa en tantas fundaciones, escribióla el Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de la Compañía de esta ciudad de Salamanca, pidiéndola viniese a fundar en ciudad tan insigne un Monasterio de monjas suyas, deseoso de que se comunicase a ella el grande fruto que sabía se hacía con los que fundaba en otras partes. Reparó al principio la Santa, considerando la pobreza de Salamanca. Mas mirando bien al norte que ella solía mirar, que era la grande providencia de Dios y su palabra que no falta a quien le sirve, determinóse de hacer esta fundación. Procuró la licencia escribiendo al Obispo de Salamanca D. Pedro González de Mendoza y al Padre Martín Gutiérrez, para que le informase. Hízolo tan bien, que alcanzó la licencia. Sabido por la Santa, hizo alquilar una casa para que al punto que viniese (que a la sazón estaba en Avila), se hiciese el Convento sin dilación.

Partió, pues, para esta ciudad de Salamanca y llegó a ella la víspera de Todos los Santos del año 1569. Fuese a apaar a una posada por no tener en Salamanca quien ni a ella ni a sus monjas las conociese, y estuvo allí hasta que unos estudiantes que vivían en la casa, que la habían alquilado, por diligencias

apretadas que se hicieron la quisieron desocupar, porque la habían ellos primero tomado por un año. Fuese luego la Santa casi de noche a ella sólo con su compañera, y trabajaron casi la noche toda en componerla, que era harto menester, según que sus inquietos moradores la habían dejado.

Dijose la primera misa al día siguiente, que fué el de Todos los Santos, y envió luego por monjas a Medina del Campo. Aquél día y otros muchos las enviaron de comer de limosna las monjas de Santa Isabel, que eran vecinas suyas, y las ayudaron siempre con largueza en sus necesidades. Llegó la noche, y quedando las dos solas en una casa tan grande y desbaratada, la compañera de la Santa comenzó a tener notable temor, imaginando si alguno de aquellos estudiantes que habían salido de la casa con gran disgusto, por vengarse de ellas o hacerlas alguna burla, se había quedado en algún desván, que por ser la casa grande tenía muchos. Recogiéronse entrambas en una pieza, donde no había más que un poco de paja en que habían de dormir. La temerosa compañera atrancó bien la puerta, y aún con esto la parecía no estaba segura, ni se sosegaba del miedo de los negros estudiantes. Nada de esto temía la Santa, porque la había dado Dios un tan valeroso corazón, que no temía cosa de esta vida ni de la otra, sino sólo no caer de la divina gracia. La compañera no hacía sino mirar a una parte y otra con mil pensamientos llenos de temor. Ayudaba el ser noche de ánimas, y así los muchos y tristes clamores de las campanas despertaban su imaginación y aumentaban el miedo. Como la Santa Virgen la vió tan inquieta y

temerosa, díjola: *¿Qué está mirando, hermana?* Respondió: *Estoy, madre, pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿que había de hacer Vuestra Reverencia sola?* El caso puesto en ejecución, diérale mucha pena a la Santa, porque aunque ninguna cosa la causaba temor, la vista de cualquier cuerpo muerto la enflaquecía el corazón notablemente, y así se la dió también la pregunta de la compañera. Pero entendiendo luego eran enredos del demonio, y aun niñerías de la hermana su compañera, discreta y graciosísimamente la respondió: *Hermana, cuando eso sea pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.* Con esto sosegó a su compañera; y el sueño, que hacía dos noches que les faltaba, venció el miedo e inquietud de su corazón.

Vinieron las religiosas que a la Santa le pareció de Medina del Campo, y comenzó el nuevo monasterio a ser conocido en la ciudad y socorrido de muchos con limosnas por la grande devoción y estimación que tenían de él. Despertó también el Señor los ánimos y corazones de muchas señoras doncellas, hijas de lo más ilustre y noble de esta ciudad, que hollando las riquezas y tesoros que el mundo estima, se determinaron a buscar el que Dios tiene escondido en la humildad y pobreza del Evangelio, tomando el hábito de la misma Religión.

Digno es de memoria un caso raro y particular que sucedió en este convento el año 1573. Y fué, que estando a la muerte una religiosa llamada Isabel de los Angeles, habiendo padecido una recia enfermedad y gravísimos dolores por muchos días, y sobre todo afligida con escrúpulos y temores de su salva-

ción, fuéronse las religiosas a Misa el día del Apóstol San Bernabé, dejándola como quien estaba en lo último de la vida, encomendándose a Nuestro Señor y suplicándole la favoreciese en aquel paso, que con razón es el más temible por ser el más peligroso.

Volvieron las religiosas de oír Misa, y hallándola con extraordinaria alegría, la dijeron: —*¡Bendito sea Dios, hermana, que parece está mejor! ¿Qué es lo que siente que tan alegre está?* —*La alegría es que hoy se acabaron mis trabajos, respondió ella, y gozaré del bien que deseo tanto tiempo há.* —*¿Quién se lo ha dicho, hermana?*, replicó una, que era la Superiora del convento, a quien la enferma, sonriéndose, volvió a responder: —*¡Qué cosas pregunta la Madre Superiora! El que puede me lo ha dicho. Mientras estaban en Misa ha estado aquí nuestra Madre Teresa de Jesús, echándome su bendición y regalándome, y llegándome las manos al rostro, me dijo: —Hija mía, no sea boba ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció con ella su esposo, que es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.*

Así se cumplió, porque aquel mismo día, a las once de la noche, dijo ser la última hora de su vida, y convocándose el convento y diciendo el Credo, cuando llegó a decir, creo la vida perdurable que nunca se acaba, se le acabó la suya, quedando su cuerpo con tan notable hermosura y resplandor, que se echó bien de ver haber sido todo sobrenatural y divino. Fué tanto el concurso de gente que se convocó a esta nueva maravilla, que fué necesario que el Conde de Fuentes y el Comendador Páez defen-

diesen el lecho de la difunta mientras se hacían los Oficios.

Estaba cuando esto sucedió en Salamanca la Santa Virgen Teresa en la ciudad de Segovia fundando el convento de sus Descalzas que hay allí; y deseando certificarse las religiosas de Salamanca de la verdad del caso, se le escribieron a la priora y supriora de Segovia, para que procurasen saber de la Santa cómo había pasado. Hiciéronla tales instancias, que aunque la prudente y recatada Virgen disimulaba lo hecho, viéndose convencida por haber estado como muerta todo el tiempo que decían haber asistido a la enfermedad de Salamanca, que en fin, concedió haber pasado así. Y rogándola una religiosa la hiciese a ella semejante favor de aparecérselo cuando se quisiese morir: *yo se lo ofrezco, dijo; si Dios me diere licencia, digo, que eso no está en mi mano, ni puedo hacerlo sino cuando Él lo ordena.*

Preguntósele también si había dicho aquella palabra a la difunta, que Dios la tenía aparejada mucha gloria. Respondió que sí, porque se la había mostrado Su Majestad, y que era tanta la gloria que tenía en el cielo por cinco años que había sido monja, como otras por cincuenta años de religión, aunque hubiesen vivido en ella con mucha rectitud. Y verdaderamente, la vida de la religiosa era tan ejemplar, que no se podía dudar ser digna de gran premio; porque fué singular el fervor y las ansias que tenía siempre de contentar a Dios. Todo cuanto hacía le parecía poco; y habiendo dejado mucho por Dios en el siglo, andaba en la religión la más abatida y humillada, teniéndose entre todas por la más vil. No

había alguna que no la pareciese a ella hacerla muchas ventajas, y lo que más es, jamás se hallaba digna de ningún consuelo interior, ni exterior. Y no sólo no le deseaba, sino que le huía, de manera que, rezando el oficio divino, la echaban muchas veces de ver que en llegando a aquel verso de David: *Cuando consolaberis me?*, pasaba tan aprisa por él, que disonaba de las demás; y preguntándola la causa de este apresuramiento, respondió: *Temo no me consuele Dios en esta vida* (1).

Cómo haya sucedido que estando nuestra Santa Virgen en Segovia haya venido personalmente tantas leguas a la que estaba enferma en Salamanca estando juntamente en dos lugares, a la Teología pertenece resolver, y no a la Historia, la cual sólo atiende a referir la verdad de los sucesos. Pudo acaecer esta maravilla por muchos medios. Estando el cuerpo de la Santa por virtud divina en dos lugares; o porque en la una parte estuviese realmente y en la otra supliere algún ángel su figura; o por otros medios que el Señor sabe y puede ordenar. A lo que yo más me inclino, es que la Santa vino en el hecho de verdad en su propia persona a visitar la enferma y consolarla, como ella misma lo confesó, y que en Segovia suplió el Señor por medio natural, no echándose de menos, o sobre natural, representando su persona algún ángel, de manera que se viese como si allí asistiera personalmente.

(1) Esta religiosa fué natural de Medina del Campo, y tomó allí el hábito; mas al tiempo de su profesión la llevó Santa Teresa a Salamanca.

Capítulo XVIII.

De la notable y maravillosa fundación del Convento de Alba de Tormes.

TAMBIÉN es mucho de notar lo sucedido en la fundación del convento de Alba de Tormes. Francisco Velázquez, contador del Duque de Alba D. Fernando, y Teresa de Láiz su mujer, importunaban mucho a la Santa Virgen Teresa de Jesús a que fuese a esta villa a fundar un monasterio en ella. No gustaba la Santa de la fundación, por ser Alba pequeño lugar para tantos monasterios como tiene, y ser dificultoso sustentarse otros nuevos en él. Mas hiciéronla tanta instancia por sí mismo y por gravísimos Padres sus confesores, que la inclinaron a que quisiese fundar, y lo que principalmente la movió fué saber un caso que ahora referiré:

Era hija de nobles padres Teresa de Láiz, aunque no tan poderosos en haberes temporales como lo pedía la nobleza de su linaje. Fué grande sierva de Dios y cristiana desde niña, y de esto hubo pronóstico desde su nacimiento. Luego que nació, causó en los ánimos de sus padres grande pesar, porque estaban cargados de hijas, y deseaban sobre manera hijo varón en quien se conservase su casa y nombre. Así hicieron tan poco caso de ella, que aunque la bautizaron al nacer, luego al cabo de tres días la dejaron en el brizo olvidada y sola, como si no fuera hija suya, o en

el mundo no hubiera nacido. Vino ya a la noche una mujer que solía tener cuidado con esta niña, y sabiendo lo que pasaba fué corriendo a ver si era muerta, y con ella fueron algunas otras personas que habían ido a visitar a su madre. La mujer tomó llorando en sus brazos la niña y la dijo con grande sentimiento: *¿Cómo, mi hija, vos no sois cristiana?* como quejándose de la crueldad que con ella habían usado sus padres. La niña alzó la cabeza y dijo: *Sí soy.* Y no habló más palabras hasta la edad en que los niños suelen hablar. Todos los que la oyeron quedaron espantados de aquel prodigio, y su madre, teniendo esto por presagio de algún gran bien, la comenzó a querer y regalar más desde entonces, y decía muchas veces que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacía de aquella niña.

Creció y casáronla sus padres (aunque contra su voluntad por no amar el estado del matrimonio) con Francisco Velázquez, criado del Duque de Alba, D. Fernando. Vivían en esta ciudad de Salamanca ricos y contentos con vida cristiana y ejemplar. Sólo les daba pena no tener algún hijo. Pedíale a Dios con grande instancia Teresa de Láiz, deseándole sólo tener, decía ella, porque dejase cuando se muriese quien de su parte, y como en su lugar, alabase al Señor.

Trajéronla muchos años estos deseos, y con ansias se lo encomendaba al glorioso San Andrés, por decirle algunas personas era particular abogado para esta causa. Oyóla el Señor, y concedióla lo que tanto pretendía, que era tener generación que después de sus días le alabase, mas no por la manera y medios

que ella pensaba, que eran hijos de carne, sino hijos de espíritu: de muchas siervas de Dios ocupadas en oración y vigiliass y divinas alabanzas en todos tiempos. Estando, pues, una vez en la cama oyó una voz que la dijo: *No quieras tener hijos, que te condenarás*. Quedó turbada, aunque no desconfiada de alcanzarlo, pareciéndola que con el buen fin que los quería, iba muy segura de condenarse. Pero seguía con sus plegarias sin desistir y solicitaba al bienaventurado Apóstol con el cuidado que antes.

Estando una vez muy ocupada con este pensamiento y cuidadosa solucitud, vió una visión de Dios maravillosa. Parecíale se hallaba en una casa donde en el patio de ella debajo de un corredor estaba un pozo; y vió juntamente en aquel lugar un prado muy verde, sembrado con unas flores blancas de tanta hermosura cual nunca jamás ella había visto, ni supiera tampoco imaginar. Cerca del pozo vió al mismo Apóstol San Andrés con hermosa y venerable presencia, el cual le dijo: otros hijos son éstos que los que quieres tú. *Llamó hijos a aquellas blancas y hermosas flores*. Causó tales efectos en ella esta visión, que luego se le cayeron de la memoria sus antiguos deseos y entendió claramente ser voluntad del Señor hiciese un monasterio. Tratólo con su marido, a quien, por ser semejante a ella en bondad, le pareció muy bien: y así pensaba de día y de noche cómo lo pondría en ejecución.

Estaban con esta determinación los dos siervos de Dios en esta ciudad de Salamanca, cuando la Duquesa de Alba D.^a María Enríquez envió a llamar a Francisco Velázquez para hacerle contador del

Duque D. Fernando, marido suyo. Aceptó el oficio de buena gana y comprando casa en Alba, envió a Salamanca por su mujer Teresa de Láiz. Ella llegó a Alba con gran disgusto suyo, y mucho mayor le comenzó a mostrar cuando vió, aunque de noche, la casa que su marido había comprado, casi no labrada ni acabada de hacer, aunque en buen sitio y de grande capacidad y anchura.

Durmió aquella primera noche con esta pena y quiso ver con más espacio su casa por la mañana. Entró en el patio y vió en él un corredor y debajo de él un pozo, y luego se acordó que aquel pozo era el mismo que había visto en la visión de que se dijo atrás. Quedó espantada, considerando cómo, sin saberlo su marido, había venido a comprar la casa que muchos años antes ella había visto. Determinóse luego de hacer en ella misma su Monasterio y allí vivir con mucho gusto en Alba de allí adelante.

Andaba ya sólo cuidadosa de qué orden le escogería, porque desearía fuesen las monjas pocas y muy encerradas y gente de grande espíritu y ejemplo. Comunicólo con religiosos de diferentes Ordenes, y todos la respondían ser muy dificultoso hallar monjas cual ella las pintaba de extremada virtud y perfección; y tales cosas la dijeron, que la hicieron a ella y a su marido mudasen de intento y casasen un sobrino que tenían con la hacienda que les había dado Dios. Echábase de ver andaba el demonio de por medio, temeroso de ver allí un Monasterio de tanta perfección como ellos deseaban.

Aprovechó poco, porque dentro de quince días murió el sobrino; y a la mujer se le asentó luego que

la causa de aquella muerte había sido la falta de constancia con su santo propósito, y temía no la sucediese lo que a Jonás, por no haber obedecido a Dios, o lo que a la mujer de Lot, por volver a donde Dios no quería la cabeza. Determináronse ella y su marido desde aquel día de no dejar de hacer el Monasterio; mas no sabían dónde hallar aquellas monjas tan encerradas y espirituales, y todos se reían de ellos, pareciéndoles no eran tiempos para buscarlas tan afinadas en perfección. Permitió Dios les diesen noticia de los Monasterios que fundara la Santa Virgen Teresa, e informándose de su modo de vida, hallaron cumplidos en ellos sus deseos. Escribieron a la Santa, que estaba en Avila, y aunque hubo algunas demandas y respuestas, se fundó el Monasterio en aquella misma casa de Teresa de Láiz, cumpliéndose su revelación y lo que la había dicho el Apóstol San Andrés, y conoció en el suceso ser este Monasterio el prado donde habían de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como ya por la divina misericordia se ven crecidas y de suave olor.

En este Convento se han recibido monjas principalísimas y de grande caudal, entre quienes ha sido D.^a Beatriz de Toledo, hermana de D. Antonio Alvarez de Toledo, Duque de Alba, y ha sido muchas veces y muchos años há, Priora de este Convento de Descalzas Carmelitas de Salamanca.

Capítulo XIX.

De las cosas notables que sucedieron a la Santa en el monasterio de la Encarnación.

CONCLUÍDA la fundación del monasterio de Alba, partió la Santa Virgen a Medina del Campo, de donde por obediencia del Provincial pasó a Avila; en el cual tiempo sucedió que con el gran celo que el Santo Pontífice Pío V tenía de la gloria de Dios y aumento de las sagradas religiones, determinó de señalar Visitadores para mayor reformatión de algunas. Señaló para la de Nuestra Señora del Carmen de la Provincia de Castilla al P. Maestro Fray Pedro Fernández, de la orden de Santo Domingo, varón apostólico de grande prudencia y letras. El cual, ejercitando su oficio y visitando su Provincia, llegó a Avila con harto deseo de conocer a la Santa Teresa de Jesús, de quien había oído contar grandes cosas a graves Padres Maestros de su orden. Pero siempre estaba con temor oyendo cosas tan extraordinarias recelando como prudente y experimentado los ardidés y engaños del demonio que en casos semejantes suele haber.

Visitó y habló a la Santa, que era Priora entonces del monasterio que había fundado en Avila, y ella como a Prelado le dió cuenta de su vida y espíritu y de todo el discurso de sus fundaciones, con que le dejó tan satisfecho de su santidad cuanto antes esta-

ba dudoso de ella; diciendo de allí adelante *que Teresa de Jesús, era una gran mujer y que había enseñado al mundo cómo era posible vivir mujeres guardando la perfección del Evangelio*. Pareciéndole que en Avila no haría mucha falta, la mandó ir al monasterio de Medina del Campo por Priora, donde también estuvo poco tiempo, porque visitando este Padre el monasterio de la Encarnación de la misma ciudad de Avila, de lo que de la visita resultó fué, experimentar que tenía grande necesidad aquel monasterio de quien le amparase así en lo temporal como en lo espiritual, porque todo se iba ya acabando. La causa era que no se daba a las monjas el sustento necesario, ni había de qué le dar, de manera que muchas estaban determinadas de pedir licencia a sus Superiores para irse a casa de sus deudos que las sustentasen. De aquí nacía haber grande ocasión para que se faltase al recogimiento y en otras observancias sustanciales de la vida religiosa, y se siguiesen otros daños que la falta de lo temporal suele acarrear a muchas comunidades.

Parecíale al Visitador que ninguna persona se podría hallar que con tanta satisfacción acudiese al remedio de todas estas necesidades, y llenase aquel vacío, como la Madre Teresa de Jesús; y así la hizo Priora de aquel Convento, para que con su presencia y ejemplo y juntamente con su grande prudencia, le remediase. Sintió mucho la Santa esta elección, así por la gran quietud y sosiego que ella tenía en sus monasterios de descalzas, como por la gran necesidad que tenían de ella los mismos monasterios, por depender de sus consejos y cartas, y muchas ve-

ces de su presencia, por contradicciones y persecuciones que se les levantaban. Añadía al sentimiento una grande contradicción que la Santa tenía con oficios y prelacías, y más donde había de templar tantas condiciones por ir las costumbres de aquel convento algo de rota. Por estos temores se detenía sin atreverse a arrojar a tan arduo trabajo, hasta que la declaró el Señor su voluntad como ella lo refiere por estas palabras:

«Estando yo un día después de la octava de la Visitación encomendando a Dios un hermano mío en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor, no sé si en mi pensamiento, porque está éste mi hermano a donde tiene peligro su salvación: *Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿que hiciera por remediarle?* Parecíame a mí que no me quedara cosa que pudiera por hacer. Díjome el Señor: *¡Oh, hija, hija, hermanas son más éstas de la Encarnación, y te detienes! Pues ten ánimo; mira que lo quiero yo y no es tan dificultoso como te parece; y por donde piensas perderán estotras casas ganarán en lo uno y lo otro. No resistas, que es grande mi poder.*»

Allanaron estas palabras todas las dificultades nacidas de un temor, y obedeció sin réplica a lo que el Visitador le demandaba. Mas causó esta elección en las monjas de la Encarnación tal alboroto por haberse hecho sin sus votos y consentimiento; y porque ya les parecía que con la venida de la descalza, cerraban las puertas y locutorios, que determinaron de no la recibir, haciendo en este caso toda la resistencia que sus fuerzas bastasen, convocando en su

favor muchos de los caballeros de la ciudad. Nada de esto se le escondía a la Santa Virgen; mas como iba determinada a padecer y esperaba ver fruto de sus trabajos, animóse varonilmente fiada en Dios.

Llegó al monasterio de la Encarnación acompañada de su Padre Provincial, el cual, juntando las monjas en Capítulo, las leyó la patente de elección en Priora de la Madre Teresa de Jesús, por el Visitador y definitorio de su provincia. Levantáronse al punto muchas y con demasiada osadía, no sólo no querían obedecer la patente, pero aun decían palabras muy pesadas e indignas de referirse, asestando toda su furia contra la Santa. Algunas recogidas y devotas del Convento (que entonces eran pocas), tomaron la cruz para recibirla y el P. Provincial y su compañero metieron por fuerza a la Santa en el monasterio, resistiéndola todas las demás. Levantóse una grita y alboroto cual se puede imaginar de mujeres furiosas y apasionadas. Cantaban unas, *Te deum laudamus*, maldecían otras la Priora y a quien la había traído. Estaba el Provincial enojadísimo, mas la Santa mientras esto pasaba de rodillas al Santísimo Sacramento; de donde levantándose mostró gran lástima de que les trajesen Priora contra su voluntad, diciendo al Provincial que no se maravillase, que tenían razón de no querer recibir con gusto tan mala Priora. Monjas hubo que cayeron desmayadas en tierra con la fuerza de la pena y alteración, a quienes llegándose llena de compasión la Santa y tocándolas con sus manos, volvían luego en sí; y si notaba alguna semejante maravilla, decía que traía consigo una grande reliquia del Lignum Crucis que

tenía grandes virtudes, por disimular lo que en sus manos santas había puesto el Señor.

No parara aquí el mal recibimiento que se le hizo a la Santa si el Señor no lo remediase; porque se juntaron de gavilla algunas protervas y obstinadas en su parecer para descomponerse atrevidamente contra ella en la primera sesión. La Santa mostró aquí su singular prudencia, porque echando de ver cuán enconados estaban los corazones, determinó de granjearles las voluntades con blanduras y halagos.

Principalmente mostró esta admirable prudencia en el Capítulo primero que se celebró, donde todas las monjas esperaban había de comenzar a descabezar abusos y quitar gustosas libertades, por lo cual entraron muchas conjuradas para resistir con palabras a sus mandatos, y si necesario fuese, poner las manos en ella. Mas la Santa, como sabio y experimentado médico, que entiende bien cuándo es el tiempo de regalos y cuándo el de la purga, usó de este divino artificio. Puso en la silla prioral, que era donde ella se había de sentar a presidir en el Capítulo, una muy hermosa imagen de Nuestra Señora, hecha de talla, y las llaves del convento en sus manos, dando a entender cómo ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta religión y casa, era la verdadera Priora que las había de gobernar, y ella se sentó a sus pies para hacer desde allí su Capítulo. Cuando entraban las monjas y ponían los ojos en la silla de la Priora y veían en ella aquella novedad tan grande, comenzaban a temer y refrenar con esto sus pensamientos, y a muchas les temblaban las carnes, como muchas veces después contaron. Sentadas ya

todas en Capítulo, esperando que las palabras de la Santa habrían de ser algunos rayos que pusiesen a todas en turbación y miedo, la Santa no les dijo más que las palabras siguiente:

Señoras y hermanas mías. Nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado a esta casa para hacer este oficio, y de esto estaba yo tan descuidada, cuan lejos de merecerlo. A me dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que a vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones y les hayan dado Priora contra su voluntad y su gusto, y Priora tal que haría harto si acertase a aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene.

Sólo venyo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, Señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes; de todas, o de la mayor parte, conozco la condición y las necesidades, no hay para qué vuestras mercedes se extrañen de quien es tan propia suya. No temen mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y he gobernado entre Descalzas, sé bien por la bondad del Señor cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad, y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra

flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos, que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención y deseo.

Con estas palabras y devoción y vista de la imagen, quedaron todas tan rendidas y sujetas, que rindieron y avasallaron el corazón al servicio de Dios y obediencia de tan discreta Prelada, y ofreciéndose a cualquiera reformation que la Santa ordenase. Comenzó luego el Señor a proveer con larga mano aquella casa, y como bendijo la de Laban después que entró en ella Jacob y la de Putifar después que a ella vino José, así bendijo aquel monasterio después que le tomó la Santa a su cargo. De todo había abundancia y las riquezas del espíritu eran notables. A unas daba la Santa el velo, a otras la túnica, a otras el hábito, acudiendo a todas sin mostrarse particular con alguna. Hacíales fiestas a sus santos devotos, y dábales las recreaciones santas y honestas que podía. Con esto creció el amor de todas para con ella, de manera, que no había memoria en pocos días de acedia o disgusto.

Ganadas muy bien de esta manera las voluntades, puso grandes diligencias para ganar sus almas, para lo cual puso en portería y sacristía religiosas de confianza, y comenzó a quitar visitas y otras correspondencias, inútiles, que son la ponzoña de los conventos.

Las monjas, como se iban aficionando a la virtud y al trato de Dios en que la Santa las iba poniendo, iban poco a poco olvidando los gustos, sin quienes las parecía antes no podían vivir. Los que más lo

sintieron fueron los devotos, especialmente un caballero muy principal de aquella ciudad, que andaba bien ciego y apasionado con una conversación algo escandalosa que tenía allí. Venía muchas veces al Monasterio blasfemando de tanta reformación; y como siempre le respondiesen de parte de la Priora, que la monja a quien buscaba estaba ocupada, enbravecióse tanto, que hizo le llamasen a la Santa Priora allí mismo, a quien dijo palabras muy desenvueltas.

Oyólas la Santa con mucha humildad y cuando hubo acabado de decirla cuanto quiso, ella con brío y gravedad, cual sabía tener cuando convenía a la gloria de Dios, afeándole mucho el inquietar a las esposas de Jesucristo, le dió tal mano, que quedó cual merecía castigado por su atrevimiento. Amenazóle que si asomaba a los umbrales de la Encarnación daría cuenta al Rey y acabaría con él cortándole la cabeza. Fueron estas palabras de tanta fuerza, que no veía la hora en que irse de allí. De tal manera dejó su mala conversación y echó voz entre los demás que solían allá ir, que buscasen otros entretenimientos, que estaban acabados los de la Encarnación, mientras fuese Priora Teresa de Jesús.

Ya que la Santa tenía bien pertrechada su casa por de fuera y bien cerradas las puertas y locutorios por donde entran de ordinario los ladrones que roban las almas y quietud de las pobres religiosas, acordó para remediar el interior más de raíz que viniesen a confesar aquel Convento Padres Descalzos de la nueva reformación que ya en esta ocasión estaba fundada, aunque por tratarla despacio la re-

mití adelante. Pedíanlos algunas que deseando comenzar nueva vida querían hacer confesiones generales, y estaban con ansias de tener personas que las tratasen de espíritu y oración. La Santa los pidió al Padre Visitador, y él señaló al Padre Juan de la Cruz, y al Padre Fray Germán, entrambos de singular y conocida virtud.

Con estos medios y con muchas oraciones que hacía a Dios, tenía la Santa tan reformado su Monasterio, como si fuera de Carmelitas Descalzas, con grandes penitencias y oración y recogimiento, que no sólo parecían otras, sino que lo eran. Fué tal esta semilla que por medio de la Santa plantó el Señor en aquella casa, que no sólo la reformó por entonces, sino que hasta hoy en día permanece mucha parte de aquel buen espíritu. Quedaron las monjas tan aficionadas a su trato y conversación, tan pagadas de su prudencia y tan satisfechas de su santidad, que habiendo acabado su oficio la Santa Virgen, volviendo ellas hacer elección, con grande conformidad y gusto la reeligieron, y no queriendo confirmar esta elección los Superiores, que entonces eran los Padres de la observancia, fueran tantas las diligencias que las monjas hicieron, por volverla a su casa, que excedió con gran ventaja a las que antes habían hecho porque no entrase. Porque pusieron pleito a sus Superiores y le siguieron hasta ponerle en el Consejo Real; y muchas de ellas en tan justa demanda estuvieron presas, y maltratadas por sus Superiores.

Mas como el Señor había conseguido lo que en aquella casa pretendía, y tenía guardada a la Santa Virgen para santificar otras muchas, no dió lugar

para que los deseos de las monjas llegasen a efecto; mas ya que no la pudieron tener por Priora en su casa, determinaron de irse muchas en seguimiento suyo, vistiéndose de su hábito descalzo y profesando la regla primitiva; y fueron las que salieron de este Monasterio, desde el principio que se comenzó la nueva reformación, veintidós. Tanto era el amor que habían cobrado a la Santa y la estima que tenían de su santidad.

A los principios que esta Sagrada Virgen vino a este Monasterio después de haber hecho el primer capítulo, estando rogando al Señor por el aumento espiritual de aquella casa, vió a la Virgen Nuestra Señora como ella lo dice por estas palabras: «La víspera de San Sebastián, el primer año que vine a la Encarnación a ser Priora comenzando la *Salve*, ví en la silla prioral (a donde está Nuestra Señora) bajar con multitud de ángeles a la Madre de Dios y ponerse allí. Parecíanme encima de las coronas de las sillas y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la *Salve*, y díjome: Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo y se las presentaré.» Y en otra parte dice: «Octava del Espíritu Santo me hizo el Señor una merced, que dió esperanza que esta casa se iría mejorando, digo las almas de ella.»

Capítulo XX.

De algunas cosas notables que sucedieron en la fundación
del Convento de Segovia.

Dos años estuvo la Santa en el Convento de la Encarnación sin salir de él atendiendo a la reformatión de sus monjas y al gobierno de todos sus Monasterios de Descalzos; acudiendo, como otro San Pablo, desde las cárceles al consuelo y necesidad de sus hijos. Ofrecióse una muy grande en el de Salamanca por mudanza que querían hacer de su sitio primero, y con licencia del Visitador partió la Santa allá y allanó con su presencia las dificultades en que topaba (1).

(1) El viaje que hizo la Santa con esta ocasión desde Avila a Salamanca, estuvo lleno de peripecias. El Padre Antonio de Jesús, que era uno de los acompañantes, dió una gran caída de su cabalgadura. Otro tanto sucedió a la criada de una señora que iba en su compañía. Una de las noches perdieron un jumento que llevaba el dinero y algún ajuar. Halláronle a la mañana un poco apartado del camino sin que nadie hubiese llegado a él. Otra noche perdieron a la Santa, pues habiéndola dejado a la entrada de un lugarejo con D.^a Quiteria, monja de la Encarnación, uno de los que iban en su compañía, para que allí aguardasen a la otra gente, por más vueltas que luego dió, no atinó con la calle. Después de un buen rato de andar en su busca, desandando lo que habían andado (pues creían que habría seguido adelante), hallaron que venía con su compañera y con un labrador, a quien dieron cuatro reales porque las enseñase el camino. «Para remate de fiesta fueron a parar a un mesón, como escribe el Padre Julián de Avila, que iba también en la comitiva,

Estando allí un día en oración le mandó el Señor fuese a fundar a la ciudad de Segovia, cosa a su parecer imposible porque disgustaba el Padre Visitador fundase más Monasterios, porque acudiese más tiempo al gobierno del de la Encarnación, donde experimentaba y cogía copioso fruto. Estando pensando en esto, la dijo el Señor que se lo dijese al Visitador y que él lo haría. Escribióle y parecióle bien era gusto de Dios, pues luego mudó de parecer y la dió la licencia.

Partió a Segovia, donde llegando vispera de San José, el mismo día siguiente, fundó el Convento con grande gusto suyo, por haber sido en día de este Santo, a quien ella tenía por Patrón de todas sus obras. Todo esto se hizo con beneplácito del Obispo y de la ciudad.

Mas para que no faltase algún agrio de pena en esta fundación como en todas las otras, permitió el Señor que, indignado el Provisor por no le haber dado parte del hecho en ausencia del Obispo, vino al nuevo Monasterio con grande enojo, averiguando quién había hecho el altar y puesto el Santísimo Sacramento. Descompúsolo todo y descolgó la Iglesia de todo lo que en ella se había puesto, y haciendo consumir el Santísimo Sacramento, puso de guarda

donde había tantos arrieros echados por aquellos suelos, que no había dónde poner los pies sino sobre albardas u hombres dormidos.»

«Hallamos, dice el mismo escritor, a dónde meter a Nuestra Santa Madre y a las monjas que llevábamos, que creo no había seis pies de suelo, de manera que para caber habían de estar de pie.» (Vida de la Santa, pág. 270).

a la puerta un alguacil para que ninguno entrase a decir Misa (1). Dió este alboroto a la Santa muy poca pena y dando orden como se metiesen de por medio personas graves, aplacaron y satisficieron al Provisor (2).

Detúvose en esta casa la Santa por año y medio, porque, como buen Capitán, siempre se ofrecía a los primeros encuentros y trabajos que en principios de fundaciones suele haber. Tomaron luego el hábito tres señoras: D.^a Inés de Guevara, D.^a Ana Jimeno y D.^a María de Bracamonte, con cuyos dotes, especialmente con el de la primera, se compró buena casa, quedando acomodado el Convento en lo temporal.

Dos señaladas mercedes recibió del Señor la Santa en este su nuevo Convento de Segovia. La una fué que, llegándose a comulgar día de San Alberto, Santo ilustre de su Orden, vió a Cristo Redentor a su mano derecha y a San Alberto a la izquierda, y

(1) El Padre Julián de Avila, después de referir con algunos curiosos detalles la venida del Provisor, y cómo mandó deshacer la Iglesia, añade: «La Madre y las hermanas estarían mirando cuán sin duelo deshacían lo que ellas habían trabajado.» (*Vida de la Santa Teresa de Jesús*, pág. 274). Más abajo escribe: «En esta gran furia que hubo, se mostró grandemente el valor que nuestra Santa Madre tenía, que ni la turbaba, ni aniquilaba, ni desconfiaba, antes hablaba al Provisor con mucha osadía, juntamente con mucho comedimiento, de suerte que se echaba de ver ayudarla el Señor.» (Pág. 274).

(2) La causa de mandar el Provisor deshacer el Monasterio fué por no haberle pedido la Santa Madre licencia para fundarle. No lo hizo porque se la había dado antes de palabra el Sr. Obispo, el cual, en aquel entonces, estaba ausente de Segovia. Probado con testimonio de personas que se habían hallado presentes, el Provisor no se opuso más.

diciéndola Cristo Nuestro Señor: *Huélgate con él*, desapareció, dejando a la Santa con su padre San Alberto. Encomendóle ella los negocios y aumento de sus Conventos de Descalzos y Descalzas; la dijo él que los ayudaría, y que para el buen suceso y aumento de la nueva reformación era necesario que Descalzos y Descalzas se apartasen de los Padres del paño o mitigación y tuviesen Prelados propios de su mismo Instituto. Desde entonces puso la Santa sus ojos en esta separación, y de tal manera fué disponiendo las cosas, que dentro de pocos años, aunque con muchas dificultades y trabajos, lo vió cumplido.

La otra señalada merced que la Santa recibió aquí de Dios, fué en el mismo año que la pasada, que fué en el del Señor de 1574 (1). Saliendo, pues, de su Convento de Segovia para volver a la Encarnación de Avila, de donde era Priora, vino de camino a la Capilla del glorioso Padre Santo Domingo, del Convento de Santa Cruz, donde el Santo estuvo e hizo grandes penitencias. Entró dentro, acompañándole hasta la puerta el Prior de aquel Convento Fray Diego de Yangüas, su confesor, y otros Padres. La Santa hizo allí oración, en que se detuvo como por espacio de media hora, esperando a ver los que la habían acompañado en qué paraba una oración tan larga. Cuando hubo orado se despidieron el Prior y los demás religiosos, quedando sólo con ella el Padre Maestro Fray Diego de Yangüas, el cual, como más

(1) Esta es la verdadera fecha, aunque alguien haya escrito que fué en 1573.

familiar y confesor suyo, viéndola el rostro encendido y bañado en lágrimas y muy alegre, la preguntó qué había habido que tanto les había hecho esperar. Ella le respondió, que luego que entró y se puso de rodillas, se le había aparecido el glorioso Santo Domingo con mucho resplandor y gloria, y, entre otras mercedes y regalos que le había hecho, la había dado su mano y palabra de favorecerla y ayudarla en las cosas tocantes a la nueva reformación. Y así se vió cumplido, porque a los principios de esta religión, así la separación como todas las demás cosas graves y de importancia, se acabaron por medio y con favor de gravísimos Padres de su Orden.

No paró aquí el regalo y merced que hizo Santo Domingo en aquella misma Capilla a nuestra Santa Virgen. Porque al cabo de una hora, estándose confesando con el Padre Maestro Yangüas, le dijo cómo este bienaventurado Santo la estaba allí acompañando a su mano izquierda. Y después, al tiempo de la comunión, vió a Cristo Nuestro Señor a su derecha y a Santo Domingo a la izquierda, como antes; y volviéndose la Santa de reverencia a Nuestro Señor, la dijo: *Huélgate con mi amigo*, y con esto desapareció, quedando en su compañía Santo Domingo.

Acabada la Misa la dijo su confesor, que si quería gozar de aquella capilla se fuese a tener oración a la capillita más pequeña donde estaba un Santo Domingo de bulto. Hízolo así la Santa, y después de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó y dijo a su confesor, cómo Santo Domingo había estado muy despacio con ella, y que la dijo: *Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido a esta*

Capilla y tú no has perdido nada. Y luego la comunicó los grandes trabajos que allí en vida pasó con los demonios y las grandes mercedes que de Dios había recibido en la oración, y preguntándole la Santa *por qué se le aparecía siempre a la mano izquierda,* él le respondió: *porque la mano derecha es de mi Señor.* Y dijo también la Santa a su Confesor que aquella imagen de bulto de aquella capillita era el verdadero retrato de este gran Patriarca.

Capítulo XXI.

De la fundación maravillosa del Convento de Veas y cosas muy notables que sucedieron en ella.

REGALADA de Dios y sus santos con estos favores, se volvió de Segovia a Avila la esclarecida Virgen, a tiempo que en el Monasterio de la Encarnación se hizo elección de Priora en una persona de quien ella tenía mucha satisfacción; y las monjas de su Convento descalzo la eligieron a ella por su prelada con grande consuelo y gusto de todas.

Estaba la Santa contentísima entre ellas; pero aún no había comenzado a descansar, cuando de una Villa llamada Veas, que está en la raya de Andalucía, (1) la escribieron dos señoras doncellas muy principales, ofreciéndola toda su hacienda para un Monasterio, y a sus personas mismas para monjas en él; y para que en sus obras sea alabado Dios, y se entiendan más de raíz los principios de esta fundación, que son bien de notar, tomaré más de atrás la corriente.

Había en la villa de Veas un caballero que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval y su mujer doña Catalina Rodríguez. Dióles Dios hijos y entre ellos dos hijas, la mayor D.^a Catalina Godínez, la menor

(1) Pertenece a la provincia de Jaén, que es una de las provincias del Andalucía.

D.^a María de Sandoval, que eran las dos que pedían la fundación. Era de edad de catorce años la mayor, cuando la llamó el Señor para que le sirviese; estando hasta esta edad bien fuera de dejar el mundo, con tan noble estima de sí misma, que todo parecía poco a la altivez de su imaginación. Desestimaba cuantos casamientos la traía su padre, porque nada llegaba a lo que de sí ella había concebido.

Estando una mañana en un retrete junto al aposento de su padre dormía, revolvía en su pensamiento cierto casamiento que la trazaba él mismo, y de que estaba muy satisfecho, y a ella según su estado y calidad la venía muy bien, pero no a la altivez de su corazón, por lo cual decía entre sí: *¡Con qué poco se contenta mi padre! Con que tenga yo un mayorazgo: y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí.*

Ocupada en estos razonamientos consigo misma, levantó la cabeza acaso hacia un crucifijo que estaba allí, y leyó el título que de ordinario se pone sobre la Cruz, *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Al punto la mudó el Señor, alumbrándola el alma como si de repente entrara el sol en una pieza en medio del día. Con esta luz comenzó a mirar al Cristo Crucificado, y considerando cuán sangriento y mal tratado estaba el Criador del cielo y la tierra, y cuán diferente era el camino que ella llevaba yendo por el de su vanidad y soberbia, quedó trocada y como hecha de nuevo.

Dióla allí Dios un tan grande conocimiento de su bajeza y miseria, y un tan fervoroso deseo de padecer, y una humildad tan profunda con unos encendidos deseos de hacer penitencia por sus pecados, que se vió bien ser esta mudanza de la diestra de Dios.

Púsose de rodillas delante del Cristo, deshaciéndose en lágrimas, y antes de salir de allí le prometió castidad y pobreza, hallándose en un punto tan enemiga de su voluntad propia, que quisiera tener luego ocasión de consagrarla a Dios. No gustó el demonio de ver tales principios y determinaciones en doncella tan tierna, pronósticos para él de mucho daño; y así estando embebida en suspiros y lágrimas, oyó un grande ruido sobre la pieza, pareciéndola que bajaba sobre ella todo aquel estruendo, acompañados de grandes bramidos y voces temerosas. No fué imaginación ni pensamiento suyo, que su padre que estaba durmiendo despertó y comenzó a templar, y como desatinado tomó una ropa y su espada y entró muy demudado donde estaba su hija, a quien preguntando qué era aquéllo, ella respondió, que no había visto cosa. El miró otra pieza más adentro, y hallándola segura, dijo a su hija se fuese con su madre.

Quedó desde entonces con grandes deseos de entrar en religión, y aunque anduvo tres años peleando con sus padres, jamás les pudo inclinar a ésto. Tenía en este tiempo mucha oración, y mortificábase en todo cuanto podía, y para deslustrar el rostro y criar paño en él, se lavaba y ponía luego al sol, para afearle de manera que ninguno se quisiese casar con ella, ni aun mirarla. Viendo que aún con todo esto no podía alcanzar ser religiosa, púsose en hábito honesto, y porque su padre no se lo pudiese impedir, salió públicamente una fiesta antes de decirle nada vestida de un hábito pardo y grosero, pareciéndola que habiéndola visto en aquel traje el pueblo, no se atrevería su padre a quitársele.

Y así la sucedió. Pasó cuatro años con grandes penitencias, y hubo cuaresma en ellos en que trajo junto a las carnes una cota de malla de su padre, y era tan larga su oración de noche, que muchas veces se estaba en ella hasta que amanecía.

Con la continua penitencia y mal tratamiento vino a enfermar con una calentura continua, hidropesía y mal del corazón, y un zaratán que después la sacaron; con todos los cuales duelos estuvo hasta los diecisiete años en que murió su padre, quedando ella y su hermana debajo del amparo de su madre. Comenzó a seguirla su hermana D.^a María viendo tan raro ejemplo de virtud, y con ser muy amiga de galas, todo le renunció. Dióles su madre, que era muy sierva de Dios, muy largas licencias para entregarse de veras a su Majestad, y con ella, no mirando a los pundonores y vanidad del mundo, tomaron oficio de enseñar niñas a labrar, lo cual hacían con mucho gusto y de valde, con deseo de doctrinarlas y guiarlas al servicio de Dios.

Murió presto la madre, y D.^a Catalina, que era la mayor, trató con muchas veras de ser monja Descalza Carmelita por particular instinto y divina revelación. Porque como al principio de su conversión, y casi veinte años antes de la nueva reformación, se acostase una noche con gran deseo de hallar la religión más perfecta que hubiese en la tierra para ser en ella religiosa, y queriéndole el Señor mostrar lo que más a ella la convenía y para lo que que la tenía guardada, representóle en sueños que iba por un camino muy angosto en que había peligro de caer en unos grandes barrancos, y vió un

fraile del hábito de los Descalzos Carmelitas que la dijo: *Ven conmigo, hermana*, y la llevó a una casa de gran número de monjas, donde no había otra luz sino la de unas velas encendidas que ellas traían en las manos. Ella le preguntó de qué orden eran y todas callaron, y alzaron los velos que tenían sobre los rostros, mostrándoles alegres y risueños; y la Priora la tomó por la mano y la dijo: *Hija, para aquí te quiero yo*. Y mostróla la Regla, y las constituciones. Ella despertó con un contento tan grande, que la parecía había estado en el Cielo; mas no lo dijo a persona alguna, aunque en general procuraba informarse por si hallaba algún rastro de la orden que había visto; en vano, porque nadie se lo sabía de decir.

Porque no se le olvidase lo que había leído de la Regla y ley de aquella religión, escribió cuanto se le pudo acordar y mostrándolo al fin de muchos años a un Padre de la Compañía que vino allí, le dijo que si hallase aquella religión, entraría luego en ella. El respondió ser la misma que fundaba entonces la rara mujer Teresa de Jesús. Alegróla la nueva, y viéndose libre y mejor de sus enfermedades, determinó seguirla, siendo monja fuera de su lugar. Persuadirónla sus parientes no fuese fuera, sino que pues tenía hacienda, hiciese dentro de Veas un monasterio. Parecióla bien el consejo e informándose dónde estaba la Santa, la escribió con un propio pidiéndola fuese a fundar a aquella villa. A la Santa Virgen Teresa agradaron mucho los deseos y disposición de aquella fundación; mas vió era imposible por estar todavía el Visitador apostólico Fr. Pedro Fernández, de parecer que no se hiciesen por entonces más fun-

daciones que las hechas. Envióle las mismas cartas que había recibido, y él respondió que se edificaba de la devoción de aquellas personas, que no las desconsolase, sino antes las escribiese que iría en teniendo ellas la licencia del ordinario para poder fundar, y que estuviese segura no la alcanzaría porque era aquella villa de la *Encomienda de Santiago*, y habíase de sacar la licencia del Consejo de órdenes; y que sabía por experiencia de otros casos que en muchos años no se habían podido sacar otras semejantes. Esto dijo con intento de despedir la fundación pidiendo condiciones imposibles. Volvió con esta respuesta el mensajero y la fundadora procuró sacar luego licencia del Consejo, mas no pudo en más de cuatro años que la procuró.

Aconsejábanla sus deudos y confesores cesase de semejantes pretensiones, pues era imposible la licencia, y ella estaba tal con sus enfermedades, que más estaba para la sepultura que para que la recibiesen en algún monasterio. Lo mismo la dijera cualquiera que mirara este caso con ojos de humana razón, porque había más de ocho años que no se levantaba de la cama con calentura continua, ética, tísica, hidrópica y con un fuego en el hígado tan encendido, que se sentía sobre la ropa y la quemaba la camisa; y sobre todo esto tenía gota artéfrica y era tentada de ciática. Con los muchos dichos, y tantas enfermedades, se vió de manera afligida que dijo al Señor, que o la quitase estos deseos o la diese modo cómo se cumpliesen. Oyó entonces una voz que la dijo: *«Cree y espera, que yo soy el que todo lo puedo. Tú tendrás salud porque el que tuvo poder para que*

tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no hiciesen su efecto, más fácilmente podrá quitarlas.»

Fiada en estas palabras, respondió a sus deudos que si dentro de un mes el Señor la daba salud, entendería era voluntad suya se hiciese el monasterio, y que ella misma iría a la Corte por la licencia, y si no mudaría de parecer.

Esto dijo habiéndola dado a entender Nuestro Señor que estaría buena dentro del mismo tiempo. Pasó, pues, así, porque dándole al fin de aquel mes un temblor muy grande y de que pensó su hermana se le arrancaba el alma, en un punto se halló sana y buena. Partió a la Corte a procurar la cédula real, donde estuvo tres meses sin poder alcanzarla. Determinóse de echar una petición al Rey mismo suplicándole la diese, y dióla al punto sin remitirlo al Consejo, sabiendo que era para Convento de Descalzas Carmelitas.

Escribió luego a la Santa Virgen Teresa, y aunque se ofrecieron demandas y respuestas, arrancó con ella y con todas las monjas necesarias a su villa de Veas. Sucedieron peligros en el camino, porque pasando por *Sierra Morena* se perdieron los carreteros de manera que no sabían por dónde iban. Dijo la Santa a las monjas que iban en su compañía, pidiesen a Dios y al glorioso San José las encaminase, porque los carreteros decían iban perdidos y no hallaban remedios para salir de unos riscos altísimos donde estaban metidos, porque volver atrás era imposible, y pasar adelante era hacerse pedazos. Pusieronse todas en oración, y luego desde la hondura de un profundo valle que con harta dificultad se

divisaba de lo alto de aquellos riscos, comenzó a dar grandes voces un hombre, según la voz anciano, diciéndoles: *Tenéos, que os despeñáis si pasáis adelante.* Pararon los carros y preguntan a gritos al que los avisaba, qué remedio tendrían para salir del peligroso estrecho. El respondió que echasen todos hacia una parte, para la cual había tan mal paso, que no fué milagro menor atravesar por él. Admirados luego del suceso maravilloso, enviaron algunos a buscar al que les había avisado, contradiciendo la Santa Virgen Teresa que quedaba diciendo: *No sé para qué los dejamos ir, que era mi padre San José y no le han de hallar.* Así fué, que no hallaron rastro de él, aunque llegaron a la hondura del valle. Desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaron los carreteros con juramento que parecían que volaban, y todo era necesario para llegar a buen tiempo a Veas.

Salieron a recibir a la Santa y a sus compañeras muchos de a caballo que las estaban esperando, y con el contento grande que tenían, hacían muchas gentilezas y alegrías delante de los carros. Acompañáronlas hasta llegar cerca de la Iglesia, donde estaba mucha gente esperando; y los clérigos con sus sobrepellices y cruz las llevaron en procesión a la casa de las dos hermanas, que era donde se había también de hacer el Monasterio.

Fué grande el placer que las unas y las otras tuvieron con verse: y D.^a Catalina, viendo los rostros de las monjas, conoció ser las mismas que se le habían representado en la visión de su sueño profético. Y acertando a pasar también por allí un fraile lego

Descalzo Carmelita llamado Fray Juan de la Miseria, afirmó la misma en viéndole, la pareció el mismo que había visto en su antigua revelación.

Fundóse el Monasterio con gran gozo de todos día de Santo Matías del año 1574, dándole las dos hermanas tan enteramente su hacienda, y tan sin condición, que si después no las quisieran recibir, no tenían por dónde pedirlo. Mas el mismo día se les dió el hábito, llamándose la mayor Catalina de Jesús, y la menor María de Jesús. Ya en este tiempo estaba con entera salud, como el Señor se lo había prometido, D.^a Catalina: y en virtud y santidad fué de allí adelante en grande crecimiento. Por humildad hizo muchas diligencias para ser monja lega, hasta que la Santa la escribió mandándola fuese del coro, y riñéndola mucho porque en esto no se rendía. Murió siendo Priora de su mismo Monasterio, pocos años después de la muerte de la Santa Virgen Teresa, (1) la cual se le apareció estando comulgando un día después de San Francisco, y la dijo lo que cuando tratemos de la causa maravillosa de su muerte se verá. Quedó su hermana María de Jesús, la cual fué Priora después en Córdoba y acabó la carrera de *su vida* con raro ejemplo de religión.

(1) Fué su dichoso tránsito en 1586.

Capítulo XXII.

De los grandes trabajos que en la fundación del Convento de Sevilla padeció la Santa Virgen Teresa.

ESTABA en la villa y Monasterio de Veas Nuestra Bendita Virgen, cuando la vino a visitar con gran deseo de conocerla el Padre Fray Jerónimo de la Madre de Dios, Descalzo Carmelita, Comisario y Visitador apostólico de Calzados y Descalzos de su orden en Andalucía. Alegróse la Santa con su presencia, pareciéndola tendría en él quien ayudase mucho a la nueva reformación, y más viendo que después de haber llegado a Veas le hizo el Nuncio Apostólico Hormaneto, Visitador de la provincia de Castilla como de la Andalucía lo era ya.

Antes de salir de Veas, comenzó a tratar la Santa con él, que sería bien volverse a Castilla, y de camino concluir la fundación de Caravaca que se les ofrecía. El Visitador sólo con intención de probar su obediencia y espíritu, dijo, tratase con Nuestro Señor la declarase si sería mejor ir desde allí a fundar a Madrid o a Sevilla, donde tanto importaba, un Monasterio de monjas reformadas. Ella lo hizo, y respondió, la decía Nuestro Señor ser voluntad suya fuese primero a la fundación de Madrid, porque teniendo allí Monasterio, se harían mejor todos los negocios de la orden. El Padre la replicó, le parecía a él ser mejor

fuese luego a Sevilla. No replicó la Santa: comenzando a disponerse para el viaje de esta ciudad.

Después de tres días la dijo el Padre Visitador que pues tenía *hecho voto de hacer en todo lo más perfecto*, y en negocios graves, y de su espíritu la habían asegurado los hombres más doctos y santos de toda España, que era de Dios, y bueno, y habiéndola el mismo Señor hablado, como otras muchas veces, y dicho que fuese a fundar a Madrid, y él para mandarla ir a Sevilla sólo se había guiado por lo que le dictaba la prudencia y razón, ¿cuál era la causa porque no había replicado, ni habládole palabra? Ella le respondió: *que ni aquella revelación, ni todas cuantas ha habido en el mundo, que tuviera, la aseguraba tanto de la voluntad divina como lo que su Prelado la decía y mandaba; porque tenía a la obediencia por expresa voluntad de Dios, y en las revelaciones podía engañar.*

Partió a Sevilla en fin; llevando consigo seis religiosas y al Padre Fray Gregorio Nacianceno, hombre de gran juicio y singular talento, y otras personas seglares de mucha cristiandad. Pasaron en el camino grandes trabajos por ser en tiempo su jornada de grandes calores, y andar por malas posadas llenas muchas de ellas de hombres y mujeres de mala vida. Cayó enferma la Santa con una tan grave calentura que casi la sacaba de sí. Echábanla agua la religiosas sus compañeras por darla algún refresco, mas en vano; que estaba tan abrasada del sol la misma agua, que la era de poco refrigerio o de ninguno. Llegaron a una posada con la fuerza del sol, y tomaron una piececilla a teja vana y sin ventana alguna, y de

manera que si se habría la puerta entraba tanto sol que era imposible poderlo sufrir. La cama, por unas partes alta, baja por otras, y tan penosa como si fuera de agudas piedras. No le fué posible a la Santa parar allí por mucho que consideraba las penas infernales, donde a pie quedo y sin moverse están los desdichados que van a ellas.

Así partieron luego, teniendo por mejor partido sufrir el sol del campo, que ponerse a peligro de ahogarse en aquel aposento.

Siguiendo su jornada, llegaron a pasar por la barca del Guadalquivir; donde por no ser posible pasar con los carros en paraje derecho de la maroma sino torciendo; de tal manera la desampararon los barqueros, que la barca se iba al río abajo sin remedio ninguno. Todos daban voces como perdidos, y las monjas en su corazón las daban a Dios, con rostros descoloridos como difuntas; sólo la Santa con un corazón generoso y real, les consolaba diciendo esperasen que iba con ellas Dios. Cerrábase la noche y crecía el peligro, sin que a los que iban con la Santa se les ofreciese remedio cómo no peligrar. Mirábales un caballero de un castillo, y envió quien les socorriese si era posible; cuando quiso Dios que la barca encallase en un arenal, de donde salieron a tierra con mucha dificultad, contribuyendo mucho a ello el tiempo por ser de noche.

Diéronse mucha prisa por llegar muy de mañana a Córdoba para poder oír misa sin ser vistos, que sentía mucho la Santa verse entre gente. Encamináronla a una ermita que estaba fuera de la ciudad pasada la puente. Antes de llegar a la cuál hubo mu-

cho trabajo, porque no podían pasar carros por la puente sin licencia del corregidor, y ésta les decían sería dificultosa de alcanzar. Alcanzóla la Santa; mas después hubo otro trabajo, que los carros eran anchos, y la puerta de la puente angosta, de manera que si no era cortándolos, parecía imposible caber por allí. En fin, pasaron, después de detenidos algunas horas en que por todas parte cercaba los carros mucha gente convocada a ver aquellas monjas, como del otro mundo; que venían allí.

Llegaron a la ermita y doblóse el trabajo, porque su advocación era del Espíritu Santo, y en ese mismo día llegaron allí, por lo cual la hallaron llena de gente con procesión y sermón y danzas, y era forzoso oír aquí ya misa, so pena de andarla a buscar ya tarde, por todas las Iglesias de la ciudad. Sintió esto por extremo la Santa Virgen, viéndose obligada a meterse con sus monjas por tanta gente. Hubieron de entrar como en procesión, con sus capas blancas y velos sobre los rostros, admirándose la multitud, de gente como de novedad rara. Aquí se le quitó la calentura a nuestra Santa con la alteración y alboroto que recibió por verse metida entre tanta gente; aunque se remedió mucho con la cortesía de un hombre de bien, que en entrando en la Iglesia se llegó a ella, guiándola y apartándola la gente. La Santa le rogó las llevase a una capilla y así lo hizo, y no las dejó hasta sacarlas de la Iglesia. Rogó a Dios la Santa Virgen, como agradecidísima a todos sus bienhechores, que se lo pagase; y pagóselo Dios aun en los ojos del mundo, porque pocos días después le vino una buana hacienda, de que él estaba bien descuida-

do, y decía que por esta buena obra se la había dado Dios. Oyeron misa y comulgaron todas y saliéronse presto, retirándose a tener la siesta debajo de una puente, lugar harto desacomodado.

Pasaron éstos y otros muchos trabajos del camino con notable contento, porque la Santa les tenía a todos tan buena y graciosa conversación, unas veces hablando de cosas de mucho peso, otras hablando con alegría de lo que se ofrecía, que cuando fueran llenos de mil pesares se los quitara todos.

Llegaron a Sevilla cuatro días después de estos trabajos, teniendo ya el Padre Mariano alquilada una casa para el Convento, que pensó la Santa se haría luego al punto que llegase, porque el Arzobispo, que a la sazón era D. Cristóbal de Rojas, la era muy devoto y esperaba que la daría luego licencia. Sucedió al revés, porque quería Dios fuese hija de muy graves dolores y trabajos esta undécima casa, en que quiso Fray Jerónimo Gracián forcejar contra el gusto de Dios, que dijo a la Santa (como atrás queda dicho) fundase primero la de Madrid.

Era muy enemigo el Arzobispo de Monasterios de monjas que no tuviesen renta, y aunque deseaba que las Descalzas Carmelitas viniesen a Sevilla, no era para hacer Convento de su Orden, sino para repartirlas en los demás Monasterios que estaban a su cargo, para que con su ejemplo y buena vida se reformasen. Hacían instancia a la Santa para que fundase con renta, pues no se podría sacar la licencia de otra manera. Ella de ninguna manera venía en ello, pareciéndola que en una ciudad tan rica como Sevilla se podría fundar el Monasterio sin tenerla.

Estuvo fuerte el Arzobispo por muchos días en no darla licencia para poner en aquella casa el Santísimo Sacramento, por lo cual, y por otras muchas razones que la Santa refiere en el *Libro de sus fundaciones*, tratando de ésta, estaba tan descontenta, que si no fuera por dar disgusto a su Prelado, que la mandó fuese a fundar allí, se volviera de muy buena gana sin hacer cosa. Visitó el Arzobispo a la Santa después de algunos días y ella le habló de tal manera y con tanta eficacia, que pareciéndole al Arzobispo hablaba en ella Dios, la dijo lo hiciese todo como ella quisiese, y que por su mayor bien la rogaba dilatase el poner el Santísimo Sacramento hasta que tuviesen casa propia.

Ejercitó Dios allí a la Santa y a sus compañeras también, que en ninguna parte se vieron con semejante necesidad, porque no solamente no tuvieron casa por algunos meses, sino aun lo necesario de la comida les faltaba. ¡Cosa maravillosa, que fuese esto en Sevilla, ciudad tan rica, y donde se hacen ordinariamente limosnas gruesas! No tenían en qué dormir, ni que comer, y veces hubo que para hacer unos huevos anduvieron a buscar por la casa algunos pedacillos de sogá con que hacer lumbre. Nadie las visitaba ni conocía; la Santa Virgen estaba muy enferma; sus hijas también; que a todas, como no acostumbradas a los calores de Andalucía, no probó la tierra. No entraban monjas, ni trataban ya de ello algunas que, antes que la Santa viniese, lo deseaban, pareciéndolas ser menester mujeres de hierro para tanto rigor.

Quiso Dios que entrase una que ayudó mucho a

ejercitar la paciencia y virtud de la Santa y de sus compañeras, dando a todas tanto en qué entender que las puso en el extremo de la aflicción.

Los que trataban que la recibiese, decían de ella cosas tan grandes, que les dijo la Santa, que si aquella monja no hacía milagros no salían ellos con su honra. Estuvo en la religión algunos meses, y porque ella estaba hecha a otra manera de vivir muy diferente de ésta, en fin, la dejó y se volvió a la que antes tenía. Era muy conocida en Sevilla con opinión de virtud, por lo cual, estando fuera, fué ocasión de muchas cosas muy pesadas que se dijeron de las monjas y de graves y falsos testimonios que las levantaron, hasta que prevaleciendo la verdad, aunque fué harto perseguida y apretada, fué vencida la mentira y quedaron por buenas las que en verdad lo eran.

Habíale puesto el demonio a esta monja en la cabeza que las demás tenían cosas de que estaba ella obligada a dar noticia a la Santa Inquisición, y así lo hizo, diciendo confesarse las unas con las otras, tomando motivo la melancólica mujer de lo que santamente las constituciones de las Descalzas ordenan, *que den cuenta a la Prelada de su espíritu y aprovechamiento cada mes*. Lo cual ella llamaba confesarse. Juntó con esto que estaban engañadas del demonio, y que ataban las monjas de pies y manos y las azotaban, y que, en fin, convenía llevarlas a todas a la Inquisición. A todo esto ayudó un ignorante clérigo, que dando crédito a todo lo que se le decía, anduvo de unos religiosos en otros derramando la mala fama, y de tal manera soplando el fuego contra

la Santa Virgen Teresa, que andaba llena de presagios toda Sevilla sobre lo que había de suceder al Convento.

Vino el Padre Fray Jerónimo Gracían a visitarla, y viendo la calle llena de caballos y mulas de los señores Inquisidores y sus Ministros que estaban en el Monasterio averiguando la verdad del caso, y el clérigo a una esquina esperando cuándo las habían de llevar presas, dióle gran miedo y turbación. Llegando a hablar a la Santa, hallóla muy alegre, diciendo *que fuese bien venido, y que no tuviese pena, que quería Dios mucho la honra de sus siervas y que no permitiría en ella tal afrenta ni mancha. Que ya la había dicho Nuestro Señor en la oración que no temiese, que todo sería nada y que no saldrían con su intento los que pretendían oscurecer la verdad.* Así fué, porque certificados de ella los Inquisidores, dieron al clérigo una muy grande reprehensión, y sosegaron el alboroto, quedando más conocida y estimada la virtud de la Santa y de sus monjas.

Hacía casi un año que la Santa Virgen Teresa estaba en Sevilla, y en todo él no hubo memoria de poder comprar casa, ni dinero para ella, ni esperanza para adelante. Acudió a Nuestro Señor y al glorioso San José, ordinario refugio de sus trabajos, suplicando la socorriesen; y estando en fervorosa oración pidiendo a Dios casa para aquel Monasterio, la respondió su Majestad: *ya te he oído, déjame a mí.* Quedó tan alegre que ya hacía cuenta que la tenía. Y fué así, porque luego compró una que le costó seis mil ducados; mas estaban dificultosos de pagar, porque la Santa no tenía en Sevilla quien la fiase, ni

aun quien la conociese sino para perseguirla. A esta sazón la trajo Dios de las Indias a Lorenzo de Cepeda, hermano suyo, que ayudó mucho a la compra de la casa, y con grandes gastos la acomodó y sustentó las monjas por algún tiempo.

Pasáronse las religiosas de secreto a su casa, y el Arzobispo mismo puso con toda solemnidad el Santísimo Sacramento, llevándole desde una Parroquia acompañado de toda la clerecía y muchas cofradías, y entoldadas las calles con mucha música de instrumentos y voces.

Estando la Santa en Sevilla, trajo a la religión el sujeto de mayor importancia que en ella ha habido, que fué aquel gran Padre Nicolás de Oria, llamado en ella Fray Nicolás de Jesús María, primer General de esta orden, y piedra fundamental del espíritu de rigor y obediencia que en ella florece. Fué de la antigua e ilustre familia de los Orias y natural de Génova. Trataba en Sevilla con la Santa, y él la ayudaba a ella en los negocios, y ella a él en su aprovechamiento, de manera que solía la Santa decir: *él se encargó de mis negocios y yo de su alma, y dentro de un año ya le tenía fraile*. Vivió y murió santísimamente, no habiendo querido aceptar el Azobispado de Génova que le ofreció el Pontífice Sumo Sixto V.

Capítulo XXIII.

De algunas cosas notables que sucedieron en la fundación
del Convento de Villanueva de la Jara.

DE Sevilla dió la vuelta a Castilla la Santa Virgen, y estando en Toledo recibió carta del Regimiento de Villanueva de la Jara, lugar de la Mancha, pidiéndola fundase un Monasterio allí y consolase unas nueve mujeres recogidas en una ermita con mucha perfección y santidad, deseosas de vivir debajo de su obediencia en el mismo Instituto y regla que sus monjas. Estaba en este tiempo la Santa tan perseguida en su religión «por contradicciones que la hacían los Padres Calzados, opuestos a la nueva reforma, con bueno y santo celo a su parecer, encarcelando y sentenciando los secuaces de la Santa Virgen, como si fuera gente de alguna nueva secta de errores o de tan mal vida, que fuese necesario atajarles los pasos para que no destruyesen e inficionasen el mundo, llamando a la Santa malhechora y autora de tantos daños, amiga de andar en devaneos con color y apariencia de religión», que les despidió, diciendo que no tenía por entonces orden de acudir a su gusto. Y así era verdad, porque más fundamento había para temer no se quitasen los Monasterios hechos, que para esperar se fundasen otros de nuevo.

Convirtiéronse en bonanza aquellas tempestades

en que estuvo reclusa la Santa en su Monasterio de Toledo más de tres años, andando tan encrespadas las olas de la contradicción, que pareció milagro no se sorber la Santa y su descalcez. Al cabo de cuatro años que, fué el de 1580, estando ya la reforma en quietud y sosiego, se volvió luego a hacer instancia de parte de aquellas virtuosas nueve mujeres sobre la fundación a quien la Santa todavía contradecía por razones nuevas y graves. Parecía que aquellas buenas mujeres, como gente hecha a su propia voluntad y ejercicio, se acomodarían mal a los de la obediencia, cosa muchas veces experimentada en personas semejantes, amoldarse tarde a la voluntad ajena si están una vez casadas con la propia. Temía también que siendo tantas no se hiciesen a una y con el tiempo bandericasen el Monasterio.

Por estas razones hizo hartas diligencias para no ir, dando por excusa la pobreza del lugar y de las mujeres que pedían la fundación. Mas aprovechóla poco, porque la hizo ir nuestro Señor, el cual acabándole la santa de recibir la reprendió mucho diciendo: «¿Con qué tesoro se ha hecho lo que hasta aquí se ha hecho? No dudes de admitir esta casa que será para mucho servicio mío y aprovechamiento de las almas.» «No estés asida a razones humanas, pues tan sobre razón has visto lo que he obrado por esta religión.»

Con esto se determinó a ir personalmente, aunque estaba oprimida de enfermedades, a hacer el Monasterio, y al primer día que caminó milagrosamente cobró salud. Llegó a Villanueva de la Jara a 21 de

Febrero de 1580, repicándose a su entrada las campanas de la Iglesia y saliendo el cura y Ayuntamiento con toda la demás gente a recibirla.

Llegando donde estaba la Santa se arrodillaron todos, cantando la clerecía un *Te Deum laudamus*. Luego tomaron el Santísimo Sacramento que le tenían ya puesto en unas andas y con cruces y pendones y otras insignias hicieron una procesión muy solemne, como en día de Corpus, con muchos altares por las calles, cantando villancicos a propósito de la venida de la Santa y sus monjas. Vinieron así a la Ermita donde se había de fundar el Monasterio y luego tomó la Santa la posesión y le fundó, dando el hábito a aquellas nueve siervas de Dios, a quienes se asentó también la religión y observancia que solía decir la Santa muchas veces: diera por bien empleados grandes trabajos por sólo consolarlas.

Estuvo dos meses en esta fundación, después de los cuales, dejando acomodada la casa, partió a Valladolid. Quedaron las monjas muy contentas de verse con el hábito, pero también muy necesitadas y pobres, tanto que considerando la Priora la grande pobreza de aquella casa, comenzó a dudar si sería acertado admitir todas aquellas nueve novicias que entraron sin dote a la profesión. Escribióselo a la Santa y respondióla que les diese luego la profesión a todas, teniendo mucha confianza en Dios, en cuyo nombre y por quien aseguraba y daba palabra que si eran las que debía, jamás les faltaría en cosa alguna. Con esto profesaron, y Dios cumplió en muchas apretadas ocasiones la palabra de su esposa con milagros notorios.

Uno fué que como el primer año de la fundación, que era el de 1580, precediese el esterilísimo del 79, estaba el lugar notablemente necesitado y pobre. Tenían las monjas para la provisión de su año un escriño de harina que haría cosa de seis fanegas, sin tener dinero para comprar más; porque aunque la Prelada hizo muchas diligencias pidiendo limosna, no pudo de allegar más de dos reales, después de mucha solicitud. Viendo cuán poco aprovechaba su trabajo, pusieron la confianza en Dios, acordándose de la palabra de su Santa Madre Teresa, y comenzaron a gastar de la harina del escriño, siendo a comer de ella con monjas y otras personas hasta número de diecisiete. Y fué el Señor servido, fuese como la harina que Elías multiplicó en la casa de la Viuda pobre, no se disminuyendo ni faltando hasta que hubo abundancia de trigo nuevo, que fué por espacio de seis meses.

Acabada la necesidad del trigo, púsolas el Señor para mayor demostración de su gloria y providencia, en otra nueva y por ventura mayor. Fué que luego en Septiembre del mismo año sucedió aquella enfermedad universal del catarro, y así, por estar toda la gente enferma y ser el lugar pobre y no venderse la labor de manos que las monjas hacían, y estar también muchas de ellas enfermas para hacerla, vino el monasterio a cargarse de enfermas y necesidades. Escribió la Priora a una persona eclesiástica, poderosa y rica, significándole su grave necesidad y cómo en el lugar no hallaba remedio, y permitió el Señor jamás la respondiese, y así se vieron destituidas de todo favor humano, y lo que más era, con las

puertas cerradas para buscarle. Mas remediólas el Señor de las suyas adentro, como ahora diré.

Había en el convento un peral, y no muy grande, que cogían cada día todas las que eran necesarias para la comunidad, de las que comían unas veces cocidas, otras asadas, y cogían cargas para vender en el lugar, comprando con el dinero que sacaban de las peras lo demás necesario. Y era tanta la abundancia, que acudían de ordinario muchas personas del pueblo por peras para los enfermos, y a todos se daban. Perseveró el peral en dar abundante fruto por espacio de dos meses, y con desfrutarle cada día con tan grande exceso, parecía que no se tocaba a él, no pareciendo sino otro árbol de la vida, con cuyo fruto se curaban las enfermas, remediaba el convento sus necesidades y honraba el Señor su palabra, en cuyo nombre la había dado la Santa Virgen.

No es de menos admiración lo que quiero añadir: Faltábales a las monjas el dinero para sus ordinarias necesidades, de manera que ni tenían un real ni sabían de dónde sacarlo. Estaba afligida con esto la Provisora, y prematura comenzó a escarvar, como quien estaba melancólica con su trabajo en el cimiento de un corral de la casa donde estaba sentada y halló sesenta reales, donde no se podía esperar que alguna persona humana lo hubiese puesto. Guardólos y comenzó a gastar de ellos, multiplicándolos Dios de tal manera, que en más de un año se proveyó el Convento de todo lo necesario, no más de con echar la mano la Provisora a la faltriquera, donde parece tenía una mina de reales acuñados, sin que en todo este tiempo le pudiesen faltar.

Cuando se hizo la Procesión desde la Iglesia parroquial de aquella Villa para el lugar del nuevo Monasterio que se fundó, que es éste de que hablamos, venía la Santa Virgen Teresa junto al Santísimo Sacramento, y una monja que iba en su compañía, sierva de Dios, vió un niño Jesús que hablaba con la Santa, muy parecido a uno muy hermoso que las habían dado. Ella la mandó no lo dijese a nadie, mas que cuando hubiese menester alguna cosa, acudiese a aquel niño, que él lo remediaría. Así fué, que por mucho tiempo que fué portera y sacristana esta religiosa, acudiendo al niño, según eran las necesidades, así hallaba donde la decía el pensamiento lo que había menester. Y vez hubo que halló trescientos reales en parte donde jamás tal se imaginara. De donde vino que llamaban al Niño el Fundador, y con muy justo título, pues con tanto cuidado les proveía.

Otra vez faltaron en el monasterio ollas en qué aderezar la comida, y no había en el lugar de dónde las comprar. Dudosa de qué se haría la cocinera, vió cuatro pedazos de una olla que se había quebrado, y considerando no tener otro remedio, acordó de fregarlos y juntarlos como mejor pudiese; hízole así, y con gran confianza en Dios puso en ellos la comida de su comunidad, y la olla hizo también su oficio como si estuviera muy sana y fuera de hierro. Después de comer la volvió a fregar la cocinera pedazo por pedazo; y cada vez que quería poner la olla los juntaba de nuevo, perseverando en ésto por espacio de un mes, hasta que hubo ocasión de comprar ollas nuevas.

En estas ocasiones y otras muchas resplandeció milagrosamente la providencia de Dios en esta casa, confirmando la promesa y palabra que las había dado su santa madre. Y las hijas lo merecían muy bien por haber muchas entre ellas de señalada virtud y perfección, y ser solamente el ejercicio de todas después de larga oración el uso y rueca, única renta con que han vivido muchos años y hecho casa e Iglesia tan buena y alhajada, que pasando por ella personas muy discretas y oyendo decir no tienen otra renta más que su hilar, la han llamado *la casa del encanto*, por ser de las mejores de toda la Religión.

Capítulo XXXIV.

De las grandes contradicciones y trabajos que padeció en la fundación del Monasterio de Burgos la Santa Virgen.

DE Villanueva de la Jara vino la Santa Virgen Teresa a Valladolid, donde apenas hubo llegado cuando personas graves la rogaron fundase en las ciudades de Palencia y Burgos dos Conventos. Reparaba ella mucho y rehusábalos por tener siempre puestos los ojos en que sus Monasterios viviesen de limosna, para lo cual la parecían pobres estas ciudades. Estando así un día sin atreverse a determinar, la habló el Señor y dijo: *¿Qué temes; cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido soy; no dejes de hacer estas fundaciones.*

Animóse con ésto, y con favor y socorro del Obispo D. Alvaro de Mendoza y de Suero de Vega, hijo de Juan de Vega, Presidente de Castilla, y de su mujer D.^a Elvira Manrique, hija del Conde de Osorno, a quienes por su grande cristiandad y piedad llamaban comunmente padres de pobres y de su religión. Les podían dar ese nombre los Descalzos Carmelitas por las muchas y grandes limosnas que de ellos recibían; fundó en Palencia en la Iglesia de Nuestra Señora de la Calle, Imagen de grande devoción y concurso, aunque no sin contradicción de

algunos que temían sería estorbo el Convento a las romerías de la comarca y vigiliás de muchas noches que había allí. Por quienes la dijo el Señor: «Esta te conviene. No entienden ellos lo mucho que yo soy ofendido; y ésto será gran remedio.» Quedó la Santa dudosa de esta habla y volvióla el mismo Señor a decir: *Yo soy*. Con que quedó sosegada y asegurada que era Dios.

Estando la Santa Virgen en Palencia, estaba también allí una señora de Burgos, llamada D.^a Catalina de Tolosa, tan sierva de Dios, que después de haber dado a la descalza de carmelitas cuatro hijas y dos hijos, en la misma Orden se consagró también ella misma a Dios. Trató con esta señora la Santa la buscarse en Burgos casa alquilada, comprase rejas y hiciese torno y todo lo demás para tomar luego la posesión del Convento.

La sierva de Dios lo hizo todo y daba priesa a la Santa para que fuese, pareciéndola no había más que llegar y fundar.

Deteníase sólo la animosa Teresa de Jesús por el rigor del tiempo, que era el fin de Diciembre del año 1581, cuando el Señor, que tenía guardados para ella en Burgos grandes trabajos, como preparadas en el cielo en premio de su paciencia y amor, grandes coronas, la dijo así: *No hagas caso de los fríos, que yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundación; ponlas tú de mi parte para que se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará con gran provecho.*

Determinóse con estas palabras de ir luego a Burgos, y fué llevando ocho monjas descalzas por

compañeras. Comenzó luego a experimentar los trabajos de esta fundación, porque el tiempo estaba tan metido en agua y los caminos con tantos lodos y arroyos, que eran más menester barcos para vadearlos que carros para andar por ellos. Pareció a muchos temeridad pasar adelante, y estando con ellos pensativa la Santa, la dijo el Señor: *Bien podéis ir, no temáis, que yo seré con vosotros.* Con las cuales palabras animó a todos a no volver, aunque a los ojos humanos parecía locura: mas el Señor, que había dado la palabra, no faltó en la obra, porque aunque tuvieron muchos peligros y trabajos, salieron bien de todos. Eran tan grandes los lodos y atolladeros que, no siendo posible salir de ellos los carros, la Santa y sus compañeras iban a pie.

Vió la Santa una vez, subiendo por una cuesta el carro de sus compañeras, trastornarse de fuerte, que sin remedio iban todas a un río. Puso Dios su mano y librólas milagrosamente de aquel peligro, quedando la Santa con tan grande pena por la desgracia que pudo suceder, que ordenó fuese siempre de allí adelante su carro delante de los demás, para que en los malos pasos y peligros fuese ella la primera, y habiendo de suceder alguna desgracia no fuese por sus hijas.

Y evidente milagro fué no suceder por todas al pasar de unos pontones que están cerca de Burgos, donde era tan grande la inundación de las aguas, que subía media vara encima de todos, tan cubiertos por todas partes, que no se veía en mucho espacio sino agua y cielo. Era temeridad entrar por ellos, y más con carros, con quienes si no tomaban por lo alto de los

pontones, eran perdidos. Las monjas se confesaron para pasar, y pidieron a la Santa Virgen su bendición; a quienes con grande ánimo y alegría, aunque no dejó de temer, haciendo que su carro pasase primero, como diestra y valerosa capitana, animó diciendo: *Ea, mis hijas, que más quieren ellas, que si fuere menester ser aquí mártires por amor de Nuestro Señor. Déjenme, que yo quiero pasar primero; y si me ahogare, ruégolas mucho que no pasen.* Animó con esto a los carreteros, y arrojóse al peligro, en quien apenas había entrado, cuando la dijo su esposo: *No temas, hija mía, que aquí voy.* Vieron algunos de los que iban allí ir las ruedas del carro de la Santa por encima del agua, y asegurando el paso a los demás pasaron sin peligro.

Llegó a Burgos muy fatigada con una calentura, y aquella noche tuvo tan grandes vómitos que no la dieron lugar para levantarse al día siguiente a negociar. Envió a visitar al Arzobispo y a pedirle su bendición y licencia para tomar la posesión del Monasterio, todo lo cual negó enojado de que hubiese venido a fundarle sin su licencia. Afirmó no la daría si no tenían renta fuera de los dotes que las monjas llevasen, y casa propia, y ni licencia para que en la casa donde estaban se les dijese Misa la quiso dar; de manera, que las pobres monjas, los días de entre semana, no la oían y las fiestas la salían a buscar a las Iglesias con hartos lodos.

Viendo la Santa tan fuerte al Arzobispo determinóse,^e al cabo de tres semanas, de ir en persona a hablarle, pareciéndola rendiría a aquel león, como había hecho a otros. Mas quiso Dios que negociase

mal, aunque quien la viera con la alegría que venía después de haberla despedido el Arzobispo con muy grande desgracia, pensara que traía el mejor despacho del mundo. Andaba a buscar casa con mucho cuidado para que el Arzobispo diese licencia porque ya Catalina de Tolosa salía a darles renta después de sus días. Ofreciéronla una casa buena para el propósito, mas tan cara, que se pedía por ella mucho más precio de lo que se debía. Reparaba la Santa en dar tanto dinero, y dijola el Señor: *¿En dineros te detienes?* De donde entendió era voluntad suya que la comprase; y así concluyó la venta en ocasión que el Arzobispo estaba más blando y aun mostró holgarse con la compra, aunque ni con esto quiso dar su licencia, ni consintió se dijese Misa en ella los días de fiesta hasta que tuviesen renta cierta y asegurada.

Ya hacía cuatro meses que estaba en Burgos sin esperanza de la licencia del Arzobispo, antes cada día la pedían condiciones sin sustancia fundadas en palillos e invenciones del demonio; por lo cual, con mucha gracia, decía la Santa: *Diablo necio es el que nos hace la guerra aquí;* paréceme perdiera ella la esperanza como otros muchos la tenían perdida si esforzándola el Señor, no la dijera: *Ahora, Teresa, ten fuerte.* Tenía consigo un religioso de la Orden, compañero de su Provincial, el cual, cansado de las largas del Arzobispo y desesperado de buen suceso, persuadió a la Santa que o se fuese o le diese licencia para irse él, a quien ella respondió como quien sabía el término que tenía Dios señalado a su trabajo: «Mire, Padre, no tenga pena que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho días.»

Y así fué; dándola licencia el Arzobispo a ese tiempo y poniéndose con grande solemnidad a 9 de Abril de 1582, diciéndola la primera Misa el Doctor Manso, Obispo de Calahorra y predicando el Arzobispo mismo con grandes demostraciones de pena por lo mucho que había diferido la fundación.

Capítulo XXV.

De las admirables leyes que la Santa hizo para gobierno
de sus Monasterios.

LAS leyes que dió a sus monjas la docta y sagrada Virgen Teresa, leyes que fueron, sin duda, reveladas por Dios y aprendidas en el Cielo, a lo cual tanto más me persuado cuanto más las contemplo. Sólo pondré aquí algunos pequeños fragmentos sacados de ellas que sirvan de muestra de la fineza de todo el cuerpo de lo demás. Dice, pues, la Santa así en diversos lugares.

Mírese mucho que las novicias que se hubieren de recibir sean personas de oración y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, porque si no viniesen desasidas de él, podrán llevar mal lo que aquí se lleva, y vale más mirarlo antes que echarla después. Y que no sea menos de diecisiete años, con salud, y entendimiento y habilidad. Contentas de la persona, si no tiene que dar alguna limosna a la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se ha hecho. Téngase grande aviso que el recibir novicias no vaya por interés, porque poco a poco podría entrar la codicia de manera que miren más a la limosna que a la bondad y calidad de la persona. Siempre tengan delante la pobreza que profesan para dar en todo olor de ella, y miren que

no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección.

Si tenéis confianza en el Señor y ánimos animosos, que es muy amigo Su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada. Nunca dejéis de recibir las que vinieren a querer ser monjas como os contenten sus deseos y talentos, y que no sea por sólo remediarle, sino por servir a Dios con más perfección. No importa que no tengan bienes de fortuna si los tienen de virtudes, que por otra parte remediará Dios lo que por ésta os había de remediar con el doble. Gran experiencia tengo de ello; bien sabe Su Majestad que a cuanto me puedo acordar jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta como me contentase lo demás. Testigos son las muchas que están recibidas sólo por Dios, como vosotras sabéis. Y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibía a las que traían mucho como a las que tomaba por sólo Dios. Antes las había miedo y las pobres me dilataban el espíritu y me daba un gozo tan grande que me hacía llorar de alegría. Esto es verdad. ¿Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ha ido también con esto después de tener a donde vivir, por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde queréis acertar perdéis.

La maestra de novicias sea de mucha prudencia, sea de mucha oración y espíritu, y ponga más en lo interior que en lo exterior, tomándoles cuenta cada día cómo aprovechan en la oración, y cómo se han en el misterio que han de meditar y qué provecho sacan. Y enséñelas cómo se han de haber en tiempos

de gustos y sequedades y en ir quebrando ellas mismas su voluntad aun en cosas menudas. Mire la que tiene este oficio no se descuide, porque es criar almas en que more el Señor. Trátelas con piedad y amor porque ha de ir mortificando poco a poco a cada una, según lo que viere que puede sufrir su espíritu.

El vestido sea de jerga o de sayal de color burielado, y échesele el menos sayal que se pueda para hábito, que tenga la manga angosta, no más ancha en la boca que en el principio, sin pliegues, redondo, no más largo atrás que adelante. La capa de la misma jerga, que lleve siempre la menos jerga que se pueda.

Sean las tocas de sedeña o lino grueso no plegadas. Túnicas de estameña, el calzado alpargatas y por la honestidad calzas de sayal o de estopa. Almohadas de estameña, las camas sin ningún colchón sino con jergón de paja, que probado está por personas flacas y no sanas que se puede pasar. Traerán cortado el cabello por no gastar tiempo en peinarlo. Jamás ha de haber espejo ni cosa curiosa sino todo descuido de sí.

Hase de vivir de limosna sin ninguna renta en los pueblos que estuvieren ricos y caudalosos donde ésto se pudiere llevar. Y en los pueblos donde no se pudieren sustentar de solas las limosnas, pueden tener renta en común. Mientras se pudiere sufrir no halla demanda. Mucha sea la necesidad que las haga traer demanda sino ayúdense con la labor de sus manos que el Señor las proveerá de lo necesario. Como no quieran más y se contenten sin regalo, no les faltará para poder sustentar la vida.

En ninguna manera posean las hermanas cosa en particular ni se les consienta: ni para el comer ni para el vestir, ni tengan arca, ni arquilla, ni alhacena, sino fuere las que tienen los oficios de comunidad, ni ninguna otra cosa en particular, sino todo sea común. Esto importa mucho porque en pocas cosas puede el demonio ir relajando la perfección de la pobreza. Y por ésta tenga mucho cuidado la Priora en que cuando viere alguna hermana aficionada a alguna cosa, ahora sea libro o celda, de quitárselo. Y ésto se guarde en todos los Monasterios, ahora tenga renta ahora no. Y sea con mucho rigor y la Prelada lo ejecute y no consienta que se quebrante, y el Provincial la castigue con mucho rigor si se quebrantare.

El trabajo de manos no sea labor curiosa, sea la labor hilar y otras cosas que no sean tan precisas que ocupen el pensamiento para no le tener en el Señor. Ni se porfie en lo que han de dar por ello, sino buenamente tomen lo que se les diere, y si viere que no les conviene no hagan aquella labor. Téngase mucha cuenta con lo que manda la regla, que quien quisiere comer que ha de trabajar, y así lo hacía San Pablo.

En verano se levanten a las cinco y estén en oración hasta las seis, y en invierno se levanten a las seis y estén hasta las siete en oración.

Un poco antes de comer se taña la campanilla y se junten todas a hacer examen de lo que han hecho hasta aquella hora. Y la mayor falta que vieren en sí propongan enmendar y decir un *pater noster* para que Dios las de gracia para ello. Cada una donde es-

tuviere se hinque de rodillas y haga su examen con brevedad.

A nadie se vea sin velo sino fuere a padre o madre o hermana: salvo en caso que pareciese tan justo como los dichos para algún fin. Y esto con personas que antes se edifiquen y ayuden a nuestros ejercicios de oración y consolación espiritual y no para recreación, siempre con una tercera, como no sea negocio del alma. La llave de la reja téngala la Priora. De tratar mucho con deudos se desvíen lo más que pudieren, porque dejado que se pegan mucho sus cosas, será dificultoso dejar de tratar con ellos algunas cosas del siglo. Y téngase gran cuenta en el hablar con los de fuera aunque sean deudos muy cercanos, si no son personas que han de holgar de tratar cosas de Dios, véanlos muy pocas veces y éstas concluyan presto.


A este modo son todas las demás constituciones y leyes que para los Monasterios de sus hijas hizo la Santa, en quienes principalmente procuró plantar cuatro cosas. La primera, la oración mental, el trato y lenguaje de espíritu, que es como el fin y blanco de todas las demás. La segunda, encerramiento y clausura, importante y necesaria para la oración. La tercera, penitencia y aspereza, en comida, cama, vestido, disciplina, ayunos y otras penalidades que para doncellas delicadas son bien grandes, pero inevitables a las comunidades Religiosas que quieren pasar con espíritu y perfección esta vida mortal tan cercada de peligros por todas partes. La cuarta, pobreza y trabajo de manos de que se sacase el sustento de los Conventos: teniendo bien entendido la Santa

la destrucción que se sigue a Comunidades de monjas con las rentillas y propiedades que poseen o como ellas dicen tienen a uso y con licencia con el cual color tienen más propiedad y dominio que si se quedaran en el siglo señoras de sus casas, dando contra la voluntad de los Prelados y escondiendo de ellos lo que tienen; negándoselo cuando se lo piden y gastando en usos superfluos para las cuales cosas ni los Prelados pueden dar licencia ni la dan, ni las monjas están seguras en conciencia, sino muy en comida o diciéndolo como ello es en caída de alma y estado manifiesto de pecado mortal.

En fin, ordenó un instituto la esclarecida Virgen Teresa tan lleno de perfección y caridad y humildad y desprecio del mundo y de todo lo que sabe o huele a él, que aun hasta el nombre que en él tenían las que entrasen en sus Monasterios quiso que dejasen. Por lo cual las ilustres señoras y otras cualesquiera que dejan el siglo y entran en esta religión dejan el don si le tenían en él; llamándose sencillamente sus nombres propios. Y el sobrenombre dejan que parece es la última joya que desnudándose de las que les dió el mundo pueden dejar.

Capítulo XXXVI.

**Cómo la Santa Virgen dió principio a la nueva reformatión
de Padres Descalzos Carmelitas.**

UPADA en la fundación admirable de tantos Monasterios de sus monjas, y habiendo dado principio a obra tan gloriosa, determinó con celo ardiente, y fiada en los favores acostumbrados de su esposo, emprender también fundar Conventos de frailes de la misma Orden, que siguiesen el rigor e instituto antiguo de los santos ermitaños del Monte Carmelo, de donde vienen. ¡Empresa ardua! Sobre todo lo que podía su sexo y condición, dar principio a nuevas reformatones, no sólo de mujeres, sino de hombres: mas cumplióla Dios tan felizmente sus altos pensamientos, que fué evidente prueba de haber sido guiados todos por consejo y mano de Soberana Deidad.

Alcanzó para este fin licencia del General y Provinciales de Castilla, presente y precedente, no con pequeño cuidado y trabajo que le costó, en que jamás desmayó, como en ningunos otros, porque en cualquiera profunda dificultad hallaba vado. Alcanzada la licencia, puso gran priesa, como la que por experiencia sabía cuánto daña la dilación en negocios graves, por estorbos que se suelen ofrecer.

Mas dábale pena no saber con qué personas lo comenzar, porque ni en los frailes que conocía de su

Orden hallaba quien le pareciese gustaría de tanto rigor y penitencia, ni tampoco veía seglar que se atreviese a dar principio a tan grande obra. Tampoco tenía casa, ni cómo la tener, ni se hallaba con arrimo ni comodidad para alguna fundación. Solamente tenía patentes y buen deseo. Fuese a la oración, que era el refugio común de sus trabajos, y allí suplicó al Señor que fuese servido de depararle una persona para comenzar esta obra de tanta gloria suya. Díjola el Señor fuese a fundar un Convento de monjas a Medina del Campo, y era con intento de ofrecerle allí lo que ella tanto deseaba.

Determinóse la Santa de salir de su primer Monasterio de Avila a fundar este de Medina del Campo, que fué el segundo. Tomó dos compañeras de aquel Convento, una de las cuales fué la Madre María Bautista, sobrina suya. Vieron las Monjas del Monasterio observante de la Encarnación de Avila los prodigios y maravillas que el Señor obraba por la Santa, y persuadiéronse que no eran sueños, ni ilusiones, ni hipocresías, como ellas antes imaginaban, sino el brazo poderoso de Dios que tomaba en la mano la flaqueza de una mujer, para hacer obras tan grandes y maravillosas. Así la siguieron cuatro de ellas también, que fueron D.^a Inés de Tapia y su hermana D.^a Ana de Tapia, ambas primas hermanas de la Santa, y doña Isabel Arias y D.^a Teresa de Quesada, todas muy parecidas a su espíritu, con el cual gobernaron después y fueron Prioras muchos años en los Conventos que la Santa fundó.

Con esta compañía, y de otra gente que era necesaria para caminar con la decencia que era razón,

salió la grande Teresa de Jesús de su descalzo Monasterio de Avila, cinco años después que le fundó, y en el que se contó del Señor MDLXVII a los trece de Agosto. Mas no pudo ser su salida tan secreta, aunque se procuró que no se supiese luego en la ciudad. Y fué de ver levantarse de nuevo una grande y general murmuración. Unos decían que era una loca; otros que estaban esperando en qué había de parar este desatino. Otros que era gana de andar y pasearse, y los que más bien la querían no les parecía bien la jornada. Pero a la Santa Virgen nada de ésto espantaba; antes asegurada con las prendas recibidas de Dios, proseguía su jornada muy apriesa.

Llegó a Medina la víspera de la Asunción de Nuestra Señora, a media noche, y con toda su compañía se apeó en la portería del Monasterio de Santa Ana de los Padres Carmelitas de la Observancia. No paró un punto allí, porque viendo prevenidos a los Padres con los ornamentos para decir al día siguiente Misa en una muy pobre casita, donde se había de fundar el Monasterio, sin dilación alguna hizo la Santa que se cargasen todos, así ella como sus monjas, y el Prior y sus frailes, y algunos clérigos que con ellos iban, de los ornamentos y tapices, como de todo lo demás necesario para la nueva Iglesia. Iba la Santa Virgen en medio de ellos, con el ánimo que suele ir un capitán valeroso con su gente a empresa de importancia, en la cual, para no perderse, procura que sea antes acabada que sentida.

Por hacer ésto con más secreto, iba aquel animoso escuadrón por fuera de la Villa, en la cual, como hubiese fiestas el día siguiente, andaba toda la gente

alborozada y mucha parte fuera de ella; los cuales, encontrando aquella procesión tan secreta de frailes, clérigos y monjas a aquella hora, cada uno glosaba como le parecía.

Llegaron a la casa donde se había de hacer el Monasterio. Vió la Santa unas paredes caídas, aunque no tanto como ellas lo estaban, por ser de noche, y el portal donde se había de poner el Santísimo Sacramento, todo lleno de tierra; los pobres techos que habían quedado, llenos de telaraña; de manera que faltó poco para dejar por aquella noche la fundación, por no haber la decencia necesaria para decir Misa. Mas animóse la Santa y animólos; y para componerlo, animóse la primesa a sacar tierra. Hízolo así, y fué causa de que todos la ayudasen, unos sacando tierra, otros colgando tapices, otros haciendo y componiendo el altar.

Diéronse tanta priesa, que todo, al romper el alba y amanecer del día, estuvo compuesto. Tocaron luego sus campanillas a la Misa primera, con espanto y admiración de aquella vecindad, que no sabía qué se pudiese ser. Acudió gente; llenóse el portal, y viendo un Monasterio hecho de la noche a la mañana, miráronse los unos a los otros con espanto, no sabiendo qué decir. Y qué podían decir, aunque fueran los hombres más sabios del mundo, sino que era prodigio hacer y acabar una mujer en cuatro horas de una noche lo que grandes y poderosos hombres por ventura no acabaran en muchos años. Púsose luego el Santísimo Sacramento, y así quedó fundado el Monasterio del glorioso San José de Medina del Campo, que fué el segundo.

Concluída con esta fundación parecíale aquella generosa alma estar ociosa no teniendo trabajos que padecer, o obras heroicas y grandes en que emplearse. Parecióle ser esta buena sazón para tratar de los Monasterios de los Padres descalzos. Cuidado era que le apretaba mucho por haber entendido ser voluntad de Dios y de grande importancia para el aumento y conservación de los Monasterios reformados de monjas. Tratólo con el Padre Fray Antonio de Heredia, Prior del Carmen de aquella villa. Alegróse él mucho e inspirado de Dios dijo le parecía traza del cielo y que él sería el primero que se descalzase afirmándola haber muchos años que el Señor le llamaba a vida más estrecha y que había estado determinado pasarse a la Cartuja. La Santa Virgen holgó mucho de oírle, mas por verle de muy delicadas fuerzas y no hecho a tanta penitencia que pudiese llevar adelante el rigor y aspereza que ella deseaba plantar, le rogó se suspendiese el negocio por algún tiempo en que se ejercitase en hacer y probar las cosas que había de prometer. Fué este como un noviciado y aprobación en que la Santa le puso, porque duró bien un año antes que se descalzase ni hiciese Monasterio alguno de frailes: y tomó la mano el Señor para ayudarle a la prueba, labrando de tal manera esta piedra, que había de ser una de las primeras del edificio, con golpes de falsos testimonios y persecuciones de que salió también y tan aprovechado que no se le pudo desear noviciado mejor.

Trajo el Señor en este tiempo a Medina del Campo otro Padre de la misma orden llamado Fray Juan

de la Cruz, de pocos años de edad y aún de muy pequeño cuerpo pero de grande espíritu y talento. Tuvo nuevas la Santa de su vida y quiso verle para ver si era cosa de provecho para su intento. Hablóle y a pocos toques de palabras como buena lapidaria conoció sus quilates y tuvo estima de aquella piedrecita preciosa, y parecióla lo era tanto que sólo la bastaba para primera del Monasterio que había de hacer.

Díjola también este Santo Padre que tenía deseo de vida más estrecha, por la cual ocasión deseaba pasarse a los cartujos. Ella le persuadió sería más perfección profesar y guardar su regla primitiva, que era la que ella y sus monjas guardaban, que experimentar nueva orden y profesión; que se detuviese hasta que ella tuviese Monasterio para darla principio.

El lo prometió y dió palabra de hacerlo así, como no durase mucho la dilación. Quedó alegre la Santa por haber hallado dos piedras vivas en quien fundar otra nueva reformación, y con nuevos cuidados y trabajos comenzó a buscar casa donde recogerles.

Salió de Medina del Campo, y después de algunos meses ocupados en fundaciones de Monasterios de sus monjas descalzas, volvió a Avila el año de 1568. Sabida su llegada vino a hablarla D. Rafael de Avila y Mugica, caballero de la misma ciudad, y por saber quería hacer un Monasterio de descalzos, la ofreció una casa que tenía en Duruelo, aldea de Avila, de pocos vecinos y comodidad, vivienda de un rentero que le cogía sus rentas. Bien vió la Santa, conforme a relación que se le dió, ser poco a propósito para

fundar allí. Mas como no deseaba sino dar el principio, y veía al ojo buena oportunidad, determinóse luego a ir a ver la casa. Hízolo así y vió ser todo su edificio un pobre portalillo y una pieza doblada con una cocinilla bien pequeña. Trazó la Santa Virgen su Monasterio, señalando el portalico para Iglesia; y la parte baja de la pieza para coro; lo alto para celdas y para refectorio la cocinilla. A Medina del Campo partió con esto, tratando con los dos Padres que se ha dicho, quisiesen dar principio en aquella casita, que todo era comenzar, y que de tal manera los ayudaría el Señor que en breve tiempo verían grandes cosas.

Capítulo XXVII.

Da fin la Santa Virgen a la fundación del primer Convento de los Padres Descalzos de su Orden con que la levanta y reforma a sus primeros principios.

POR cierto maravillosa cosa fué de ver, si pudiéramos verlo, al Patriarca de alguna religión, como un San Benito, a un San Agustín, a un San Francisco, a un Santo Domingo, ocupado en tan altos pensamientos, como era dar principio a una nueva congregación y familia y para darle hubieron menester estos Santos las fuerzas y el espíritu más que humano que Dios les dió. Pero, sin duda, es mayor maravilla ver en este tiempo una mujercita sola, pobre, desamparada de fuerzas y humanos favores, con ánimo y pecho para negocio tan arduo y dificultoso como fundar Monasterios, no sólo de mujeres, sino de hombres, sujetándolos a regla y leyes de tanta estrechura y perfección, reformando y levantando una Orden caída, que es mucho más dificultoso que hacerla de nuevo; y empresa en que suelen gastar muchos Pontífices y otros Prelados santos, largos ratos de oración y de sueño y muchos de trabajos y cuidado y, al cabo, no sacan más que haber mostrado su buen celo y deseo. Porque es de tal condición la anchura y remisión, que donde pone una vez el pie, raras veces le vuelve atrás; pocas veces pierde la tierra que una vez gana, y en abriendo

portillo y rompiendo por alguna parte de la regla y observancias, por allí se va siempre como río por madre.

Oyeron los Padres las palabras de la Santa y como no estaban con otro deseo, luego prometieron la ejecución. Gozosa la Santa dió noticia al uno y al otro, como si fueran novicios, de la manera de vivir que se guardaba en sus Monasterios de la oración, y penitencia, y mortificaciones, y de todo lo demás que a ella le parecía conveniente para que las cosas fuesen bien fundadas desde sus principios, en que consiste el bien de una religión que a manera de un edificio de ordinario se queda en aquello que hace asiento.

Temiendo no hubiese algún estorbo por no haberse desembarazado el Padre Fray Antonio de Heredia de su oficio, porque todavía era Prior del Monasterio de Medina del Campo, envió al Santo Padre Fray Juan de la Cruz para que, acomodando aquella pobre casita, tomase de ella la posesión.

Obedecióla al punto, y descalzóse luego, vistiéndose un hábito de jerga y determinándose de vivir y profesar la regla primitiva. Renunciando su Priorato el Padre Fray Antonio hizo lo mismo, y con licencia del Obispo de Avila D. Alvaro de Mendoza, que no lo deseaba menos que la Santa, pusieron el Santísimo Sacramento, quedando hecha la primera fundación y casa de Descalzos en el año de 1568 a 28 de Noviembre, que fué primer Domingo de Adviento en aquel año.

Quedó la Santa Virgen, cuando vió cumplidos sus deseos, en extremo contenta; y aquellos dos

Padres lo quedaron en su casita, dándose a larga oración y rigurosa penitencia, aprovechando mucho con su doctrina y ejemplo a la comarca. Estuviéronse en ella poco, por ser muy desacomodado el lugar para vivir en él con religión. Así se pasaron a la villa de Mancera, porque D. Luis de Toledo, Comendador de Alhanaje y Señor de las cinco villas, conociendo su santidad, les dió una Iglesia en que tenía una imagen de Nuestra Señora que se había traído de Flandes, insigne imagen de notable hermosura y devoción. Fabricóles aquí un Monasterio, por quien recibió no pequeños galardones de Dios, pues fuera de otras mercedes que le hizo, trajo a la misma Orden a D. Fadrique y a D.^a Isabel de Toledo, hijos suyos, que, triunfando de las pompas del mundo y queriendo más la pobreza de Cristo que el regalo de la casa de su padre, entraron en los dos Monasterios Descalzos de Salamanca; en donde murió D.^a Isabel, y su hermano D. Fadrique en la ciudad de Segovia pocos años después de haber entrado en la Religión y vivido el uno y el otro en ella como un ángel.

El año siguiente de 1569 yendo la Santa Virgen a Pastrana a fundar, pasó por Madrid y fuese con sus compañeras a aposentar a un Monasterio de monjas de San Francisco, con D.^a Leonor de Mascafeñas, que le hizo y vivía en él. Fué aya esta señora del Rey Felipe II nuestro Señor, sierva de Dios y amiga de virtuosos y por eso grande aficionada de nuestra Santa, a quien hospedaba siempre que pasaba por allí. Díjola esta señora había venido a tan buen tiempo que estaba allí un ermitaño que la deseaba ver; y la parecía que la vida que él y sus com-

pañeros hacían, conformaba mucho con la regla que se guardaba en sus descalzos. Llamábase este ermitaño Mariano de San Benito, italiano y letrado y de valor, amigo de trabajar y hacer penitencia. Traía consigo por compañero un mancebo llamado Fray Juan de la Miseria; sencillo para el mundo, más habilísimo para las cosas de Dios.

Habían estado los dos en el desierto que llaman el Fardón, junto a Sevilla, y porque por el Concilio Tridentino se deshacía aquella congregación de ermitaños que no era Religión, él trataba de ir a Roma por licencia para poder seguir allí. Hablóle y mostróle la regla de sus descalzos la Santa Virgen Teresa de Jesús, y tanto pudo con él, que se determinó de seguirla no con poca admiración suya, como él decía después, de que una mujer le mudase tan presto el corazón.

Díjola que Rui Gómez les había dado en Pastrana una ermita llamada San Pedro, donde hiciesen vida de ermitaños y que él quería tomar el hábito y hacerla Monasterio. Hizo las diligencias necesarias la Santa Virgen para alcanzar licencia, y habida, envió a Mancera a llamar al Padre Fray Antonio de Jesús, para que yendo a Pastrana con Mariano y su compañero le fundasen, ocupándose ella entretando en hacerles los hábitos para que los tomasen sin dilación. Hízose así y dióse el hábito al Padre Mariano y a su compañero para lego, que no se pudo acabar con ellos otra cosa, hasta que el General mandó después al Padre Mariano se ordenase de Misa.

Ricibiéronse después en este Monasterio sujetos de importancia, entre quienes fueron Fray Jerónimo

Gracián de la Madre de Dios, colegial teólogo de la Universidad de Alcalá, y Fray Gregorio Nacianceno, clérigo recogido y dado a oración y penitencia antes de entrar en la religión y después tan observante y religioso, que por eso y su mucha discreción le llamaban en muchas partes Santo discreto. A este gran Padre trajo a esta religión la Santa Virgen, pasando por Malagón para fundar en Veas, y enviándole de allí a Pastrana, hizo le diese el hábito Fray Jerónimo Gracián. Fué el Padre Fray Gregorio Provincial de las provincias de Castilla y Portugal y murió gobernando la Casa de Madrid.

Esto dos Monasterio fueron el seminario de todos los demás, y en breve tiempo se han fundado tantos, que España, Italia, Francia y una y otra Alemania, y el apartado Persa, y el indio escondido en el nuevo mundo, todos conocen con fundación de Conventos y crecidas provincias de la religión descalzas de Carmelitas el nombre ilustre de la rara y peregrina fundadora de todo, la Santa Virgen Teresa de Jesús. Porque aunque es verdad que esta santa religión tiene por principales fundadores y Patronos los sagrados Profetas Elías y Eliseo, que fueron las fuentes y origen del instituto monástico, y en tiempo de la primitiva Iglesia resucitó Dios un Antonio, un Hilarión, un Pacomio, y otros innumerables monjes y ermitaños que entonces florecían por Egipto y Palestina, con los cuales estaba tan florido el suelo, como el cielo con sus estrellas, y desde estos tiempos fué esta religión con perpetua sucesión, sujeta a las mudanzas que suelen tener las cosas humanas; pero en fin, la verdad es que toda esta flor de santidad y

religión estaba ya muy disminuída y mitigada, hasta que Dios fué servido de levantarla y restituirla a su primer estado por medio de esta Santa. Ella fué la medianera con Dios, la intercesora con los hombres, y para decirlo en una palabra, la autora de este edificio. Porque ella tuvo revelación del Señor para hacer Monasterios así de frailes como de monjas. Ella procuró y alcanzó de su General la licencia con hartos cuidados y fatigas. Ella persuadió y redujo a los dos Padres que se ha dicho, para que fuesen los primeros descalzos y columnas de esta obra. Ella mientras vivió como verdadera madre de familia, trajo grandes obreros a su viña, cuales fueron los nombrados y otros muchos. Ella instruyó como maestra los primeros descalzos; negocióles, buscóles, acomodóles y trájoles la casa, poniendo costa e industria, y trabajo. ¿Qué no puso? Sólo lo que no pudo, que fué el vivir con ellos y gobernarlos; cosa aunque fácil para su gran talento, no permitida a condición de mujer; pero lo que no hacía por título de jurisdicción, lo suplía con avisos y consejos continuos, los cuales tomaban los religiosos mientras ella vivió, que fueron algunos años después en que había ya gran número de sujetos y personas de talento para gobernar, como venidos del cielo, mirándola y honrándola como a madre fundadora de estos nuevos Monasterios, y reformadora de los antiguos. Y desde entonces, hasta ahora, se precian, y con mucha razón, de tener tal principio, pues lo que puede honrar a una religión o reformación es la excelencia de la santidad de quien la funda, que ser hombre o mujer es cosa accidental y sin sustancia. Así con nombre de

fundadora o reformadora la llama Sixto V en la Bula en que confirma sus constituciones, y por tal es tenida y venerada en España y fuera de ella como lo afirma Bocio.

Capítulo XXVIII.

De los libros que escribió llenos de admirable doctrina.

No pararon aquí las mercedes y favores que Dios la hizo, sino por última perfección de las muchas que la había comunicado, fué servido de darla aquel altísimo conocimiento de las cosas divinas que los santos llaman Teología mística y secreta, que es una noticia de misterios profundos de Dios no adquirida por especulación, sino infundida por el espíritu santo en los corazones de aquellos a quienes escoge para maestros y doctores de su Iglesia. Comunicó esta sabiduría a la Santa con grande plenitud, de manera que alcanzaba lo que grandes teólogos con muchos años de estudio no podían alcanzar. Por lo cual solían decir de ella eminentes teólogos que así era Maestra de oración y de cosas de espíritu, como otras personas muy doctas lo eran de otras facultades que profesasen.

Escribió fuera de muchos papeles sueltos en que se hallan cosas de gran provecho, cinco admirables libros, ninguno por su voluntad y gusto, sino por obediencia, apretada de confesores o divina revelación que se lo mandaba. El primero de su misma vida, en lo cual ninguna persona prudente debe reparar, porque demás de haberle escrito por obediencia, muchos santos sin ser compelidos de persona alguna escribieron muchas cosas de sí, bien semejantes. San Pablo cuenta largamente sus trabajos y no calla sus

revelaciones y visiones; San Jerónimo y San Agustín hacen lo mismo, y el libro de sus *confesiones* no es otra cosa sino revelación de su vida, no sólo de pecador, sino de Santo. Lo mismo se halla en los libros de San Juan Clímaco, San Bernardo y San Buenaventura, que aunque fueron Santos bien recatados en muchos lugares, cuentan las misericordias y revelaciones que les hizo el Señor. A quienes imitaron Santa Gestrudis, Santa Catalina y otras Santas.

El segundo libro fué del *Camino de perfección*, para sus monjas. El tercero de las fundaciones de Monasterios que hizo. El cuarto libro sobre los cantares Salomón. El quinto llamó el *Castillo interior* o las *Moradas*, el cual hizo por obediencia del Arzobispo de Santiago, confesor suyo; y cuando escribía este libro tenía tan grandes extremos de oración y andaba tan elevada en Dios, que en muchos días no podía estar hábil aun para el escribir una carta. Resplandece todo este libro con doctrina admirable y con grande primor y majestad de estilo y claridad de ejemplo. Lleva al alma desde las puertas de sí misma subiéndola de un grado en otro hasta su mismo centro, que es la séptima morada, palacio del celestial esposo y rey de gloria.

El modo con que la Santa escribió estos libros, especialmente el último, muestra no ser ella más que un divino instrumento y que no ponía de su casa más que la mano y pluma. Quedábase en arrobamiento y éxtasis muchas veces estando escribiendo y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra pero no por su mano. En ella tenía la pluma muchas veces y el rostro con tan notable res-

plandor, que no parecía sino que se transfiguraba en el cuerpo la luz del alma. Tan absorta en Dios, que aunque hubiese mucho ruido en la celda no lo sentía.

Antes que se imprimiesen estos libros, fueron examinados por la Santa Inquisición, sometidos primero a los más doctos y graves hombres de España, y todos en abono suyo dieron notables censuras y pareceres de las cuales han venido a mis manos sólo dos. La una del Padre Maestro Fray Luis de León, de la orden del glorioso Padre San Agustín, catedrático de escritura de Salamanca y en el tiempo que vivió luz de España el cual, como los viese y examinase, les quedó tan aficionado y preso de su doctrina, que en alabanza de ellos y del autor, hizo un prólogo largo y elegante en que, entre otras cosas, dice así: Dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale, y así siempre que los leo me admiro de nuevo y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano; y así lo manifiesta en la luz que pone en las cosas oscuras y en el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro encenderlos en amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen a Dios delante de los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan

amigable para los que le hallan; y en lo otro no sólo con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del Cielo que la abrasa y deshace, y quitándola de los ojos y del sentido todas las facultades que hay, no para que las vea, sino para que las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y «tan alentada, y si se puede decir así, tan ansiosa del bien que vuela luego con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel santo pecho vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llamas por donde quiera que pasan». Todo esto y mucho más que no digo, es de este excelente y doctísimo varón.

La segunda aprobación que ha venido a mis manos, y me ha dado gusto particular, fué del Padre Fray Jerónimo de Guevara, de la misma religión de San Agustín, insigne predicador de nuestros tiempos, oído como tal con singular aplauso de la Universidad de Salamanca, leyendo teología en ella también y en la Corte de nuestro católico Rey Felipe II, que le fué siempre muy aficionado, por verle sujeto de grandes esperanzas por su delicado ingenio. Mas la inhumana parca o hablando cristianamente como se debe hablar, la muerte cruel que no tiene lástima de venir al mejor tiempo, cortó el hilo de sus estudios e hizo malogrado aquel buen ingenio a los treinta años sólo de su vida. Lo cual no he dicho por alabanza suya digna de reprehensión en mi boca, por ser hermano mío, cuanto porque se vea el punto en que puso los libros de nuestra Santa Virgen.

Dijo, pues: «De cinco libros que escribió la Madre

Teresa, he visto sólo cuatro. *El discurso de su vida*, que escribió por mandado del Padre Fray García de Toledo, de la orden de Santo Domingo. El *Camino de perfección*, que la mandó escribir el Padre Maestro Fray Domingo Báñez.

El de las *Fundaciones*, que se dice haber escrito por obediencia al Padre Maestro Jerónimo de Ripalda, de la Compañía de Jesús, y el libro de las *Moradas*, que escribió por orden del doctor Velázquez, Obispo de Osma y después Arzobispo de Santiago, todos confesores suyos. Y lo que de estos libros me parece es no ser otra cosa que unas minas de oro, unos pedazos de cielo y unas fuentes de luz de Dios; porque en mis ojos es un sol cada uno de estos libros. Todos me admiran, pero el que más, es el último, el de las *Moradas* o castillo interior, en que trata cosas tan altas y con tanta delicadeza, que excede, no sólo a mi ingenio, que es corto, sino a muchos mejores. De este libro confieso que no lo alcanzo y paréceme me he con él como con la vista de sol un hombre ciego, que por mucho que a él levante los ojos no puede verle porque es ciego; en fin, mas siento con todo eso mirando al sol que le dan en los ojos rayos de luz. Tal me sucede a mí levantando mis ojos hasta *Moradas*, ni las veo ni entiendo, porque no tengo la fortaleza de vista por faltarme la de la experiencia que han menester. Mas con todo eso siento mirándolas que vienen de ellas a mis ojos rayos de sol, y que son tales todos los renglones y cláusulas de aquel libro. Olgara de ver el que escribió sobre el de los Cantares de Salomón, de que no sé si ha quedado papel alguno, porque como él escribió por obediencia, así

por la misma le rompió o quemó, mandándola lo hiciese un confesor ignorante que se escandalizó de que una mujer escribiese sobre libros sagrados. Pluguiera a Dios no le obedeciera hasta tomar el parecer de quien supiera más. Y lo dicho es el mío acerca de todos los libros de la Madre Teresa de Jesús que he alcanzado a ver.

El fruto de estos libros, después que se imprimieron y publicaron, ha sido muy grande. Y porque fuera alargarme más de lo justo, si hubiera de descender a casos particulares, sólo diré que en personas seglares han sido de tanto provecho, que por su lección son innumerables los que han trocado las costumbres y mudado también estado entrando en religión.

Pocas religiosas hay entre las Descalzas cuyo llamamiento no haya comenzado por estos libros. Lo mismo se experimenta en otras religiones examinando la vocación de los que a ellas vienen. Particularmente en las monacales ha hecho este libro grande provecho por la reformación de muchos religiosos que, encendidos en ardor y deseo de más perfección, trocaron la tibieza en nuevos fervores. Léense comunemente en los refectorios de muchas y graves Comunidades, así de España como de Italia, Francia e Indias, con notable estima de su autora y aprovechamiento de los oyentes. Y háse cumplido, en fin, lo que Nuestro Señor dijo a la Santa y ella al Obispo de Tarazona, su confesor, que después de sus días serían de mucho provecho todos sus libros.

Luego que se imprimieron estos libros, procuró el Rey Felipe II sus originales y los mandó poner en

su librería de San Lorenzo de El Escorial, y con tener allí muchos otros originales de Santos, a sólo tres hizo particular reverencia, que fueron los originales de San Agustín, de San Juan Crisóstomo y de nuestra Santa Virgen Teresa de Jesús, haciéndoles poner dentro de la misma librería debajo de una red de hierro en un escritorio muy rico y cerrado con su llave.

Capítulo XXIX.

De la gloriosa muerte de la Santa Virgen Teresa y de algunas señales que la precedieron y acompañaron.

PERFECCIONADA esta gloriosa Virgen con tantas gracias, crecían en ella cada día sobre todo lo que se puede decir los ímpetus de amor, que arriba dije, y deseos de ver a Dios; y la pena de carecer de bien tan grande la enajenaba muchas veces de los sentidos, quitándola los pulsos y poniendo a punto de morir. Moría porque vivía y no podía valerse con la vida, y a su parecer hacía mucho en sufrirla; y así venía a tener en mayor deseo la muerte, y la vida en grande sufrimiento. Estando una vez (años antes) con estos ímpetus como un divino cisne que canta dulcemente cuando va a morir, hizo con su florido ingenio este divino poema en demostración de su llaga y sentimiento, nacido de la fuerza del fuego que en sí tenía:

—Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.
Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace a Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
—¡Ay qué larga es esta vida,

Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
—¡Ay que vida tan amarga
Do no se goza el Señor;
Porque si es dulce el amor
No lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.
—Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
—Mira que el amor es fuerte,
Vida no me seas molesta,
Mira que sólo te resta
Para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.
—Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte no me seas esquiva
Vivo, muriendo primero,
Que muero porque no muero.
—Vida que puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si ya no es perderte a tí
Para mejor a él gozarle.

Quiero muriendo alcanzarle
Pues él sólo es al que quiero,
Que muero porque no muero.
—¿Estando ausente de tí,
Qué vida puedo tener
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.
—El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.
—Cuando me empiezo a aliviar,
Viéndote en el Sacramento
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar.
Todo es para más penar
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.
—Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
—Sácame de aquesta muerte
Mi Dios y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte,
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

—Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios cuándo será
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!

Con estos gemidos y otros tales llenos de sentimiento, clamaba de día y de noche la solitaria tórtola del alma de esta Virgen al compañero de su vida que era su Dios, hasta que en fin la vino a responder. Estaba en Burgos (que fué el último Monasterio que fundó, y el caro Benjamín, comprado no menos que con la vida de su madre, padeciendo por sacarle a luz dolores de muerte), cuando apareciéndosela el Señor la dijo: *¿En qué dudas? ya ésto está acabado. Bien te puedes ir.* Entendió por aquí que Nuestro Señor no sólo tomaba a su cargo aquel convento, sino de que era aviso de que ya se le llegaba su deseado fin. Partió de Burgos, de allí a Palencia, luego en Medina del Campo con deseo de parar en Avila, de donde era Priora.

Pero tenía Dios ordenadas las cosas de otra manera. Halló en Medina al Padre Fray Antonio de Jesús, a la sazón Vicario Provincial, que la estaba esperando para llevarla a Alba, a instancia de la Duquesa D.^a María Enríquez. Tuvo en ir a Alba harta contradicción la Santa, mas como había obedecido con tanta perfección en toda la vida, obedeció también entonces estando al fin de ella por parecerse al que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Partió de Medina del Campo a Alba harto trabajada

é indispuesta; y llegando a un lugar cerca de Peñaranda iba con tantos dolores, que la dió allí un desmayo que hizo a todos gran lástima verla en él. No se halló en el lugar siquiera un huevo ni tuvieron cosa que darla sino unos higos, por lo cual se comenzó a desconsolar la madre Ana de San Bartolomé que iba con ella, viéndola en tanta necesidad y sin otro regalo; mas la Santa la dijo consolándola: *No tenga pena, mi hija, que muy buenos son estos higos, muchos pobres no tienen tanto regalo.* Fueron a comer otro día a un lugarcillo, donde para remedio de lo pasado, hallaron para comer unas berzas cocidas con cebolla, comida bien contraria para su mal. Llegó a Alba víspera del Evangelista San Mateo, tan cansada y enferma, que la Priora y monjas del Convento hicieron se acostase. Hízolo diciendo: *Válgame Dios y qué cansada me siento; más há de veinte años que nunca me acosté temprano sino ahora.* Levantóse a la mañana, vió la casa, fuese a misa y comulgó con mucha devoción. De esta manera cayendo y levantando anduvo ocho días; y en los cuales, aunque andaba con notable flaqueza, rezaba el oficio divino y comulgaba. Mas aunque se esforzaba para disimular su enfermedad, ella se descubrió conocidamente. Así el día de San Miguel, después de haber oído misa y comulgado, apretada de las congojas y dolores, se rindió acostándose en la cama de una celda que tenía una reja al altar mayor para oír misa.

Estuvo todo un día y noche arrebatada en Dios, el cual la dijo se acercaba la hora de su descanso. Desde entonces no hizo caso de muchas esperanzas

de salud que la daban los médicos, por no ver en ella enfermedad de muerte. Las monjas comenzaron a temer por algunos pronósticos y señales que antes que la Santa viniese y en su misma enfermedad habían sentido. Porque algunas religiosas vieron algunas veces una muy grande y resplandeciente estrella encima de la Iglesia. Vióse también entre las ocho y las nueve de la mañana pasar junto a la ventana de la celda de la Santa, un rayo cristalino, que con su vista resplandeciente agradaba en extremo. Vieron otras veces dos luces muy resplandecientes en la ventana de la misma celda y antes que llegase la Santa a Alba, estando las religiosas en oración, oía cada una un gemido pequeño y doloroso junto a sí. Y en fin, eran tantas las cosas que se sentían y veían, que andaban las monjas todas con temor de algún prodigioso suceso que diese pena.

Decía la Santa en estos días a sus monjas muchos consejos santos, con más veras que otras veces y con mayores muestras de amor; como quien estaba de partida, y por la posta iba dejando el mundo. Víspera de San Francisco, a las cinco de la tarde, pidió el Santísimo Sacramento, y trayéndosele, viendo entrar por su celda al Señor que tanto amaba, levantóse de la cama queriéndose arrojar en el suelo a adorarle. Mas detuviéronla. Púsosele el rostro hermoso y encendido, muy diferente del que antes tenía. Puestas las manos, con grandísimo espíritu y alegría volvió aquel blanquísimo cisne a cantar al fin de su vida, con mayor dulzura que en toda ella. Y hablando con su Bien que tenía delante, le comenzó a decir: «¡Oh Señor mío y esposo mío, ya es llegada la hora desea-

da, tiempo es ya que nos veamos! Señor mío, ya es tiempo de caminar; sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado.» Dábale muchas gracias porque le había hecho cristiana y repetía muchas veces «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.» Pedía a Dios perdón de sus pecados y a las hermanas del mal ejemplo que les había dado, diciéndolas con las manos puestas también: «Hijas mías y señoras mías, por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de sus leyes y no miren el mal ejemplo que esta mala monja las ha dado. Perdónenmele. Rueguen a Dios por mí, que por los merecimientos de su Hijo, salve mi alma.»

Repetía muchas veces: *sacrificium Deo spiritus contribulatus cor contritum et humiliatum Deus non despicias; ne projicias me a facie tua.*

Recibido el Viático, pidió la Extremaunción, y recibíola también con grande reverencia, el mismo día víspera de San Francisco a las nueve de la noche, ayudando ella misma a decir los salmos, y respondiendo a las oraciones y dando siempre gracias a Dios porque moría como hija de la Iglesia. Preguntándola el Padre Fray Antonio de Jesús, si quería llevarse su cuerpo a Avila o se quedase en Alba, respondió: ¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra? Pidiéndola las religiosas las dijese algo que les sirviese de perpetua memoria suya, dijo: «Guardad hijas muy bien la Regla y Constituciones y obedeced con fidelidad a los Prelados.»

Padeció toda aquella noche grandes dolores: y a las siete de la mañana se echó de un lado, a la manera que pintan la Magdalena, con un crucifijo en la mano, que tuvo siempre hasta que se le quitaron para enterrarla. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano, por espacio de catorce horas, que fué hasta las ocho de la noche del mismo día de San Francisco, 4 de Octubre; toda absorta y enajenada en Dios, el rostro encendido, con notable quietud y sosiego. De cuando en cuando se veían en ella señales de que el Señor la hablaba, porque hacía meneos de admiración, como quien se maravillaba de lo mucho que veía. Y a la verdad ¿qué visiones? ¿qué hablas? ¿qué coloquios no tendría de amor con su dulce esposo la que tan cerca estaba del tálamo deseado? Si en vida el Señor tantas veces la visitó y tantas se le mostró con tan particulares favores y visiones tan largas que duraron algunas por muchos años, ahora que era el tiempo de la necesidad y trabajo ¿quién puede dudar que le veía y asistía con mil regalos de gozo, y que llamándola para sí decía: ven, amada mía, paloma mía, querida mía, vuela y date prisa; que ya el invierno se pasó de la vida mortal y comienzan a aparecer las flores olorosas y frescas de la eterna primavera de la gloria?

La madre Ana de San Bartolomé, compañera perpetua de esta Santa Virgen y muy parecida a ella en su virtud y espíritu, vió en esta ocasión y antes que la Santa expirase, a los pies de la cama, a Cristo Redentor nuestro con grande resplandor y compañía de muchos ángeles que aguardaban el alma de la Santa para llevarla al cielo. También asistieron a su ca-

becera los 10.000 mártires porque se lo ofrecieron muchos años atrás en un éxtasis que tuvo después de haber celebrado su fiesta. Así la enfermera que curaba a la Santa, que era una monja de singular caridad y espíritu, estando sentada en una ventana baja que salía al claustro, oyó un grande ruido como de gente que venía alegre y regocijada, y vió pasar muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, que entraron en la misma celda donde estaba la enferma; la Santa, con grandes demostraciones de contento y al punto que llegaron, expiró la dichosa y bienaventurada Virgen, y dejando el alma la cárcel de su cuerpo, fué llevada por todos estos Santos y otros muchos ángeles al eterno descanso que con tantos trabajos tenía merecido viviendo acá. Al punto de expirar se vió salir de su boca una como paloma blanca y al mismo tiempo apareció sobre la torre de la Iglesia una luciente estrella y viéronse otras cosas maravillosas, con que daba a entender el Señor la seguridad de su gloria y alteza de su premio.

Capítulo XXX.

De la causa maravillosa de la muerte de esta Santa Virgen
y de su entierro.

LA causa y ocasión de la muerte de esta Virgen esclarecida, atribuían los médicos al gran cansancio y movimiento del camino y a un flujo de sangre que la sobrevino, con que decían la iba faltando la virtud y la vida. Mas lo cierto es (aunque no se puede negar sino que ayudarían mucho estos accidentes para cortarle el hilo de la vida) que el cuchillo que le dió la muerte fué un tan grande ímpetu de amor de Dios, tan poderoso y fuerte, que la arrancó y dividió, no sólo el espíritu del alma robándola sus potencias, sino el alma del cuerpo desamparándole. Porque en todo aquel tiempo que estuvo arrebatada, que fué por espacio de catorce horas, como se ha dicho, de tal manera fuese encendiendo y abrasando en amor, con lo inefable que veía y de que gozaba, como en esta vida se puede gozar, sin ser más en su mano, como otra ave fénix, en aquel dichosísimo fuego en que siempre había vivido, se abrasó.

Esto reveló la Santa otro día después de su muerte a la madre Catalina de Jesús, fundadora y Priora del Convento de Veas de Descalzas Carmelitas, monja de tan grande perfección que sus virtudes y vida merecen libro.

Estaba con una gravísima enfermedad, y queriéndola encubrir las monjas la muerte de nuestra Santa por no darla pena, ella la supo y dijo al Provincial de su Orden, que estaba allí, habérsele aparecido muy gloriosa y dicho se iba para siempre a gozar de Dios, y que habiendo tenido un grande ímpetu de amor suyo, él la quitó la vida. Lo mismo reveló a un grave Prelado de su Orden, a quien dijo, que los ímpetus de amor de Dios habían sido tan fuertes, que no los pudo sufrir su natural, y así murió.

Y no es mucho de espantar que un ímpetu amoroso sea tan fuerte que haga entera división entre alma y cuerpo; pues cuenta de sí la Santa que sólo de oír una vez cantar una copla que decía *ser penoso vivir sin ver a Dios*, le vino un ímpetu semejante con tan grande violencia, que sino proveyera Dios que cesara la música, fuera imposible poder tener el alma. Y este suceso tuvo ella mucho antes profetizado, porque tratando en su vida de estos grandes ímpetus y deseos de Dios, dice así: (1) «Yo bien pienso alguna vez que ha de ser el Señor servido, que si va adelante, como va ahora, que se acabe con acabar la vida.» Y en otro parte, dice hablando de sí: «Yo sé de una persona que estando en oración semejante oyó cantar una vez, y certifica que a su parecer si el canto no cesara, iba ya a salirse el alma del cuerpo; y así proveyó su Majestad que cesase el canto, que la que estaba en esta suspensión bien podía morir, mas no decir que callase.» Pues de esta impetuosa violencia de amor de Dios, fué su alma arrebatada tan fuerte-

(1) Vida. c. 20. Moradas. 6 cap. 10.

mente que no sólo se enajenó de los sentidos, sino también del cuerpo. ¡Muerte gloriosa y rara! Pues no fueron tormentos de tiranos, ni cuchillos de verdugos, ni fuerza de enfermedad, sino de amor, a manos de quien sólo rindió el alma esta excelente Virgen.

Murió de sesenta y siete años, seis meses y siete días, en el del bienaventurado San Francisco, de quien era devotísima; el año de 1582, el mismo en que se enmendaron los tiempos quitando los diez días que andaban de sobra, así el día siguiente a su muerte se contaron quince de Octubre: siendo Pontífice Gregorio décimo tercio, y reinando en España el Católica y Prudente Felipe II.

Vivió en la religión cuarenta y seis años. Los veintiséis en la Encarnación de Avila y los veinte últimos en la descalcez. En acabando de expirar quedó su rostro hermoso sobremanera, blanco como un alabastro, y sus manos y pies tan transparentes, que parece se podían mirar en ellos, llena toda de señales manifiestas de santidad. Fué tan grande el admirable olor que salía de su Santo cuerpo cuando le vestían y componían para enterrarle, que transcendía con su fragancia toda la caja. Y de rato en rato parecía que venían nuevas oleadas con nueva suavidad y fragancia de celestial olor, siendo tanta la fuerza y demasía de él, que fué necesario se abriesen las ventanas para sufrirle. Quedó este olor no sólo en la enfermería, cama, ropa y vestidos de la Santa, sino en todas las demás cosas a que tocó.

En tanto extremo, que de ahí a muchos días, haciendo una religiosa la cocina sentía en ella esta grandeza

de olor, y buscando de dónde pudiese salir, halló debajo de un arca un salerillo que había servido en la enfermedad de la Santa, y estaban sus dedos señalados en la sal que tenía, quedando impresas las señales de cuando la tomaba y en ellas la fragancia de este olor celestial, el mismo de su cuerpo.

Estuvo el cuerpo de la bienaventurada Virgen desde las nueve de la noche en que murió hasta el día siguiente la hora de la Misa mayor que la enterraron, acompañado de sus religiosas que con devoción y ternura la besaban muchas veces las manos y los pies, haciendo grande sentimiento, junto con varios Padres de la orden que se hallaron presentes, como los que quedaban huérfanos sin tal madre, maestra y fundadora. Concurrió al entierro toda la villa e hízose con toda la solemnidad que pudo ser. Besábanle todos sus santos pies y hábito, teniéndose por dichoso el que más presto tocaba su santo cuerpo. Estaba en unas andas cubiertas con un paño de brocado, como ella lo había visto en la visión de que al principio de la historia hice mención. Trazóse la sepultura en el hueco de una pared que estaba debajo de un arco, donde salen unas rejas del coro bajo del Convento para que los de dentro y los de fuera la pudiesen gozar. Quitaron el santo cuerpo de las andas y pusieronle vestido con su hábito en un ataúd y enterráronle en la sepultura que tenían hecha, cargando sobre él tan grande cantidad de piedra, ladrillo y tierra, que haciéndose pedazos el ataud se entró dentro gran parte. Esto hizo Teresa de Láiz, fundadora de aquella casa, ayudándola todas las monjas del Convento, sin duelo del cuerpo, porque se re-

cataban no se le hurtasen para llevarle a Avila, y por tenerle más seguro le tapiaron, no como quiera, sino con un paredón de piedra y cal. No fué suyo este pensamiento, sino de Dios que las movía y guiaba a hacerlo, para honrar por todas las maneras posibles a su esposa haciendo que campease más con esto la entereza e incorrupción de su virginal cuerpo.

Fueron tantos los milagros que el Señor comenzó a hacer por medio de esta Santa, que de ahí a pocos meses se reprendían las religiosas de Alba no haber puesto desde el principio con la veneración y reverencia debida el santo cuerpo. Solicitaban sus animos cuidado mayor, y deseo de enmendar el hierro pasado (grande acierto mirando los fines que tuvo Dios), por oír algunas veces golpes en el santo sepulcro, que parece que el cuerpo virginal no se podía contener sin dar muestra del milagro que Dios obraba. Avivábase este deseo de descubrir y desenterrar el santo cuerpo, con sentir muchas veces, no sólo ellas, sino los seglares, un excesivo olor que salía del sepulcro, ya semejante al olor de muchas azucenas, ya de jazmines, ya de violetas, ya no sabían a qué compararle según era de soberano y divino.

Capítulo XXXI.

Cómo al cabo de algún tiempo, desenterrando el santo cuerpo, fué hallado entero y llevado a Avila y de allí restituido a Alba otra vez.

DUEVE meses después de enterrada la Santa vino al Monasterio de Alba el Provincial de los Padres Descalzos Fray Jerónimo de la Madre de Dios, a quien informando las religiosas de lo que pasaba, pidieron con encarecimiento desenterrase el cuerpo. Parecióle buen acuerdo y comenzaron él y su compañero con gran secreto y recato a quitar las piedras, temiendo no se alterasen los Duques de Alba que estimaban el cuerpo más que su estado. Eran tantas las piedras, que tardaron cuatro días en quitarlas, aunque las ayudaban algunas otras personas.

Llegan al ataúd, a quien hallaron quebrantado y podrido y lleno de moho, nueve meses después que allí se puso. El hábito de la Santa estaba podrido y deshecho también; que con la mucha cal y agua y piedra que echaron no podía menos. Pero ni la tierra, ni el agua, ni el largo tiempo, ni lo que es más, el ser humano cuerpo, que después de muerto no es más que corrupción, fueron parte para que el de la Santa y esclarecida Virgen tuviese alguna, porque estaba sin que le faltase un cabello, tan entero como si entonces le acabaran de enterrar. Salía de él un olor sua-

vísimo muy desemejante de los buenos de la tierra, con tan notable fragancia y suavidad, que parecía dar vida y regalo y consuelo a cuantos allí estaban. Hincáronse de rodillas y reverenciándole con suma devoción, bendecían al Señor admirable en sus Santos.

Tenían tan grande turbación y gozo el Padre Provincial y las religiosas con estos dos milagros de la incorrupción del cuerpo y del grande olor que de él salía, que no advertían en otro no menos admirable que esos dos. Fué, su santo óleo, que en tanta abundancia salía del cuerpo, que estaba toda la tierra del sepulcro empapada en él. Parecíales debía ser alguna humedad de la misma tierra, si el Señor no lo declarara por mil caminos, haciéndoles reparar en que la tierra y el hábito y todas las demás cosas que estaban junto al cuerpo, manasen este óleo milagroso, comunicándole a cualquier cosa en que estaban envueltas. De esta tierra dice en su libro el Obispo de Tarazona, que tuvo él cantidad como de una avellana, y estando seca como arena, en envolviéndola en algún pañito o papel, lo traspasaba todo y dejaba untado como si lo hubieran bañado en un vaso de aceite. Después de desenterrado el santo cuerpo no parece ha sido otra cosa que una fuente de bálsamo; porque con hacer tantos años, ha sido necesario muy de ordinario envolverle en sábanas y paños limpios, así por recoger este santo óleo, como porque no se vierta en el arca en que está la Santa. El salir este óleo del Santo cuerpo es cosa muy sabida, porque como se han repartido algunos pedazos pequeños de su carne entre algunas personas graves y devotas, todas han visto por experiencia infinidad de veces

esta verdad. El Obispo de Tarazona traía en el pecho un artejo de un dedo de la bendita Santa, y dió en envolverle cada día en paños limpios de Holanda para ver cuándo dejaría de traspasarlos. Perseveró por espacio de cincuenta días, y hallándolos siempre empapados en este divino óleo, se cansó y lo dejó, viendo ser fuente perenne y manantial, porque aunque todo el artejo fuera aceite, se hubiera consumido. Y hoy en día ésta y todas las demás reliquias de carne hacen lo mismo.

Metieron el Santo cuerpo el Padre Provincial y monjas en un arca y pusiéronle encima del sepulcro que antes tenía, cubierto y secreto de manera, que pareciese no haber llegado a él. Temíase mucho el Padre Provincial que, si los Duques de Alba entendían aquellas maravillas, no habían de dar lugar a sus intentos, que eran llevarle a Avila, como se lo había prometido al Obispo D. Alvaro de Mendoza.

Antes de poner el cuerpo santo en el arca, le cortó el Padre Provincial la mano izquierda y llevó consigo a Avila en una arquita muy cerrada y cubierta. Dióla a las monjas de aquella ciudad, dándolas a entender era un recado de importancia, procurando por todas vías no lo entendiesen. Era su intento que, si el cuerpo se quedase en Alba, tuviesen las monjas de Avila la santa mano; mas, si se llevase a Avila, quería guardar la mano para sí mismo.

Pusieron las monjas el cofrecito en un rincón del coro, en donde, entrando un día la Priora, vióle resplandeciente, y visiblemente a la Santa Virgen Teresa, que, señalando el cofrecito, la dijo así: «Tengan

cuenta con aquel cofrecito, que en él está una mano de mi cuerpo.» Escribió la Priora muchas veces al Provincial si estaba allí la mano; pero él, disimulando la respuesta a este punto, pasando de allí algunos días por el Convento, disimuladamente, como quien saca otra cosa, se la sacó, teniendo ya todas el negocio por cierto, y llevóla al de Descalzas Carmelitas de Lisboa, donde está hoy en día.

Hízose en este tiempo, y fué el año de 1585, Capítulo en el Convento de los Padres Carmelitas Descalzos de Pastrana, donde eligiendo en Provincial a Fray Nicolás de Jesús María, varón de grandes prendas y santidad y virtud, determinóse que el santo cuerpo se sacase secretamente de Alba y llevase a Avila. Fué su motivo, el parecerles que la Santa sería más venerada allí, como más conocida y como a quien dió principio a su Orden en ella, siendo también Priora del mismo Monasterio cuando murió, y, en fin, nacida y criada en aquella ciudad. Ayudó el haber dado palabra el Provincial precedente, con cédula firmada de su nombre, a D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia, que antes lo había sido de Avila, que donde quiera que muriese la Santa, ocupada en tantas fundaciones de Monasterios, le darían su cuerpo. Porque con el grande amor que tenía a la Santa, había hecho la Capilla mayor de su primer Monasterio de Avila, y en ella, al lado izquierdo, un suntuoso sepulcro para sí, con el fin de poner en el otro lado el cuerpo de esta Virgen, teniendo por gran felicidad que descansaran junto a tales reliquias sus cenizas.

Sabiendo que se juntaba en Pastrana este Capítulo,

envió el Obispo de Palencia a D. Juan Carrillo, Tesorero entonces de la Iglesia de Avila, y Canónigo de la Santa de Toledo después. Pidió la palabra dada a la Religión, y condescendiendo el capítulo a su petición, despachó sus patentes, mandando con censura a las monjas de Alba diesen a su notificación el cuerpo santo, mandando también al Padre Fray Gregorio Nacianceno, Vicario Provincial de Castilla la Vieja, lo pusiese en ejecución con el secreto posible.

Al mismo tiempo que se daba en Pastrana la patente, oyeron las monjas de Alba dentro del santo sepulcro tres grandes golpes. Turbáronse, no sabiendo qué pudiese significar tal novedad. Vino el Padre Fray Gregorio Nacianceno, a quien contando los golpes que se oyeron, dijo que el mismo día y en aquella misma hora que acá se oían, allá las patentes y recados se despachaban. Así entendieron las religiosas haber sido aviso de la Santa por despedida. Notificóse a la Priora y a tres monjas de las ancianas, con el mayor secreto que se pudo, la *patente y censura*. Y entrando a las nueve de la noche en el Convento los dos Padres Provinciales, presente y precedente, sacaron el cuerpo tan entero, y oloroso como al principio. Estaban a la sazón las monjas en sus maitines bien ignorantes de lo que se había hecho. Pero dióles la nueva la fragancia del olor, que al sacar el cuerpo santo llenó toda la casa. Temen el suceso, y dejando comenzados los maitines, bajan corriendo; pero en vano, por haberle ya sacado del Convento, y cerrado la puerta. Volviéronse tristísimas, con increíble pena, por haberles llevado una prenda de tanta estima.

Llevóse el cuerpo a Avila, donde fué recibido con grande fiesta, y puesto decentemente do pudiese gozarse. Mas no pudo ser esto tan secreto, aunque se pretendió, que no se supiese luego en Avila; y por no ser venido el Duque D. Antonio Alvarez de Toledo, su tío el Prior Don Fernando, hombre de gran prudencia y valor que tenía a su cargo todo el estado, sintió mucho le hubiesen sacado de su villa tan gran tesoro. Así despachó a Roma, con grande diligencia, por un Breve Apostólico para que se volviese a Avila. Y negoció tan bien, que mandó Su Santidad, que era en aquella sazón Sixto V, volviesen los Padres Descalzos luego el cuerpo a la villa de Alba, entregándole a la Priora y monjas del Convento donde estaba antes.

Notificóse el Breve al Provincial, que era entonces Fray Nicolás, el cual, obedeciendo al punto, le restituyó, mandando a dos priores de su provincia le acompañasen. Caminaban de noche por llevar con más secreto aquel tesoro, mas él se descubría de tal manera, que pasando por la Bóveda, lugar próximo a Peñaranda, era tanta la fragancia de su olor, que salían los labradores por el campo con deseo de saber el origen de aquella maravilla, como el Conde de Peñaranda, con aseveración y juramento, testificó.

Llegaron a Alba a 23 de Agosto del año 1586, y en presencia del Duque de Alba y la Condesa de Lerín, su madre, y de toda la clerecía y gente del lugar, descubriendo el santo cuerpo y preguntando a las monjas si le conocían y si sabían ser de la Santa Madre Teresa de Jesús y si se daban por entregadas de él, respondiendo ellas sí a todo, se le dejaron; y

hasta ahora ha estado siempre allí y estará, si no sirve de otra cosa el Señor. Concorre a él innumerable gente de muchas partes. Hácenle novenas, y encomendándose a la Santa, reciben de Dios muchas misericordias, con grande operación de milagros como más adelante se dirá.

Está el santo cuerpo con grande decencia y autoridad al lado derecho del Altar Mayor, en sepulcro suntuoso, todo labrado de piedra de sillería, muy según arte. Está en lo más alto de él una Capilla levantada de la tierra, cosa de treinta pies, con una reja dorada que guarda el arca que tiene este tesoro. A los dos lados del sepulcro están sus epitafios o uno grande, que dice lo siguiente:

Rigidis Carmeli Patrum Restitutis Regulis.

Plurimis viror. Fæminar. Q. Erectis Claustris

Multis veram virtutem Docentibus libris editis.

Futuri prescia signis clara

cæleste sidus ad sidera advolavit B. Virgo Teresa.

III Non. Octobris. CIJ. IO. XXC.II.

*Manet sub marmore non cinis, sed madidum corpus
incorruptum proprio suaviss odore ostentum gloriæ.*

Que quiere decir en romance:

*Restituída a su aspereza la regla de los Padres
del Carmelo.*

Fundados muchos conventos de frailes y monjas.

*Escritos muchos libros que enseñan la perfección
de la virtud.*

*Profetizadas cosas futuras, y resplandecido en mi-
lagros como celestial estrella, voló a las estrellas la
B. Virgen Teresa.*

A 4 del mes de Octubre del año de 1582.

Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco y sin corrupción, con propio olor suavísimo.

Prodigio de su gloria.

La capilla de este santo sepulcro está toda colgada con ricas colgaduras de plata, que dió la Duquesa de Alba, D.^a Mencía de Mendoza. El arca que tiene el santo cuerpo es también rica y forrada en terciopelo carmesí, tachonado con clavos y chapas doradas, la cual dió D.^a María de Toledo y Enríquez, Duquesa de Alba: Está cubierta con un dosel de brocado, enviado por la Sra. Infanta D.^a Isabel Eugenia Clara de Austria, hija del católico Rey Felipe II. Tiene delante una bien grande lámpara de plata, ofrecida a la Santa por D. Antonio Alvarez de Toledo, Duque de Alba (1).

Pusiéronse dentro del arca unas planchas doradas con unos versos compuestos por el Padre Maestro Fray Diego de Yangüas, varón grave y docto de la Orden del glorioso Padre Santo Domingo, y confesor que había sido de la Santa, de quien dice en ellos lo que sabía, por lo cual los quise poner aquí:

En esta arca de la ley
Se encierra por cosa rara
Las tablas, maná y la vara,
Con que Cristo nuestro Rey
Hace a su Virgen más clara.

(1) Actualmente se halla el cuerpo de la Santa en el altar mayor. A un lado del mismo se encuentran el corazón y un brazo, reliquias que se muestran en todo tiempo a las personas que lo deseen. El corazón fué extraído del santo cuerpo en uno de los reconocimientos que se hicieron de éste por motivo del Proceso de beatificación.

Las tablas de su obediencia,
El maná de su oración,
La vara de perfección,
Con vara de Penitencia
Y carne sin corrupción.

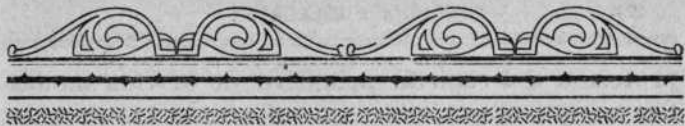
Aquí yace recogida
La mujer, dichosa y fuerte,
Que en la noche de la muerte
Quedó con más luz y vida
Y con más felice suerte.

El alma pura y sincera
Llena de lumbre de gloria,
Y para eterna memoria
La carne sana y entera.
¿Dó esta muerte fu victoria?



Parte segunda.

1816 2000



Parte segunda.

Capítulo primero.

De los singulares milagros que ha obrado el Señor por intercesión
de la excelente Virgen Santa Teresa.

EL más ordinario testimonio y en que la Iglesia católica se funda mucho para certificarse de la santidad y virtud de los Santos, son los milagros; porque son como unos sellos de Dios con que les sella el exterior, para que sean conocidos por sus amigos. Con muchos y maravillosos selló la santidad de esta Virgen, porque, además de haberla conservado en estado purísimo de virginidad, hízola maestra y doctora de sabiduría altísima. Dióla tales arrobamientos, que la levantaban del suelo a lo alto, señal cierta de cuanto lo estaba su alma de las cosas de acá. Hízola favores extraordinarios de revelaciones y visiones de misterios sobrenaturales y divinos. Dióla ciencia infusa, como lo declaran sus libros, en quienes se echa de ver no ser su juicio humano el que rige la pluma, sino divino y del cielo. Hízola fundadora de religiones de hombres y mujeres, con

profesión del espíritu primitivo de la vida monástica, en quien, poniendo ella sus manos, fué dechado y ejemplo de perfecciones. Todo lo cual, si no es un prodigio jamás visto y un milagro compuesto de muchos milagros, no sé qué es. Porque dar salud a enfermos, y resucitar muertos, y conservarse entero, blando, tratable el santo cuerpo difunto, sin corrupción, verdad es que me admira, y todos debemos confesar ser milagro y salvoconductos del cielo con que corre segura por la tierra la santidad; pero las virtudes heroicas de esta Santa; su amor a Dios; su amor, que fué el que, rasgándola el corazón, la quitó la vida; las obras de sus manos, que goza el mundo en sus celestiales libros, y penitentes y austeras religiones, son maravillas, son milagros, son prodigios tan portentosos, que hasta estos tiempos no los vieron los siglos, y por ventura, hasta que los mismos se acaben, no se verán, con lo cual, quedarán por los únicos y raros de las edades.

Con todo eso, diré algunos milagros, pocos, respecto de los muchos que ha hecho; mas tan ciertos, que los saqué de las informaciones que el Sr. D. Luis de Córdoba, Obispo que ahora es de esta ciudad de Salamanca, y Fray Diego de Yepes, Obispo de Tazona, enviaron a la Santidad de Paulo V para canonizar a esta gloriosa Virgen. Y advierto que no volveré a decir ni tocar los maravillosos que, tratando de su vida y muerte, quedan escritos.

En los que aquí pusiere, pretendo aficionar a esta Santa toda suerte de estados y personas, poniéndosela delante de los ojos, como un asilo divino de afligidos, como una valerosa patrona contra todas las

necesidades, como una botica general donde se halla el bálsamo y medicina eficaz de toda dolencia. ¿Porque si con San Blas tiene la Iglesia devoción por haber sanado en un niño la garganta, y con Santa Apolonia y Santa Lucía se tiene tanto amor por acudir ésta a ojos y aquélla a muelas, y así con otros Santos; la que no hay trabajos en cuerpo ni alma, en sentidos ni en potencias, que no remedie, qué amor merecerá? Veo que todo el mundo la quiere bien, y tan bien, que a mí me admira y hace reconocer que, otros brazos, fuera de los omnipotentes de Dios, no pudieran obrar en todos tan general aplauso; mas también veo que se lo tiene al mundo la Santa muy merecido, porque si de lugar en lugar, y reino en reino, y provincia en provincia se preguntan las causas, se hallarán no ser otras sino beneficios y favores que de ella se reciben.

De eso son los milagros que escribiré, diciendo primero algunos de los que ha hecho en las almas; otros después de los hechos en cuerpos de necesitados devotos suyos, que lo eran o quedaban obligados a serlo con su favor (1).

(1) Debo advertir que el autor sigue, como es natural, las opiniones corrientes en su tiempo acerca del origen y gravedad de las enfermedades de que habla.

Capítulo II.

De algunos milagros que ha hecho la Santa Virgen Teresa
en necesidades de almas.

CN dos partes me ha parecido dividir las maravillas que en almas ha obrado Dios Nuestro Señor por medio de nuestra Santa. En la una pondré las que miran, al parecer, a toda el alma; y en la otra las que clara y derechamente miran sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad, que esta milagrosa Santa todo se precia de socorrerlo y remediarlo.

Perdida iba el alma de un turco llamado Hamete, a quien la justicia de la ciudad de Toledo estaba atenazando por un grande delito que había cometido, porque obstinado en la falsa secta de Mahoma no se quería convertir a nuestra santa fe. Hallóse a la sazón en Toledo la Santa Virgen, y sabedora del caso afligíase delante del Señor, viendo que moría aquel hombre sin querer ser cristiano. Pidió a Dios su conversión con muy grandes ansias y eran bien menester oraciones fervorosas, porque él estaba tan porfiado en su maldita ley, que no le faltaba sino escupir a los que le persuadían que la dejase. ¡Fué cosa maravillosa! Ya al fin de su vida pidió el Santo bautismo y quiso en él llamarse Juan; inspirado aún esto del Cielo, sin duda alguna, que queriendo decir gracia el nombre de Juan, parece se mostraba haber

dado aquella alma Dios a la Santa y a sus oraciones, aunque fervorosas muy de gracia y como de milagro, volviendo en ella atrás la corriente furiosa de infidelidad y blasfemias con que se desesperaba. Murió como cristiano; y por disimular la Santa Virgen Teresa el favor recibido, dijo que otra monja, su compañera, que había hecho también oración, le había alcanzado.

Perdida iba el alma de un Sacerdote que residía en Becedas, lugar no lejos de Avila, con el trato y conversación de una mujer de aquel mismo lugar, que en hecho de verdad le tenía hechizado y como tal ciego y sin honra y fama, con grande publicidad y escándalo de todos. Fué a este lugar la Santa Virgen Teresa siendo ya Monja, en compañía de su padre y hermana; de quien se dolió tanto, que hasta ver remediada esta alma no descansó. Comenzó a rogar al Señor con instancia le socorriese, y valióla de manera, que aunque ciego y perdido el Sacerdote, le sacó un idolillo o prenda en que le había dado los hechizos la mujer, y echándole ella en un río, él comenzó como quien despierta de un gran sueño a volver sobre sí y a acordarse de todo lo que había hecho en los años pasados. Espantábase de sí; y doliéndose de su perdición aborreció la mujer, y con grande determinación la dejó del todo, no hartándose de dar gracias a Dios y a la Santa Virgen por quien le había venido su remedio. Murió al cabo de un año, y se salvó, como lo escribe la misma Santa Virgen en el capítulo cuarto de su *vida*, siendo ella el remedio único y singular de su eterno descanso.

Otro Sacerdote tenía perversa conversación e ilí-

cita amistad con otra mujer. Dióle una persona que le deseaba ver libre del mal estado un libro de los que la Santa escribió; y fué cosa maravillosa que de tal manera con su lectura dejó la mala amistad, que se le pasaban los días enteros delante del Santísimo Sacramento en las Iglesias.

Perdida iba el alma de una criada de D.^a Francisca de Fonseca, monja en el Monasterio de la Madre de Dios de la Orden de San Francisco, en la villa de Alba, porque había más de seis años que el demonio la traía engañada y ciega en pecado mortal. Mas sacóla Dios de él con los libros de su esposa Santa Teresa, los cuales leyendo esta mujer, abrió los ojos y conoció su yerro y confesó su pecado, y aun la misericordia que había recibido de Dios, a quien con nueva luz y fortaleza y deseos sirvió de allí adelante.

Milagro es éste infinitas veces repetido en personas encenagadas en pecados y vicios, y tan habituados a ellos, que les parecía ser imposible el poderlos dejar. Mas, en fin, los dejaron sólo aficionados a la lectura de los libros de la Santa, de quienes no sólo se les pegaba una fortaleza y ánimo para resistir al mal, sino una facilidad en el bien, que todo parece se les allanaba y hacía muy fácil.

De este número fué Alonso de Contreras y Ribadeneira, vecino de esta ciudad de Salamanca, porque metido en gravísimos vicios y ofensas de Dios, leyó estos libros, con que se confundió de tal manera que, dejando su mala vida, se hizo clérigo, viviendo ejemplar y virtuosamente de allí adelante, atribuyendo el remedio de su alma a esta Santa después de Dios.

Lo mismo sucedió a otro Sacerdote, haciendo

años que celebraba en pecados mortales; leyó estos libros y salió de ellos.

Y aun de este número puede ser también D. Diego de Avila, caballero estudiante de Salamanca. Pasando por las librerías, preguntó qué libros había nuevos. Dijéronle haber uno de una Monja llamada Teresa de Jesús. «Dadle acá, replicó él, que ya he oído decir de esa buena mujer.» Leyóle, y dentro de pocos días hizo en él tan notable mudanza, que dando de mano a todo entretenimiento, se entró de religioso en la Orden de Santo Domingo, publicando haberle venido su remedio con la lección del libro.

Semejante suceso milagroso pasó en Madrid por el Embajador del Duque de Ferrara. Gustó de leer el libro de esta Virgen, e hicieron en él tal fuerza sus palabras, que, mudando de estado, se metió a Monje Cartujo, llamando al libro de la Santa su predicador.

Pues a tentaciones de sensualidad y torpeza, son maravillosos los remedios con que la Santa acude. Un Prior de una casa principal de la Cartuja se halló una vez, entre otras, molestadísimo con una grave y porfiada tentación de este jaez, de tal manera, que casi, casi le traía rendido y de vencida. Sacó un papel que tenía escrito de letra de esta Santa. Besóle, pidióla con suma reverencia que le ayudase, y alcanzólo, sirviéndole la carta, no sólo de pavés defensivo de los golpes del contrario, sino de espada o pica, con que le ahuyentó y apartó lejos de sí; dejándole el alma con tanto sosiego y recogimiento como si saliera de una dulce oración.

No peleó tanto como este religioso Padre un clérigo molestado con la misma tentación; por lo

cual al enemigo rindió las armas, y el alma como flaco. Tuvo dicha de haber a manos otro papel escrito por la Santa, con quien de tal manera volvió sobre sí, que se levantó de debajo de los pies del demonio, al estado dichoso y alto de la gracia de Dios. Y viéndose después guerreado y aun apretado con los mismos encuentros, sacaba la carta y sólo con leerla, como si sus palabras fueran tiros reforzados de culebrinas, se deshacía la guerra y huían vencidos los demonios.

La misma maravilla experimentó en su alma Ana María de San José, monja agustina descalza de Salamanca. Había sido casada siendo seglar; y religiosa padeció tales tentaciones de sensualidad, que la ponían en aprieto y punto de perderse. Comunicólas con un religioso Carmelita, el cual la dió por remedio que trajese consigo una reliquia de la Santa Virgen Teresa. Púsose, y desde aquel instante hasta el presente, que ha más de once años, jamás ha tenido tal tentación, amortiguándosele de tal manera las pasiones como si fuera fría piedra insensible.

¡Pues a aficciones interiores de alma que no socorre maravillosamente! María de la Concepción, religiosa descalza carmelita de Segovia, siendo seglar, moría con penas de cosas interiores, y aun siendo religiosa la apretaron tanto por espacio de cinco años, que no había remedio de quietarse en la oración ni fuera de ella. Púsose en el pecho una reliquia de la Santa, y por su medio al punto estuvo buena, sosegada y quieta; de manera que cesaron de allí adelante sus aficciones.

No menos afligió este trabajo, aunque no por

tantos años, pero por muchos días, a un virtuoso Sacerdote de Palencia, de suerte que estuvo tres días sin poder celebrar. Encomendóse a nuestra Santa y ella le apareció, y dijo: *Bien vas, hijo, persevera así*. Echóse él a sus pies y pidióla la bendición, y ella dijo: *La de Dios*. Y dándole una estampa de su retrato que él tiene hoy en día, le dejó sano y bueno.

Ni es de callar lo sucedido al Marqués de Almazán, ya difunto, y mientras vivió espiritual y gran siervo de Dios. Estaba una vez, entre otras, en su oratorio encomendándose a él; mas con tan grande sequedad y trabajo interior por espacio de dos horas, que se levantó para irse dejando su ejercicio. Puso, al acaso, los ojos en un retrato de la Santa y, sin saber cómo, dióla una grande voz pidiéndola socorro y suplicándola acudiese a su desconsuelo. Oyóle, y de improviso le alcanzó de Dios tan grandes sentimientos que prorrumpiendo en gemidos y sollozos, no podía represar en sus ojos la abundancia de lágrimas, no hartándose tampoco entonces ni después de alabar a Dios maravilloso en honrar y engrandecer su esclarecida esposa.

Paréceme suceso semejante y aún más maravilloso lo que pasó en el Convento de Carmelitas Descalzas de Madrid, a una religiosa llamada Elena de la Cruz. Anduvo todo el año de su noviciado de tal manera inquieta y desasosegada, que no bastaban medios ni diligencias para darla quietud. Llegando ya al fin del año, resolvióse en dejar el hábito, y avisó a una cuñada suya viniese cierto día para irse con ella. Llegó el plazo y con determinación comenzó a

desnudarse el hábito, escapulario y correa; aunque siempre pidiendo favor con grande ansia a la Santa Virgen Teresa, diciéndola: ¿Madre, ahora me queréis echar de vuestra casa? ¡Fué cosa maravillosa! Que luego de improviso se volvió a vestir con mucha prisa, hallándose tan trocada y llena de contento, y tan diferente de lo que estaba antes, que puso admiración. Pidió la profesasen luego; y diciendo la Priora que lo dilatase y mirase mejor, no consintió lo alargasen un momento. Profesó y jamás de allí adelante, que han pasado muchos años, ha sentido aflicción ni desconsuelo, sino mucho consuelo y alegría.

De semejantes trabajos fué libre en las Carmelitas Descalzas de Salamanca otra religiosa llamada Beatriz de la Encarnación. Estuvo siendo novicia muy inquieta con el apretado modo de proceder de su religión, que aun para hablar a otra religiosa hermana suya y que estaba en el mismo Monasterio, no la daban licencia. Comunicó su pena con otra monja, la cual la dió una camisa de la Santa Virgen Teresa que en el mismo Convento está, diciéndola la tuviese en su celda y encomendase a la Santa. Una noche la tuvo, y bastó para que quedase sosegada de su inquietud, suceso que le pareció a ella muy imposible.

También se pueden reducir a esta clase de necesidades de almas lo sucedido por muchas puestas en estado de tibieza y flojedad para cumplir con sus obligaciones, de los cuales sucesos solamente pondremos dos o tres.

En el Monasterio de Carmelitas Descalzas de Madrid, estando todas las monjas en Comunidad, solas dos se desmembraron de ella y se fueron a hablar

paseando por un dormitorio de la casa; cosa fea y aun prohibida entre los Carmelitas, y aun lo debe ser en todas las religiones de la Iglesia. Allí oyeron unos golpes, como señales de quien las avisaba lo mal que hacían. Repasaron, pero esforzándose en ellas la imperfección y culpa, prosiguieron su plática. Segundaron en la celda los golpes y en las almas la luz de Dios, con que reconocidas dijeron, corrección es ésta de nuestra Madre Teresa. Y así se fueron donde estaban las demás monjas en Comunidad.

Más clara fué la corrección de otra monja; quién y en cuál casa no lo dice el Obispo de Tarazona, que es el autor. Habíale la Prelada mandado una cosa de que ella disgustaba, por lo cual llena de repugnancia iba murmurando de la Prelada que tal había mandado. Aparecióse al bajar de una escalera la Santa Virgen, y con sólo decirla: *Pues la obediencia, hija. La sosegó.*

Mucho más es y memoria eterna merece lo que ahora diré. Estaban otras dos religiosas en el coro, donde estaba un grande cuadro o imagen de esta Virgen, registrando sus breviarios para rezar. Esto era después de dichas *completas*, y por consiguiente, en tiempo de silencio según Regla primitiva de Carmelitas. Pues a vuelta de registrar se⁴ metieron en plática, hablando algunas palabritas no necesarias. Mas no se las disimuló, aún pintada y muerta, la que con inmensos trabajos, viva, reformó esta Orden. Hízoles seña con que las obligó a levantar los ojos y vieron la Santa Imagen de su Madre con el dedo en la boca reprendiendo su parlería; y echa un Arpócrates divino del silencio.

Capítulo III.

De algunos milagros que ha hecho la Santa Virgen Teresa socorriendo a cada una de las tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad.

Entendimiento.—Discurriendo por las potencias de nuestra alma según su dignidad, en que tiene el primer grado el entendimiento, segundo la voluntad y tercero la memoria, aunque es como madre de las primeras dos, como la llama San Agustín, son maravillosos los socorros que las personas necesitadas en ellas han recibido de nuestra Santa.

En Lisboa el licenciado Tomás de Baeza y Polanco, Provisor que había sido en el Obispado de Córdoba, se vió tan necesitado de entendimiento y discurso, que le iba no menos que salvarse su alma. Porque estando con una grave enfermedad, preparándose para hacer la última jornada de vida mortal a eterna, hizo que le llamasen un confesor para comenzar a recibir los Santos Sacramentos. Comenzó a confesarse, cuando le sobrevinieron al entendimiento unas tan grandes tinieblas y obscuridades, que el discurso y la razón de hombre se le barrió. Volvióse el confesor sin que pudiese en su confesión pasar adelante. Trajéronle la reliquia de la Santa mano de la Virgen Teresa, de que arriba dije que está en Lisboa: pónensela en la cabeza y al punto se aclararon las tinieblas, avivó la razón y despertó de tal manera el discurso y entendimiento, que se confesó general-

mente tan a su gusto, cual jamás, decía él, haber tenido en toda su vida. Añadióse milagro a milagro, que sanándole el entendimiento, le dejó también luego sano del cuerpo, asemejándose bien la mano de esta Virgen a la de Dios, su esposo, que sanaba los cuerpos de aquellos cuyas almas sanaba, y al revés.

De lo cual y de lo demás vienen bien a propósito lo sucedido en Alba, muy pocos días há, en una mujer, en el cuerpo sorda y en el entendimiento cautiva o mente capta, simple y boba y con casi ningún discurso de razón. Tuvo en el sepulcro de nuestra Santa unas novenas en que la fué tan bien, que salió con oídos y con entendimiento; dando la Santa lo segundo también, a quien solamente por simple mentecatez pedía lo primero.

Ni deja de pertenecer a socorro de entendimiento lo que se sigue. Ana de San Bartolomé, hija querida de nuestra Santa, estaba una noche con ella mientras escribía unas cartas que había de despachar, y viendo la Santa faltarla mucho, dijo a su monja: *Hija, si supiera escribir, ayudárame a despachar estas cartas*. Ana la respondió que la diese alguna materia por donde aprendiese, como si en una noche hubiera de saber escribir, no sólo la copia de las letras, sino cartas. La Santa Virgen la dió de su letra dos renglones y dijo: *tome y sepa*. Supo y de tal manera, que aquella misma noche, la escribió una carta y ayudaba de allí adelante en las que había de escribir.

Llama esta materia los sucesos que pertenecen a la memoria, aunque prometí ponerlos en el lugar

tercero y así los pongo aquí, guardando aquel lugar para acontecimientos dulces de devoción con que se regala y saborea la voluntad. Dése éste a habilidad de sabios, porque sean tan aficionados de nuestra Santa los venideros, como son en nuestros tiempos los presentes y han sido los pasados.

Memoria.—Apenadísimo se vió con la falta de su memoria, el Padre Maestro Fray Pedro Peredo, predicador de Santo Tomás de Avila, una vez que le mandó su Prelado fuese a predicar a las monjas de la Encarnación, donde al presente era Priora la Santa Virgen. Llegó afligidísimo; y preguntándole ella qué tenía. Respondió ser la causa mandarle la obediencia viniese a predicar con tan poca prevención, que ni había estudiado, ni tenía memoria de cosa que pudiese decir. La Santa le dijo que la confesase y comulgase; que para un predicador necesitado de recogerse y revolver lo que ha de decir en su memoria fué un gracioso pedir. Húbolo de hacer, y fiado en la Santa después de Dios, subióse a su púlpito con los mismos temores que se traía. Mas fué cosa maravillosa, que al punto le dió el Señor, tal ánimo y espíritu y tal abundancia de cosas, cual jamás en su vida había experimentado. Saliendo contentísimo del suceso, le dijo: «Aprenda, Padre, a fiar de la obediencia, que ha predicado de manera que en su vida predicará mejor; porque cuanto ha dicho han sido cosas ordenadas del Cielo.» Y fué así, porque como después, él mismo contaba, muchas veces en su casa procuró acordarse de lo que había dicho, que era mucho y altísimo, y jamás pudo con desearlo y procurarlo con grandes veras.

Aseméjase a esto lo sucedido en esta ciudad de Salamanca al Licenciado Rodríguez de Villagutiérrez, oidor del consejo del Duque de Alba. Vínose a graduarse de Licenciado en cánones por esta Universidad, y habiéndole aprobado en la capilla de Santa Bárbara, donde semejantes actos se suelen hacer, y alcanzado feliz suceso, sólo le faltaba decir el día siguiente al examen, la oración para el grado. Mas fueron tantas las ocupaciones y visitas que tuvo y el poco tiempo con que se halló para pasarla por la memoria, por haber salido del examen a la una de la noche, que aún para leerla de corrida más de una o dos veces no tuvo lugar. Afligiase considerando el grave auditorio de Universidad e Iglesia que había de asistir y las pocas esperanzas de sucesos alegres que su muy flaca memoria le prometía; cuando don Gabriel Paniagua, que ahora es del Consejo Supremo del Rey Nuestro Señor y de la Santa y General Inquisición le aconsejó se encomendase a la Santa Madre Teresa de Jesús. Hízolo, y con llevarla mal estudiada y tampoco bien circunstanciada de tiempo, como se ha dicho, y ser larga la oración que había de decir, la dijo tan bien, que con particular aplauso se le dió el grado; y él ha jurado este suceso como milagroso en las informaciones que hizo el Sr. Obispo de esta ciudad, y a mí de la misma manera me lo ha escrito. Quedóle de allí adelante *altamente respotum*, como él dice, contándolo, ser esta esclarecidísima Santa singular valedora para semejantes aprietos de memorias flacas y de personas letradas que por la gloria de Dios tengan necesidad de hacer lucidos actos.

Como a tal, se acoge siempre a ella en cuantos se le ofrecen el Padre Maestro Fray Basilio de León, sobrino del gran Fray Luis de León, de quien es justo tengan perpetua memoria las edades. El sobrino, pues, heredando del tío singular devoción y afecto con nuestra Santa, de ninguno otro dice más encomios y singulares excelencias que de ella, poniéndola entre el número de los grandes Doctores Agustín, Jerónimo, Tomás. Y vale bien; y en cátedras desahuciadas de buen suceso, se le ha dado bonísimo. Opuesto estaba a la cátedra de Escoto, sin que esperase persona de esta Universidad de Salamanca, donde era la vacante, que este Maestro la hubiese de llevar; porque la contradicción de sus opositores era grande, y mayor el desamparo que en ella se le mostraba de parte de su Orden. Dijo Misa y en ella encomendó a la Santa Virgen Teresa le diese buen suceso, prometiéndola, si llevaba la cátedra, escribir su vida en latín, para que todas las naciones del mundo la conociesen. Al punto la Santa le dió en el alma tal seguridad, que aunque crecieron las dificultades y contradicciones, jamás pensó perderla, sino llevarla, como en fin sucedió. Y lo mismo le sucede en otros muchos negocios que la encomienda: obligado con lo cual, y con especial voto, la reza cada día su antífona y oración en agradecimiento de las muchas mercedes que le ha hecho, y en las ocasiones que se le ofrezcan, espera le ha de hacer.

Voluntad.—Veamos ahora algunas maravillas milagrosas que en voluntades necesitadas ha obrado nuestra Santa.

Más dura que pedernales estaba la voluntad de

un honrado y noble caballero de Lisboa, porque, sin remedio, por sospechas que tenía de su mujer, estaba determinado una noche de quitarla la vida. El día antes declaró su congoja y determinada resolución a una monja Descalza Carmelita. Ella le rogó no fuese a su casa aquella noche, sino que se quedase en el Monasterio de sus Padres Descalzos para que le consolasen y aun aconsejasen lo que había menester.

No salía él a ello, antes se embravecía, no bastando razones para quitarle tan malos pensamientos. Pero bastó la mano de la esposa de Dios, para quien estaba reservado triunfar de su dureza. Sacan la mano que allí tienen de la Santa Virgen Teresa, pónesela él sobre el corazón a instancia de la monja, y cesó el mal deseo, de manera que para siempre quedó sosegado.

El mismo aborrecimiento, aunque originado de causa distinta, sanó la Santa en la voluntad del Bachiller Tamara, vecino de la ciudad de Ciudad Rodrigo. Hábiale dicho ciertas malas palabras una mujer, por las cuales la cobró tan grande aborrecimiento, que de día ni de noche podía echar aquella mujer de su imaginación. Era, por otra parte, buen hombre y deseaba sosegarse, temeroso de Dios; mas no podía, que le daban furiosa batería sus pensamientos. Acordóse de un sacerdote amigo suyo, que fué libre de un gravísimo peligro de alma por intercesión de esta bendita Virgen, y suplicóla él también con ansias le quitase del corazón el odio que traía. Fué cosa maravillosa que al punto lo alcanzó, y le quedó el corazón tan sosegado como si jamás tal mujer hubiera en el mundo.

Por maravilla más singular que la dicha tengo lo sucedido a un Gaspar de Andrada, siervo de Dios y aficionado de nuestra Santa. Tuvo encuentro con otro vecino de su lugar, de que resultaron tales enemistades, que el enemigo trataba de quitarle la vida como pudiese, aunque fuese a traición. Avisado el Andrada, púsose por armas defensivas unas reliquias que tenía de nuestra Virgen, fiando más en ellas que en jacerinas, y antes, y desvelos. Y fué de admiración, que contra la esperanza de todos se compuso el contrario haciéndose su amigo y publicándose el hecho por maravilloso de las reliquias.

Pues también en rendir y aficionar de Dios nuestra voluntad, es la Santa Virgen Teresa maravillosa, y una monja Descalza Carmelita de Salamanca lo testifica bien. En 28 de Noviembre del año 1609, hacíanse en esta ciudad grandes regocijos por haberse presentado en ella ese día los Remisoriales de la canonización de nuestra Virgen, y esta religiosa, como hija y devotísima de la misma, se alegraba también. Pidióla hiciese alguna merced particular a su alma en día que era tan venerada de todos, y oyóla la Santa; de manera que a deshora la sobrevino al corazón del alma, que es la voluntad, un tan vehemente dolor de sus pecados que, comunicándose al sensible del cuerpo, todo era sollozos y gemidos, sin que en buen espacio de tiempo se le pudiesen reprimir los arroyos de lágrimas.

Lo mismo le sucedió en otra ocasión y con más admirables circunstancias al Padre Doctor Enrique Enríquez, de la Compañía de Jesús. Oyendo decir tantas cosas de la santidad de esta Virgen, estaba

muy incrédulo a que fuesen mercedes de Dios las que se publicaban. Y deseoso de probar la verdad, pidióla le alcanzase de Dios un íntimo y señalado dolor de sus pecados. Salió cierta la prueba, porque reuniéndose aquel mismo día en su aposento, sintió luego un suavísimo y no usado gusto en los actos, que los Santos dicen pertenecer al don de penitencia y contricción, y con muchas y fervorosas lágrimas duró grande espacio de tiempo en aquel sentimiento grande de sus pecados; dándole Dios a entender que alcanzaba esta misericordia por medio de su esposa.

Por otro camino experimentó los socorros de nuestra Santa en su voluntad, el Padre Fray Sebastián de la Parra, monje Bernardo. Estaba una noche en oración trabajando mucho por recogerse y echar de sí una gran sequedad de su voluntad que le apretaba mucho. Encomendábase a la Santa Virgen Teresa y con todo eso se hallaba de una misma manera. Acordósele la voluntad con que había acudido en algún tiempo a cosas que eran de la Santa; y también se acordó haber oído y leído ser tan agradecida, que con menos que una sardina la tenían grata, y así dijo a sus solas el afligido monje: Pues es posible Santa que mis servicios hechos por vuestro amor, no tienen el valor siquiera de una sardina para que os halléis obligada a favorecerme. Díjolo, y al punto se halló tan recogido al corazón y tan bañado en lágrimas, que fué maravillosa la avenida de devoción y consuelo que en su alma sintió.

Capítulo IV.

De algunos milagros maravillosos que ha obrado Nuestro Señor por medio de esta Santa Virgen socorriendo a necesidades de cuerpos.

Y primero a enfermos desahuciados de vida y salud.

LOS milagros que la Santa Virgen Teresa ha hecho remediando necesidades de cuerpos de afligidos trataremos de manera, que veamos primero las más graves, bajando de ellas a las que no son tanto; de suerte que precederán primero las enfermedades generales a las particulares, y las que cogen todo el cuerpo a las que miran no más de alguna parte suya.

Enfermos desahuciados.—Así, poniendo en primer lugar los enfermos desahuciados de vida y salud, es bien de notar lo que le sucedió al Licenciado Vallejo, oidor del Consejo del Duque de Alba. Tenía un niño de dos años y estaba tan al cabo, que no había esperanza de vida. Afligido su padre, como quien no tenía otro, envió a llamar un Capellán de las Descalzas Carmelitas de la misma villa para que dijese al niño un Evangelio y encomendase a Dios; y fuese con esto a una Iglesia por no asistir a la muerte de su hijo, y otro tanto llena de lágrimas y desconsuelos hizo su madre. Vino el Capellán, y con la mayor devoción que pudo, le puso un pañito, que era reliquia de nuestra Santa, sobre la cabeza del niño. Luego parece que revivió, y echando la mano al paño y

holgándose con él, comenzó a decir: *Esto es mío, levántenme de la cama que ya estoy bueno.*

Viendo su ama que el niño decía la verdad y que Dios le había dado milagrosa salud, vistiéndole con grande gozo, se le llevó a sus padres que estaban esperando en la Iglesia las nuevas de su muerte. Antes de entrar en ella, oyó el padre la voz de su hijo, y pensando ser de otro niño, no quiso volver la cabeza por no lastimarse. Entró el ama con el niño en sus brazos sano y bueno y con el pañito de la Santa en la mano, como causa de su salud, siendo tanto el contento de sus padres, que apenas lo creían.

Maravilloso suceso fué también, y como tal lo contaba muchas veces el Padre Maestro Fray Domingo de Bañes, el que pasó por un religioso muy enfermo de su Orden. Apretóle la enfermedad, sin que hubiese podido confesarse, y así moría sin remedio sin este sacramento. Apiadado otro religioso de él, púsole un pañito de nuestra Santa, y el enfermo al punto volvió en sí diciendo: ¿qué me han puesto que me han hecho tanto provecho? Con esto recibió este Santo Sacramento y los demás.

De la misma manera estaba enfermo y desahuciado de todos los médicos D. Juan de Guzmán, Marqués de Ardales. Púsole la Duquesa de Sesa una reliquia que tenía de nuestra Santa, y al punto le dió Dios por ella milagrosa salud, que fué causa que la Duquesa y toda su casa quedase aficionadísima a la Santa de allí adelante, y grande bienhechora de su Religión.

En el extremo de su vida, oleada y desahuciada de los médicos estaba también D.^a Estefanía, mujer

del secretario del Prior D. Fernando de Toledo; y estando ya sin sentido alguno, poniéndola una reliquia de nuestra Santa, volvió en sí, con tan maravillosa mejoría, que sanó.

Sucedió lo mismo a una hermana del Depositario general Barrionuevo. Estábase muriendo ya, desamparada del favor de los médicos y de la esperanza de vida que suelen dar, y con ponerla una reliquia de nuestra Virgen, cobró salud.

En estas y en otras muchas maravillas semejantes que han sucedido, parece que puso los ojos el doctor Cortés, médico de Madrid, el cual, viendo que a una hija que tenía muy enferma no la aprovechaban las medicinas que él la aplicaba, determinó de acudir a los remedios de nuestra Santa, poniendo sobre la cabeza de su doliente una reliquia. Y valióla, porque luego comenzó a mejorar y estuvo sana.

En la villa de Alba estaba ya con la candela de la muerte en la mano un muchacho llamado Bartolomé Pinto, y como a quien está en aquel trance, los circunstantes le ayudaban a bien morir. Mandó su madre que al sepulcro de nuestra Santa Virgen se pusiese una vela de cera que pesase un cuarterón, suplicándola socorriese a su hijo en aquella hora. La Santa la oyó, dando al enfermo la deseada salud, con admiración de todos los que supieron la enfermedad y el punto en que le puso.

Quejoso quedara D. Gonzalo Brochero, Caballero del Hábito de Alcántara de esta ciudad de Salamanca, si no hiciéramos memoria de sus trabajos aquí. Siendo niño estuvo en la Villa de Alba muy enfermo. Y aunque le curaron por diligencia de su

padre (que como a sucesor de su casa le amaba en extremo) los mejores médicos de la Corte y de esta ciudad, no pudieron sanarle, y así le dejaron con su enfermedad, y por ella cojo de una pierna, padeciendo en ella gravísimos dolores, no pudiendo menearla en más de diez meses. Llegó, finalmente, a punto de morir: en el cual, hallándose en Alba nuestra Santa Virgen Teresa, le visitó, y viendo a D.^a Ana Vázquez, su madre, llena de lágrimas, la dijo: *Tengo, señora, confianza en Dios que no morirá su hijo de este mal.* Y llegándose al niño, le comenzó a acariciar, llegándole con sus manos al rostro. En el mismo punto que le tocó, sintió en sí grande alivio y comenzó a menear la pierna sin dolor alguno. Lo cual, visto por los padres y que con sólo tocarle la Santa le había sanado, mirábanse y todos los demás circunstantes llenos de admiración. En fin, sano de aquella enfermedad sin otra medicina.

Maravillosos son también dos sucesos, que ahora diré, por quienes pasó Cecilia de la Magdalena, religiosa Descalza Carmelita en la villa de Alba. Ha tenido dos enfermedades, entre otras, muy apretadas. Llegó la una al último trance, en que la sobrevino un parasismo que la dejó sin habla y sin sentido. Turbadas las demás monjas, unas decían llamasen al médico; otras trajesen la Extremaunción; otras, aunque no oía, la decían devotas oraciones, esforzándola a bien morir; otras, con grande acierto, dijeron se trajese el santo brazo, reliquia santa de su Madre Teresa, que la valió más que si la entraran a visitar Galeno y Esculapio. Pusiéronsele, y al punto volviendo en sí y cobrando su habla, se comenzó tier-

namente a regalar con él. De allí a poco espacio vino el médico, y hallándola buena y con salud no se acababa de maravillar.

En la otra grave enfermedad que tuvo, la sucedió un accidente tan rabioso y maligno, que no parecía sino quererse con él despedazar, teniéndola privada de vista y habla. Semejantemente la trajeron el santo brazo, con quien sosegándose luego y volviendo en sí y cobrando sus sentidos enteramente, con entera salud se levantó muy presto.

Capítulo V.

Cómo la Santa Virgen Teresa es remedio maravilloso y del Cielo contra las seis más graves y mortales enfermedades que conocen los médicos.

Pestilencia.—Entre todas las enfermedades que conoce la medicina, criada por Dios para remedio de las muchas que padecemos, la más grave y peligrosa y de mayor malicia, es la que comunmente llamamos *peste*, que es una fiebre y calentura pestilencial, que consiste por particular disposición del Cielo en una cualidad maligna y pestilente que se comunica a estos inferiores mediante el aire que nos ha de enfriar y ayudar para que se hagan los espíritus vitales y naturales. Y embravécese tanto esta fiebre cruel, o fiera carnícera, en los lugares o provincias donde acomete, que parece no ha de dejar viviente con vida, no contentándola millares sólo de muertos, sino millones. Cuando esta leona brama, no hay quien no tema. Todos se retiran, huyen, miran al Cielo y dan voces a Dios.

Sirva de ejemplo, entre innumerables que se pueden traer, sólo Roma, donde siendo Mauricio el Emperador y el Pontífice Sumo de la Iglesia San Gregorio, salió este basilisco del río Tíber, engendrado de las muchas serpientes que con una grande avenida suya y creciente dejó podridas en los campos y aun dentro de la ciudad. Morían tantos romanos de

repente, que con un bostezo o estornudo, allá iba la vida. De donde quedó el decir cuando alguno estornuda: «Válgate Dios y el Señor San Juan Bautista también te valga.» El Santo Papa Gregorio hizo que se juntasen los pocos del pueblo que quedaban, en una Iglesia de la Madre de Dios, para ordenar de allí una procesión general pidiendo todos con lágrimas remedio al Cielo. Toda Roma está junta, no falta allí persona, que aun las santas y recogidas monjas de los Conventos quiere el Papa que asistan. Comiéntase la procesión, y no dijera mal si la llamara, el afligido ejército del pueblo de Cristo, llevando la vanguardia y delantera la clerecía, el segundo lugar todos los religiosos, el tercero las monjas, el cuarto gran número de niños, que con sus tiernos gemidos y muchas lágrimas quebraban corazones, el quinto lugar llevaban muchas honestísimas doncellas y vírgenes y cerraba estos santos escuadrones, yendo en su retaguardia, todo el estado santo del matrimonio, de casados y casadas de la ciudad. Tanto fué menester para que Roma librase sus hijos y ciudadanos de aquesta fiera. Pues con ser tan brava, no parece sino que, presa y encadenada a los pies de nuestra Santa Virgen Teresa, la puso Dios, como se verá por algunos ejemplos que diré.

Muy herida de esta fiebre estaba una señora de Granada llamada D.^a Catalina Ronquillo; mas poniéndose una reliquia de esta sagrada virgen, luego se sintió tan buena, que quedó sin rastro de calentura ni de seca.

Lo mismo sucedió a Ana de Jesús, Priora de las Carmelitas Descalzas de la misma ciudad: hirióla con

una grande y seca calentura. Púsose una reliquia de esta gloriosa Virgen, con que quedó dormida, y despertó tan buena como si no hubiera tenido mal alguno.

Andaba brava, y tan brava en esta ocasión esta fiebre en esta ciudad dicha de Granada, que perdía la vida a sus manos gente sin número, sin perdonar a grandes estados ni a lugares santísimos. Así, aunque estaba en el altar diciendo Misa el santo Fray Juan de la Cruz, de quien dije arriba haber sido el primero que entre los Carmelitas Descalzos se descalzó, allí embistió con él y le hirió de manera, que no se pudo un paso menear. Trajéronle un colchón y en él le llevaron a un aposento. Sobrevinieron a la ardientísima fiebre grandes dolores, todo lo cual, visto por los médicos, le mandaron cerrar para que no contaminase a otros muchos. El, en medio de la furia de estos trabajos, puso sobre la parte del mayor dolor una reliquia de nuestra Santa, y fué cosa maravillosa, que pronto estuvo bueno.

En el año del Señor de 1600, en que se estaba abrasando España en peste, quedó libre la villa de Alba, donde estaba el cuerpo sagrado de esta bendita Virgen. Y tuvieron todos por cosa cierta que un tan especial beneficio de Dios les venía sólo por los méritos e intercesión de su Patrona, que lo es esta Santa.

Y con esta confianza vivían y trataban, fiados en que ella les había de librar, como lo hizo.

Cólico.—Sería nunca acabar referir más sucesos. De la peste quiero bajar a la enfermedad que los médicos llaman cólico. Mal agudo, y tal, que muchos

le llaman *Miserere mei*, como a quien sólo Dios puede dar el socorro. Porque en este mal, no sólo lo que está en los intestinos se arroja por la parte inferior, sino también por arriba, de donde se siguen muchos males, y, finalmente, acabar en muy breve tiempo la vida de quien los padece.

No entran en esta cuenta los que acuden a la Santa Virgen Teresa por el remedio, porque cobran en esta enfermedad, milagrosa salud, cual la cobró, demás de otros muchos, el Licenciado Juan de Medina. Cuando con ella estaba más apretado, pónenle un pañito, reliquia de la Santa, y ofreciéndole a ella, alcanzó milagrosamente la agradable salud.

Apoplejía.—Pongo a la apoplejía en el tercer lugar de las mortales enfermedades. Porque cuan grave sea, ya el vulgo se lo sabe, mostrando la experiencia de cuán pocos escapan de aquellos a quien dá. Y si acaso alguno se libra, queda con censo perpetuo, como es, con algún miembro pasmado o paralítico, o con otra lesión. Y no es de espantar queden de esta manera, pues proviene este mal de obstruirse los ventrículos del cerebro, de manera que no dejan pasar la irradiación de los espíritus animales, y por ésto los que tienen este mal están como muertos, privados de sentido y movimiento.

Y tal estaba en la villa de Alba Marcos González el año 1609, deshauciado de los médicos, oleado y en el último extremo. Llegó a estar sin habla por más de veinticuatro horas, diciendo todos a su mujer se conformase con la voluntad divina, pues la vida de su marido no tenía remedio. Estando así, vino a visitarle un Capellán de las monjas Descalzas Carmelitas

del mismo lugar, y poniendo en el pecho del enfermo una reliquia que tenía de nuestra Santa, se sosegó y quedó como dormido cosa de un cuanto de hora. En este tiempo se le apareció la Santa con rostro grave y severo, a quien pidiendo él salud con grandes ansias, la Virgen respondió: *¿Cómo quieres que pida al Señor tu vida, pues habiendo pedido otras muchas cosas para tí y alcanzándotelas, no te has enmendado de tus pecados?*

El enfermo la replicó y dijo: «Mirad, señora, que dejo mujer e hijos en gran trabajo, y sin ningún remedio. Alcanzadme salud, pues en vuestra vida os serví lo que pude, y ahora sirvo a vuestras hijas y religiosas.» Con esto recordó, y sobreviniéndole luego una tosecilla, arrojó por la boca cuanta podredumbre tenía en el cuerpo, con que quedando sano, él y todos glorificaron a Dios admirable en su Santa.

En la misma villa de Alba, y en el mismo año, estuvo Lucas Duarte tan al cabo de la vida, apretado con la misma enfermedad, que ya pensaron todos estaba muerto; porque ni juicio, ni habla, ni sentido, ni movimiento humano se hallaba en él. Por si acaso no era muerto, le aplicaron los médicos varios remedios y atormentaron con fuertes garrotes porque volviese en sí. En vano, porque montaba tanto como si apretaran los cordeles en una piedra. Esto duró por mucho espacio de tiempo, en que yendo y viniendo los médicos a visitarle siempre le hallaban como un muerto en un ser. ¿Qué haría su afligida mujer en este paso viendo su viudez, y lo que la daba mayor tormento, morir o muerto su marido sin confesión? Acogióse a

la que socorre en mortales enfermedades, y libra los enfermos más deshauciados, a la Santa Virgen Teresa de Jesús. Encomiéndasele, y promete hacer en su sagrado sepulcro una novena. ¡Oh, cosa maravillosa! Luego el enfermo volvió en sí, tornó a su juicio, cobró su habla, volvió en sus sentidos, y cobró tan milagrosa salud, que como muy semejante a la de Lázaro, le llamaban los de la villa *Resurrección*.

Ética.—Ocupe el cuarto lugar la enfermedad de Ética, calentura habitual, y entre las enfermedades mortales peligrosísima, o, por mejor decir, irremediable, particularmente si llega a la tercera especie que los médicos ponen, que ésta con remedios humanos no se puede rendir, y la experiencia lo enseña. Pero rindióla nuestra santa gloriosa en Isabel de Santo Domingo, Priora de las Carmelitas Descalzas de Avila, que apretada con esta enfermedad, que causaba en ella temblores muy recios, teniendo postrada la gana de comer, había perdido ella y todos esperanza de vida. Era esto seis días antes de la Natividad del Señor, que pensaba la enferma celebrar en el cielo. Mas no fué así; porque encomendándose a nuestra Santa, tan por la posta le vino la salud, que se halló en los Maitines y Calenda de aquella Pascua, y semejantemente en los oficios divinos de las demás fiestas que se la siguen, causando en las religiosas y médicos notable admiración.

Dolor de costado.—Sea la quinta enfermedad el dolor de costado. Dolor peligrosísimo, particularmente si es exquisito y del lado izquierdo, por ser una inflamación que se hace en la membrana que ciñe las costillas. Y como la inflamación que está la

lado izquierdo se allega más al corazón, imprímele más daño, y así es de más peligro que el dolor que cae en el lado derecho.

De este gravísimo mal estaba enfermo en la ciudad de Toro un niño de cuatro años, hijo de un hidalgo llamado Francisco de Deza. Sentíalo el padre mucho, porque sólo este hijo le había dado Dios y veíale morir; porque demás de apretarle mucho la enfermedad, no le podían socorrer con las medicinas ordinarias por ser tan niño. Envió a llamar un Padre Descalzo Carmelita, de quien era devoto, el cual, hallando al niño tan caído y triste como la enfermedad lo pedía, púsole en la cabeza una reliquia que llevaba de nuestra Santa, y luego, regocijándose el niño, llamó a su madre diciendo: «*Señora, deme de comer, que ya estoy bueno.*» Y pasó así, porque comiendo luego muy bien y con gran gusto, le levantaron con entera salud y admiración de sus padres y del médico.

Pues lo sucedido a este propósito en Madrid, confieso que me admira. Estaba Ana de Jesús, Priora de las Descalzas Carmelitas, tan enferma de costado, que los grandes médicos del Rey la desahucieron. Habíanla prevenido con los Santos Sacramentos para morir, y ella estaba ya esperando la fuerte, cuando encomendándose a la Santa Virgen Teresa, Madre suya, y poniéndola con reverencia una reliquia, le dió un vómito tan grande, acompañado con sudor y congojas, que entendieron las religiosas que allí acababa. Mas luego se sosegó y quedó tan buena, que venidos los médicos, no sólo se espantaron, sino que hallándola sin rastro de enfermedad, se despidieron.

En la villa de Alba tenía Ana María, mujer que fué de Pedro Rodríguez de Atienza, una hija suya doncella, de edad de dieciséis años, muy apretada con esta enfermedad, junta con ardiente calentura y muy grandes dolores de cabeza, no aprovechándola los remedios que la aplicaban. Así llegó a estar desahuciada de vida y muy al cabo. Acudió la madre a la Santa Virgen Teresa rogando por su hija, y pidió a sus monjas la diesen una reliquia de la misma para ponérsela. Todo se hizo así. Sobre la cabeza se la pusieron, y se quitó el dolor de cabeza y costado y también se limpió de calentura, y se levantó muy buena.

Enfermedad es ésta de que la Santa curaba en vida sólo tocando o abrazando a quien la padecía, como en la Priora de su convento descalzo de Medina del Campo se vió muy bien. Estaba muy de peligro con una fuerte calentura y este dolor. Mas llegando la Santa Virgen de camino y entrándola a ver, sólo con abrazar la enferma, quitó todos sus males, de suerte que sana y buena se levantó.

No me consta fuesen dolores de costado los que ahora diré; aunque sé de cierto haber sido agudísimos dolores y peligrosos, dignos por su remedio de que entren en memoria.

Isabel de San Jerónimo, monja descalza carmelita de Salamanca, estando un día afligida con un gravísimo dolor de un lado, tuvo deseo de poner sobre él un pañito, reliquia de la Santa; mas deseosa de sufrirle por amor del Señor, dilataba el hacerlo. El dolor creció de manera, que en pareciéndola insoportable, apresuró a ponerse el pañito sobre él. Pú-

sole, y además de quitársele el dolor al momento, no le volvió jamás.

No sólo es semejante a ésto, sino excede lo mucho lo que en Alba a Isabel Rodríguez, mujer de Francisco Vares (de quien contaré adelante otro caso muy raro) la sucedió. Dióla un tan agudo y recio dolor de un lado por más de treinta días, que la quitaba el habla y el aliento; y vez hubo que la llevaban a su casa como muerta. Viéndose así, se encomendó a la Santa y prometió una novena. Túvola, y apretándola el último día mucho el dolor, se le quitó del todo, no volviéndole más, y quedando como si jamás le hubiera tenido.

Tabardillo.—El tabardillo, que los médicos llaman *fiebre con pintas*, es enfermedad aguda y peligrosa que suele matar dentro de siete o catorce días; y es enfermedad contagiosa, cuya causa es una mala cualidad indecible. Sanóla, y cada día la sana muchas veces nuestra Sagrada Virgen.

En esta ciudad de Salamanca estaba muy enferma de este mal en casa de la Marquesa de Monterrey una honrada señora llamada D.^a María de Arteaga. Pidió la Condesa licencia al Provincial de los Carmelitas para que, cuando la Santa Virgen Teresa, que vivía entonces, viniese a Salamanca, entrase por su casa. Hizolo así, y después de haber visitado a la Condesa, rogáronla entrase a ver la doliente. También entró, y poniéndola la mano sobre el rostro sin que ella supiese en alguna manera quien la tocaba, ni menos que la Santa estuviese allí, porque la enfermedad la tenía muy fuera de sí; luego comenzó a decir con alta voz: «¿Quién me ha tocado, que me siento

buena?» Comenzóla a rogar la Santa Virgen Teresa que callase y que no diese a entender tan presto la mejoría que había sentido. Mas quiso Dios que oyesen los que estaban presentes lo que dijo la enferma, de que recibió la Santa pena notable, y decía, que por ventura el mal se le había subido a la cabeza y por eso entendía que estaba sana. Así quería con humildad desviar de sí los agradecimientos que la daban por la salud. Mas no pudo encubrirla, porque tan aprisa se manifestó, quedando tan buena, que afirmaba no haberse sentido en consuelo de alma y salud de cuerpo en su vida mejor.

De la misma enfermedad estuvo tan apretado en Valladolid el licenciado Antonio Tamayo, que los médicos le desahuciaron, y él sólo trataba de disponer su alma y cosas para dar cuenta a Dios. Envió a llamar al Canónigo Tamayo, primo suyo y Prebendado en la Santa Iglesia de Palencia, muy cristiano y devoto de nuestra Santa. En viendo a su primo, le dijo que tuviese buen ánimo y mucha fe en ella, que era poderosa para alcanzarle de Dios salud. Con esto se quitó del cuello una reliquia de la Santa, y dándosela a besar, se la dejó puesta al cuello también. A las tres de la noche vió el enfermo a un lado de su cama un bulto blanco, cuya vista le dió consuelo y alegría, y junto a él un hombre tendido en la cama, sumidos los ojos, el rostro desfigurado y mortal, que le pareció era la figura y retrato de su misma persona; y entendió que aquel bulto blanco era la esclarecida Virgen Santa Teresa, que le venía a curar. Desde entonces comenzó la mejoría de su enfermedad de manera que, viniendo el médico dentro de dos días,

se espantó, y aunque veía y tocaba la salud con las manos, no la creía. En fin, desde aquel punto comenzó el enfermo a comer y dormir y estuvo bueno.

El licenciado Fernando de Mata, Predicador de la Santa Iglesia de Sevilla, tenía una hermana llamada Francisca, con tan grande tabardillo y modorra, que al parecer de los médicos no podía escapar por ser tan grave la enfermedad que padecía. Encomendóla muy de veras a la Santa Virgen Teresa con quien tenía singular devoción y experiencia de su favor en otras necesidades. Suplicábala fuese intercesora con Nuestro Señor por la salud de su hermana, y luego que acabó de hacer esta oración sintió tanta satisfacción en sí de que no moriría, que aunque los médicos decían lo contrario, no les podía creer. Y vióse el buen efecto de su esperanza, porque desde aquel punto la enferma mejoró y cobró salud.

En la villa de Alba estaba muy apretado de este mal Pedro de Villa Real, Comisario del Santo Oficio, y encomendándose también a nuestra Santa Virgen, envió a pedir a la Priora de las Carmelitas Descalzas le hiciese merced que se llevase a su casa el santo brazo, porque le parecía estaría luego bueno si se le concedía. Enviáronsele y adorándole con grande devoción, púsole sobre el pecho; y túvole así por tiempo de media hora, suficiente para que alcanzase la salud milagrosa que esperó, y así quedó con ella.

En el mismo lugar y villa de Alba estaba muy enferma Agueda Palomeque, mujer de Marcos González, de otro recio tabardillo acompañado de vómitos y flujo de vientre, que la tenían puesta en el último trance, de manera que desahuciada, se le estaba pre-

viniedo la Extremaunción en su misma casa donde se había llevado. Estando en este punto llegó a ella un clérigo, cuñado suyo, y díjola se encomendase a la Santa Virgen Teresa, de quien la quería poner una reliquia para que se animase y esperase en Dios la había de dar por su medio salud. Púsose la y la enferma se encomendó a la Santa y comenzó a llamar con devoción; después de lo cual se quedó dormida por breve tiempo, en que le pareció habersele puesto a la cabecera de la cama nuestra Santa Virgen en el mismo hábito y forma que anda pintada, animándola y consolándola con esperanza que había de vivir. Despertó muy alegre y en pocos días se levantó muy buena, con grande admiración de cuantos la habían visto tan en el extremo de la enfermedad y de la vida.

El capítulo primero y enfermedades de muerte quiero cerrar con lo sucedido a Paulo González, Capellán de un Convento de Descalzas Carmelitas. Estaba muy apretado de esta enfermedad el año de 1608, y en lo furioso de ella sobrevinole una noche un tan grande accidente, que decían todos que se moría. Después de grandes congojas, dejáronle un rato solo por ver si sosegaba, sacándole la luz del aposento y esperando todos a la puerta por lo que pudiese suceder. No durmió el enfermo ni podía; sino, revolviendo en la imaginación mil pensamientos, ofreciósele cómo había sido devotísimo de la Santa Virgen Teresa y Capellán deseoso de servir a sus monjas. Pensando en ésto levantó los ojos, aunque estaba el aposento sin luz, a una imagen de pincel de la Santa que tenía colgada junto a

la cama, y viéndose tan fatigado y al cabo de la vida, hablando con la imagen, la dijo así: «Bien sabéis, Santa Madre, qué devoto os soy y he sido toda la vida, y el gusto con que sirvo en vuestra casa, aunque con poca virtud. Suplícoos, si soy necesario para el servicio de Nuestro Señor y vuestro, aunque bien sé soy de poco provecho para todo, pidáis me de salud. La cual, si es más gloria suya que muera, no la quiero tener». Diciendo ésto se sintió más aliviado, y oyó que le dijeron del lugar donde estaba la santa imagen de la gloriosa Virgen Teresa: *No morirás de este mal, porque mis hijas hacen y han hecho oración por tí.* Levantó el enfermo los ojos a ver a quien le hablaba y vió la imagen llena de resplandor con que se veía la Santa muy bien. Quedó admirado y agradecido a la Santa, con cuyo favor se levantó dentro de muy pocos días con salud.

Capítulo VI.

De otros milagros que ha obrado el Señor por medio de la Santa Virgen Teresa, sanando dolientes de otras muy graves enfermedades.

Letargo.—La enfermedad que llama el vulgo comunmente *modorra* y el médico *letargo*, es un mal muy peligroso, y que podía haber entrado en la clase de los arriba dichos, si la poca anchura de un capítulo admitiera más extensión. No es otra cosa esta enfermedad sino una propensión a dormirse quien la padece, y a no poder despertar con tanta facilidad como es justo. La cual se causa por abundancia de flemas en las concavidades de la sustancia del cerebro, que es la causa porque en este mal falta la razón y la memoria, y es mal muy peligroso. Mas libró de él la Santa a D.^a Bernardina de Toledo, Abadesa en el Monasterio de adentro en la villa de Alba. Estaba muy mala y peligrosa con esta enfermedad, y poniéndola una reliquia, que fué una toca de esta Santa Virgen, al punto, habiendo estado sin habla, comenzó a hablar y se confesó y estuvo buena.

Muchas veces padecía también esta enfermedad Francisco de Lara, tan apretadamente, que solía estar dos o tres días fuera sin saber de sí. Pusiéronle un pañito en que había estado un poco de carne de la Santa, y no sólo se le quitó la enfermedad por entonces, sino jamás volvió.

Tisis.—Por no menos grave enfermedad que el

letargo la *tisis*, porque es peligrosísima (particularmente si está confirmada y el sujeto en quien está débil y flaco) por la continua resolución que en ella se hace. A lo cual añadido ser mal contagioso y dificultoso de sanar.

Así no acertaban a sanarle los médicos de la ciudad de Avila en una religiosa Descalza Carmelita que le padecía y se estaba muriendo sin remedio, a su parecer, con grandes estremecimientos de cuerpo que la venían. Mas sanóla la Santa Virgen Teresa, porque con una reliquia suya que la pusieron, mejoró tan aprisa, que muy pronto se levantó a seguir los actos de su Comunidad en coro y fuera de él.

También sanó a un Padre de la Compañía de Jesús de una muy grave enfermedad de apostemas, que son unos tumores que se hacen en nuestro cuerpo, peligrosos conforme a la parte de él en quien están, de manera que si están en el hígado son mortales, y si en el cerebro, y en el corazón, ya se ve; en otras partes no son de tanto. Mas padecíalas gravísimas este Padre que digo. Y como oyese los milagros que Dios obraba por medio de esta Santa y la devoción tan general que todos los reinos católicos la tenían, cobróselas él muy grande, y encomendóse a ella haciéndola ciertas promesas si le sanaba. Al punto, ¡oh cosa maravillosa!, sanó milagrosamente de aquella enfermedad, y así lo contaban muchos de los padres religiosos que le habían visto.

Dolor de hijada.—Entre las enfermedades muy dolorosas y peligrosas que conoce la medicina, pone en uno de los primeros lugares el mal de la hijada. Dificultoso de rendir por ser pasión del intestino,

que se dice colon, que es el que rodea el vientre por la parte donde están los hijares a modo de una pretina o ángulo. La cual enfermedad por la mayor parte se causa por humor flemático, y raras veces por humor colérico.

Una admirable cura hizo en una persona doliente de esta enfermedad nuestra Santa, que pasó como ahora diré: Estando en Ciudad Real dos religiosos Descalzos Carmelitas, Fray Francisco de la Trinidad y Fray Juan de la Encarnación, aposentáronse en casa de un honrado ciudadano llamado Cristóbal Zarza, cuya mujer Jerónima de Poblete era afligidísima de éste grave dolor. Convidaron una vez, entre otras, a cenar en su casa a una hermana de Cristóbal de la Zarza, y a su marido Jerónimo Ruiz. Comenzóse la cena con gusto general de los convidados; mas a pocos platos que se sirvieron, derramóse sobre ella el azar de un rabioso y apretado dolor de hijada, que a la mujer desdichada la sobrevino. Cayó luego en el suelo como muerta, y con el nuevo suceso, cesó la cena y amargóse el convite, y al ruido y voces entró gente, y también los Religiosos Carmelitas que, guardando su ordinario y natural retiro, no se habían querido hallar a la mesa de su placer. Los unos y los otros estaban alborotados, y rodeando la enferma no sabían qué hacerse. El Carmelita más anciano dijo le dejasen llegar, que quería sólo ponerla una reliquia de la Santa Virgen Teresa de Jesús. Estaban tan turbados y sin acuerdo, que por diligencias que puso, no llegó.

Da la reliquia a su marido para que él la pusiese. Púsose en el lado del dolor, y en no más espacio

que se pudiera rezar un credo bien aprisa, volvió libre del terrible accidente que la apretaba, y volviendo a su mesa con todos los demás, dieron fin a la cena con grande gusto; y muchas gracias al Señor, y a la Santa Virgen Teresa por haberla librado.

Gota.—La enfermedad que el vulgo llama *gota* y el médico *Podagra*, es muy penosa y dolorosa, y tan dificultosa de curarse que dijo un *poeta*: *Solvere nodosam nescit medicina Podagram*: No tiene la medicina remedio, ni sabe cómo curar esta enfermedad; la cual unas veces dá en los artejos y junturas de los pies y todo el cuerpo, y entonces se llama *Podagra*. Otras en los artejos y junturas de las manos, y entonces es *Chiragra*; otras en manos y pies, y todo el cuerpo, y entonces es *Arthritis*, y esta es la peor y demás consideración. Y tal era la que padecía con excesivos dolores María de la Cruz, Descalza Carmelita de Segovia, de que sanó, quitándosele al punto, sólo con ponerse un pañito de reliquia de nuestra Santa Virgen.

Muy malo también y muy impedido de gota estaba D. Fernando de Toledo, Prior de San Juan, y sin saber qué remedio aplicarse, acudió también a la Santa pidiendo favor. Procuró una reliquia y alcanzó a tener un pedazo de velo, con que luego quedó libre de sus dolores y mal. Y fué al Convento descalzo de Carmelitas á contar el milagro, quedando tan devoto de la Santa con estas y otras experiencias que tuvo de milagros, que mandó en su testamento catorce mil ducados para que se pusiesen en venta y gastasen sus réditos en gastos necesarios a la canonización de la misma Santa.

Sucedióle lo mismo a Juan Ovalle, cuñado de la Santa, porque estando una noche muy apretado de este dolor, dijo a su mujer D.^a Juana de Ahumada que le trajese alguna reliquia de su Santa hermana.

Trájole un pañito, y la cruz de quien en sus libros hace memoria, y púsoelas el doliente con un notable temor reverencial, y luego se le quitaron todos los dolores, aunque otras veces le duraban por muchos días.

No con menos brevedad sanó en la misma villa de Alba Julián Bravo. Púsosele este doloroso mal en una rodilla padeciendo con él tormentos excesivos.

Lastimado un hijo suyo de lo que padecía, rogóle se encomendase a la Santa Virgen Teresa. El enfermo lo hizo, y poniéndose en la rodilla una pequeña reliquia de un pañito de la Santa, al punto se le quitó dolor y enfermedad.

Perlesía.—Prolijo mal y dificultoso de sanar es la enfermedad que se llama *perlesía*: que es un movimiento involuntario, en el cual los músculos y morcillos de nuestro cuerpo llegan a semejante afeción, la cual reciben cuando se mueven de la facultad del cerebro como si estuvieran en su estado natural. Este mal padecía en la ciudad de Segovia una monja Descalza Carmelita llamada Ana de San José; más sólo con ponerse un pañito de nuestra Santa se sintió buena y sin algún dolor.

Ciática.—También es muy dolorosa y trabajosa de curar la enfermedad que se llama *ciática* por no poderse mover el que la padece. Porque como la parte que en esta enfermedad padece es el hueso que los anatómicos llaman *os sacrum*, que es el

hueso grande que tenemos al remate de los hijares en que se emplantan nervios grandes y pequeños, que se ramifican por el muslo abajo en cada pierna, y como el daño está en el dicho hueso, no dan lugar a que los nervios e instrumentos del movimiento y sentido hagan sus oficios, sino es con mucha pena. Y por esto es muy dolorosa esta enfermedad, aunque no de peligro.

Tan enferma estaba con ella en la villa de Alba Leonor de Ramos, que no podía menearse. Mas un día de San Juan *ante portam latinam*, se levantó con trabajo y arrastrando se fué a la Iglesia de la Santa Virgen Teresa a visitar su sepulcro; hizo oración y encomendóse a ella fervorosamente pidiéndola salud y dióselo la Santa con mejoría luego, y cumplidamente dentro de pocos días.

Hidropesía.—La hidropesía es una trabajosa enfermedad que proviene por vicio del hígado; y es la más peligrosa la que se llama *ascitis*, de tres especies que se ponen de hidropesías. Porque ni la *timpanitis*, ni la última especie que se dice *anasarca*, son de tanto peligro, aunque todas ellas provienen como he dicho, por vicio del hígado y por destemplanza fría y falta de calor natural. De donde resulta que en lugar de sangre, unas veces se hace agua, otras ventosidad, y la tal especie se llama *timpanitis*, porque parece el vientre un pandero cuando le tocan: otras veces en lugar de sangre se hace un humor crudo, con el cual se pone todo el cuerpo con una hinchazón, la cual resulta por no mantenerse bien las partes de nuestro cuerpo y por ser el mantenimiento ruin, con la falta que se le pega del hígado.

Pues esta grave y peligrosa enfermedad padeció notablemente Pedro de Villalobos, vecino de Alba, acompañada de una grande calentura, con que estuvo casi quince meses en una cama, curándole los médicos sin provecho ninguno.

Llegó a estar tan enfermo, que aun allí no se podía menear, y el cuerpo se le hizo llagas por muchas partes. Juntábase a esto una grande pobreza con que era lastimosa de ver su necesidad.

Ofreciósele a la memoria haría bien en no sólo encomendarse a la Santa Virgen Teresa, sino tal cual estaba ir a visitar su santo sepulcro; y queriéndolo poner en ejecución, contradecíanle mucho los de su casa, pareciéndoles locura, y medio sin provecho. El fué, en fin, y puesto delante del santo sepulcro, pidió a la Santa remedio de sus males, y de tal manera lo alcanzó, que luego se le quitó la calentura y comenzó a mejorar en la hidropesía y a cobrar nuevas fuerzas; y aquel mismo día sin saber por dónde, ni procurarlo él, le dieron una libranza de la Duquesa Doña María de Mendoza, para que le diesen cada día de su despensa una libra de carnero y otra de pan.

Todo lo cual tuvo y confesaba haber sido merced milagrosa de la Santa y amparo particular, experimentado muchas veces por él mismo en otras ocasiones.

Erisipela.—La enfermedad que llaman *erisipela*, aunque es una apostema caliente engendrada de sangre colérica, que por la mayor parte comienza de la punta de la nariz esparciéndose por todo el rostro, no es peligrosa, sino es que se desenfrene la naturaleza mucho con otros accidentes. Mas padecíala tan

grande Ana de la Trinidad, monja Descalza Carmelita de Medina del Campo, que siempre que la daba (y dábala muy de ordinario) eran necesarias muchas sangrías, y la enfermedad era de manera que, temiendo los médicos peligro de cáncer, trataban de hacerla dos fuentes. Dióla la enfermedad y con ella una gran calentura estando allí la Santa Virgen Teresa, por lo cual las demás religiosas la llevaban a acostar. Sabiéndolo la Santa, hízola llamar. Vino, y sin saber lo que la quería, hincóse de rodillas delante de ella; trájole la Santa Virgen la mano por el rostro donde tenía el mal, y díjola: *Confiese, hija, que Dios la sanará.* ¡Oh, maravilla de Dios!, desde aquella hora se sintió la enferma sin calentura, sin erisipela y sin dolor, y por espacio de más de veinte años que vivió después, jamás le volvió esta enfermedad, con haber sido desde su niñez continuamente afligida con ella.

La Madre Francisca de la Encarnación sanó semejantemente de otra erisipela en el Convento de Carmelitas Descalzas de Segovia.

Desmayos.—Quiero concluir este capítulo diciendo cómo socorre nuestra Virgen esclarecida a la enfermedad que los médicos llaman *síncopes* y el vulgo *desmayos*. Trabajo que suele provenir por flaqueza de la facultad animal, cuyo asiento es el cerebro, y entonces se llama propiamente *deliquium animi*, o por flaqueza de la facultad vital, cuyo asiento es el corazón, y este desmayo se dice *síncope*, y es muy peligroso por ser flaqueza de la facultad vital, natural y animal. Trataremos cómo la Santa remedió este segundo adelante, hablando de los males del corazón. De los primeros desmayos aquí dichos,

estaba muy enferma en Villanueva de la Jara Eulalia, hija de Francisca López, y apretáronla tanto, que vino a perder el habla y a cerrársele de tal manera la boca, que era imposible abrírsele, aun con mucha fuerza, para echarla siquiera un poco de agua. De tal manera estuvo dos días y medio con grande aflicción de su madre y trabajo propio de sí misma. Viéndola desahuciada de los médicos de la tierra, acudió a los del Cielo y procuró un poco de la Santa Virgen Teresa. Hallóla y púsosela a la enferma, y al punto abrió los ojos, comió y estuvo buena. Y fué tan notorio el milagro en la casa de la enferma, que estando su padre en el campo, le fueron a dar las buenas nuevas y a pedir las albricias, y cuando vino hicieron lo mismo sus hijos y mujer, y él abrazó a la enferma con gran contento, porque la tenía ya por muerta, y diéronle todos muchas gracias a Dios por la maravilla que había obrado por medio de su Santa.

Muy semejante a ésto es lo que sucedió en Medina del Campo a una doncella llamada Luisa de Ordas. Una noche, entre las nueve y las diez, la dió de repente esta enfermedad con unos grandes temblores que la privaban del juicio y la faltaba la respiración, porque se le apretaban las ventanas de la nariz con gran furia, y esto era tan a menudo, que había día que la tomaba más de cincuenta veces. No acertaron los médicos a curarla, si bien aplicaban las medicinas que sabían con grande solicitud, y no viendo ninguna mejoría, mandaron se le diesen los Santos Sacramentos y oleasen. Acudió su madre Francisca Vázquez a las Descalzas Carmelitas de aquella villa

a contarles sus duelos, a quien dijeron las religiosas que si su hija estaba para venir al Monasterio, la pondrían un escapularito pequeño que había sido de la Santa. La enferma se animó, aunque nunca la faltaban estos desmayos, y fué con su madre al Monasterio de las Descalzas. Pusieronla con mucha devoción el escapulario, pidiendo al Señor por los méritos de la Santa Virgen Teresa le diese salud. Al punto la comenzaron a tornar los desmayos con tanta furia por el espacio de tres horas, que no parecía, sino que ya espiraba. Después de este tiempo, quiso Dios volver por la honra de su Santa, después de haber quitado a las monjas la ocasión de la vanagloria, y así la dió tan grande mejoría, que volvió a su casa muy buena y con grande ánimo, teniéndole bien perdido. Y pasaron más de cinco años sin que la volviesen estos desmayos. Al cabo de ellos, le pareció que le querían volver; mas volviendo también a esta celestial medicina, que de ningunas de la tierra quería ya usar, segunda vez se le quitaron y jamás la volvieron.

En la misma villa de Medina del Campo padecía estos desmayos D. Antonio de Villaroel, que también le privaban de tal manera, que para volverle en sí le daban grandes garrotes en brazos y piernas. Desahuciáronle los médicos de salud y vida después de haberle aplicado muchas medicinas sin remedio. Su madre, D.^a María Alvarez, con grande devoción que tenía a la Santa, puso sobre la cabeza del enfermo una reliquia suya, y después de un cuarto de hora que la tuvo, comenzó a llamar a su madre y hermanas con mucha alegría, diciendo que estaba bueno.

Y así era en verdad que desde entonces la cobró perfectamente con admiración de muchos que presentes se hallaron, y más de los médicos, que dijeron había sido milagro evidente de la reliquia.

Capítulo VII.

Cómo la Santa Virgen ha sanado a enfermos de enfermedades diferentes de las dichas.

Calenturas continuas.—Muy bien se podían haber puesto entre las graves enfermedades arriba dichas las *calenturas continuas*, por ser todas peligrosas, aunque unas lo son más que otras, conforme a la naturaleza del humor de que son engendradas, en cuyo primer lugar es la cólera, en el segundo la sangre, en el tercero la flema, en el cuarto el humor melancólico. *Pues de esta enfermedad había más de un mes que estaba en la cama padeciendo muy recias calenturas, Ana de San Bartolomé, estando en Avila con la Santa. Era forzoso salir a una fundación, y la noche antes que se partiese, fué a ver a la enferma que había escogido por compañera suya, y aunque la halló con una gran calentura, la dijo: Mire, hija, que se ha de ir mañana conmigo. ¿Pues cómo, Madre, respondió la enferma, no ve V. R. cuál estoy? Mi ida no se puede excusar, replicó la Santa, y a ella habrá de ir conmigo, mire el cómo. No la dijo más, y a la media noche despertó tan sana y buena como si no hubiera tenido mal alguno, y acompañó a la Santa en su camino, y hále sucedido lo mismo otras muchas veces.*

También el Conde de Lemos, abuelo del que vive hoy en día, estaba enfermo muy peligroso de las mismas calenturas; y teniendo la Condesa, su mujer, un poco de carne de nuestra Santa, púsosela y luego

mejoró. Lo mismo hizo la Condesa misma estando muy enfermo D. Gaspar Cortés, hijo del Marqués del Valle, que haciendo le pusiesen la reliquia, luego alcanzó milagrosa salud. Lo mismo sucedió a la misma Condesa, que estando enfermo el hijo del Conde de Salinas y no valiéndole otras medicinas que le aplicaban, poniéndole una reliquia de la Virgen Teresa le sanó.

Un hijo del Licenciado Vallejo, oidor del Consejo del Duque de Alba, de quien arriba hicimos mención haberle sanado milagrosamente la Santa, estando desahuciado de poder vivir, siendo de doce años, amaneció un día del Corpus con muy gran calentura; por lo cual su padre envió luego a llamar al médico, no queriendo que su hijo se levantase ni saliese de casa, aunque tampoco el niño se podía tener en pie. El médico por entonces no se halló y así determinó el padre acudir a la Santa que se le sanase segunda vez. Púsole en la frente una reliquia suya de un pañito teñido en óleo santo que sale de su cuerpo, y el niño la adoró y besó con devoción, cuando al punto se le quitó la calentura, y se levantó y comenzó a correr por las calles sin rastro de haber tenido la calentura.

A una criada de D.^a Beatriz de Tapia, dieron unas muy grandes calenturas, por lo cual mandaron que la sangrasen a mucha prisa; mas poniéndola su ama una reliquia del cuerpo de la Santa, la sanó con más brevedad, porque luego se le quitaron las calenturas con grande espanto de todos, y más del médico, que decía haber sido milagro.

A Agueda de San José, Carmelita Descalza en la ciudad de Toledo, estando muy mala de estas calen-

turas continuas por más de nueve meses, dijeron los médicos que no la hallaban remedio y que estaba *ética* confirmada, causa de que la apartasen la ropa y vasos para que no inficionase las demás. Dió la Superiora de aquel Convento a la enferma una carta y un pedazo de hábito de nuestra Virgen, lo cual poniendo la enferma aquella noche en el pecho, cuando vino el médico a la mañana la halló sin calentura, teniéndolo él y todas las religiosas por milagro, y la *ética* confirmada quedó buena sin que más la volviesen las calenturas.

Lo que ahora diré me pone admiración. En el mismo Convento de Toledo estaba enferma de otras recias calenturas Leonor de la Madre de Dios. Púsola otra religiosa un relicario muy lleno de reliquias de muchos Santos y como no la dejasen las calenturas, quitósele y luego le puso un pañito de la Santa, y al punto la enferma se sintió mejor y aquel mismo día quedó sin calentura ni mal alguno.

Manifiesto y gran milagro es el que ahora diré. En el Monasterio de Descalzas Carmelitas de Medina había una novicia llamada Juana del Espíritu Santo, que había año y medio que estaba enferma de calenturas con otros males mayores, porque estaba tullida de *gota*, *ciática* y todos los miembros impedidos de manera, que no podía tomar un plato en las manos ni menearse si no la llevaban las religiosas; a todo esto acompañábala un mal de corazón y muy ordinarios desmayos. Pedía muchas veces esta religiosa, cuando la apretaban estos dolores, alguna reliquia de su Madre Teresa, y siempre a la enfermera se la olvidaba. El día de la Circuncisión del Señor de 1586, a las tres

de la tarde, la pusieron un poco de faja de la Santa, y al punto la comenzaron a apretar tan fuertes los dolores, que ella pensó haber llegado de su vida el fin. Habiendo estado así un rato, pidió la quitasen la reliquia, porque no podía sufrir aquel dolor. Respondióle otra religiosa que tuviese fe y probase a levantarse: estaba vestida en aquella ocasión y habiánla llevado en brazos a comulgar. Dicho esto, asíola de la mano la enferma por darla gusto y probó a levantarse. Hizolo así y túvose en sus pies, y sintiéndose con fuerzas para andar, se bajó ella sola por unas escaleras llamando con lágrimas de alegría a la Priora y a todas para que alabasen a Dios y a la Santa Virgen Teresa por su salud. A todas parecía cosa de sueño que un retablo de duelos cobrase tan de repente y sin pensar salud de todos ellos, que fué tan entera, que desde entonces quedó sin calenturas y sin desmayos y tan suelta, que andaba sin arrimo ninguno.

En la Mejorada, Convento de San Jerónimo, a dos donados de aquella casa, Francisco Fernández y Pedro Martínez, se les quitaron unas calenturas que padecían bebiendo un vaso de agua en que echaron una reliquia de nuestra Santa; y de la misma manera se le quitaron otras a un estudiante de esta ciudad de Salamanca, llamado Francisco Martín. También lo mismo sucedió en Naarros del Castillo a Isabel Martínez. No la bastaban sangrías ni otras medicinas para sanarla del mismo mal. Y echó una reliquia de la Santa en un poco de agua, bebióla, y al punto estuvo tan buena, que se levantó y fué a trabajar.

Muy malo estaba en Madrid el Conde Tiburcio, y

muy de peligro con otras calenturas, y encomendándose a la Virgen Teresa, ella se le apareció, y poniendo sobre él las manos, le dió salud. Por lo cual prometió hacer en su tierra un Convento Descalzo de Carmelitas.

En esta ciudad de Salamanca, estando muy mala la hija del Conde de Monterrey (que fué después Condesa de Olivares), pidieron su madre y abuela a la Santa, que a la sazón estaba aquí, se la encomendase a Dios. Ofreciólo la Santa y cumpliólo. Al día siguiente dijo al Padre Maestro Fray Domingo Báñez, su confesor, que estando suplicando al Señor guardase aquella doncellita, se le habían aparecido Santo Domingo y Santa Catalina de Sena y dicho se haría lo que pedía, que procurasen la pusiesen un hábito por un año, y la Santa rogó al Padre Maestro lo tuviese en secreto y con el mismo lo procurase, de manera que no se entendiese haber ella tenido revelación. No lo hizo él; antes por consolar a la madre y abuela, lo dijo, y la niña sanó.

Por milagrosa salud se tuvo también la que tuvo Isabel Rodríguez, mujer de Francisco Bares, vecino de Alba. Estando en días cercanos a parir, sobreviniéronla unas calenturas muy recias, por las cuales fué forzoso sangrarla de los brazos, que fué causa de tener aquel mismo día un parto trabajoso que la llevó a lo último, y quitó el habla y hacía echar por la boca, como muerta, mucha espuma, y a la verdad por difunta la juzgaban ya. Viéndola su marido en tal punto sin esperanza de vida, ofreciósele a la Santa, y al punto volvió en sí y fué servido el Señor que tuviese salud.

Semejante suceso es el que en esta ciudad de Salamanca pasó por Antonio Rodríguez, hijo de Ana María, vecina de Alba. Siendo mozo, soltero, estuvo a la muerte de calenturas continuas, por lo que le vino a visitar su madre, trayéndose consigo una toca en que había estado el santo corazón de la Santa. Halló a su hijo muy al fin de la vida, desahuciado de los médicos, dado el Santísimo Sacramento, y luego que ella llegó le dieron la *Extremaunción*. Vióse afligidísima, y levantando los ojos al cielo y a la Santa pidiendo su socorro, puso la reliquia sobre el hijo mortal, y desde aquel momento mejoró y cobró milagrosa salud, en agradecimiento de la cual fué a Alba y tuvo una novena en el sepulcro santo.

Tercianas.—Síguense a las calenturas continuas las tercianas, que son también calentura y enfermedad aguda, pero sin peligro, y hácese de humor colérico fuera de venas, cuya terminación se acaba con siete períodos cuando es legítima, aunque otras veces se alarga por más tiempo por la mezcla al colérico del humor flemático.

De esta enfermedad estaba muy apretada doña Luisa de Alagón, hija del Conde de Sástago; y desconsolada pidió a las Descalzas Carmelitas una reliquia de la Santa poniendo más en ella las esperanzas que en los médicos. Púsola sobre su cabeza y rostro con mucha devoción, suplicando la librase de aquella enfermedad; estuvo luego buena, y agradecida a la Santa tomó el hábito de sus monjas obligada con voto particular.

En el Convento de Malagón una monja descalza, llamada María de la Trinidad, tenía tercianas y a ellas

le sobrevino un flujo de sangre de narices que le duró desde la hora de vísperas a otro día. Hiciéronle muchos remedios sin provecho, visto lo cual por la Priora, púsole en las narices un poco de carne de nuestra Santa Virgen, y luego cesó el flujo y las calenturas se le quitaron.

Otro tanto sucedía a otra religiosa del mismo Convento. Tenía unas grandes tercianas y un dolor de hijada que la apretaba mucho. Pusiéronla una reliquia de la Santa, y al punto cesaron uno y otras, quedando como si jamás hubiera tenido mal alguno.

Al Padre Maestro Fray Baltasar Ponce, Provincial de los Carmelitas de la observancia, siendo compañero del Padre Vicario general, le dieron unas tercianas muy recias en Toledo. Y oyendo decir las maravillas y milagros que Dios obraba por medio de la esclarecida Virgen Teresa, rogó al Padre Vicario hiciesen por la Villa de Alba un camino que habían de hacer, para visitar el santo cuerpo y pedir a Nuestro Señor salud por medio de la Santa. Hiciéronlo así, y llegados a Alba fué luego el enfermo al Monasterio harto fatigado del camino y de su enfermedad, y habiéndole dado un pañito empapado en el óleo que sale del santo cuerpo, tomóle con sus manos y llegó a la boca y ojos con mucha reverencia. Al punto se halló tan bueno, como si jamás hubiera tenido calenturas. Y con ser este Padre muy afligido de esta enfermedad, de manera que cada año la solía tener, después que alcanzó la salud milagrosa por la Santa, que fué el año 1588, hasta el 1606 no la tuvo, ni sé que después tampoco la haya tenido.

A Agueda de San José, Carmelita Descalza en el

Convento de Toledo, le vinieron unas tercianas con tan grandes fríos y calenturas, que los médicos la dijeron tenía enfermedad para mucho tiempo. Estando un día con el frío, metieron las religiosas un pañito de óleo de nuestra Santa en un jarro de agua, y dándosela a beber, luego se le quitó el frío y cesó la calentura, que ya comenzaba, y nunca más la tuvo.

Diego González, clérigo en la villa de Alba, estuvo tan al fin de la vida con unas tercianas dobles, que al parecer de todos se acababa, y viendo el médico que no le aprovechaban cuantos remedios le hacían, mandó que se le diese la *Extremaunción*. Trájosela otro hermano suyo, y tenía la en un oratorio para dársela al primer accidente que le sobreviniese. Estando en estos trances, acordóse el enfermo de que tenía su hermano una reliquia de la Virgen Teresa. Pidióse la, púsosela con gran devoción al cuello, y sosegando un poco, dióle Dios milagrosa salud.

A otros muchos la ha dado también la Santa, estando enfermos con las tercianas, que no refiero por evitar demasiada prolijidad.

Cuartanas.—El mismo orden llama aquí a las cuartanas y manda que se pongan en este lugar. Son enfermedad de su naturaleza no peligrosa, pero tan diuturna y larga y enfadosa, como la experiencia lo dice cada día en los que la padecen:

Sanó de esta enfermedad la Santa a Francisca de Jesús, Religiosa Descalza Carmelita del Convento de Valladolid. Pidióla la enferma, estando la santa viva y allí, con gran devoción y confianza la echase su bendición. Echóse la condescendiendo a sus ruegos y dijola: *Confíe, hija, que el Señor la sanará.*

Así fué: que luego quedó sana y las cuartanas no la volvieron más

Francisco de Morales, vecino de Madrid, tuvo unas grandes cuartanas con grandísimos accidentes de fríos y vómitos junto con un grande hastío. Duráronle siete meses sin valerle remedios corporales ni devociones, que tenía muchas. Diéronle, en fin, una reliquia de un pañito de esta gloriosa Santa y púsosele el día que la cuartana le había de venir, y no le vino ni vinieron jamás, dejándole bonísimo, sin reliquias que suelen dejar semejantes enfermedades.

En Junio de 1588 un hermano de la Compañía de Jesús que vivía en esta ciudad de Salamanca y se llamaba Martín de Guiastiatigui, vizecaíno, habiendo de ir a su tierra, procuró algunas reliquias de la Santa Virgen, y diéronle un poco del hábito y un paño en que había estado envuelto el santo brazo. Y llegando al lugar de Manaria, media legua de Durango, dijéronle si traía algunas reliquias, porque estaba allí un hombre, Joannes de Goitia, que hacía tres años que estaba cuartanario, y a la sazón muy peligroso y desahuciado de los médicos.

El dijo no traer otras sino aquellas de la Santa Madre Teresa, que se encomendasen a ella; y así se las pusieron al cuello cuando le había de dar, la cual ni le dió entonces ni después, quedando él y todo el lugar con gran devoción a la Santa.

Viruelas.—De propósito he guardado para el último lugar las dos enfermedades que ahora diré, por ser propias de niños las más veces. Es la una la viruela, que son unos tumores que se hacen de sangre

flemática: es pegadiza y muy mala, porque cuando sucede, y no se mueren los niños de ella, pronostica peste; pero cuando se mueren, ya es como peste.

Sarampión.—La otra enfermedad es *sarampión*, que también es contagiosa, aunque no de tanto peligro como las viruelas, por venir solamente por encendido de sangre colérica sin corromperse, que es al contrario de las viruelas. Y esta es la causa por qué en las viruelas hay tumores grandes, mas en el sarampión muy pequeños y sin materia.

De estas dos enfermedades acompañadas con otras muchas gravísimas y mortales, estuvo muy malo en esta ciudad de Salamanca D. Juan de Benavides, de edad de doce años. Desahuciáronle los médicos; por lo cual su madre D.^a Isabel le encomendó a la Santa, ofreciendo a su sepulcro santo cierta limosna, y poniéndole una reliquia del cuerpo de la Santa, fué servido el Señor de darle por este medio salud, no sólo de éstas, sino de todas las demás enfermedades.

De todo lo dicho se ve claro ser remedio general contra todo género de enfermedades grandes y pequeñas esta gloriosa Virgen, y así en los dichos que para canonizarla se tomaron a las Sras. D.^a Mencía de Mendoza, Duquesa de Alba, y a su hermana la señora Duquesa del Infantazgo, afirmaron ser éste el remedio que tomaban cuando veían a sus hijos enfermos, y que con él les daba Nuestro Señor salud.

Capítulo VIII.

Cómo la Santa Virgen Teresa ha socorrido y sanado gravísimos trabajos corporales y en particular los que se sujetan en la cabeza.

Cabeza.—Después que hemos visto los milagros que ha hecho sanando enfermedades en general, es bien veamos cómo tampoco hay parte ni miembro en el cuerpo humano a que no haya socorrido muchas veces milagrosamente. Y quiero comenzar por la principal parte, que es la cabeza, e iremos bajando hasta parar en los pies, que es cosa de admiración el señorío que sobre todo dió Dios a nuestra Santa.

Sea el primer milagro el sucedido en Medina del Campo hará dos meses, según el tiempo en que ésto escribo, que es en 30 de Julio de 1614. Un niño de catorce años cayó de una ventana de la fortaleza que hay en aquél lugar, y estaba la ventana de alto diecinueve tapias. Donde cayó fué al foso, que es peña viva, y así creyeron todos se había hecho pedazos cuerpo y cabeza. Moliósele aquél y quebrósele ésta, de manera que con harta admiración de la herida, los médicos y cirujanos se la ligaron, persuadidos a que cuando volviesen a quitar la ligadura expiraría el muchacho. Su padre, devotísimo de nuestra Santa, procuró con ansias alguna reliquia suya. Hallóla, llevósela al enfermo que halló con el rostro muy

hinchado y desfigurado notablemente, y poniéndosela, comenzó maravillosamente a deshincharse. Mas luego el mal le apretó con tan gran calentura y una apostema en la garganta, que llegó a punto de morir, y así le dieron la *Extremaunción*, último beneficio de la Iglesia. Tenía unos parasismos y desmayos notables, y entre otros, uno tan grande, que todos le juzgaron por muerto. Volvió en sí, diciendo a sus padres que había visto a la Santa, y que estaba todavía allí, y que era hermosísima, que cómo era posible no la vieses ellos. Quedó desde este punto tan aliviado de dolores y de la calentura y del destrozo que la caída había hecho en él y de la apostema, y vino tan por la posta su salud, que así el médico y cirujano, como todo el lugar, afirman haber sido milagro grandísimo. Así decía el médico cuando le iba después a visitar: no vengo a ver al enfermo, sino el milagro; porque fué imposible naturalmente hubiese salud tan repentina. Aumenta el milagro que cuando este niño cayó, se le quebraron seis dientes, y así se cogieron del suelo, y cuando la Santa le dió salud, se los restituyó de manera, que sólo uno le han hallado menos en la boca. Está tan bueno, en fin, que no le ha quedado la menor lesión del mundo, fuera de esta pequeña falta del diente, no tanto por falta, cuanto porque siempre tuviese sobrado acuerdo del beneficio. Su padre hizo voto de hacer pintar el caso en un cuadro grande y llevársele a la Iglesia de la Santa.

Milagrosa fué también la salud que dió a Francisco de Cárdenas, vecino de Alba. Dos años hacía que tenía abierta la cabeza e íbasele pudriendo el